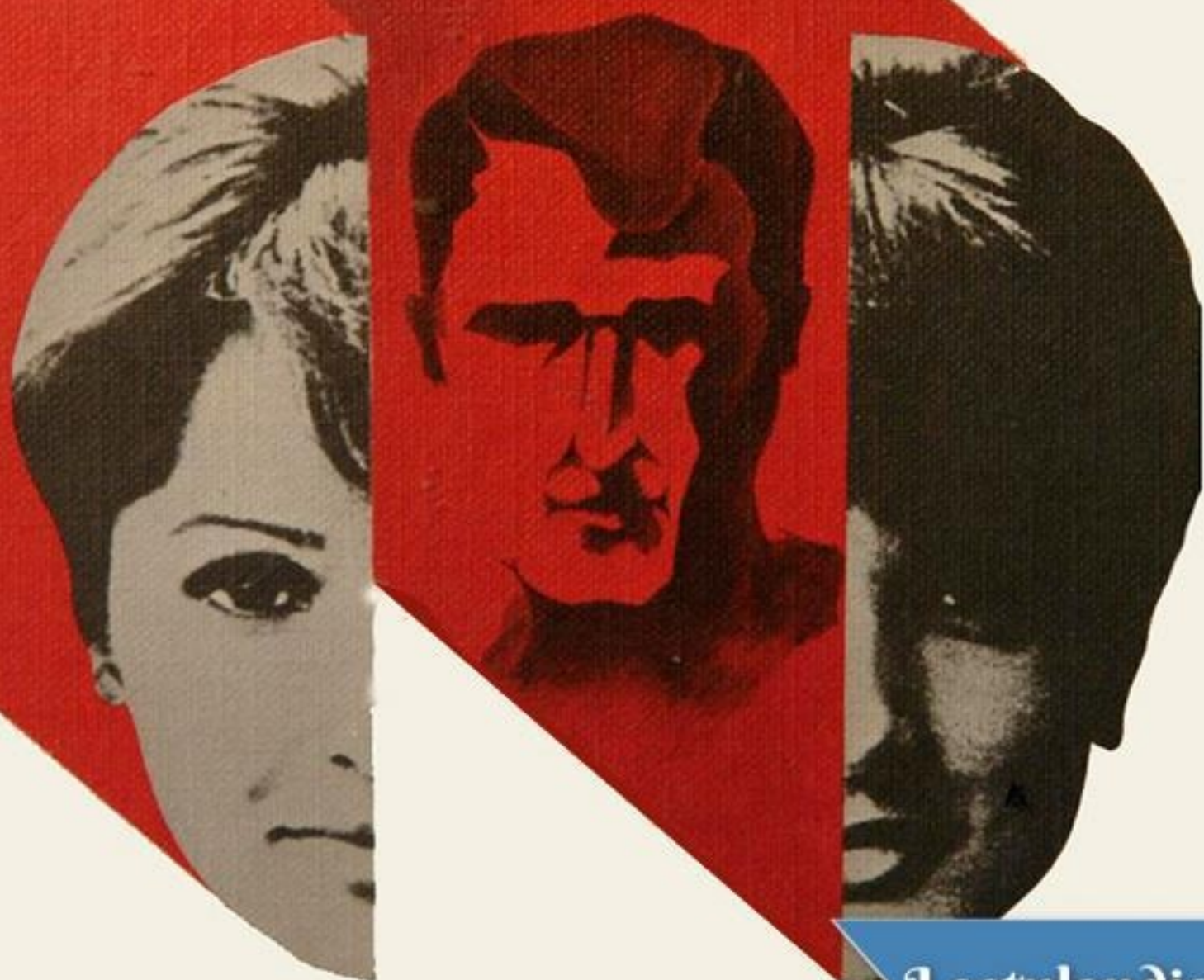


HOSPITAL DE SANGRE

FRANK G.
SLAUGHTER



Lectulandia

En plena Segunda Guerra Mundial, el capitán y cirujano Richard Winter presta sus servicios en el norte de África. El horror de la contienda le convierte en un hombre cínico y escéptico.

Sin embargo, en medio del fragor y el caos de que vive rodeado, conoce en circunstancias dramáticas a una mujer que logra otorgar sentido a su vida y provocar un vuelco radical en su existencia aun en circunstancias tan extremas.

Frank G. Slaughter obtuvo un notable éxito con su serie de novelas de temática médica en tiempos de guerra. Sus amplios conocimientos de medicina así como su experiencia en el frente le permitieron crear tramas y personajes de hondo contenido humano.

Frank G. Slaughter

Hospital de sangre

ePub r1.0

Titivillus 19.11.2019

Título original: *Battle surgeon*
Frank G. Slaughter, 1958
Traducción: Alberto Sáenz de Cabezón
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Capítulo I

*Donde el amigo de las mujeres se muestra
enemigo de los periodistas*

Las cortinas del *black-out*^[1] que caían a lo largo de las ventanas, no conseguían que la sala del *Royal George* perdiese ni un punto de su carácter de escenario del *Pickwick*. No faltaba nada. Las mismas paredes de madera de roble, los mismos grabados de temas deportivos que representaban boxeadores sin guantes o vencedores, ya difuntos, de carreras hípicas olvidadas. Los mismos cantos báquicos, torpes y nasales, se alzaban en el bar. La única diferencia correspondía a los uniformes, pertenecientes a otro siglo. La chata pistola pendiente del cinturón de los *M. P.*^[2] recordaba que la guerra se había convertido en asunto internacional. Un asunto mucho menos romántico, pero mucho más eficaz.

El corpulento capitán acodado en la barra no se había unido a los cánticos, pero de vez en cuando levantaba su vaso en un brindis silencioso que únicamente él conocía. A través de estos brindis se unía al jolgorio circundante sin perder nada de su alejamiento.

Su vaso, medio lleno de whisky, reflejaba como un espejo los emblemas de las bocamangas y las iniciales: «U. S.». Aquéllos correspondían al Cuerpo Médico del Ejército norteamericano.

En su delgado rostro, de cuadrada mandíbula, el capitán Richard Winter mostraba, pese a su juventud, unos labios arqueados por un pliegue de amargura, y unos ojos pardos cuya expresión constituía, gracias a algún esfuerzo de voluntad, una mezcla de fría reserva y de amistosa simpatía.

Cuando oyó que alguien pronunciaba su nombre desde la puerta abierta, se volvió hacia ésta esbozando la indefinible sonrisa que le caracterizaba y que parecía haber sido fruto de un largo adiestramiento.

Agitando en el aire una mano cordial, un joven teniente se dirigió hacia él a través del espeso público. Era un muchacho rubio que conservaba su aire de estudiante a pesar del uniforme, en cuyas hombreras brillaba un emblema con una «A» sobrepuesta, la «A» del Cuerpo Médico de Administración.

—¿Qué diablos haces aquí, Rick?

El aludido sonrió levemente, sin manifestar excesiva alegría, para articular después:

—¿No has oído nunca la vieja canción de caza inglesa que dice: «Vete donde el trago y el bocado sea más barato»?

Citas como ésta eran uno de los medios de que Richard Winter se valía para protegerse del mundo. Conocía al joven Terry Adams desde hacía seis meses; exactamente, desde que fue destinado, en Estados Unidos, a su unidad. Pese a tan corto tiempo, su amistad tenía ya la sólida calidad que la guerra comporta. Sin embargo, no creyó que valiese la pena contar a su joven amigo que llevaba allí una hora larga, con la certeza de que su Grupo embarcaría antes de veinticuatro horas y sin experimentar la menor sombra de emoción ante perspectiva semejante de pasar un año con un destacamento canadiense que tuvo que abrirse paso desde las profundidades de las Ardenas hasta las homéricas playas de Dunkerque. El capitán Rick Winter había aprendido a dominar la mayor parte de sus emociones. Sus duras experiencias pasadas eran pesadillas personales y cuando un hombre ha encontrado el camino de la sabiduría, sabe vivir con ella a solas.

—Dos whiskies, camarero. ¿Podremos encontrar un rincón vacío por aquí?

Cogieron los vasos y se fueron hasta un banco de madera tallada, cerca de la entrada, donde Rick se instaló dando un suspiro mientras contemplaba los ojos de Terry, brillantes de entusiasmo y de excitación. ¿Qué cosas podrían decirse a un mozalbete con uniforme de suboficial que iba a partir hacia el bautismo de fuego?

—¿Quién te ha dicho que yo no iba a marchar esta tarde también?

Terry Adams hizo una mueca jovial.

—He aprendido a seguir la pista de los rumores hasta verificarlos. Tú estás demasiado cerca del mando para informarme.

—Callad, desconfiad —murmuró Winter medio en serio, medio en broma.

Terry bajó la voz hasta convertirla en un murmullo.

—He oído decir que nos largamos mañana. Y esta vez no es un cotilleo. Se asegura que la primera etapa será África.

Winter respondió calmamente:

—Buena puntería, Terry, pero tus suposiciones valen tanto como las mías. Confidencialmente, yo también he apostado por África, pero, por el momento, no es más que una apuesta.

La mano de Terry tembló levemente cuando se llevó el vaso a los labios y volvió a bajarlo sin haber bebido. Su rostro, atezado por seis meses de vida

militar, delataba una especie de oculta contracción. Winter le observaba atentamente, intentando valorar su tensión íntima. Los nervios de Terry habían experimentado toda clase de sacudidas y todas las sensaciones proporcionadas por el calidoscopio de un semestre de instrucción: la vida agotadora de un aspirante a oficial y, después, una vez obtenidos los galones, el aburrimiento del monótono papeleo; luego la excitación del traslado a Europa, y de nuevo la caída en la inacción, acuartelado en un puerto inglés rodeado de dunas... Winter consideraba inoportuno decirle que la espera es el peor mal de la guerra. Se trataba de una lección que el suboficial Adams debía aprender por sí mismo.

En consecuencia, el capitán se limitó a decir:

—Te invito a otro trago, chico. Te lo has ganado.

—Nunca bebo más de un trago. Tú sabes por qué.

Su interlocutor se echó a reír de buena gana: he aquí otro tema del que habían hablado, muy lejos en el espacio y en el tiempo, cuando ambos estaban en la Base.

—¿Sigues teniendo miedo de emanciparte de la mujer que dejaste en casa?

—¿Me lo reprochas?

—Desde luego. No hay sitio para Quijotes en esta tierra. ¿Cuántas veces he de repetirte que tú eres el único perjudicado?

—Pero, Rick...

—Contéstame sinceramente: han pasado casi seis meses desde que dejaste a Mary: ¿cuánto tiempo hace que estás deseando a una mujer, a una mujer cualquiera?

Terry Adams contempló su vaso en silencio. La cuestión, como había ocurrido otras veces, resultaba extrañamente embarazosa planteada así, tan crudamente. Efectivamente, desde que las circunstancias le habían apartado de Mary se había sentido, en ocasiones, muy cerca de quebrar su propósito. A veces, cuando no podía dormir, ciertos recuerdos le llevaban hasta el límite de su resistencia. Ella llegaba a sus sueños como había llegado a sus brazos la noche de bodas. Ella le había murmurado al oído las mil tiernas palabras de la luna de miel y había nadado con él, desnuda y sin reparos, en un lago de las Bermudas argentado por la luna...

Mientras su compañero continuaba, el rostro de Terry Adams pasaba del arrebol a la palidez.

—Puedes estar seguro de que en algún sitio habrá una mujer dispuesta a ayudarte, no como mercenaria del amor, no por dinero, sino, tal vez, porque

ella se encuentra en la misma situación que tú. ¿Quién sabe? Si la sabes buscar, la encontrarás pronto, quizás aquí, en nuestra misma ciudad. ¡Al diablo los motivos de su aquiescencia!

—Pero eso no sería justo...

—¿Quieres decir que no sería justo para tu mujer? Aquí es donde te equivocas del todo. Eso no tiene nada que ver con los votos conyugales y nunca tendrá nada que ver con ellos. Ahora bien, si lo que sucede es que alimentas la esperanza secreta de volver a casa sujeto por una camisa de fuerza... En tal caso recuerda que yo soy cirujano y no psiquiatra.

Terry había recuperado la serenidad. Se bebió el contenido del vaso en tres largos sorbos.

—Dime algo más, doctor Freud.

—En estos momentos se está celebrando un baile en el Centro de Oficiales. ¿Quieres que vayamos a explorar el... terreno de caza?

—¿Tú también, doctor?

—¡Yo también, infeliz! Yo soy soltero, ¿verdad?... y por lo tanto sin conciencia alguna que me guíe.

—La cuestión es —declaró rápidamente Terry— que tengo una cita con una señorita en *Railway Arms*. ¿No te apetece venir?

—Mejor que vayas solo, chico. No quiero estropear la combinación.

—No es una combinación. Se trata de mi hermana, Linda Adams. ¿No has oído hablar de ella?

—¿Quién no ha oído hablar de ella? ¿Por qué has guardado el secreto hasta ahora?

—Porque sé que detestas a los periodistas. Y sobre todo a las hembras de la especie. A decir verdad, no quería presentarte a Linda antes de tener la seguridad de que no teme a los lobos^[3].

Se detuvo, confuso y azorado por la fría mirada de Rick.

El tono de su voz fue tan helado como la mirada cuando preguntó:

—No me digas que es corresponsal de guerra agregada a nuestra unidad.

—Te lo digo. Y aún te diré más. Embarcará en el mismo barco que nosotros, con la bendición del Ministerio de la Guerra y de los Servicios de Información. ¿Quieres dejar de fruncir el entrecejo e ir a su encuentro?

—Si no te importa, prefiero quedarme donde estoy, intentando habituarme a la idea. Entretanto, podrás pedirle que no haga nada por transformar en cruzada esta guerra. Como broma asquerosa se defiende perfectamente sola. La broma más sucia de la Historia...

Al ver la cara de Terry palidecer de contrariedad, Winter se guardó el resto de su diatriba.

—¡No me hagas caso, chico! Acaso no sea nuestra guerra como yo la veo. Por lo demás, ya sé que tu hermana es un personaje importante. Tienes perfecto derecho a sentirte orgulloso de ella. ¿La llevarás al club esta noche?

—La llevaré, desde luego, si no está demasiado cansada por el viaje.

—Me parece muy bien. Le presentaré mis respetos cuando la vea. Y olvida mi conferencia. Como la mayor parte de los sermones y las advertencias, probablemente no tiene valor alguno.

Contempló la delgada silueta de Terry perfilarse vagamente sobre las cortinas negras que cubrían todas las ventanas y luego desaparecer por la puerta del *Royal George*. Tenía la convicción de que, esta vez, las consideraciones que había hecho a su amigo coincidían demasiado bien con los más íntimos deseos de Terry para que pudiese olvidarlas. Un día u otro cruzaría la frontera de no beber más que un whisky, que él mismo se había impuesto, y entonces, si hallaba la compañía conveniente, el resto vendría solo... Analizando las posibles consecuencias, concluyó para sus adentros que sería un gran bien para el muchacho siempre que tuviese la sabiduría de no contarle nada a su fiel mujercita cuando regresase.

El capitán Winter pidió un whisky y continuó meditando sobre el sorprendente hecho de que Terry Adams pudiese tener una hermana como la que tenía, una hermana como Linda Adams. Era propio del chico haberle ocultado esta circunstancia durante seis meses, el tiempo en cuyo transcurso creía haber conocido completamente su vida. El capitán Winter dio gracias al cielo fervorosamente por no haber dicho nunca delante de Terry lo que pensaba de ella.

Seis años atrás la había entrevisto en España, en el momento en que ella pasaba en un coche desbordante de galones dorados y de galanterías latinas. Su estrella comenzaba a elevarse. Dos años más tarde su nombre era conocido por doquier. Linda Adams, autora de *El hijo del primer matrimonio de Europa*. Linda Adams, cuya emisión «El punto de vista de una mujer», superaba todas las marcas de popularidad, aparte las emisiones de variedades y las de los cantantes de moda.

¿Cómo no sentir antipatía ante una mujer así, aunque no hubiese hablado nunca con ella?

Por fortuna, jamás se le ocurrió contar a Terry que en cierta ocasión había tirado por la portilla de su camarote el libro más famoso de aquella mujer. Pero hacía poco que con sus despectivas palabras había estado a punto de

romper el ídolo de Terry. Se consideraba, pues, en la obligación de cumplir su ofrecimiento y presentarse en el club de oficiales. Por más de una razón. Si encontraba a Linda Adams con las cuartillas en la mano, se complacería en mostrarle la clase de cortesía que reservaba para las personas como ella.

Tan sólo disponía del tiempo necesario para tomar un último whisky, y para sosegar su espíritu. Después de lo cual le sería posible imaginar que el juego en que iba a intervenir valía la pena.

Capítulo II

Dos mujeres de blanco

El ruido de la ducha cesó y Gina Cole puso pie en la esterilla del cuarto de baño, donde se estiró y arqueó su desnudo cuerpo como una pantera joven. El gran espejo mural, medio empañado, le mostraba que todas sus curvas eran perfectamente proporcionadas. Procedió a secarse minuciosamente un pie, lo introdujo en una frívola chinela, interrumpió la *toilette* y, aún desnuda, interpeló a su compañera de dormitorio en el Hogar de las Enfermeras:

—Carolyn, ¿todavía no has tirado tu albornoz? ¿Y si lo quemaras?

—Pues supongo que el pijama me cubriría adecuadamente —respondió apaciblemente la aludida.

Carolyn Rycroft era una rubia tirando a dorado. En aquel momento se hallaba lavando unas medias de seda en el lavabo de la habitación.

—Supongo que sería un pijama de seda.

—No. De popelina.

La opulenta Venus dio un bufido de desprecio y se envolvió en una ceñida bata granate.

—Pues yo preferiría dormir desnuda. Todo lo más envuelta en crespón de China.

—¿En tiempo de guerra?

Gina se armó de un peine y empezó a estirar su abundante cabellera.

—*Mi* guerra no tiene fin, querida. Es la eterna pugna del macho por conquistar a la hembra. Y estoy alistada para toda la vida. Mi empleo actual de especialista en rayos X sólo es provisional: sólo he firmado para mientras dure la guerra. La guerra militar.

—Por lo que he oído decir —dejó caer Carolyn con idéntica calma—, en esa guerra particular tuya parece que ganas en toda la línea.

—Tengo una buena colección de Romeos, si es eso lo que quieres decir. Dos de ellos podrían llevarnos esta noche al baile. ¿Te gustaría?

—No lo sé. Estoy demasiado atareada ahora para preguntármelo.

—Si vienes, puedes estar segura de que tendremos éxito antes de que acabe la fiesta, sobre todo si el doctor Winter se pone a tono.

—¿El doctor Richard Winter?

Carolyn hizo la pregunta sin apartar los ojos de su trabajo.

—Rick para sus amigos —concretó Gina—, y también será amigo tuyo, querida, si concedes alguna oportunidad a esa silueta tuya que tan poco interés tienes en valorar.

Carolyn, modestamente, declaró:

—Ya conozco al doctor Winter. Le he ayudado esta mañana.

—¿En la esplenectomía que ha hecho?

La rubia enfermera sacudió la cabeza afirmativamente.

—Un trabajo muy agradable. Nunca había trabajado con nadie mejor que con el capitán Winter.

—¿En la sala de operaciones o fuera?

Carolyn disimuló su contrariedad. Había llegado a la unidad aquella misma mañana como sustitúa, pero era enfermera titulada con especialización quirúrgica. No podía ni siquiera imaginar que el doctor Winter pudiera ser, fuera de las horas de servicio, un tipo como había sugerido su compañera. Había sido tan amable con ella en el quirófano... Sin embargo, le había hablado con sequedad al entregarle torpemente una aguja de sutura... Pero cosas así son frecuentes en las salas de operaciones... porque los cirujanos tienen los nervios en tensión. Esa misma tensión nerviosa les hace olvidar, a veces, que son sus ayudantes... No obstante, mientras ella recogía el instrumental, el doctor Winter le dio las gracias al pasar por su lado, y eso sí que no era frecuente. Por otra parte, ella se decía, con cierta contrariedad, que el doctor, que la había visto con la máscara y la cofia, no la reconocería con la cara descubierta... La risa de Gina la apartó de sus meditaciones y la devolvió a la realidad del momento.

—Te consideras como una especie de Florencia Nightingale, ¿verdad?, y sueñas con recibir condecoraciones... Ojalá que, si te las dan, puedas llegar al fin de esta guerra sin que se empañe su brillo.

Dicho eso, la hermosa joven desapareció con un frufrú de sedas por el suelo embaldosado.

Cuando Carolyn salió, a su vez, de la ducha y entró en su dormitorio, pequeño y revuelto, Gina sacaba del armario un traje largo de punto de seda blanco. Carolyn la miró con asombro mientras su compañera se contorsionaba para que la ropa descendiese, ciñendo apretadamente su figura.

—¿No llevas nada debajo del traje?

—¿Por qué he de llevar otra cosa? Creo que me cubre por completo.

—Pero es que me parece demasiado atrevido...

—Exactamente. Estoy convencida de que las mujeres deben sacar partido de sus dotes por todos los medios a su alcance.

Destapó un frasco de perfume y paseó el tapón de cristal por el escote.

Carolyn Rycroft repuso:

—Pues cuando yo voy a ir a la guerra me pongo armadura.

A pesar de esa afirmación, Carolyn había ya desechado su primitiva idea de ir de uniforme al club. Tenía un traje de noche en la maleta. Un traje de punto de seda blanco, como el de Gina. Y unos zapatos de baile ricamente bordados, y unas inapreciables medias de nylon... Ninguna ordenanza prohibía a las enfermeras tener un traje de noche en su ropero... Así, pues, se lo puso y, cuando se hubo arreglado la falda, se sometió a la inspección de su amiga.

—¿Te molesta que vayamos las dos de blanco?

—¿Y por qué me había de molestar? —preguntó Gina muy afable—. Nadie ignora que el blanco es el color de las vírgenes: lo que puede suceder es que demos una sorpresa a los caballeros de nuestra escolta.

Carolyn alzó las manos al cielo y, con una risa un poco turbada, se sentó al tocador para pintarse. Gina Cole la molestaba con frecuencia, aunque ella comprendiese que se trataba de un falso candor, y, cosa curiosa, ante cada nueva chanza parecía encontrarse a sí misma.

La carrera de Carolyn había sido, en todo tiempo y en todos los sentidos, una carrera modelo. Nacida en Iowa y educada en un colegio del *Middle West*, había ingresado en un hospital de Nueva York con un tesoro de ideales intactos. Tenía tras ella tres años de práctica cuando se alistó, al día siguiente de Pearl Harbour... Hasta el momento, Inglaterra no le había parecido una tierra extraña: había reencontrado la rutina familiar del hospital y se había adaptado fácilmente a las diferencias.

Le bastaba saber que su trabajo era tan útil a su país como a ella misma. Cuando acabase la guerra pensaba volver a Estados Unidos en calidad de ayudante de quirófano. Tal vez incluso, se decía en sus momentos de optimismo —y su respiración se aceleraba en tales ocasiones—, tal vez como esposa de un cirujano. ¿Si volviese, por ejemplo, con el nombre de señora Winter? Si lo que Gina decía era cierto, cabía la esperanza. Por otro lado, ¿no sería que esos sueños formaban parte simplemente de la atmósfera excitante de la guerra?

De todas maneras, no sería imposible que se equivocase a la vez sobre el valor de sus encantos y sobre su valor propiamente dicho; en tal caso, siempre le quedaría el recurso de admitir sus imperfecciones y de reemprender el

camino de las salas de operaciones en calidad de enfermera especializada. Antes de su partida, se le había prometido un empleo así a su regreso del Continente. Cuando pasasen los años, ascendería a encargada de sala y cultivaría gustos de solterona por el pollo guisado y citas con Clark Gable en el cine del barrio. O con el que, en tiempos de paz, hubiese sustituido a Clark Gable.

—Baja de las alturas, querida, y vuelve a la tierra —dijo Gina—. Sea quien sea, no intentes seducirle con la imaginación, cázalo en carne y hueso... Y no abuses del colorete, deja a las mejillas ocasión de ruborizarse naturalmente... si la ocasión se presenta... Vámonos: nuestros caballeros nos esperan.

Carolyn no pudo encontrar en su memoria el nombre del alférez que le correspondió. Solamente recordaba que era bajo y amable y que hablaba con el dulce y lánguido acento de las gentes de Georgia.

Cuando salieron del vestíbulo de su pabellón, la noche de otoño las envolvió fría, brumosa, resonante con los chirriantes gemidos de las grúas que trabajaban en el muelle vecino.

Desde el pabellón al club de oficiales el camino era corto. Muy pronto, a través de las pesadas cortinas negras encargadas de ocultar el más insignificante chispazo de luz, la música de baile fue a su encuentro por el aire nocturno: Carolyn cogió del brazo a su acompañante y echó a correr hacia la música, como una adolescente al encuentro de su primer paseo al claro de luna.

En aquel momento tenía un ruego en sus labios. Un solo ruego. Que el capitán Winter estuviese solo y que la reconociera sin máscara y sin cofia.

Capítulo III

No hay dos sin tres

En un dormitorio del *Railway Arms*, Terry Adams apagó la luz, corrió las cortinas y contempló el puerto, que se extendía bajo la ventana. La niebla se disolvía. Más allá del tumulto de las locomotoras, más allá de los cobertizos, los tinglados y los muelles distinguía la pesada mole de los mercantes y el casco de un destructor fondeado. El conjunto tenía la apariencia de algo irreal, de una imagen de pesadilla. Y su espíritu sentía, sabía, se lo decía, que al día siguiente él podría formar parte, probablemente así sería, del convoy que rápidamente se formaba. Sin embargo, ese mismo espíritu se negaba a admitir el hecho, la certidumbre, como una posibilidad.

Una voz femenina le llamó desde el cuarto de baño: esa voz le extrajo de un mar de amarga angustia; corrió las cortinas y encendió la luz. La voz de su hermana había ejercido el efecto habitual, el de un bálsamo aplicado a una herida. Tal vez más exactamente en aquella ocasión, el de una capa de aceite en unas aguas agitadas.

—¿Has encargado las bebidas, Terry? Ya estoy casi lista.

—Un minuto de paciencia, Linda —respondió con una jovialidad que no sentía.

Terry ya sabía que ella había adivinado la confusión que le alteraba, aunque él no supiera todavía si lo que le trastornaba era el deseo, la necesidad de sus consejos o el simple temor a la conversación que debía desarrollarse.

Linda salió del cuarto de baño con el traje de noche puesto, un traje que la envolvía como un estuche de espuma. Era de crespón de China y tul blancos. Su hermano retrocedió un poco para admirarla, invadido, como siempre, por una mezcla de ternura y de respeto. Linda era una de esas mujeres altas y esbeltas que quien no quisiera forzar demasiado su imaginación podría comparar con un robusto sauce. Un francés la hubiera calificado de *fausse maigre*, y esta expresión intraducible, pero significativa, la definía exactamente. Su silueta, casi perfecta, no tenía nada de provocativo, nada equívoco que pudiera suscitar voluptuosidad. Linda era demasiado recta para eso.

Aquella noche, Linda, con su amplio escote en forma de «V» y el vago resplandor de su cabellera cobriza, era un Tiziano del siglo xx. Pero bastaba advertir su firme mirada azul para darse cuenta de que no sólo era bella.

—No es raro que te hagas con todas las informaciones que quieras, Lin —dijo Terry—. Con un equipo así puedes obtener las confidencias de cualquier dictador, sin exceptuar ninguno.

Linda le dio una palmadita en la mejilla.

—Ahórrate los cumplidos. Probablemente ésta será mi última noche de esplendor. No es fácil que una pueda vestirse así a bordo de un buque de transporte.

Inmediatamente, Terry recuperó su gravedad:

—¿Así, pues, es verdad que embarcamos? ¿Lo sabes de buena tinta?

—No se me hubiera enviado aquí a toda prisa si no se tratase de una cuestión de horas. Basándome en esta intuición, o en esta deducción, como quieras, he escrito mi primera crónica. —Al decir esto acarició, al pasar, la máquina de escribir portátil—. Claro está, desde luego, que esa crónica será de publicación diferida; saldrá cuando estemos en el mar... si es que llegamos a estar.

—¿Sabes cuál es nuestro destino?

—Ni tu propio coronel podría contestar en estos momentos a tu pregunta. Tal como debe ser, se trata del secreto mejor guardado de la Historia. Coge un mapa y un lápiz y señala donde te parezca; a lo mejor tienes la suerte de acertar: Noruega, África, la India.

Tomó el *polissoir* de la mesita tocador y se puso a pulirse las uñas mientras sonreía.

—También podría ser una playa del otro lado del Canal —agregó.

Terry Adams respiró profundamente.

—Habla claro, sin rodeos, Linda: ¿me crees capaz de aguantar el concierto?

El *polissoir* continuó su tranquilo vaivén.

—Desde luego que eres capaz. Empezarás por tener un pánico atroz. Y yo también. Ya empiezo a sentirlo. Pero estoy segura de que ni tú ni yo lo dejaremos ver.

—Suponte que no pueda evitarlo.

—¿En el caso, por ejemplo, de que nos bombardeen? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Quiero decir durante la batalla.

—Tú formas parte de la organización administrativa, Terry. Seguramente que no estarás cerca del frente.

—Ya lo creo que estaré. Mi unidad es una unidad móvil. Constituimos un hospital de campaña. Tendremos que cargar con todo lo que se nos eche encima.

El *polissoir* interrumpió su movimiento. Linda miró a su hermano con ojos inquietos.

—¿Y tú crees que te corresponderá un trabajo de esa índole?

—En España nos enseñaron la técnica de las unidades médicas móviles. Demostraron que la mortalidad entre los heridos se reduce mucho si pueden prestarse los primeros auxilios sobre el terreno. Probablemente tendremos que ir por delante de nuestra propia artillería.

Terry, con los dedos entrelazados tan fuertemente que le blanqueaban la piel de las articulaciones, tenía los ojos perdidos en el vacío.

—Todo eso me lo ha dicho el comandante Strang, nuestro cirujano-jefe.

—¿Y tú crees que no estarás a la altura?

—Anoche hubo un pequeño bombardeo. Total, nada: unos cuantos *Heinkel* que echaron sus bombas y salieron pitando. No eran más de media docena —Terry tragó saliva con esfuerzo y luego continuó—: Me escondí en la cama igual que un conejo. Esta mañana aún me duraba... Y lo más gracioso es que no puede decirse que tenga miedo. Es un simple problema de nervios. No tienes idea de lo desquiciados que los tengo desde hace algún tiempo. Si pudiese huir de mí mismo... aunque sólo fuese por unas horas.

Linda dejó el *polissoir* y pasó la mano por la cabeza del muchacho. Terry había sido siempre para ella su hermanito. Y nunca dejaría de serlo. De hecho, era un crío. Le había sacado de infinidad de apuros y desde los tiempos de su infancia le había disipado todos los temores. Pero el problema que ahora le planteaba, sólo él mismo podía resolverlo. Como un hombre. Linda le interrogó dulcemente:

—¿Has hablado del asunto con alguien?

—No soy médico; pero, no obstante, puedo diagnosticar mi mal. Llamémosle postración nerviosa...

—¿No podría esa postración nerviosa ser consecuencia de alguna impresión física fuerte, como las explosiones cerca o algo así?

—Ésa es una teoría abandonada. El otro día nos dieron una conferencia. Los trastornos que resultan de una explosión cercana y que son debidos, en su mayor parte, a la onda explosiva, se clasifican con el nombre de «estados de *shock*». La postración nerviosa es apenas una neurosis causada por la vida

militar durante la guerra, por sus fatigas, sus angustias, sus diversas privaciones. De vez en cuando esa neurosis se desencadena, en crisis de nervios, por ejemplo... Y yo estoy al borde de una de ellas, a menos que... tenga ocasión de liberarme de alguna manera...

Sonaron unos golpecitos en la puerta, entró un camarero con una bandeja y dos vasos, los dejó sobre la mesa y recogió el importe y la propina con un alegre guiño.

Terry llevaba pintada la preocupación en la cara y su mano temblaba cuando le ofreció a Linda su whisky.

—Temo haberme descubierto, Lin. Si no fuésemos tan buenos amigos...

—¡No seas idiota y dímelo todo! ¿Qué entiendes exactamente por «liberarte de alguna manera»?

De un largo trago se bebió el vaso de whisky entero.

—¿Qué es lo que tú supones?

Antes de contestar, Linda estudió la idea con calma. Después:

—¿Qué me dices de Mary?

—Entiendes a media palabra.

—Hace siete años que soy periodista y estoy bastante bien adiestrada para la taquigrafía mental.

—Entonces, ¿cuál es tu veredicto?

Linda eludió una respuesta directa.

—Estoy segura de que ya has discutido el problema con alguien, Terry. ¿Verdad que sí?

—El capitán Winter me ha dado su opinión esta tarde.

—¿El capitán Richard Winter?

—¿Le conoces?

—De nombre.

—Le verás en el club esta noche.

—¿Y si yo no tuviese ganas de verle? Mira por donde ya he adivinado cuáles son los consejos que te ha dado.

—De acuerdo, Lin. Rick me ha aconsejado que no espere a consumir mis fuerzas de resistencia y que haga la corte a la primera damisela que esté dispuesta a escucharme.

Durante un momento de inquietud, Linda analizó y valoró aquella estrategia masculina. Era precisamente la que cabría esperar del capitán Winter. Había oído hablar de él en más de una capital europea. Había dado un escándalo con la hija de un alcalde... Otro en París con una estudiante de la

Sorbona... Veía a Rick con la imaginación, y sus labios se fruncieron con un rictus de desagrado. Era uno de esos lobos que la guerra alimenta...

—¿Tienes intención de seguir sus consejos, Terry?

Con los ojos fijos en la alfombra, el muchacho respondió titubeante:

—No, si tú dices que no. No, a menos que digas que sí.

—¿Desde cuándo me consideras una autoridad en la materia? ¿Acaso crees que yo entiendo todos los idiomas, incluso los dialectos escandinavos?

Linda sintió contento al oír la risa de Terry.

—¡Linda, por favor, no me hagas parecer todavía más pálido de lo que soy!

—La verdad es, por el contrario, que encuentro encantador que seas tan franco. Espero, sin embargo, que no te «liberará» y que continuarás siendo fiel a ti mismo y también a Mary.

—Rick me ha dicho que incluso para Mary sería una ventaja si...

—Tu amigo Rick tiene todo el aire de un solista insoportable.

—No lo comprendo bien a veces.

—Ya lo entenderás cuando envejezcas, querido. Su sistema será sin duda excelente para él. Pero sabes bien que tú, tú, jamás podrías mirar a Mary a la cara si tú...

Terry tampoco la miró a ella. Y ella no sabría nunca si le había ayudado o si le había cargado la conciencia con un peso más. ¿Le habría parecido pedante o fatua, con su moralidad de baratillo? Linda Adams encogió los hombros, como si quisiera deslizar por las espaldas su preocupación, y cogió su capa de pieles.

—No nos retrasemos, Terry. Recuerda que mi sino es bailar hasta el agotamiento con tus superiores para activar tu ascenso.

Terry dio un traspié al bajar detrás de ella la oscura escalera: la *Railway Arms* cumplía escrupulosamente las normas de oscurecimiento de la defensa pasiva.

—Óyeme, Lin, y no me azores más. Ahora me doy cuenta de que he estado hablando sin ton ni son. Pero tenía necesidad de confiarme a alguien...

—¿No te bastaba el capitán Winter?

Un silencio desacostumbrado se estableció entre ambos mientras la pregunta vibró en el vacío. El silencio persistió durante su marcha a través de una calzada de maderos, que atravesaba un enlodado campo de instrucción, y, luego, hasta que llegaron a una luz semicubierta, cerca de la garita del centinela, a la entrada de los cuarteles del 95.º Hospital de Campaña del Ejército de los Estados Unidos.

Terry encontró cierto alivio al cambiar unas palabras con el sargento encargado de la guardia.

El segundo whisky del día cantaba en su cerebro su turbia canción cuando cogió del brazo a su hermana y la ayudó a pasar el doble juego de puertas que aseguraba el oscurecimiento exterior del club.

En cuanto Linda hubo sido presentada al coronel, en cuanto se aseguró de que no le iban a faltar acompañantes, se propuso comenzar su cacería. Se había decidido. Y la verdad es que, una vez decidida, la cosa parecía sencillísima.

Ninguna dificultad en absoluto.

En absoluto.

Un recuerdo cruzó su mente. Mary, con el traje de bodas, le sonreía al pasar junto a los jazmines del jardín de su madre. Y otro recuerdo. Mary bailaba en sus brazos un vals, en el puente del vapor que los llevaba a las Bermudas, en viaje de luna de miel. Pero esas imágenes eran insoportables en la situación en que se encontraba. Aquella noche iba a encerrarlas con siete llaves. De un modo que ninguna hermana era capaz de comprender.

Acompañó a Linda hasta el tocador de señoras, la dejó en él y se fue al bar en busca de un tercer whisky antes de que empezara el baile.

El tocador estaba poblado de mujeres con trajes de noche, pero entre los encajes, las sedas y los tules aparecían algunos uniformes: los azules de la Cruz Roja, el caqui de los servicios auxiliares...

Por un instante, Linda permaneció en el umbral mientras le rodeaba el torbellino cacofónico de sus voces. Después se sentó a una de las mesitas, dejó negligentemente su capa sobre el respaldo de una silla y abrió el bolso. No sacó, empero, ni la barrita de labios, ni polvos, sino un cuaderno y un lápiz, el instrumento de los periodistas de todo el mundo, desde Nueva York a Moscú...

Se trataba de los apuntes de una crónica para Nueva York una crónica que ya tenía esbozada en la mente. Sus ideas fluían con agilidad. Había descartado a Terry y sus problemas, y podía ejercer una atención sin mengua en sus ocupaciones profesionales. En realidad, era un hábito, una disciplina mental de la que muchas veces se había felicitado.

Poco antes había pisado un terreno prohibido. Las actitudes y la moral de un hombre, como sus gustos en materia de corbatas, son cosas donde una mujer no tiene nada que hacer.

Dos mujeres, ambas vestidas de blanco como ella misma, se acercaron al espejo de la mesa contigua para un examen final, y al parecer satisfactorio, de

su aspecto. Una rubia fina y atractiva y una opulenta morena con curvas de sirena. Antes de que ninguna de ellas hubiese despegado los labios, Linda intuó que eran dos enfermeras invitadas a la fiesta.

La sirena dijo:

—Te repito, Carolyn, que le he visto al entrar. Era un cazador al acecho, escogiendo su presa. Era, en otras palabras, el mismísimo Rick Winter.

—¿Y a qué viene todo eso?

La voz de la rubia sonó con fría reserva, casi desafiante.

—Perdona, querida, por mis excesos en la lectura del pensamiento. No hablemos más y dejemos que las cosas pasen como tengan que pasar.

Se fueron envueltas en una onda de risas de la sirena. Linda guardó el cuaderno y las siguió.

El baile estaba animadísimo —¿cómo decirlo de otra manera?— y, a pesar de la fría desnudez de la gran sala, él se encargaba de crear calor y alegría. Una orquesta improvisada con músicos de las distintas unidades se veía y se deseaba para propagar los sonos de una rumba a través del ruido de los humanos congregados.

Linda Adams contempló a las dos enfermeras con sus respectivos acompañantes, un par de tenientes parecidísimos entre sí como parecidísimos eran a los rostros que aparecían en los carteles exhortando a la juventud a alistarse. La rubia fue atraída en seguida a la vorágine de los bailarines, pero la morena agitó audazmente la mano dirigiéndose a un capitán de elevada talla que se hallaba al otro lado del salón, apoyado en una columna. De fina silueta y rostro enérgico y atezado, era Richard Winter en persona. Su mirada escrutaba los rostros de las bailarinas como un halcón avizorante.

Linda le estudió unos largos minutos. La sangre le subía a las mejillas en un rápido flujo que no podía ni detener ni comprender. Le vio fijar los ojos ante sí, en algún punto de la masa de bailarines, y luego acercarse a la enfermera rubia y reclamársela a su acompañante. Luego le vio evolucionar con su pareja al ritmo y con los complicados pasos de la rumba.

Alzando mucho la frente, Linda cruzó pausadamente la sala en dirección al bar, en busca de su hermano.

Capítulo IV

Los ocios de Marte

Una peonza lanzada por la mano de un maestro no giraría con más vivacidad y regularidad que el capitán Richard Winter con Carolyn Rycroft en sus brazos. El ritmo de las maracas, agitadas por los músicos de la orquesta, le daba la sensación de que formaba parte de los latidos de su corazón. Por lo demás, después de que hubo apoyado la cara en los rubios y tibios cabellos, un tam-tam que le resultaba muy familiar precipitaba las pulsaciones de la sangre en sus venas, y su ritmo no era menos apremiante que el de las maracas. Desde luego, no hacía esfuerzo alguno por cambiarlo.

—¿No sabe usted que ha cometido una falta al bailar con un alférez?

Carolyn no levantó los ojos, pero dejó oír una risa dulce y medio contenida que delataba su contento.

—¿Por qué, capitán?

—En primer término, porque usted tiene grado superior, y después porque él está en la obligación de obedecerla, lo cual es desagradable para cualquier hombre, incluso para un alférez.

—¿Y usted?

Él se dio cuenta inmediatamente de que ella ceñía su humor al suyo, de la misma forma que su cuerpo se adaptaba perfectamente a los movimientos y a la cadencia que él le imprimía.

—La respuesta es evidente.

—¿Significa eso que ahora todo está bien porque usted es de graduación superior a la mía?

—Usted lo ha dicho, teniente.

Ella rió, con risa feliz.

—¿Y qué manda mi capitán?

—Por el momento, que continúe; estamos muy bien así. Cuando la orquesta ataque un vals, saldrá usted conmigo a fumar un cigarrillo y a tomar el aire.

A partir de este punto, él le hizo dar vueltas como un derviche. Desde luego, no pretendió ocultarse a sí mismo que disfrutaba plenamente del

momento presente, que hubiera sido sabroso incluso sin el perceptible asentimiento de su compañera. Se apretó aún más al cuerpo de ella mientras acariciaba con suave mano la amable curva de la cintura.

—¿Ha comprendido y registrado la orden, señorita Rycroft?

—Perfectamente, capitán. Y me alegro de que se haya acordado usted de mi nombre.

Más que una frase, las palabras de Carolyn constituían una confesión suspirada. Winter estaba ya seguro del terreno que pisaba.

—¿Cuánto tiempo hace que está en Europa?

—Una semana. Confío en que no se me note.

—¿Y se parece a lo que había imaginado?

—Por completo. Incluso mejor.

—¿A pesar de su trabajo?

—El trabajo sobre todo. Siempre me ha gustado mi trabajo. Me refiero a la cirugía, claro.

Ella dejó que desbordase su tono de voz más profundo y vivo:

—¿Podría ir con su equipo como enfermera de quirófano? ¿Podría arreglarlo usted?

—Ya lo he arreglado —respondió Rick con satisfacción espontánea y natural—. Esta tarde he resuelto la cuestión con Strang. Inmediatamente después de nuestra esplenectomía.

Ahogó contra su pecho el incontenible grito de alegría de ella y la arrastró en un último torbellino frenético al compás de las frenéticas maracas.

—Podría agregar que este arreglo ha tenido un carácter pura y estrictamente práctico. No ha sido un regalo. Yo no mezclo jamás la obligación con la devoción.

—Me complace doblemente —murmuró ella.

Sin dejar de bailar se dirigieron a las cortinas que los envolvieron un instante antes de salir del calor y la luz a la fresca sombra del porche. Silueteada sobre el fondo del cielo estrellado, otra pareja terminaba con ellos la rumba. Winter la arrastró hacia la escalera.

Después de las construcciones del acantonamiento, más allá de las empalizadas alambradas, se extendía una silvestre superficie de landa. Y más lejos todavía, al final de una acentuada pendiente, el silencio del mar... No sería la primera vez que un telón de fondo así —y muchos otros parecidos— le había servido de decoración para el primer acto del eterno drama.

Carolyn no se opuso a que él retrasara progresivamente el ritmo de sus pasos, y tan gradualmente lo hizo que le hubiera sido muy difícil precisar

cuándo los brazos del hombre se deslizaron a lo largo de su cuerpo para transformar la rumba en un apretado abrazo. Sin embargo, todavía se balanceaban a los ahogados sonos de la orquesta cuando ella sintió que una boca se posaba sobre la suya.

Carolyn Rycroft abrió los ojos. Incluso en la penumbra, Richard pudo ver que aquellos ojos brillaban y que el sometimiento de la joven era total. Con un cálido murmurar, a medias risa feliz, a medias acariciante queja, él volvió a besarla...

La orquesta había callado. Desde luego, no hubieran podido decir que habían acabado la rumba con un beso por seguir la moda sudamericana. Los labios de Carolyn se habían rendido. Él la retuvo junto a sí durante una larga eternidad perfumada, sin atreverse a romper el encantamiento, el encantamiento que había tejido el uno para el otro. Cuando, finalmente, él le devolvió la libertad, vio que sus ojos brillaban como dos estrellas húmedas de rocío...

Et dans l'ombre je devinais tes prunelles^[4]...

Los versos de Baudelaire acudían a su memoria.

Et je buvais ton souffle^[5]...

No los dijo en voz alta. A veces la poesía era útil en momentos así, pero entonces no había necesidad de su ayuda: Carolyn era, por sí misma, poesía. En aquellos instantes al menos. Richard sonrió cuando ella retrocedió ligeramente.

—¿Ya quiere recuperar su dignidad?

—Si no le importa...

No le importaba. Absolutamente nada: tomó sus labios de nuevo, desafiándola a que resistiera la caricia. Fue un fantasma de beso, tras el cual, ella dijo:

—Así está bien, por favor. Un besito nada más y luego volvamos bailando.

El beso fue como un suspiro. La orquesta tocaba «Sangre vienesa». Carolyn enlazó a su pareja para bailar, intentando valientemente no descubrir su emoción.

—Me gusta valsar, Rick.

Era la primera vez que empleaba este apreciativo, lo cual no dejaba de ser curioso teniendo en cuenta lo sucedido.

—Pues bailemos, si realmente quiere que volvamos a entrar...

—No lo quiero del todo. Por eso precisamente me parece lo más aconsejable.

Sin una palabra más, el capitán Winter prosiguió el comenzado vals. Después de todo, sólo había sido el primer acto. Más tarde dispondría de cuanto tiempo quisiera hasta llegar al nudo de la intriga.

Un comandante de la *Air Force* se filtró entre ellos antes de que hubiesen podido dar la primera vuelta en el salón. Rick aplaudió en silencio la natural serenidad de Carolyn cuando la vio que se alejaba danzando en brazos de su nuevo compañero con una calma y una gracia perfectas, sin el menor asomo de modestia. Tan sólo los ojos la traicionaban. Acaso el comandante creyera que había sido él quien había encendido aquellas estrellas.

La atmósfera del baile se había caldeado, desde luego. En otros muchos ojos lucían las mismas luminarias que en los de Carolyn. Elocuentes huellas de pintura de labios decoraban más de una curtida mejilla. Bajo la superficie de su rigidez, aquella noche el ejército burbujeaba de alegría y su pulso marcaba una viva cadencia. Era el mudo reconocimiento de que, al día siguiente, todos aquellos bailarines estarían desparramados por una docena de frentes de batalla...

Terry Adams danzaba con una mujer vestida de blanco que hubiera podido ser una modelo para Rubens. Rick la conocía bien, casi demasiado bien. Gina Cole, la enfermera especializada en Rayos X. Desde luego, sus incitantes y sabrosos encantos sentarían bien a Terry, pero...

Dio un paso con la intención de filtrarse entre ambos y quitarle la pareja a Terry, pero se detuvo a tiempo al recordar los consejos que le había dado por la tarde. Tal vez fuera Gina Cole el remedio que el doctor había prescrito a su paciente. Winter pudo ver a la plena luz el rostro de su joven amigo en el instante en que hacía girar a Gina en sentido inverso: Terry estaba un poco congestionado, pero no parecía respirar ansiosamente ni haber perdido la calma.

«No intentes ayudar a quien no necesita ayuda», pensó Winter para sus adentros, volviendo la espalda a los bailarines.

Capítulo V

Esgrima de salón

Otra dama de blanco había atraído la atención de Rick. Sin duda, una patricia. Alta y con la cabellera brillante como una corona de cobre, bailaba con Randall Strang, jefe de los servicios quirúrgicos. Winter adelantó un poco la cabeza para estudiar ávidamente su cara, aprovechando el instante en que el comandante se volvía pomposamente hacia la izquierda. Durante unos segundos le asaltó el deseo de deslizarse entre ambos y ocupar el sitio de Strang. El doctor Strang era un rígido partidario de la disciplina según la vieja escuela, con todo el aparente estilo simple de la nueva. Más de una vez habían chocado con motivo de discrepancias sobre técnica quirúrgica. Sería una deplorable política enfrentarse con Strang en otro terreno, pero también sería divertido... Rick dudaba todavía cuando alguien, desde el otro lado del salón, gritó su nombre con simpático vigor. Entonces renunció a su travesura. Le llamaba el coronel Amos Blaine, el Anciano Caballero, el bajá de la unidad. Era una especie de Buda con túnica de gran gala que amenazaba estallar por las costuras.

El coronel Blaine no había hecho esfuerzo alguno para asegurarse una línea aerodinámica con vistas a la guerra mundial número 2, de la que era considerable engranaje. Su parecido con Buda lo había adquirido en Oriente, a consecuencia de una ictericia. Su última condecoración la había ganado en Saint-Mihiel. Su panza provenía de su sillón en el Consejo del Gobierno. Oficial retirado, había vuelto al servicio activo para hacerse cargo de la unidad médica a la que pertenecía Richard Winter.

La experiencia le había enseñado a Rick que bajo la plácida apariencia del coronel Blaine no se ocultaba ninguna blandura. Le gustaba vivir bien, pero ello no era óbice para mantener siempre a punto una seguridad y una decisión férreas. En el curso de los últimos meses había organizado la 95.^a con el máximo de eficacia y el mínimo de *Snafu*^[6].

Todo el mundo que giraba en torno suyo estaba dispuesto para embarcar y la moral era perfecta. Su Estado Mayor, a la altura de todas las exigencias de la medicina moderna, garantizaba la mejor calidad.

—Siéntese, Rick, póngame al corriente. ¿Quién era esa joven que estuvo con usted en el porche?

Rick adoptó su más impasible expresión de jugador de póquer.

—La enfermera Rycroft, señor. Miembro de mi equipo. Una estimable adquisición para la unidad.

—He podido darme cuenta, en efecto —admitió Blaine—. De todos modos, es mi deber advertirle que, según el artículo treinta y cinco mil/mil cuatrocientos cuarenta de las Ordenanzas del Ejército, si usted se mete en un atoladero cualquiera, le puede sobrevenir serio perjuicio.

—¿Ha recibido alguna queja, señor?

Amos se echó a reír:

—¡No!, más bien al contrario. Pero no dé usted mala reputación al ejército.

Con el brazo empujó a un lado un caos de vasos vacíos dejados en la mesa donde se había servido los refrescos.

—Siéntese. En seguida vendrá la señorita Adams. En este momento está bailando con Strang, pero tiene ganas de conocerle a usted.

El capitán Winter se dejó caer en una silla, con una seca sonrisa. ¡Cuánto lamentaba no haber cedido a la tentación! Ahora bien, había diferido tanto tiempo la ocasión de apreciar personalmente a Linda Adams, que podía esperar sin molestia un poco más.

—¿Se sentirá usted hombre importante, Rick, si le digo que ella va a dar cuenta, en lo sucesivo, de nuestros hechos?

—Me siento capaz de dominar mi asombro, señor. Ahora, dígame: ¿esa historia sobre un viaje por mar mañana es cierta o sólo posible?

—Ya está usted en la edad de la razón, amigo mío. Ni el propio Cuartel General de la División lo sabe. Los billetes para la travesía nos los enviarán en el momento oportuno por vía directa desde Washington.

—Yo creía que mañana nos pondríamos en movimiento. Y ahora que veo aquí a esa amazona de la estilográfica, lo creo todavía más.

—¿Por qué?

—¿Cree usted que el director de un periódico enviaría a Linda Adams a un simple acuartelamiento si no flotara en el aire algo importante? —Winter alargó la mano para coger un cigarrillo de la caja que había en el extremo opuesto de la mesa y dejó oír una risa perfectamente convencional—. Créame, señor, cuando los periodistas de primera clase brotan como lo ha hecho la señorita Adams, es que van a sonar las campanas de la ofensiva. Yo diría que son los cuervos que anuncian la batalla.

—Le aseguro que lamento no ir de negro, señor —dijo una voz a su espalda—. De haber sido así habría hecho justicia a su comparación.

Rick se levantó para ofrecer una silla a la recién llegada. Tras ella, imponente y macizo, con los ojos contraídos por la desconfianza, estaba el comandante Randall Strang. El cirujano jefe era uno de los médicos de moda en Boston cuando tuvo que embutirse literalmente en el uniforme. Era un hombre mundano y de palabra fácil, inapreciable por su actitud a la cabecera de los enfermos. Rick sospechaba que el personal de su clínica debía de detestarle tan cordialmente como le detestaba ya la unidad. Pero no se podía negar, ni siquiera discutir, su habilidad organizadora y su invariable seguridad. Rick se dijo para sus adentros —y no era la primera vez que se le ocurría— que su superior se parecía notablemente a un toro belicoso y bien alimentado.

Strang emitió unos graves carraspeos, y con voz de órgano dijo:

—¿No cree usted que se impone una excusa?

—Indiscutiblemente, señor —respondió Rick—. Señorita Adams, considere la palabra «cuervo» como retirada. Permítame que la compare, en cambio, con un halcón. ¿O tal vez —saludó con una irónica inclinación— con una paloma mensajera, portadora de un optimista envío?

Amos Blaine habló:

—¡No me digan que ustedes dos se conocen!

—Hace muchos años que sigo la carrera del capitán Winter —repuso Linda.

Su voz tenía un tono ligeramente cortante, pero su actitud era de una calma total.

—Ahora que nos hemos conocido, capitán, ¿me permite decirle que conocerle a usted compensa la espera?

Rick la contempló sosegadamente:

—A condición de que me permita devolverle el cumplido.

La hermana de Terry sacó un cigarrillo de su bolso, aceptó la cerilla que le ofreció Strang y agregó:

—Verdaderamente, fue una pena que nuestros caminos no se cruzaran en España.

—No tenía idea de que hubiese estado usted en España, Winter —dijo Strang—. ¿En qué lado estuvo usted?

Linda sonrió fríamente a Richard y respondió antes que él:

—¿No leía usted los periódicos por entonces, comandante? El capitán trabajaba como cirujano a las órdenes de Trueta.

—Uno de los grandes médicos del mundo —comentó Winter.

Con un fuerte acento de Boston, conservado intacto en suelo inglés, el cirujano jefe intervino para disolver la conversación en el tema general de la guerra. Su conclusión fue:

—Nuestra obligación es aplastar a Hitler y luego volver a encargarnos de nuestros asuntos. Hablo con el sentido práctico de un hombre de negocios. ¡Dios sabe que no soy aislacionista!

«Sólo Dios sabe lo que eres —se dijo Rick—. Sólo Dios es capaz de desentrañar cuáles puedan ser tus ideas políticas».

—¿Admite, señor, que los Estados Unidos tendrán deberes internacionales que cumplir cuando termine la guerra? —le preguntó.

—Por supuesto, capitán. Creo en la necesidad de una Liga de las Naciones, siempre que nuestra afiliación no implique peligro para nuestra integridad nacional.

—Significa que Europa, según todas las probabilidades, se «balcanizará» después de esta guerra, pese a nuestros mejores esfuerzos. Y que yo me niego a ver a mi Gobierno transformado en agente de policía con la misión de inculcar la democracia a porrazos en los países atrasados. Creo que América puede conservar intacta su democracia, ocuparse en sus asuntos y prosperar sin complicaciones.

Winter se rió a mandíbula batiente: sabía hasta qué punto exasperaban a Strang las risas sonoras.

—¿Y las Cuatro Libertades, comandante? ¿Y el siglo del hombre de la calle? ¿Y el reparto de la leche gratis entre los hotentotes?

Por una vez tal género de discusión parecía agradar a Strang. Proyectó su mandíbula hacia adelante y prosiguió su argumentación, no sin antes dedicar a Linda una amplia sonrisa.

—Emplee su inteligencia, Winter. ¿Cómo cree usted que podrán subsistir esas Cuatro Libertades, o cualquier otra libertad auténtica, en la política de «Yo el primero» que seguirá inevitablemente al armisticio?

—Todo es posible, señor. Pero apliquemos razonamientos científicos. Intentemos comprender de dónde proceden los dictadores. Vayamos a las causas, no a los efectos. Hace un momento hablaba usted de aplastar a Hitler. No olvide que *él* es el efecto más monstruoso que hasta hoy día ha producido este desquiciado mundo. Un Napoleón de pacotilla con un cerebro de pitonisa de feria, un paranoico nacido de la avidez y la codicia, un engendro de la desesperanza...

Strang sonrió tenuemente.

—Ignoraba que fuese tan elocuente, Winter.

Rick estaba alzado y continuó. Lo que particularmente le animaba más era el cálido sonrojo que había comenzado a invadir la encantadora cara de Linda y que amenazaba llegar a sus no menos encantadoras orejas.

—El germen que ha producido a ese hombre es un germen de tantas cabezas como la hidra: la corrupción, la pobreza, la apatía social. ¿Y no cree usted que esa misma semilla empieza a proliferar entre nosotros? ¿Que, pese a toda nuestra fuerza, acabará destruyéndonos, a menos que la trituremos cuanto antes, a menos que nos demos cuenta, en fin, de que ninguna democracia puede permitirse el lujo de una guerra en cada generación, detenerse en el intervalo y, a pesar de todo, sobrevivir?

Esta última frase la pronunció sin pausas. Al terminarla, inclinó el busto, una vez más, en dirección a Linda y concluyó:

—Y no me diga que soy elocuente, comandante. No he hecho más que plagiar de memoria un reciente artículo de la señorita Adams. Si quiere leerlo entero, no tiene más que consultar la colección del *Record*.

Sin aparente azoramiento por la alusión, Linda preguntó:

—¿Y aprueba usted mi punto de vista, capitán?

—De arriba abajo. Estoy convencido —respondió Rick—. También apruebo los Diez Mandamientos, pero ¿cuántos podría usted imponer prácticamente en el mundo?

—Denme un siglo de paz; denme una nación instruida, educada, que no conozca ni el hambre ni el miedo... Denme algunos hombres de valía de la Casa Blanca, de Downing Street, del Kremlin... Nuestros nietos verían un mundo mejor...

—La única dificultad estriba, precisamente, en la manera de conseguir esas pequeñeces —dijo Rick sonriendo—. ¡Pero eso no tiene importancia! ¡Adjudicada! Adjudicada a la guapa señorita vestida de blanco, señores. Una utopía ardiente y nueva, llena de armonías de tolerancia y de fraternidad humana. Un jardín del mundo donde el león, sentado junto al cordero, trazarán en colaboración el plan de la sociedad futura.

El coronel dijo dulcemente:

—Sea como sea, el mundo marcha. ¿No lo nota usted, Rick? Fíjese, por ejemplo, en el vals que toca la orquesta: «Sangre vienesa». Durante la primera guerra mundial hubiéramos sometido a un tribunal militar la orquesta que se hubiese atrevido a tocarlo. Hoy bailamos a sus acordes...

—Tal vez sea ésa una de nuestras debilidades, señor. Tal vez seamos demasiado sentimentales y olvidemos demasiado pronto lo pasado.

Linda intervino:

—¿Qué remedio sugiere usted, capitán? ¿Una orgía de odios?

—Nada de eso. Sin embargo, el odio, dentro de unos límites razonables, es un estimulante para el espíritu. Y no estoy completamente seguro de que, incluso ahora, odiemos lo suficiente a nuestros enemigos para aplastarlos de manera radical. Nuestro odio está demasiado mezclado con el temor para que sea eficaz, como, por ejemplo, sucede con el Senado, que detesta a los banqueros; con los banqueros, que detestan a Rusia...

—Tienen para ello excelentes razones —comentó Strang.

«Ahora es mío», se dijo Rick.

—De acuerdo, comandante. Pero entonces, ¿por qué no llevamos las cosas hasta el final y detestamos a *todos* nuestros aliados? Eso, por lo menos, es una cosa positiva. Eso, por lo menos, nos tendrá, a usted y a mí, de uniforme hasta el fin de nuestros días... Si quiere hacerme caso, eso sería mejor que volver a nuestros dividendos y a nuestros garajes para dos automóviles.

Strang rugió su contestación:

—¿Está defendiendo a los comunistas?

—¡Demonios, no! —dijo Rick—. Yo mismo figuro en la clase de los dividendos. Y quiero que los cheques continúen llegándome a su tiempo. El hecho es que a mí me gustaría tener una idea, aunque fuese ligera, de lo que, de un año a otro, podré adquirir con ellos. Y por eso prefiero estar dedicado a fondo hoy, o diez años si diez años hacen falta, para matar al último perro rabioso.

—¡Los americanos no firmarían jamás una ley de esa índole!

—¡Tanto peor! No crea usted que podrá comprar a mitad de precio la utopía de la señorita Adams.

Rick se volvió a Amos Blaine:

—¿Tengo razón, coronel? ¿O merezco el tribunal militar?

Pero el viejo Amos no hizo más que gorgotear unas risitas.

—Yo creo que lo mejor que puede usted hacer es bailar con la señorita Adams, si ella no tiene inconveniente.

Linda se levantó graciosamente:

—Nos han dado una orden, capitán. Hay que obedecer.

Capítulo VI

Don Juan y dos damas

Linda Adams era ligera como una pluma y resultaba agradable tenerla entre los brazos.

Rick empezó a bailar con una serie de evoluciones artísticas, rápidas, complicadas, sin que ella perdiera el paso ni una sola vez: estaba encantado de descubrir que un miembro del «cuarto poder» era capaz de un virtuosismo digno del suyo, que él cotizaba alto. Y le encantó aún más la línea de los miembros enlazados a los suyos, el íntimo contacto de la mejilla apoyada en la suya.

—Contésteme a una pregunta —dijo Linda al cabo de poco—. ¿En qué cree usted?

—Ya se lo he dicho. El odio canalizado, un ejército numeroso y fuerte, carencia de ilusiones.

—Sin embargo, usted no es más militarista que yo. Y no sería tan buen cirujano si no creyese en sus semejantes.

—¿Quién le ha dicho que soy buen cirujano?

—¿Se olvida de que en mil novecientos treinta y siete entrevisté a Trueta? Desgraciadamente —añadió ella mirándole con el rabillo del ojo—, usted estaba de permiso en aquella ocasión. Pero todo el equipo quirúrgico tuvo tiempo de explicarme cuánto, cómo y por qué se le quería a usted. Sus declaraciones fueron muy elocuentes.

Ella le dedicó una nueva y suave sonrisa:

—¿O tal vez quiere que le cite nuestros amigos comunes de Londres y de París?

—Ahora le toca a usted contestar, señorita Adams. ¿Cómo se las ha arreglado para correr tanto, profesionalmente hablando, en tan pocos años?

—Yo misma me he preguntado eso muchas veces.

Fue una respuesta simple, sencilla, sin ninguna jactancia. Agregó:

—Es posible que yo sea el resultado lógico del aeroplano y de la radio: ¿qué opina?

—Yo creo que una mujer como usted ha sido puesta en el mundo para una frivolidad mejor.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo para esto...

Y la arrastró en una nueva serie de giros que dejaron a los dos un poco jadeantes.

—¿Por qué no aprovechar las delicias de este mundo mientras se pueda? ¿Por qué no ser sinceros y reconocer que este mundo se va al agua, a pesar de todas sus plegarias?

—¿Incluso si ganásemos?

—Incluso.

Y como ella le mirase un poco desconcertada, añadió:

—Ganemos, perdamos o empatemos.

—¿Incluso si logramos el siglo de paz de que hablé antes?

—Eso sería fatal para nosotros dos. ¡Reflexione en lo que ambos seríamos si el mundo abriese los ojos y se curase solo! Usted sería una redactora de artículos sin cruzada que predicar. Yo sería un cirujano con el bisturí oxidado. ¡Qué horror! Evidentemente —agregó riéndose de buena gana—, podría hacerme veterinario y usted escribir sobre los perros aplastados. Sería una manera como otra cualquiera de coincidir.

—De todos modos podría escribir reportajes. Y ahora en seguida me voy a poner a hacerlo. Usted me ha dado materia para mi primera *interview*.

Ella sintió que él se alteraba, tan notoriamente que ambos tropezaron.

—¿No la he descorazonado bastante?

—Desde mis principios me distinguí por una tenacidad de *bulldog* para descubrir historias y hacerme con ellas. ¡Y en usted hay una historia! El hombre que ha vuelto de Dunkerque sin ningún objetivo en la vida y que, no obstante, ama la vida. El filósofo que aconseja a los maridos jóvenes que olviden a sus esposas y se rindan al amor donde, cuando y como se encuentre.

Él la miró un momento en silencio. Después:

—Había olvidado que era la hermana de Terry. ¡No le ha faltado tiempo para hacerle confidencias!

—Espero que atienda mi consejo en vez de seguir el de usted.

—¿Cuál ha sido?

—Hace poco ha mencionado usted los Diez Mandamientos, capitán. Le he recomendado a mi hermano que no olvide el sexto, por lo menos.

—¿De manera que es usted tan optimista en el terreno de la moral como en el de la política? Atiéndame, por favor.

—Atiendo, capitán.

—Usted ha visto de todo un poco desde hace bastante tiempo, señorita Adams, llevada por su profesión. Pero usted no se habrá pasado *todo* el tiempo en grandes hoteles. Habrá podido descubrir que la política es donde los lobos se devoran entre sí y que así será mientras el mundo exista. Habrá comprendido que la guerra, esto es, el infierno, nunca desaparecerá, que engendrará otras guerras y éstas otras a su vez, y que ninguna engendrará la utopía. En cuanto a los hombres en campaña, sean solteros o casados... supongo que conocerá usted a Kipling.

Había calculado la duración de su discurso mientras hacía dar vueltas a Linda en dirección al porche. Cuando ambos cruzaron los pesados cortinajes que ocultaban la luz al exterior, los pies de ella aún seguían fielmente el compás de los suyos. Antes que la oscuridad ocultara su rostro, él tuvo tiempo de ver que los ojos de Linda flameaban de furor.

—Gracias, capitán, por haber completado mi educación.

—Todavía no es completa —contestó Rick.

Su beso no tuvo nada de tierno ni de gracioso. Se apoderó de sus labios y los sujetó, de la misma forma que las manos se apoderaron de los hombros asiéndolos con fuerza. Ella se zafó del abrazo, la cara encendida.

—¿Es la primera lección?

—Basta por hoy. La clase ha terminado.

Inmediatamente, alta la cabeza y desafiante el mentón, ella le dejó. Su marcha del porche fue demasiado altanera para poder calificarla de fuga. Pero el fin era el mismo. Linda cruzó el salón, entró en el tocador de señoras, abrió el bolso y cogió el cuaderno y el lápiz.

Había prometido, en Nueva York, que enviaría crónicas diarias mientras pudiera, y le correspondía escribir la que habría de publicarse el domingo. El momento era oportuno para hacer una titulada «Mi primera jornada en un campamento militar». El director daría por descontado un original cuajado de anécdotas y certeras observaciones, en las que Linda Adams sobresalía.

Pero, a pesar de sus propósitos, las palabras no acudían. Linda cerró los ojos e invocó a la musa de los periodistas. La musa se hizo sorda a su llamada, pero, en cambio, se ofreció inmediatamente a su memoria la imagen de Rick Winter y su sonrisa burlona, con la insistente sensación de su boca posada en los labios de ella.

Se preguntó si habría desechado el beso por mojigatería, y también se dijo si no habría sido más inteligente ceder un poco para saber hasta dónde era capaz de llegar un lobo vestido de capitán.

Con brusco movimiento cerró el cuaderno para meterlo de nuevo en el bolso. Sin motivo justificado tiró el lápiz al otro extremo de la estancia. La orquesta tocaba una conga cuando Linda Adams volvió a la sala. Antes de que llegara a su mesa, un teniente coronel de otra unidad médica la invitó a bailar: era uno de los mejores clínicos de América y su danza estaba a la altura de su prestigio profesional. Su nueva pareja la llevó rítmicamente a todo lo largo del salón, ante una larga galería de hombres en busca de su compañera. Ella los iba mirando pasar, en espera de la ocasión de desafiar la mirada de cierto capitán al acecho. Pero no vio a Rick por ningún lado. Fue un comandante de ingenieros quien la separó de los brazos del teniente coronel y se puso a ilustrar el baile con amplias explicaciones sobre la técnica de las máscaras antigás en las mulas de carga.

«¡En fin! —pensó la joven—, la suerte empieza a sonreírme. Por lo menos podré hacer una descripción ambiental, aunque carezca de la calma necesaria para hacerla sobre el terreno».

Sentado en la baranda del porche, el capitán Winter balanceaba maquinalmente los pies en el vacío mientras reflexionaba sobre cuál sería el próximo movimiento en la partida donde sus diversas y seductoras parejas desempeñaban el papel de peones.

Para un apasionado del ajedrez era cosa de poca monta.

No era hombre que lamentase ceder a sus impulsos, y, ahora que había hecho la jugada, se sentía más divertido que vejado por la seca marcha de Linda. También le resultaba grata la convicción de no haberse equivocado en su juicio. Porque estaba seguro de que no se había equivocado: bajo su aire mundano y su experiencia profesional, la señorita Adams era una candorosa doncella, ignorante como una colegiala, pese a todos sus contratos en la Prensa y en la Radio.

Sin embargo, había un cerebro tras aquel bello rostro, y las mujeres dotadas de cerebro habían ocupado, hasta el momento, una insignificante parcela en la vida del capitán Winter. Aunque se sintiese un poco contrariado ante la evidencia, debía admitir que, por absurdamente optimistas que fuesen las opiniones políticas de la joven, eran opiniones bien suyas y no un recitado de frases oídas a entendimientos ajenos. Este descubrimiento requería un antídoto urgente.

Anduvo por el porche, ajeno a las parejas abrazadas, las cuales, a su vez, ni se enteraron de su presencia. Cuando llegó al bar se encontró rodeado de oficiales que conversaban en distintos idiomas: el sonido nasal del francés se mezclaba al extraño sonido del holandés e incluso a la cosquilleante

pronunciación del chino... Tal como él había supuesto, Gina Cole, flor deslumbrante y deseable en medio de una pradera caqui, expandía sobre todos y cada uno la luz y el calor de una sonrisa de gran número de bujías. Ella se dio cuenta de su presencia. Él lo advirtió y se dispuso a sacar de la ocasión el máximo partido.

Navegando entre la masa de oficiales, llegó hasta la joven y le asió la mano. Carolyn había sido el prólogo del drama: para el último acto todo estaba dispuesto satisfactoriamente. Hacía semanas que se entretenía preparándolo, con un «continuará mañana» después de cada caída de telón. Había llegado la hora del desenlace.

—Señorita Cole, me había prometido este baile.

Ella dejó sobre la barra su vaso vacío y se excusó con una palabra y una sonrisa dirigidas al amplio coro de sus admiradores. Sus ojos eran inescrutables cuando Rick la tomó entre sus brazos y la condujo al saltarín ritmo de la conga. Todo parecía completamente convencional, pero él ya pisaba sobre seguro. Tan seguro que incluso se dispuso a ir despacio, como buen jugador de ajedrez.

—Hace tiempo que no le veía, capitán —dijo Gina.

—Cinco días, para ser exactos.

Comprendió que la exactitud de su recuerdo la había complacido. Su último encuentro había sido en Londres, donde se vieron por casualidad. Habían cenado juntos, habían bebido champaña y luego habían bailado en un club de Regent Street rodeado de sacos terreros. Terminado el baile la había acompañado a la estación Victoria, aunque no le cupo la menor duda de que, si se lo hubiese pedido, ella hubiera alargado el permiso para pasar en su compañía el fin de semana. Se limitó únicamente a darle un beso en la puerta del compartimiento.

—Estoy encantado de ver que sobrevivió del viaje —murmuró Rick.

Gina no contestó, pero acentuó el contacto de su cara contra la de él.

—¿Quiere que salgamos un momento?

—¿Para qué?

—Para fumar un cigarrillo, por ejemplo. O tal vez para una sorpresa...

—De acuerdo. Me gustan las sorpresas, a condición de que sean de buena calidad. Voy al guardarropa por el abrigo.

Durante unos minutos siguieron el camino de tablas que se alejaba del salón, bajo el cielo estrellado, en un silencio cargado de sentido. Gina se detuvo. Su largo escalofrío fue una obra de arte en el género. Rick no supo nunca si había sido auténtico o fingido.

—¿Hace demasiado frío a la intemperie para las jovencitas?

—Sí, demasiado. Sería preferible volver al vestíbulo del club. Allí podrá fumar si lo desea.

—Vamos allá.

Él se dejó guiar: la partida la jugaban los dos y Rick tenía en Gina una contrincante tan experta como él. La puerta del vestíbulo estaba abierta. En la amplia estancia el aire era negro como la pez; pero, a lo largo de los muros donde estaban los divanes, los puntos luminosos de los cigarrillos perforaban la oscuridad.

—¿No le parece esto algo así como una plaza pública?

—Hay una galería al otro lado. Continúe a mi lado, conozco el camino.

La habilidad con que ella sorteaba los invisibles obstáculos era testimonio de su experiencia: no cabía duda de que con frecuencia había arribado a aquel remanso de paz sin necesidad de luz.

La galería estaba vacía, abierta a la noche.

Sin preámbulos, Rick cogió a la joven por un codo, le hizo dar media vuelta y, atrayéndola hacia sí, la besó suavemente al principio. Era la mejor táctica.

—¿Quién le ha dado permiso para hacer eso?

—Continúe —cuchicheó él—. Ríñame un poco si le parece. Me gustan las reprimendas a dosis moderadas.

Ella fingió un asombro irónico.

—Parece estar muy seguro de sí mismo.

—Seguro de leer en su espíritu, nada más. ¿Puedo hacerle una demostración?

—Si es usted tan valiente como para eso...

—Usted va a procurar mantenerme a distancia algún tiempo. Pongamos cinco minutos. Como máximo. Después de lo cual usted me permitirá... digamos, que le haga la corte. ¿Hace falta explicar el porqué?

—Jamás he visto insolencia mayor.

Él hizo caso omiso de la interrupción.

—Los dos nos parecemos. Sabemos lo que queremos. Y no perdemos el tiempo para obtenerlo. Hace cinco noches, desde que la dejé en el tren, anhelo tenerla en mis brazos. Deseo que me quiera.

Él intentó unir la acción a la palabra, pero Gina opuso:

—¿Y si yo no deseara lo que usted desea?

—Pero es que, justamente, también lo desea usted.

Ella rió quedamente.

—Un poco no diré que no.

La besó apasionadamente. Gina le esquivó como si se burlara de él, para decir:

—Aquí no, es muy arriesgado.

—¿Dónde, pues, puedo verla?

—No sé.

—Bien, tal vez en el pueblo.

Ambos echaron a andar en silencio. Ella, como queriéndose congraciarse con él, deslizó una mano en la suya. A la entrada del vestíbulo, Gina se detuvo.

—Necesito ir un momento al tocador. Debo retocarme antes de volver al baile. Las apariencias ante todo.

—¿Puedo esperarla?

—De ninguna manera. No olvide que ahí, en alguna parte —hizo una vaga indicación hacia la sala de baile—, tengo un caballero de escolta... Si nos viese juntos...

Rick retrocedió dos pasos y saludó irónicamente:

—Así, pues, hasta que nos encontremos en el pueblo debo considerarme abandonado a mí mismo.

—Procure no aburrirse en compañía —contestó Gina imitando a las mil maravillas las inflexiones de él.

—¿Cómo puedo tener la seguridad de que nos veremos luego?

—¿Necesita tener la seguridad absoluta?

Ella se encaminó hacia la puerta del tocador sin que Rick hiciera nada por detenerla. Con la mano en el tirador, fue ella quien volvió la cabeza, y Rick pudo ver sorprendido que en sus ojos había una húmeda mirada de emoción. Era la primera emoción que descubría en ella, la primera emoción auténtica.

Gina se le acercó de nuevo.

—Contésteme a una cosa, Rick. ¿Cómo puede vivir tan solitariamente un hombre como usted? ¿Tan solitario que no hace más que perseguir todo lo que lleva faldas?

El tono de Rick no cambió aun cuando pensó que aquello era ir demasiado lejos, demasiado lejos para un juego.

—¿Quién ha dicho que vivo solitario?

—¿Acaso no es ésa la única razón de que me pida una cita?

—¿Puede usted imaginar otra mejor?

La luz de emoción se apagó en ella y fue sustituida por un malicioso gesto de coquetería.

—Suya es la última palabra, compañero. Hasta luego, si no cambia de opinión.

Esta vez no se volvió y la puerta del tocador se cerró tras ella.

Capítulo VII

Entre la muerte y el amor

Durante un momento, Rick permaneció solo, al borde de la pista de baile. No esperó la salida de Gina. La conocía demasiado bien para obrar así. Proyectó sustraer a Linda Adams de entre los brazos de quien bailara con ella, aunque sólo fuese para estudiar sus reacciones. Pero Linda no aparecía por ningún lado. Lo mismo sucedía con Carolyn Rycroft. El baile estaba muy animado y la conga que tocaba la orquesta tenía verdadero éxito: se había formado una hilera de bailarines que arrastraba consigo a hábiles y torpes en incesantes ondulaciones y repliegues. Era como una inmensa serpiente multicolor que giraba, se inclinaba en pequeñas reverencias, se deslizaba a través de la sala como fascinada por la palpitación de los tambores y por su propio brío.

De pronto, Rick volvió la espalda al espectáculo, cogió la gorra al pasar por el atestado perchero y salió al aire libre. Al menos por una noche, había jugado ya bastante con emociones que no sentía.

Cuando franqueó la puerta del campo y se halló en el pavimento urbano, dedicóse a revisar sus pensamientos y a esbozar las posibles perspectivas de la situación. A Gina la encontraría en el porche del hogar de las enfermeras: era fruta en sazón para ser recogida. También podía volver a Carolyn Rycroft, que tampoco constituía problema. Incluso podía ponerse a la búsqueda de Linda Adams con vistas a un segundo duelo ideológico. Sin embargo, cada paso que daba le alejaba de tan atractivas posibilidades sin que en él se alzase el deseo de volver atrás. Por el momento, todo se había aletargado en su interior. No deseaba nada, ni alimento, ni alcohol, ni amor, ni sueño.

¿Cuándo le había invadido tal indiferencia? Nunca se había notado la menor predisposición a la neurosis. Su trabajo le ocupaba, por completo y satisfactoriamente, las largas horas del día. Físicamente tenía una salud a prueba de bomba, la propia de un atleta delgado y duro adaptado a la rutina de los tiempos de guerra. Las noches no eran tan buenas, pero no había en ellas nada de particular. No necesitaba, pues, más que continuar como hasta entonces, dejar que errase la imaginación ante vasos de alcohol de cuyo sabor

ni se enteraba y cortejar a mujeres que le alteraban la sangre, pero no el corazón. Pero los síntomas debían de ser claros cuando alguien tan indiferente como Gina había horadado su armadura para columbrar el vacío y la soledad de su alma...

Bruscamente, la aterciopelada calma de la noche fue desgarrada en dos, partida por un largo y fantasmal gemido. Inmediatamente, respondiendo a aquella señal, el débil resplandor azulado de las farolas se extinguió. Rick permaneció inmóvil unos momentos, intentando descubrir alguna claridad en la total negrura que lo envolvía. Poco a poco, sus pupilas dilatadas, localizaron la masa del *Royal George*. Tenía los cierres bajados y estaba silencioso. Más allá, en la esquina de la siguiente calle, estaba la *Railway Arms* y la iglesia normanda, achaparrada, rectangular, firme como la propia Inglaterra bajo la mortal amenaza que venía de lo alto.

A dos manzanas de distancia le esperaba la habitación que compartía con Bill Coffin. Era un camino que había recorrido bastante para poderlo hacer también a oscuras. Por lo demás, no tenía prisa. Hacía meses que la ciudad no había sufrido un verdadero bombardeo. No cabía duda de que *Jerry*^[7] estaría muy ocupado intentando proteger a Colonia, Essen y los reductos submarinos de Lorient. Acaso algunos bombarderos hubieran encontrado el medio de escapar de las baterías antiaéreas del norte y se había puesto en funcionamiento el sistema de alarma que cubría Londres en aquella dirección y hacia el oeste.

Anduvo calmosamente mientras buscaba en el bolsillo el pitillo que encendería cuando estuviese entre las paredes de su casa. Por encima de las azoteas, los largos dedos de los reflectores exploraban detenidamente el cielo. Muy hacia lo alto dos haces luminosos se cruzaron encuadrando una diminuta y brillante mota plateada. Rick se detuvo, preguntándose si sería un *Spitfire* perseguidor de la negra cola de un *Messerschmitt*. Pero la trayectoria de los proyectiles trazadores le dieron la respuesta: allá arriba, tal vez a mil quinientos metros de altura, un piloto enemigo huía hacia su base, llevándose probablemente indicaciones suficientes para orientar a escuadrillas que buscarían la presa del campamento norteamericano.

Con los ojos fijos en la apasionante cúpula del cielo, oyó no lejos de donde se hallaba un precipitado taconeo sobre la acera. Alguien se acercaba hacia él en la oscuridad. El ruido cesó, y hasta sus oídos llegó un grito, tanto de terror como de sufrimiento.

—¡Acérquese con cuidado! —gritó él—. Estoy aquí.

El taconeo se aceleró con una serie de rápidos pasos y un cuerpo chocó contra el suyo, sin gran violencia. Abrió los brazos para retener y sostener al recién llegado de las tinieblas y se dio cuenta de que estrechaba a una mujer vestida de blanco. Una mujer envuelta hasta los ojos en un chal o en una capa que, cubriéndole la cabeza, le dejaba al descubierto la falda a partir de las caderas. Mientras percibía el fino tacto de la tela e intentaba divisar la curva de la mejilla, Rick musitó cariñosamente al oído de la desconocida, que temblaba junto a su pecho:

—¡Calma, calma! Tranquilícese. No es más que una alarma. No ha caído ninguna bomba.

La noche le desmintió en aquel instante y la mujer escondió la cara contra el hombro de Rick cuando un estruendo salvaje estremeció la atmósfera, lanzando su mensaje fatal, el choque contra la tierra del puño de un gigante enfurecido. El pavimento donde se encontraban vibró bajo sus pies. Hacia el norte, un poco más allá del campamento, el cielo se iluminaba con reflejos rojizos.

Se inclinó para descubrir el rostro de la mujer, para sosegar su ánimo, pero ella no hizo más que agarrarse aún más estrechamente a él.

Mientras Rick se decía que tendría que llevarla a algún sitio, la arrastró consigo hacia el relativo abrigo de la marquesina del bar inmediato.

Antes de que llegaran, un haz de luz azulada procedente de una linterna se fijó en ellos. Un A. R. P.^[8] con casco blanco y cubierto con la eterna gabardina británica, se dirigía tranquilamente hacia la pareja.

—¡Eh! ¿Qué hacen aquí, digan?

El tono de su voz se suavizó cuando vio los galones de la guerrera de Rick.

—Perdón, mi capitán, pero sería mejor que llevase la señora al refugio. Parece que esta noche *Jerry* nos va a dar la lata en serio, ¿no cree?

—¿Hay algún refugio cerca?

—El más próximo está a cinco manzanas de aquí. Lo mejor es que llame a cualquier casa y que se cobijen en un piso bajo. Esto puede durar una hora, o más, ya sabe usted...

—Vivo una manzana más arriba. Nos podría acompañar.

—Con mucho gusto, capitán. Le alumbraré el camino.

Guiados por el pálido rayo de luz de la linterna que sostenía el vigilante, Rick, sosteniendo a medias y llevando casi en brazos a su compañera, llegaron a una especie de chalet que se destacaba en el fondo de una estrecha

calle. El vigilante los dejó a la puerta, y con una amable inclinación, se desvaneció en la sombra.

Estalló otra bomba. Un poco más cerca esta vez. Pero no tanto, sin embargo, como para sobresaltar el corazón. Rick llamó.

—¿Quiere usted entrar conmigo?

Ella agitó frenéticamente la cabeza. Incluso mientras él la acompañaba hacia el interior y cerraba la puerta tras ellos, la desconocida no dejó de tener el rostro estrechamente apretado contra el hombro de su acompañante.

—Póngase al lado de la ventana hasta que haya corrido las cortinas.

Se encontraban en una habitación casi completamente ocupada por un amplio lecho con dosel y columnas. Mientras él intentaba correr los cortinajes, ella se precipitó insensatamente hacia él y acercó su cabeza a la guerrera.

—¿Verdad que soy una estúpida?

Estaba jadeante, sofocada por el pánico. Su voz podía ser la voz de cualquiera, deformada por la más primitiva de las emociones. ¿Se trataría de alguien que él conocía? ¿Quién podría ser? Resultaba raro de todos modos que no hubiese tenido el menor interés en descubrir su identidad. Tal vez le hubiera seguido desde la salida del club. Rick no encontraba más explicaciones para el hecho de que ella fuese vestida de noche en tiempo de guerra y en un pueblo tan pequeño como aquél.

—¿Verdad que soy una estúpida, capitán?

No le había llamado por su nombre. Sólo había citado su graduación, cosa que había visto perfectamente en las insignias de su uniforme. No era imposible, pues, que él se equivocase al presumir que ella le conocía. ¿Entonces? Entonces, simplemente se trataría de un ser humano víctima de una crisis de pánico, un ser humano aterrorizado buscando desesperadamente en la oscuridad el calor de una mano amiga cualquiera.

Rick dejó de lado sus especulaciones y se ocupó en cerrar herméticamente la ventana, cubriéndola luego con un doble juego de cortinas. Todos los movimientos los hizo teniendo buen cuidado de que su compañera estuviese bien unida a él.

—Por lo menos —señaló él con buen humor—, no tendremos que temer la rotura de las ventanas; la otra ventana podemos dejarla abierta porque da frente a una pared de ladrillos del garaje que hay al lado. A menos que caiga directamente una bomba, cosa cuyos resultados nos podrían tener perfectamente sin cuidado, porque no nos enteraríamos; a menos que suceda eso, podemos decir que estamos bien protegidos.

—¿Y por qué todo esto...?

La voz de la desconocida se extinguió en una especie de sollozo que anunciaba la crisis de nervios. Sin embargo, Rick pudo darse cuenta de cómo luchaba para dominarse. Seguía llevando la capa sobre el traje y su cabellera parecía rodeada como de una mantilla. En todo caso la envolvía en una especie de aureola que revelaba a Rick que se trataba de una mujer hermosa. No hubiera podido precisar exactamente por qué. Tal vez algo indefinible, algo que procedía de la gallardía forzada de su actitud, de la esbeltez elegante de su silueta. Una vez más maldijo a los nazis, que al mismo tiempo que le echaban a los brazos de una mujer tan aparentemente encantadora le impedían seguir gozando debidamente de aquel abrazo al obligarle a participar de la defensa pasiva.

Ni siquiera había podido entablar una conversación que le permitiese preguntarle cómo se llamaba.

De pronto ella echó a andar hacia el centro de la habitación.

—¡Cuidado! —dijo él—. Hay una mesa ahí.

Sonó un sordo choque en la sombra. Un grito. Él la recogió, le pasó el brazo alrededor de la cintura para apoyarla después contra la pesada mesa de madera sobre la que se apilaban diversos efectos personales de Bill Coffin y suyos. En la lejanía, las bombas continuaban golpeando la tierra con sus pesados puños. La casa temblaba. Después de haber cerrado la última ventana, Rick se movía en la oscuridad fácilmente, porque pisaba terreno familiar. ¿Estaría la muerte sobre sus cabezas? ¿Habrían encontrado los aviones enemigos el lugar donde se emplazaba el acuartelamiento? No lo hubiera podido decir. Su experiencia sobre bombardeos no iba tan lejos.

—Esta vez ha caído más cerca —habló ella en un murmullo—. Cada vez que dejan caer una, suena más cerca, mucho más cerca...

Rick la llevó hasta un sillón donde su blanca silueta se distinguía débilmente. Hubiera jurado que aquella voz era de alguien conocido. Inglesa sin duda, su dicción era clara, pero él no podía formar más que conjeturas sobre el timbre de su voz. ¿Qué podría preguntarle sin que pareciera impertinencia o torpeza? Era evidente que ella no tenía el menor interés en darse a conocer. Rick abrió la boca para pronunciar una frase cualquiera, pero lo que se oyó fue un estampido brutal que sacudió la calle entera, un estampido que no sólo era audible sino también tangible, un estampido que chocó ferozmente contra los tímpanos.

Evidentemente, el trayecto de las bombas se orientaba hacia el cuartel, y, de paso, se orientaba también hacia su propia casa. Acaso Ja próxima bomba

alemana llevase su dirección... Esta absurda idea le hizo reírse a carcajadas, mientras la desconocida le cogía las dos manos entre las suyas, apretándoselas con terror, un terror que testimoniaban el precipitado palpitar de sus arterias y el frío de sus dedos crispados. Rick se puso a hablar con tan aparente tranquilidad como le fue posible, intentando apartar de la mente de la joven la obsesión de la próxima bomba. De la próxima bomba que de un momento a otro tenía que caer...

—Nuestro encuentro es uno de esos subproductos inesperados de la guerra. ¿No cree?

—¿Sí?

El monosílabo podía contener cuanto se quisiera: pregunta, aquiescencia, simple respuesta cortés.

—Dos extraños reunidos por un bombardeo aéreo. Pese a ser desconocidos, mucho más unidos que si hubiesen sido amigos íntimos —él le dio unas dulces palmadas en la espalda—. Piense en el puente que esos bombarderos han echado sobre nosotros. En este encuentro nuestro lo mismo da que ambos seamos ingleses, por ejemplo, o que usted sea...

Hizo una pausa con la cual quería dar lugar a una respuesta, a una reacción cualquiera, pero ella no dijo una palabra. Tampoco se apartó cuando él pasó un brazo protector alrededor de sus hombros.

—Ni siquiera nos hubiéramos atrevido a entrar en conversación sin haber sido presentados de acuerdo con las formas tradicionales —continuó hablando Rick.

En aquel momento, desde lo alto del cielo, un largo gemido que aumentaba en volumen y en intensidad advertía el canto de muerte de una nueva bomba cuyo estallido no podía tardar. Rick reconoció el sonido instintivamente. Era el aviso de las bombas, pero nunca lo había oído tan cerca. Actuando por puro reflejo se lanzó sobre el sillón donde estaba la desconocida, y apretándola contra los cojines, la cubrió con su cuerpo. Cuando el tremendo silbido de la bomba llegó a su máxima intensidad, todo pareció que se hundía en torno de ellos: fue como si un gigante los aplastase mientras el techo lanzaba sobre la espalda de Rick una lluvia de yeso y cascotes. En algún sitio una botella cayó al suelo de la habitación y se rompió. Rick se dijo que era lo poco que le quedaba de su masaje de afeitar. El silencio que siguió a la explosión no fue turbado más que por el goteo de un líquido sobre el suelo.

Instintivamente, se incorporó para ver, a través de la ventana orientada al norte, los daños producidos. Echó un vistazo por el resquicio de los cortinajes

y vio que la bomba había alcanzado un campo abierto frente a su propia casa. Cerca del arroyuelo que por allí pasaba, algo estaba ardiendo. El resplandor marcaba exactamente el lugar donde había caído la bomba. No parecía que hubiera habido desgracias importantes.

—Ahora voy a por usted, no se mueva —le dijo desde donde se encontraba.

Su voz le pareció extraña, temblorosa. Era inútil ocultar su miedo; un miedo producido por tal causa, no debía avergonzar a nadie.

Levantó a la joven y, al incorporarla, ella cayó de rodillas cerca de la mesa. Él la dejó apoyada en una pata y, arrastrando el colchón de la cama, lo colocó debajo de la mesa, desplegando todas sus energías para colocar a la débil mujer bajo la protección del pesado tablero de roble. En torno a aquel improvisado refugio colocó su maleta y cuanto había de peso o volumen en la habitación, a modo de parapeto.

Desde lo alto, el fantasmal alarido se repitió, torturando nuevamente sus nervios. Rick se colocó junto a la mujer, bajo la mesa, protegiéndola mientras esperaba el nuevo estallido.

Esta vez fue menos intenso. El colchón amortiguó la mayor parte de las vibraciones. El parapeto, por llamarlo de alguna manera, había absorbido el ruido. La bomba debió de caer más lejos o bien había ido a perderse en la campiña. La vieja casa crujió. Se hubiese dicho que una excavadora a vapor se había vuelto loca y lanzaba sobre la fachada norte enormes paletadas de tierra. Rick oyó un ruido de cristales rotos y dio gracias a la providencia por haber tenido la precaución de cubrir las ventanas con los pesados cortinajes.

La joven se estrechó contra él. Él se apartó un poco y sonrió en la sombra cuando vio que ella seguía sus movimientos en unión perfecta, con el fin de continuar unida a él como en el instante anterior.

—No tenga miedo —murmuró él—, no la abandonaría ni aunque quisiera.

Estas palabras eran más verdaderas de lo que él podía imaginar. Una emoción más fuerte que el pensamiento le agitaba desde la punta de los dedos hasta el cerebro, mientras sus manos se ceñían sobre la espalda de la asustada desconocida.

Otro nuevo gemido rasgó la noche: fue un gemido tan impresionante que pareció que todos los otros habían sido simplemente su preludio. Esta vez la intensidad del sonido no podía indicar más que una cosa: un golpe directo. Ambos se abrazaron. Esperaron en la sombra. Más tarde, mucho más tarde, cuando sus recuerdos pudieron ser recapitulados, él cayó en la cuenta de que sus labios se habían unido mientras aguardaban.

El choque que mantenía sus nervios en tensión se produjo: la bomba acababa de atravesar el techo del garaje de al lado. Ningún otro ruido siguió a éste más que el de un blando murmullo de paredes desmoronadas. Después, el silencio cayó sobre sus nervios como un bálsamo.

Winter se oyó a sí mismo gritar al oído de su compañera:

—¡No ha estallado!

Pero la joven continuaba echada a su lado, con el cuerpo agitado convulsivamente. Él la sujetó por los hombros, sabiendo que nada mejor había para ella que lágrimas. La dejó llorar y al cabo de un rato le levantó la cabeza, apoyando su mejilla contra la de ella, mientras besaba las lágrimas con frases entrecortadas de consuelo:

—No ha pasado nada, tranquilícese. No ha sido nada. Me parece que ya ha pasado. Alguien que nos ha protegido. La verdad es que hubiera tenido muy mala pata que nos hubiésemos dejado matar, precisamente la noche en que nos hemos conocido.

Pero él ya sabía que las palabras no significaban nada en aquel momento. El abandono del cuerpo que se adaptaba al suyo le infundía en las venas una ardiente debilidad, debilidad y fuego... Sus labios abandonaron la húmeda mejilla y se posaron sobre una boca que ni resistía ni respondía. Después los sollozos se detuvieron. Y, bajo la de Rick, la boca de la joven se animó...

En efecto, no hubo más explosiones aunque los reflectores continuasen su búsqueda en el cielo. A muchos miles de metros de altura, allí donde el oxígeno desaparece, los pilotos debían de colocarse las máscaras y poner proa a los aeródromos del otro lado del Canal de la Mancha. En algún lado, en los campos, con toda seguridad que humeantes armazones gigantescos marcarían los lugares donde habían caído los aviones derribados por la defensa antiaérea. En la lejanía sonó la última salva de cañonazos y luego se restableció el silencio. En la habitación del desierto chalet reinaba un silencio absoluto. Tan sólo un romántico podía ser capaz de turbar con palabras aquella paz mágica. Y fue con versos de Browning. Rick los murmuró casi instintivamente; le habían venido a la memoria y a los labios mientras acariciaba los cabellos de la joven:

*A voice said in mastery while I strove...
s now who holds thee? — Death, I said.
here, The silver answer rang...*

Ella murmuró el final del soneto, y él supo así que el encanto no se había roto:

The silver, answer rang... Not Death, but Love.^[9]

La voz se apagó bajo los besos de Rick. La noche se había ceñido a ellos dos sumergiéndolos en la gloria. No existía más sonido que la apasionada palpitación de dos corazones.

Capítulo VIII

Despertar solitario

Un puño golpeó furiosamente la puerta. Rick se incorporó en el colchón y maldijo violentamente cuando su cabeza encontró el techo de madera formado por la mesa. Con los párpados pesados de sueño se incorporó y anduvo titubeando a través de los bultos colocados en el improvisado refugio. Cuando pudo encontrar el camino de la puerta a través de los mil obstáculos intercalados ante ella, preguntó:

—¿Quién es?

—Soy yo, jefe.

Reconoció a su ordenanza, Manny Ebstein.

—¡Imbécil! Es que no tienes cabeza para...

—No es culpa mía, capitán. Me mandan.

Rick había abierto la puerta y, ocultando la habitación a los ojos de Manny, le miró con aire interrogador.

El cabo Ebstein, en rígida posición de firme, presentaba la más concienzuda imitación de un saludo. Estaba con Rick Winter desde una memorable jornada en que los hábiles dedos del capitán pudieron suturar la arteria que una granada enemiga había cortado en el cuerpo de Manny. Inmediatamente, el capitán lo llevó con sus propios brazos al lugar donde podía encontrarse una ambulancia. Manny le debía la vida.

El año anterior, en Estados Unidos, aquel mismo Manny Ebstein había firmado, como lo más natural del mundo, su alistamiento voluntario en el Hospital de Campaña. Rick no ignoraba que, de vez en cuando, Manny suspiraba por la lejanía de Brooklyn y por su ignorancia sobre el resultado de los partidos de béisbol y los éxitos de sus jugadores favoritos. El aspecto de Manny no era precisamente marcial, tenía la mandíbula caída y un aire típicamente raquítico. Según la proximidad del día de paga y el nivel de su barómetro alcohólico, Manny parecía ora un enterrador, ora un cómico de la legua después de una representación triunfal. De todas maneras, en aquel momento Manny Ebstein era el espejo de la más sincera preocupación.

—¿Seguro de que todo va bien por aquí, capitán?

—Deberías saber ya que ésta no es una pregunta que se me pueda hacer antes del mediodía.

Con una mano en el brazo de su asistente, Rick fue en su compañía hasta la calle. Una lívida claridad que quería imitar el alba diluía los techos de las casas. Sin embargo, había la suficiente luz para distinguir los campos vecinos. En un bosque de alerces, al otro lado del río, troncos medio calcinados se alzaban al cielo en torno a un cráter negruzco. A lo largo de la calle, en el lugar donde la misma hacía una esquina antes de atravesar la vía férrea en dirección al campo de acuartelamiento, un *jeep* estaba detenido, cargado hasta los topes con diversos efectos militares.

Antes incluso de formular la pregunta ya sabía él cuál era la respuesta:

—¡No me digas que nos vamos!

—El C. O.^[10] no me ha hecho confidencias —aseguró Manny ensayando su más bella sonrisa—, pero si me pregunta usted lo que pienso, le diré que es asquerosamente probable.

—¿Y ese *jeep*?

—Parece necesario que le lleve a usted inmediatamente al P. G.^[11]. Inmediatamente después debo recoger las máscaras antigás en el puerto. ¿Le aclara a usted las ideas todo esto?

—Espérame aquí mismo. Vuelvo dentro de cinco minutos.

Se metió en la habitación y de un golpe cerró la puerta tras él. Tendió la mano hacia el conmutador de la luz. La guerra no concedía tiempo para despedidas gentiles ni para adioses románticos. La pequeña habitación le pareció, a la luz de la lámpara del techo, un barco medio desmantelado. Rick parpadeó ante los desconchados, el polvo y los pedazos de mampostería que, junto con cristales rotos, cubrían el suelo: no había duda de que la mesa les había salvado la vida, a él y a su compañera.

Pero se dio cuenta de que estaba solo. De la visitante no quedaba el menor rastro. Comprendió que le había abandonado cuando él, ganado por el sueño, había perdido la conciencia de todo lo que sucedía en torno.

Se lanzó al interior del improvisado refugio y al no encontrar nada allí dio un enfurecido puntapié a la mesa, lanzándola contra la pared. Como un poseso empezó a dar golpes a cuanto le rodeaba, tratando de encontrarla como si fuese un objeto perdido entre la maraña de objetos que cubrían la habitación. Abrió la boca para llamarla y recordó que ni siquiera sabía el nombre de la ausente. Ni conocía su cara. Sólo podía recordar vagamente el color de sus cabellos.

El timbre del teléfono le devolvió la serenidad. Hizo un esfuerzo para que su voz sonase con claridad:

—El capitán Winter al aparato.

—Hola, Rick.

Era Bill, su compañero de habitación; el comandante Bill Coffin, especialista en cirugía cerebral.

—¡No intentarás decirme que has estado durmiendo durante la visita de los alemanes!...

—¡Como una marmota!

Rick esperaba que su voz pareciese completamente natural. Bill había estado de guardia y no había tenido ningún medio de saber si su camarada había dormido solo o acompañado.

—¿Está Manny en el coche?

—Está esperando a que me vista.

—Así me gusta. Dile que cargue mi equipaje junto con el tuyo. Yo no podré volver a casa.

Rick echó un vistazo a la habitación en desorden. A pesar suyo, tuvo que sonreír.

—Salvaremos lo que podamos, compañero. ¿Puedes decirme lo que pasa?

—Utiliza tu inteligencia, capitán —dijo Bill Coffin.

Una vez que hubo colgado el teléfono, Rick se puso a pensar que en su calidad de cirujano jefe de sección, es decir, el cargo siguiente al de cirujano jefe, le esperaba una dura jornada. Le incumbía la responsabilidad de todo el equipo quirúrgico de su unidad. Pero en cuanto su espíritu se hubiese ajustado a la realidad, ese trabajo sería bien acogido. Por el momento, se dedicó a revolver entre los trastos que ocupaban el suelo de la habitación, más que por necesidad de arreglarlo, por afán de encontrar alguna traza de la desaparecida.

Por fin tuvo que rendirse a la evidencia: no quedaba más testimonio de la presencia de la desconocida que la capa de piel que con sorpresa halló debajo de la cama. Todavía guardaba un fantasma de su presencia, el fantasma de su perfume. La llevó hasta la ventana para examinarla como lo hubiese hecho un detective: era una elegante capa nueva, con una orgullosa marca de una tienda de la Quinta Avenida y un pañuelo cuidadosamente doblado en el bolsillo. Examinó el forro detenidamente hasta que descubrió un imperceptible monograma bordado en oro en la parte interior del cuello: eran tres letras marcadas en un jeroglífico que ningún criptógrafo hubiera sido capaz de desentrañar.

Manny llamó a la puerta, menos ruidosamente esta vez:

—¿Está usted solo ahí dentro, jefe?

—Absolutamente solo —murmuró Rick, y le abrió.

—Parece que se prepara un gran día, capitán. Por lo tanto, yo he pensado...

Rick echó la capa en una maleta y colocó encima unos cuantos trajes suyos.

—¡Dímelo aquí, Manny! Dime lo que hayas pensado mientras me ayudas a hacer el equipaje. Será más cómodo.

Dispuesto ya para irse, Rick se dio cuenta de que le faltaba la trinchera. ¿Dónde estaría? Hubiera jurado que la había visto por la tarde... De pronto se le ocurrió cuál podía ser su paradero. La desconocida había tenido que dejar la capa para no llamar la atención, llevándose, en cambio, la trinchera, bajo la cual podía ocultar perfectamente el traje de noche.

Un recuerdo a cambio de otro...

Capítulo IX

Camino a lo desconocido y al olvido de la desconocida

La noche anterior, la noche del baile, el coronel Amos Blaine apareció con su uniforme de gala como un pastel de Navidad. Ahora, con el uniforme de campaña y el águila dorada rutilante sobre la gorra de tropa de Ultramar, parecía realmente un soldado hasta la última pulgada de su vasta superficie. Su oficina era en aquella gris madrugada un centro perfectamente organizado que le tenía por alma y por motor. Tras su mesa de despacho, dos máquinas de escribir trepidaban como ametralladoras servidas por mecanógrafas de la W. A. A. C.^[12]

La oficina del 95.º, la de al lado, era un caos ordenado. De no haber sido por los uniformes, cualquier visitante hubiera creído que se encontraba en una agencia de la Western Unión en víspera de Navidad. Ante la mesa del coronel, el comandante Bill Coffin estaba rígidamente cuadrado. Su prominente mentón de luchador nato formaba curiosos contrastes con sus ojos de investigador, de hombre de ciencia, brillantes tras los cristales de las gafas. Cuando oyó el taconazo de Richard Winter olvidó todo el decoro debido al jefe y giró sobre los talones para dar un amable puñetazo en la espalda de su camarada.

—¡Despiértate, indio! ¿No te has enterado de la noticia?

—Sí, el coronel no tiene necesidad de ti —contestó Rick con suavidad.

Bill recordó su uniforme y volvió a cuadrarse ante el jefe.

—Discúlpeme, señor.

Amos Blaine levantó la cabeza y se echó a reír de buena gana.

—Váyase a lo suyo, Bill; usted le conoce mejor que yo.

Cuando Bill hubo abandonado la pieza, todavía se reía alegremente.

—Y ahora, Rick, ¿será necesario que le informe a usted?

—¿Nos vamos, señor?

—Hoy mismo al mediodía. Nos vamos todos. ¿Cree usted que podremos estar listos para embarcar a esa hora?

—Si usted pone a mi servicio al teniente Adams, para los trabajos burocráticos, y a Manny para aquello que pida esfuerzo corporal, yo creo que

sí.

—Ambos le pertenecen —dijo plácidamente el coronel—. Adams está a bordo de nuestro buque, registrando la entrada de material. Manny, por su parte, organiza el escuadrón de zapadores encargados de derribar los barracones. Siéntese, Rick; estas damas mecanógrafas no se dejan impresionar por nada.

—Al mediodía salimos... No puede decirse que sobre tiempo —dijo Rick.

—En efecto. Sin embargo, teniendo en cuenta todo el barullo del papeleo, yo no creo que llevemos anclas antes del atardecer. Por otra parte, estamos demasiado cerca de la costa alemana de la Mancha para salir de día.

—En cualquier caso, no creo que sea un viaje confortable, señor. ¿No cree usted que el bombardeo de anoche...?

—Simple casualidad. Los alemanes saben que hay algo en el aire, pero no saben qué.

—¿Ha habido daños en el campo?

—Estábamos escondidos a la perfección. Se han incendiado algunos almacenes del depósito británico, hacia el norte. Me ha parecido oír decir que el pueblo ha escapado de milagro. ¿No se había acostado usted todavía?

—Pude dormir en paz; gracias, señor.

¿Cómo descubrirle al viejo Amos la sorprendente noche que había pasado? ¿Qué cara hubiese puesto el viejo militar si le hubiese dicho que iba a cambiar su manera de vivir de una vez para todas? El coronel estaba hablando ahora de vacunas. ¿Qué decía precisamente?

Rick prestó toda su atención.

—¿Las vacunas, coronel?

—No me diga que no las ha aplicado todas.

—Faltan escasamente media docena de inyecciones antitíficas, señor. Las pondremos a bordo.

El coronel asintió.

—Por nuestra parte está todo preparado. Me pregunto qué será de la señorita Adams. No sé si ella queda excluida de nuestra jurisdicción. Si no estoy equivocado, los corresponsales de guerra están vacunados absolutamente contra todo. ¿Quiere hacer el favor de comprobar sus certificados para asegurarse?

Linda Adams... también se diría que era una figura de blanco. Igual que la desconocida de la noche. Gallarda, esbelta, alta, de aire patricio. Como la desconocida... ¿Sería capaz de haberle seguido después de dejarle tan violentamente en la galería del club? Esta suposición era poco verosímil.

Linda le detestaba, tanto por los consejos que había dado a Terry, como por la forma en que le había arrancado un beso. Pero Rick conocía bastante a las mujeres para saber que no la conocía totalmente. Sonrió por primera vez en todo el día.

—Yo diría que la señorita Adams está inmunizada...

—Parece que lo dice con amargura. Para una vez que tiene usted entre manos un asunto importante...

El coronel se echó a reír al recordar la discusión de la noche anterior. Rick le contempló con admiración afectuosa, pensando que también Wellington en Waterloo bromeaba con sus oficiales. La guerra, en resumen, podía ser soportable si conservaba el sentido del humor.

—Dejo a la dama en sus manos, capitán. ¿Alguna pregunta más?

—Ninguna, señor. ¿He de ir a recibir órdenes del comandante?

—El comandante Strang está ahí, en la puerta de al lado. Eficaz y activo, a su manera.

A pesar del alboroto de las máquinas de escribir, el coronel había bajado la voz. Rick apreció de nuevo la camaradería real que los unía, a pesar de su diferencia de graduación; era algo así como la tranquila alianza de los soldados contra un paisano de uniforme.

—Después de los tirones de moños que ustedes se dieron anoche —dijo Amos—, le aconsejaría que se mantuviese en lo sucesivo fuera del camino del comandante Strang, por lo menos durante algún tiempo. Usted tendrá suficiente trabajo en los muelles de embarque para que gaste sus energías en otras actividades.

—¿Puedo preguntarle cuál es la biografía de nuestro buque transporte?

—En tiempos pasados fue el *Reina de las Bermudas*... Hacía cruceros de placer. En la actualidad, vestido de gris, estoy seguro de que pondrá el mismo entusiasmo en llevar nuestras tropas. Sabe que comparte la suerte de sus pasajeros —con la palma de la mano el coronel dio un golpe en su mesa—. Esta vez, muchacho, vamos a la guerra. Y a una guerra de gran estilo. Puede usted empezar a prepararse.

El saludo de Rick fue una maravilla de rígida corrección: un jefe de protocolo no hubiera encontrado el más pequeño defecto en él.

Una vez en el vestíbulo, se detuvo para examinar un importante asunto. Para estudiarlo detenidamente, ¿iría o no a pedir a Amos que le concediese una hora de permiso, inmediatamente? Terry y Manny Ebstein podían desenvolverse perfectamente sin él. Y, en realidad, él no necesitaría más de una hora para explorar el pueblo a fondo y encontrarla.

Y la encontraría si era inglesa. Pero ¿y si no lo fuese?

La etiqueta de la capa de pieles indicaba que había sido adquirida en la mejor casa de la Quinta Avenida, de Nueva York. Sería, pues, americana. ¿Y si perteneciese a su propia unidad? ¿Carolyn Rycroft? ¿O incluso aquella huri atractiva y servicial que se llamaba Gina Cole? Ambas habían ido vestidas de blanco al baile del club. Tal vez una de ellas, en aquel mismo momento, le estuviera mirando a través de la ventana del pabellón de las enfermeras. Se preguntó qué cabría hacer. Y se decidió pronto. Con paso vivo salió al campo y, a plena luz, bordeó la hilera de *jeeps* estacionados ante los edificios de la Administración. Sus ojos no descansaban, pero no pudo ni siquiera adivinar la presencia de la desconocida de la noche. Concluyó que, si llegaba algún día a conocerla, sólo sería cuando y como ella quisiese; es decir, en las condiciones que ella escogiera.

Una joven de los Servicios Auxiliares, correctísimamente uniformada, se había cuadrado ante la portezuela abierta de su *jeep*. Le saludó con precisión y él le contestó de la misma manera mientras saltaba al interior del coche con toda la energía de un bombero que responde a la voz de alarma.

Al ir a sentarse, se dio cuenta de que Terry Adams estaba al otro lado.

—Precisamente iba a pedirte órdenes cuando te he visto que venías hacia aquí.

La señorita-chófer se informó según las fórmulas aprendidas en Fort Des Moines:

—¿Puedo preguntarle adónde va, capitán?

—Muelle cuatro, por favor —dijo Rick—. Después el teniente le dirá dónde ha de dirigirse.

El *jeep* sacudió briosamente sus vértebras y salió de la línea como una bala de cañón. Rick encendió un cigarrillo.

—¿Qué efecto te ha producido la noticia, chico?

—Opino —dijo Terry— que el día se presenta estupendo para un viaje por mar. No es frecuente que Inglaterra nos ofrezca mañanas tan puras.

Todo rastro de la tensión nerviosa de la víspera había desaparecido de su voz. Rick, contemplándolo de cerca, se preguntó si había seguido su consejo en cuanto al uso de un sedante. O bien si, por el contrario, habría exigido de sus nervios un esfuerzo mayor, ahora que la espera había terminado. Tal vez Terry Adams hubiera adoptado la misma solución. Finalmente, Rick decidió no enturbiar con preguntas la buena disposición del muchacho.

—He recibido una carta en el correo de esta mañana —dijo Terry—. De mi mujer. Ha empezado a trabajar en una fábrica de material de guerra.

Fábrica de aviones en Bridgeport.

«¡He ahí la solución! —pensó Rick—. ¡Amando a Mary como la ama, lo que hace es esforzarse en partir hacia la guerra con una sonrisa, para corresponder al sacrificio de ella al entrar también al servicio de la guerra!».

Rick tendió cordialmente la mano a Terry y se la estrechó con calor.

—¡Continúa siendo como eres, chico! En última instancia, tal vez cambies tú, pero ella no cambiará. Tal vez sea eso lo único que la guerra nos traiga.

—¿Y si yo no tuviese ninguna necesidad o no quisiera cambiar?

—Cambiarás igualmente. La guerra juega esa pasada incluso a los mejores de nosotros.

Rick aspiró profundamente el aire inglés. Era raro que lo encontrase tan sabroso, tan precioso, precisamente cuando iba a abandonarlo.

—Ensancha el pecho, chico. Es una hermosa mañana para cualquier cambio.

El *jeep* dio la vuelta a la esquina de un gran almacén y se dirigió sobre una acentuada pendiente de cemento, hacia los muelles. Por debajo de ellos el espectáculo era estimulante: incluso un profano hubiera adivinado que los dioses de la guerra se agitaban en aquellas profundidades. El aire estaba lleno con las vehementes protestas de las locomotoras, que reclamaban paso para ir a ponerse a la cabeza de los trenes de mercancías. Los hombres iban y venían por entre los grandes tinglados, como perros en día de caza. El *jeep* hizo marcha atrás para que pudiese continuar su marcha una larga columna de hombres vestidos de caqui: jóvenes soldados curtidos, con los ojos encendidos por una luz de júbilo que hubiese escandalizado a las caras gentes de allí, lejos del país... escandalizado, pero entusiasmado también... Cuando la que conducía dejó deslizarse el *jeep* a lo largo de la sonora calzada que llevaba al tinglado del 95.º, Rick se incorporó. El buque transporte encargado de albergar su unidad formaba, a contraluz, una sólida masa: tal como le había dicho el coronel, era, en efecto, una dama vestida completamente de gris, antaño miembro de la buena sociedad, pero que siempre había conservado el gusto por la aventura, el mismo gusto que la llevó a lo largo de las rutas de los cruceros de placer; era todavía una dama ágil y que no demostraba ninguna falsa vergüenza al admitir que llevaba a bordo un cañón.

De un salto, abandonó el coche y precedió a Terry por la pasarela, sabiendo que ya se encontraba camino de trabajar. Borraría de su espíritu a la desconocida de la noche, porque era el medio más sencillo y más rápido de olvidarla. Si le era posible.

Capítulo X

¿Quién lo hará mañana?

Como casi todas las mañanas inglesas de noviembre, aquélla cesó muy pronto de ser bella, y a la primera hora de la tarde una espesa niebla empapaba los muelles exactamente en el momento en que el 95.º Hospital americano de Campaña trasladaba con rápida cadencia sus efectivos al buque de transporte.

El capitán Richard Winter, manchado hasta los ojos como un mecánico, después de las largas horas pasadas con Terry en la bodega, estaba en pie en el extremo de la escala, con el fin de anotar los recién llegados. El 95.º viajaría con dos batallones voluntarios de infantería. Los soldados ya estaban a bordo, donde fueron instalados, de acuerdo con las escasas posibilidades de espacio, en literas superpuestas. Sería realmente difícil que pudieran volverse en ellas. A Winter le faltaba registrar el personal militar y sanitario para concluir el fastidioso pero inevitable trabajo: contemplando la gran lista que tenía en las manos, esbozó un gesto de cansancio. En el otro extremo de la pasarela, en el muelle, Manny Ebstein, con la espalda apoyada en un poste, bostezaba prodigiosamente. Su vida militar bajo más de una bandera le había enseñado muchas cosas a Manny Ebstein, pero no el arte de permanecer firme. Sin embargo, el excampeón de béisbol había realizado esfuerzos considerables y Rick contuvo una reprimenda, incluso cuando Randall Strang pasó velozmente con una breve salutación. Los que aún tenían que subir a bordo estaban agrupados alrededor de los camiones que habían traído sus equipajes. Oficiales y enfermeras estaban autorizados a llevar el equipaje con que pudiesen cargar personalmente. Ni una pieza más sería admitida: el reglamento era de hierro. A un signo de Rick, Manny se sacudió, se incorporó y con apariencia de haberse despertado vagamente empezó a trabajar, cuando el batallón de enfermeras comenzó a desfilar por la escala inclinada que conducía hasta el puente del buque.

La misión de Manny era anunciar los nombres: Winter consignaría en la lista las personas que se presentaban:

—Adams, Linda...

Rick alzó la mano y la fila se detuvo. Nunca la había visto de uniforme: se dijo que se lo habría hecho en Bond Street, reducto de las elegancias militares. Su mirada la recorrió desde los zapatos de cabritilla francesa —a la vez femeninos y prácticos— hasta el gorro de las tropas de Ultramar, impertinentemente colocado sobre el dorado cobre de sus cabellos; la mirada también pasó por la línea de sus bien hechas piernas y por la guerrera perfectamente cortada, en cuya bocamanga llevaba, en letras de plata, en lugar de la insignia del cuerpo, las palabras *War correspondent*^[13]. «Es un verdadero cartel de reclutamiento», se dijo Rick con amargura. ¿Había tenido él verdaderamente en sus brazos, en la galería del club, aquel grabado en tricromía? La cosa, en tales momentos, le parecía increíble.

—¿Va usted a silbar, capitán? ¿O bien se trata de un examen oficial?

Linda hablaba con voz perfectamente fría. Rick sintió que se le subía la sangre a la cabeza.

—Parece que va en regla, señorita Adams. Suba a bordo, se lo ruego.

Ella llevaba dos maletas gemelas. Compradas en Bond Street, también, sin ninguna duda, cubiertas de etiquetas de diversos «Gran Hotel» desde Estocolmo a Singapur... Él se dio cuenta en seguida de que había dejado un maletín más pequeño en el muelle, al lado de Manny.

—Ahora volveré a recoger mi máquina de escribir —dijo ella—. ¿Querrá guardármela su asistente?

Rick sacudió la cabeza.

—Las señoritas periodistas están sometidas al reglamento general. Lo siento. Sólo se admite el equipaje que pueda llevar consigo.

Linda le miró unos instantes sin decir palabra. El casi vio llamear su cólera y se regocijó profundamente.

—¡Si insiste, capitán...! —Acompañando la acción a la palabra, ella bajó a tierra, se quitó el cinturón, lo pasó por las asas de una de las maletas y después por la de la máquina de escribir. Cerró el broche y se puso el cinto en banderola a la manera de los soldados; después cogió la otra maleta con la mano y subió por la pasarela hasta entrar en el puente. Un murmullo de risas sacudió la fila y Rick se volvió rápidamente, pero no pudo sorprender ni rastro de sonrisa en ninguno de los rostros levantados hacia él.

—Teniente Beattie, Bárbara; teniente Mail, Capson; teniente Cole, Gina...

Incluso con su capa de reglamento y sus blancos almidonados, Gina encontraba medio de resultar provocativa. Durante un breve instante malicioso, sus ojos exploraron los del capitán. Pedía sin duda una explicación por la ausencia de la víspera, cuando ella le esperó en el vestíbulo del hogar

de enfermeras. No pudo hacer otra cosa que poner una cruz al lado de su nombre, puesto que debía seguir el ritmo que Manny mantenía al leerlos y, con la cabeza, le indicó que pasase.

—Teniente Rycroft, Carolyn...

Sus rubios cabellos ponían en el tinglado del muelle una luz dorada; su sonrisa era puro encanto y dulzura tras la tentadora seducción que ejercía Gina Cole. ¿Sería ella la que se refugió en sus brazos la noche anterior durante el bombardeo?

—Teniente Fraser, Joan; teniente Enfield, Ellen...

El ritmo de cantinela con que Manny continuaba llamando era extrañamente sedante. Mientras terminaba su labor, el instinto le decía a Winter que su porvenir había ya franqueado la pasarela, que él encontraría medios de reemprender y proseguir la entrevista de la noche anterior.

Capítulo XI

Empieza la aventura

Gina Cole, que en la larga fila protestaba entre dientes con energía, pudo al fin dejar sus maletas en el suelo y echó una mirada malévola a la máscara de gas que le bailaba sobre el pecho.

—¿Por qué —gruñó— no pueden despedirnos con música? Damos la sensación de ir a un entierro...

Le seguía Carolyn, quien dijo:

—¿Te has fijado en el capitán Winter?

—¡Que si me he fijado! —dijo la aludida—. ¡Y no me he puesto poco contenta cuando la plumífera le ha dejado plantado! Me parece que empieza a tener la cabeza demasiado grande para la gorra.

Sus oscuros ojos examinaron la cubierta sin que se les escapase ni el discreto interés que dos marinos de guardia en la pasarela le dispensaban: después de todo, la vida a bordo tal vez fuera soportable.

El ejército ofrecía por el momento un aspecto de máxima seriedad, pero, por lo demás, presentaba una ventaja difícil de ser mejorada: estaba compuesto de hombres exclusivamente.

—¡Adelante! —dijo Carolyn—. No empieces a coquetear antes de saber siquiera dónde hemos de alojarnos.

Paso a paso la hilera ganaba terreno.

—No se trata de coqueteo —rectificó Gina—; es un simple examen. ¿Por qué no estudias tú también el campo? Tal vez permanezcamos mucho tiempo en esta cáscara de nuez. Se dice que nuestro destino es Australia, dando la vuelta por El Cabo.

—Pues yo he oído hablar de Noruega, y a pesar de eso no quiero explorar el campo.

—¿Has escogido ya? ¿Quién es?

—Nadie.

—Créelo o no, pero sé guardar un secreto. ¿No se tratará de nuestro querido Rick?

Carolyn no respondió con palabras, pero su precipitada respiración dijo bastante. Gina sonrió y avanzó un paso, sin salir de la fila. El aire despegado de la enfermera rubia no le engañó. Carolyn se había ausentado del baile durante un largo rato, y Gina empezaba a sospechar el motivo. ¿Sería posible que aquella infeliz, de grandes zapatones y con complejo de Ejército de Salvación, hubiera hecho lo que se imaginaba? Parecía increíble. Después de todo, nada era imposible en tiempo de guerra... ¡Pues bien! Carolyn podía guardar su secreto; ella continuaría siendo su amiga, por una excelente razón: no había ningún peligro de que la rubia enfermera quisiera competir con ella en sus veleidades amorosas.

Gina levantó la cabeza como un caballo de guerra que huele la pólvora. La fila había progresado hasta el punto de llegar al salón principal del barco, antaño lugar esplendoroso, con grandes columnas separadas por espejos. Los militares habían derribado los muros, pero todavía le quedaban restos de la antigua riqueza, los suficientes para recordar a Gina que aquel barco se había dedicado a cruceros de lujo.

Tal vez el encanto de otrora se hiciera más visible a la luz de la tarde. A menos que se equivocase, estaba convencida de que allí encontraría la horma de su zapato. Si no podía ser Rick Winter, se dedicaría a un simpático compañero irlandés. Una noche de luna y un rincón aislado en cubierta...

Una maleta chocó con sus piernas. Siguió la dirección avanzando hacia una escalera que se hundía en dirección a las cubiertas inferiores. Una enfermera exclamó:

—¿Será posible? ¿Será posible que nos pongan en el mismo sitio que los soldados?

—¡Estupenda ocasión que tendremos para ahogarnos juntos si nos torpedean! —repuso Gina, con serenidad—. Podréis salvaros a nado y aparecer en el submarino. ¿Os dais cuenta de la suerte que tendríais? Cincuenta hombres para una sola mujer y esa mujer puede ser cualquiera de nosotras. Evidentemente, tú —dijo señalando a la que había hablado antes—, no correrás ningún peligro, aunque fueses la única mujer a bordo del submarino...

—¡Si no cambias de tono, te acusaré de difamación!

Otra enfermera acabó la disputa:

—No os preocupéis por la natación, hijas mías. Mientras estemos a bordo tendremos que llevar un cinturón de salvamento.

La charla había conseguido calmar los nervios, y el buen humor ya reinaba entre ellas cuando penetraron en el estrecho pasillo del puente B,

donde un suboficial ordenaba la circulación.

—Los oficiales que continúen hacia delante; las enfermeras, por aquí.

Como siempre, Gina tuvo el comentario adecuado:

—Al menos, si nos ahogamos moriremos en buena compañía.

Las puertas de los camarotes estaban abiertas a lo largo del pasillo. La claridad gris del crepúsculo entraba por las portillas, las mismas portillas que serían atrancadas en cuanto el navío se hiciera a la mar.

—Señorita Adams, al número veintidós.

Linda Adams, sin abandonar su máquina de escribir, sonrió con gratitud al oficial que le indicaba su residencia temporal, en la que penetró de lado, como un cangrejo.

—Las tenientes Cole y Rycroft, al número veinte —repitió el oficial, quien añadió, después de haber deslizado sobre Gina una mirada experta:

—Un número del que me acordaré.

—¡Tan joven y ya está ahumado como una pipa vieja! —comentó Gina.

Tal frase no le impidió derramar sobre el joven una larga mirada de reojo antes de seguir a Carolyn a su alojamiento común: después de seis meses de servicio en el ejército había llegado a considerar tal género de observaciones como cumplimientos corteses.

Si el camarote no era grande, tampoco era más pequeño que la habitación que habían compartido en el pabellón de las enfermeras. Las literas superpuestas parecían cómodas y, lo que era más apreciable que todo lo demás, una puerta de comunicación que daba al cuarto de baño.

Gina lanzó su equipaje sobre la litera de abajo.

—Vamos a jugárnosla a suertes ahora mismo —dijo—. ¿Qué te parece si la compartimos con la periodista?

—¿Por qué no? Bastante contentas debíamos estar con que tengamos una ducha que compartir.

Gina se tendió en la litera y se dedicó a quitarse los zapatos por el sencillo procedimiento de lanzarlos al aire con sendos movimientos de los pies.

—Exactamente igual que Saddie Thompson en «Lluvia»^[14] —dijo Carolyn—, supongo que no tendrás la intención de imitar su ejemplo.

Los ojos de la aludida permanecían fijos en la puerta del cuarto de baño, tras la cual se había empezado a oír el insistente repiqueteo de la ducha.

—Nuestra joven y brillante periodista se comporta ya como si estuviese en su casa.

—Con seguridad que tiene necesidad de estar en el puente antes que levemos anclas —dijo Carolyn, ocupada en deshacer su equipaje—. No

olvides que deberá escribir sobre todo esto. Por nuestra parte, lo único que tendremos que hacer es vivirlo.

Gina habló como si no se diera cuenta de lo que decía:

—Voy a entrar inmediatamente ahí dentro para verla de cerca. Con el uniforme parece verdaderamente algo, veremos lo que parece sin él.

—¿Tienes miedo a la competencia?

—¡Psé!, todo podría ser. Por lo pronto, me pongo mi traje largo para la cena de esta noche.

—¿Sí? ¿Y el cinturón de salvamento? ¿Qué vas a hacer con él?

—¡Al diablo el submarino! ¡Y también mando al diablo los cinturones de salvamento!

Gina se quitó su blanco uniforme, se puso un peinador y penetró en el cuarto de baño armada con su sonrisa más delicadamente felina.

—¡Hola! ¡Aquí está su vecina!

Obediente a un impulso más fuerte que su buena educación, Carolyn se dirigió a la puerta, detrás de ella. «Después de todo —se dijo— somos tres camaradas de habitación. Y por casualidad a Gina se le ocurre sacar las uñas...».

—Espero que la invasión no le moleste —insinuó la venus de a bordo.

Le respondió una carcajada detrás de la puerta de la ducha. Carolyn pensó que había allí una mujer capaz de considerar todas las incidencias de la vida con fortaleza de espíritu y buen humor.

—Las invasiones son inevitables en tiempos de guerra —dijo Linda—. Si quiere usted utilizar la ducha, termino en seguida.

Efectivamente, en seguida abrió la puerta de cristales de la ducha y salió con tranquila indiferencia. Tenía una sugestiva y gallarda silueta, finos muslos, caderas firmes y pecho sólido y elegante. Durante un largo instante, Gina la valoró en silencio: Carolyn se dio cuenta de que la desenvoltura de Linda Adams había conseguido dispersar las últimas sospechas de su compañera. Aceptada por Gina Cole, la periodista se había convertido en una más.

—Cole es mi apellido. Cuando quieras me puedes llamar Gina. Y ahora mismo voy a ducharme.

Linda, que ya se había secado, se quitó el gorro de goma y sacudió sus cobrizos bucles.

—Se trata de aprovechar el tiempo. Yo había viajado tiempo atrás a bordo de este mismo buque: hacedme caso; en cuanto estemos en alta mar no podremos ducharnos más que con agua salada. Hay que aprovecharse ahora.

Como Venus que volviese al mar, Gina se encerró en la ducha.

Linda sonrió a Carolyn:

—Ven a visitar mi camarote. Todavía es más pequeño que el vuestro.

Con un poco de envidia contra aquella soltura de viajera experimentada, Carolyn siguió a su vecina. Por su parte no había podido habituarse a la vida tan agitada del 95.º. Una cierta modestia la estorbaba, pese a los tímidos esfuerzos que había hecho y hacía para ponerse al ritmo de Gina y de las demás. Debía tratarse de un residuo de sus hábitos de solterona adquiridos en sus días de enfermera en Nueva York, cuando vivía en un pisito con una cama armario y cuando no se acostaba jamás sin haber corrido cuidadosamente el cerrojo de la puerta.

A sus espaldas, la ducha tamboreaba enérgicamente. Pero, por encima del ruido del agua, se oyó la voluptuosa voz de contralto de Gina:

nadame, have you a daughter fair?

¿z-vous, parlez-vous...

madame, have you a daughter fair?

¿z-vous, parlez-vous, parlez-vous français?^[15]

En el pasillo sonó una voz masculina, la de un oficial probablemente, que al pasar acabó el verso:

Parlez-vous, parlez-vous, parlez-vous français?

El camarote de Linda estaba perfectamente instalado, como ocurre con todos los de los viajeros experimentados. A primera vista se daba uno cuenta de que allí vivía una persona habituada a los grandes hoteles, en aquel caso una mujer que había vivido y que sabía vivir según los horarios de los ferrocarriles y que no perdía el tiempo en preparativos demasiado minuciosos: sus dos maletas eran armarios en miniatura. Estaban abiertas y en sus tapaderas ofrecían el espectáculo de los trajes de Linda al alcance de la mano, y perfectamente distribuidos. La máquina de escribir, también abierta, estaba sobre una mesita, y a su lado se levantaba una pila de cuartillas con notas listas para su transcripción. Un cenicero de las Galerías Lafayette servía de pisapapeles.

—Recuerdo de mi primer viaje a París —dijo—. Lo llevo siempre conmigo como un amuleto.

Sin contestar Carolyn, ligeramente deprimida por tan impecable organización, miró lo que le rodeaba, apoyada en el resquicio de la puerta del cuarto de baño. Linda Adams había vivido sin duda una existencia excitante. Sin embargo, la enfermera sospechaba que también ella debía de sufrir por la soledad.

Su género de vida podía ser interesante, pero no le permitía anclar en ningún sitio fijo ni forjar amistades duraderas. Cuando se recorre el mundo a tal velocidad, recogiendo informaciones sensacionales para alimentar a una Prensa ávida, se tiene tiempo de poca cosa más. Se preguntó Carolyn si se había enamorado alguna vez aquella mujer, enamorado como lo había hecho ella misma, Carolyn Rycroft, lo estaba de Richard Winter.

Miró a Linda ir y venir en el estrecho camarote, preparando las diversas prendas del traje que iba a ponerse aquella noche. Mientras la contemplaba la invadió un raro sentimiento de culpabilidad al mismo tiempo que una indefinible impresión de bienestar. Realmente era algo muy bueno contemplar cara a cara y admitir el hecho de que el beso de Rick había proporcionado a su corazón un ritmo nuevo, considerablemente más vivo... También se dijo que era raro que ella se hubiese hecho esta consideración mirando a aquella elegante forastera vestirse para cenar, pero en seguida comprendió el porqué: había visto a Linda bailar en el club con Rick. ¿Sería posible que estuviese celosa? ¿Tan pronto? ¿Y por un motivo tan normal? Miró, entregándose a la melancolía, a Linda, mientras ésta se ponía una elegante y atrevida combinación parisiense y un traje de noche en crespón de China blanco.

—¿Crees que realmente podemos vestirnos para la cena?

Linda contestó con una carcajada, mientras la cabeza salía de entre los pliegues del traje:

—Éste es el único traje de sirena de que dispongo para la invasión actual. ¿Por qué no me lo he de poner mientras pueda? Completamente seguro que no saldremos del puerto antes de medianoche.

Mientras hablaba, las planchas del camarote vibraron bajo sus pies como si quisieran darle un mentís inmediato.

—No hagas caso; ahora lo que hacemos es navegar un poquitín hasta echar el ancla otra vez cerca de la bocana. Allí esperaremos hasta medianoche, a que llegue nuestro destructor de escolta. Si lo prefieres, puedo decirlo de otra manera: esta noche cenaremos sin los cinturones de salvamento.

Carolyn sonrió: celosa o no, no podía impedir un arrollador sentimiento de simpatía que le unía a aquella mujer.

—¿Tienes esmalte para las uñas, Adams?

—Llámame Linda. ¿Y tú cómo te llamas?

—Carolyn Rycroft.

La enfermera rubia ofreció una mano que la periodista estrechó calurosamente.

—Cógelo tú misma, Carolyn —dijo, mientras señalaba con un ademán un abundante surtido de frascos de plata. Luego agregó—: Casi todos los compré en París la víspera del día en que Hitler nos impidió comprar ya más. Seguro que tardaremos mucho tiempo en encontrarlos de nuevo. Tendremos que esperar a que París sea liberado.

Carolyn tuvo un movimiento de disculpa, como si rehusase aceptar aquel ofrecimiento de Linda:

—Pero todo esto es muy caro, es importado, y yo no querría...

Carolyn se sonrojó un poco al pensar en el esmalte de 0,95 que ella había empleado toda su vida. Pero no pudo continuar su triste reflexión, porque Linda Adams, que ya había cogido un frasco, se lo echó a través del camarote.

—¡Cógelo! ¡Durante mucho tiempo viviremos casi juntas, tendremos que compartirlo todo en una bolsa común! ¡Esa bolsa común también incluye el esmalte para las uñas!

Diez puertas más lejos, hacia la proa del barco, en otro camarote del mismo puente B, Terry Adams oyó también cómo vibraban los motores y se interrumpió en la tarea de deshacer su equipaje.

¡Así, pues, la aventura empezaba! El momento había llegado para el que estaba buscando los medios de calmar los nervios. Y ahora que el barco aproaba hacia la bocana del puerto, el muchacho se dio cuenta de que podía hacer frente al acontecimiento, casi con indiferencia. Un tumulto nuevo agitaba sus venas y le sostendría hasta que pudiese ver a Gina Cole.

Su espíritu dio una voltereta y le condujo de nuevo al baile de la noche anterior. Le devolvió el recuerdo de aquel cuerpo cálido que tan exactamente se adaptaba al suyo, mientras bailaban en la galería del club. Casi podía volver a oír sus palabras en la sombra:

—No, Terry, seamos prudentes.

—Yo no puedo impedir que me gustes.

—Gracias por ese piropo, pero...

—Pero ¿qué, cariño?

¡Qué pronto había reencontrado el vocabulario del amor! Desde que besó a su mujer por última vez en la tarde en que se despidieron, seis meses atrás, ninguna otra mujer le había oído pronunciar la palabra «cariño». Pero la noche anterior las palabras se le escaparon casi sin querer.

Ella cuchicheó:

—¿Cuándo te fijaste en mí?

—Siempre.

Bien sabía Dios que aquella contestación era exacta, si por «siempre» se podía entender la eternidad que había transcurrido desde que se separó de Mary. La verdad es que él deseaba cualquier cosa... Cualquier cosa parecida a Gina Cole; en suma..., algo que le aplacase aquel deseo. Y él había murmurado:

—Vamos al pueblo, ahora.

—Ya te he dicho que tengo una cita con un compañero de armas tuyo. ¿Lo habías olvidado?

—Bueno. Pero entonces, ¿cuándo?

—Mañana, tal vez...

—¿Mañana? Dicen que embarcaremos mañana. ¿Nos veremos a bordo?

—Sí, allí nos encontraremos y me dirás el número de tu camarote.

En aquel instante su sangre circuló más de prisa. Le había hablado con tanta tranquilidad, tan naturalmente...

Fue entonces cuando ella le permitió que le diera un beso. Un beso muy largo. Después se volvió corriendo hacia el club y hacia el baile.

Terry Adams cesó de medir el camarote arriba y abajo y dio un puñetazo en la litera. ¿Habría olvidado ella su promesa? ¿Iría realmente a buscarle a su camarote? ¿Qué diría ella si le contase que en aquel mismo buque, en los tiempos en que era un barco de lujo para turistas, él había hecho su viaje de bodas a las Indias Occidentales?

¡Él y Mary habían bailado en aquel mismo salón del puente superior, hacía muy pocos años! ¡Y ahora se preparaba con la mayor sangre fría a destruir aquellos recuerdos! Todo para poder ofrecer al mundo un rostro sin tormento. Para poder hacer su trabajo con una mano que no temblase... El deseo era una vida apremiante y silenciosa dentro de él. Como un león encadenado que sabía que su hora estaba próxima. Sólo importaba la noche que se acercaba. La noche, sinónimo de Gina y de sosiego.

Capítulo XII

El hombre perdido y salvado antes de la batalla

En el corredor del puente B, las luces, de un color azulado oscuro, estaban encendidas. En el exterior reinaba una tenue claridad crepuscular, a cuya luz el transporte se acercaba lentamente a su fondeadero de la bocana.

Rick, que, desde su embarque, había trabajado sin cesar en las distintas necesidades administrativas, tuvo que realizar un cierto esfuerzo para adaptar sus ojos a la difusa claridad del pasillo después de haber pasado tanto tiempo leyendo y escribiendo a la luz de una lámpara de mesa. Strang le había ayudado durante algún tiempo con su habitual y seca eficacia, tras lo cual se retiró a su camarote para descabezar un sueño, habitual también en él, antes de la cena, tal como conviene a un cirujano cuyo estado físico y energías deben mantenerse en perfecto estado. Al principio, Rick creyó que era el jefe quien le esperaba ante la puerta de su camarote, pero en seguida reconoció a Weldom, el cirujano agregado al buque, y su rostro se abrió en una cordial sonrisa. El comandante Weldom, amigo desde los tiempos de estudio, le recibió con los brazos abiertos.

—He creído que te echaría el guante más aprisa y con más seguridad si montaba la guardia aquí —le saludó el médico—. ¿No estás muy cansado para echarme una mano?

—A sus órdenes, doctor. ¿De qué se trata?

—Creo que de una perforación.

Como si fuese un peso visible, el cansancio se desprendió de los hombros de Winter: eso era lo que sus manos, nerviosas, esperaban desde por la mañana. Una batalla nueva contra el viejo enemigo, una batalla que le permitiría canalizar sus pensamientos y su energía. Otra ocupación, mejor, que le permitiría borrar el obsesionante recuerdo de la desconocida de la noche.

—¿Y por qué no eres tú...?

Weldom, sin dejarle hablar más, le levantó el índice de la mano derecha:

—Me lo aplasté ayer con un martillo. Con él no podría hacer nada bueno.

Descendieron al hospital del barco, perfectamente aislado en medio de la estructura, fácilmente accesible desde todos los sitios y en el lugar más distante de las superficies amenazadas por los posibles bombardeos. Los buques transportes de la segunda guerra estaban todos provistos de salas semejantes, tan perfectamente equipados como cualquier instalación análoga de tierra firme. Además de las dos salas de operaciones gemelas, había una instalación de aparatos de rayos X portátiles y un laboratorio perfectamente equipado. A cada lado de este «centro» técnico se abrían dos salas, visiblemente cómodas, destinadas a recibir a los enfermos. Todavía no se había hecho público, pero aquellos buques transportes, y concretamente aquél, estaban destinados a servir de hospitales flotantes durante el viaje de regreso. De no ser por el ligerísimo balanceo del suelo, Rick se hubiera creído en su propio hospital... Posó en torno suyo una mirada de interés y su sonrisa fue el mejor elogio.

—No me digas que estáis organizados para una urgencia en estos momentos...

—Estamos organizados para urgencias durante las veinticuatro horas del día —contestó Weldom—. ¿Quieres ver a nuestro hombre?

El soldado estaba instalado en una litera del costado de estribor. Era un muchacho rubio, alto, en cuyo rostro se reflejaba la agonía contra la cual había que defenderle. Sus labios estaban exangües; sus ojos, apagados por el sufrimiento. Una sola mirada le bastó a Rick para comprobar que estaba en el trance más difícil de la batalla.

—Dame el historial clínico, por favor.

—Dolor abdominal súbito hace... —Weldom consultó el gráfico que había a los pies de la cama— hace seis horas. No dijo nada para que no le impidiesen subir a bordo.

La triste sonrisa comprensiva de Weldom pasó a Rick y al paciente, inerte ante ellos.

—No lo dijo hasta que llevamos anclas.

Rick movió la cabeza con pesadumbre. Era la vieja historia del heroísmo temerario con aire romántico. Soldados más viejos que aquel chicuelo (y presumiblemente más experimentados), habían muerto antes que él por haber querido también, deliberadamente, ocultar una enfermedad.

Puso una mano en el dolorido abdomen. Fue un tacto ligero, casi imperceptible, apenas hacía otra cosa que rozar la piel, y que, sin embargo, le decía mucho sobre los órganos que percibía. Resultaba elemental el diagnóstico. La rigidez de madera del vientre no podía significar otra cosa que

perforación. Y, sin embargo... Sin embargo no parecía tratarse de un tipo habitual de perforación, debido a úlcera de estómago o duodeno.

—¿Dónde te empezó el dolor?

Sin dudar un solo instante, la mano del enfermo señaló el ombligo:

—Exactamente por aquí, doctor. Al principio creí que me había hecho daño algo que había comido.

—¿Has tenido vómitos?

El soldado asintió con un débil movimiento de cabeza:

—Sí. Dos veces. Hace cosa de dos horas.

Rick se volvió hacia el comandante:

—¿Qué ha dado la fórmula hemática?

—Veinte mil leucocitos —contestó Weldom.

El cuadro de la perforación se concretaba. Sin embargo, era precisa alguna prueba más para establecer el diagnóstico, y Weldom ya había pensado en ello.

—Hemos hecho una radiografía, hace pocos minutos, Rick. Vamos a verla.

En el cuarto oscuro, el encargado les mostró la película. Lo que buscaban estaba allí perfectamente claro: una pequeña superficie clara un poco más arriba del diafragma. Una superficie menos opaca que el tejido que la envolvía, puesto que contenía aire, prueba irrefutable de perforación.

Rick dijo concisamente:

—Opino que hay que operarle inmediatamente, comandante.

—Tú eres quien manda, Rick. Da órdenes.

—¿Cómo nos lo arreglaremos para las luces?

—El quirófano está completamente aislado del exterior. No hay posibilidad alguna de que se vean las luces desde fuera.

Weldom siguió a Rick por el pasillo.

—¿Qué crees que es? ¿Úlcera?

—Es difícil decirlo. Yo me inclino por un divertículo de Meckel^[16].

Los ojos de Weldom brillaron mientras murmuraba:

—Es un diagnóstico audaz, camarada. ¿Quieres que hagamos una apuesta?

Rick aceptó y ambos se contemplaron, sonriendo con buen humor:

—Tomaremos una cerveza antes de cenar, ¿vale?

Mientras se vestía para pasar al quirófano, Rick pensó que aquel buque transporte no se parecía a los de las otras guerras. Durante éstas, una perforación como aquélla, e incluso una simple apendicitis, habría significado

la muerte segura para la víctima. Modernamente, un hospital acompañaba a los soldados a la batalla, y, refugio flotante, los atendía todo el tiempo que fuese necesario. Evidentemente, subsistían ciertas cosas que ni la ciencia podía prever, pero la verdad es que la ciencia se había puesto a la altura de las circunstancias. El hombre caído en el combate, realmente, no merecía menos.

Un muchacho con mala suerte. Camino de la gran aventura de su vida, había sido detenido por un simple accidente orgánico. No tan simple de todos modos. Las perforaciones de esos raros divertículos que a veces se desarrollan en el intestino delgado durante el crecimiento del embrión no son frecuentes. En el embrión existe comunicación entre el intestino y la membrana vitelina, de donde el feto obtiene su alimento hasta que es capaz de recibirlo de la sangre materna. Según lo que dicen los manuales, sucede que, a veces, un divertículo subsiste en forma de pequeño saco que continúa en estado rudimentario y que puede contener, por ejemplo, tejido gástrico y es apto para ulcerarse y después perforarse, permitiendo, en consecuencia, que la materia contenida en el intestino se difunda por el organismo y desarrolle infecciones en la cavidad abdominal, caso en el cual la vida del paciente está gravemente amenazada. Lo único que puede salvarle es la cirugía aplicada a tiempo.

Weldom se puso también a vestirse para la operación:

—¿No tienes inconveniente en que asista?

—Precisamente iba a decírtelo, comandante.

—Una enfermera se ha ofrecido voluntariamente, a fin de que te sientas como en tu propia casa —dijo Weldom sonriente, mientras empezaba a cepillarse las manos.

Rick se reunió con él en los inmaculados lavabos. En realidad apenas se había dado cuenta de las palabras pronunciadas por su amigo. Su atención estaba enteramente absorbida por el trabajo que debía desarrollar. Ni siquiera levantó los ojos cuando un soldado accionó los conmutadores de las lámparas de la sala de operaciones, cuyo reflejo bañó con claridad dramática el antequirófano en que se encontraban. Una enfermera, con la blanca máscara hasta los ojos, alineaba los instrumentos en una mesa, y colocaba las suturas en las agujas. Mientras extendía los brazos para que le colocaran la blusa esterilizada, Rick la saludó distraídamente.

Pronto se encontró ante un cuadro familiar: un rectángulo de piel embadurnado de mercurocromo, las cuatro pinzas sujetando exactamente los cuatro ángulos de las gasas, el pecho del enfermo subiendo y bajando con regularidad, el hilillo de gotas pardas deslizándose a través de la ampolla de

cristal del aparato del plasma, mientras que, más abajo, el fluido vital pasaba del tubo a la vena.

Tendió su mano enguantada de goma y la enfermera le puso en ella un bisturí, retrocediendo un paso después. De un golpe seguro, Rick cortó unos veinte centímetros de epidermis. Los pequeños vasos sangraron e inmediatamente fueron aplicadas esponjas de gasa sobre la superficie de la herida para detener la hemorragia.

Excepto por alguna palabra que otra murmurada para solicitar un instrumento, un silencio completo reinaba en la sala. De vez en cuando se oía indistintamente el chasquido de las pinzas al cerrarse. La enfermera, infatigable autómatas, se movía activamente a su lado, entregándole con rapidez y exactitud los instrumentos o las esponjas que le solicitaba.

En seguida, con la ayuda de un nuevo bisturí, escindió la capa muscular y descubrió el peritoneo: la superficie era a la vez grisácea e inflamada. Ni un solo rastro de su brillo normal. Rick miró a Weldom, quien hizo un movimiento de aquiescencia:

—Perforación, sin duda.

—En seguida vamos a descubrir el origen.

Rick levantó el peritoneo, apartando los órganos que envuelve, e incidió ligeramente la fina membrana: lo que vio le hizo ampliar la abertura hacia arriba y hacia abajo con el fin de descubrir la cavidad abdominal.

—Succión.

Un fluido amarillento en el que flotaban restos digestivos salió por la herida: el motor de la máquina de succión empezó a funcionar. Weldom limpió la herida y vieron que los intestinos estaban inflamados y rojos; por un lado y otro, entre los pliegues, aparecía una espesa supuración, signo característico de una perforación en algún lugar inmediato.

Rick situó un retractor en el borde superior de la incisión, que su ayudante sostuvo; luego, con la más minuciosa atención, alzó el borde inferior del estómago y lo examinó detenidamente, hasta su delgada extremidad, el píloro, que comunica con el intestino delgado. Tal es el punto, de un par de centímetros cuadrados escasamente, donde se sitúan la mayor parte de las úlceras perforadas. Pero en aquel caso no se veía ni el menor asomo de úlcera. La cosa estaba clara.

Weldom comentó:

—Tengo la vaga idea de que has ganado la cerveza.

Rick siguió el trayecto intestinal, buscando el divertículo perforado, porque ahora ya tenía la absoluta seguridad de que a ello se debía todo el mal.

Cuando lo hubo descubierto supo al mismo tiempo que el divertículo no sería fácil de liberar, porque estaba situado en un lugar inaccesible a la vista. El organismo, como siempre, había intentado una defensa directa para tapar la perforación, y con esta finalidad había reunido alrededor del divertículo un par de asas terminales, lo cual, por otra parte, podía ocasionar un estrangulamiento intestinal de consecuencias desastrosas. La especie de túnica grasa cubre los órganos superficiales del abdomen, el epiplón, estaba también unido por adherencias al divertículo, de cuya perforación daba fe la secreción que llenaba la cavidad abdominal.

Después de algunos minutos de paciente trabajo, el cirujano pudo al fin localizar el órgano supernumerario, causa de todo el daño, y lo hizo salir a la luz del campo operatorio. Estaba en la parte inferior del intestino delgado y era una especie de apéndice de amplia base en cuyas paredes, maceradas por los jugos digestivos, se veía una abertura de bordes desgarrados.

Rick se incorporó con una luz de triunfo en los ojos: era una verdadera satisfacción verificar tan exactamente su presentimiento clínico. La intuición quirúrgica, que no es más explicable que el don de las matemáticas o de la poesía, subsistía en su personalidad, silenciosa y siempre presente; sabía que podía seguir contando con ella para otras crisis análogas.

—Resección —anunció brevemente. Al instante tuvo la pinza de resección en sus manos.

Una vez más se maravilló de la eficacia de la organización militar que había sido capaz de colocar hasta una pinza de resección en el instrumental de aquel hospital, donde nadie hubiera creído jamás que hubiese hecho falta; sin embargo, la operación no se hubiera podido concluir sin ella.

En cuanto hubo fijado el instrumento en el lugar correspondiente, pidió:

—Cauterio.

Con movimientos medidos y precisos escindió el divertículo a lo largo del eje del intestino con la ayuda del bisturí eléctrico, el cual cauterizó al mismo tiempo que cortó ambos bordes del intestino.

—Sutura especial, por favor.

Unida a la aguja, esta sutura no tenía agujero que amenazase con desgarrar los tejidos intestinales cortados. Cerró la herida con una limpieza extraordinaria, restableciendo así la continuidad del conducto sin amenaza de estrechamiento futuro. Esto era una cuestión técnica de gran importancia porque el menor estrangulamiento podía conducir a una obstrucción intestinal, la cual implicaría una nueva operación que el paciente no estaría ya en estado físico de soportar.

Había terminado el trabajo, tan perfecto que hubiera podido servir para ilustrar un manual con destino a especialistas.

—Sulfamida, por favor.

Espolvoreó con la droga la cavidad, aportando así un nuevo instrumento de defensa contra la infección.

Cuando el último punto de sutura hubo unido los labios de la herida del abdomen, Rick dejó la aguja sobre una gasa y comenzó a quitarse los guantes y la blusa. Se volvió hacia la enfermera para darle las gracias por su eficacia y se quedó mirándola con sorpresa, mientras se quitaba la máscara y le sonreía.

—Soy yo quien debe darle las gracias, doctor. Siempre es una satisfacción verle trabajar.

Él se sonrojó ligeramente. Después de todo, ¿no había besado apasionadamente a aquella misma mujer hacía poco más de veinticuatro horas? ¿Quién hubiera podido decirle que, bajo el anónimo de la máscara, era la mismísima Carolyn Rycroft quien había trabajado a su lado con tanta perfección? Rick, como para ocultar su turbación, se volvió hacia el comandante:

—Supongo que la señorita Rycroft estará comprendida en la cerveza de nuestra apuesta.

—¡Sin ninguna duda! —manifestó el otro—. ¡Lástima que no pueda contratarla para que trabaje en este quirófano permanentemente!

Rick la miró con una mueca divertida.

—¿Quiere tener un servicio definitivo a bordo, Carolyn?

—Mi trabajo está en el frente —respondió la aludida.

—El mío también —reconoció Rick—. Entonces, ¿vamos por la cerveza? Cobraremos la apuesta inmediatamente.

—Gracias, no, capitán. Apenas me queda tiempo de vestirme para la cena. ¡Es la última ocasión que, en mucho tiempo, voy a tener para fascinar!

Ella le daba ahora la cara con una especie de desafío en la mirada. Y fue ella quien se ruborizó cuando él dio la vuelta para ir al lavabo y cumplir con la ritual e indispensable rutina del cepillo.

Capítulo XIII

Cambio de visitas... domiciliarias

Cuando Rick salió a cubierta se quedó estupefacto: no reconoció en absoluto el paisaje que le rodeaba. El puerto ofrecía a la luz del sol poniente una superficie grisácea, sobre la cual se balanceaban docenas de buques, con el suyo en vanguardia.

Lejos, hacia el oeste, el día moría entre llamas sobre la amada Inglaterra. Verdes cuadrículas de los campos, caminos solitarios, viejas piedras de pueblos que habían perdido la cuenta de los siglos en la tranquilidad de miles de crepúsculos estivales.

La tierra era tras ellos un recuerdo en la penumbra que se iniciaba. Delante del buque, al otro lado de la cadena que cerraba el puerto, la niebla descendía sobre el agua en espesas oleadas. Una luz —apenas un chispazo luminoso— perforó con sus señales el telón gris de la tarde. El destructor que estaba en el lado de babor respondió inmediatamente.

Apoyado en la pared del salón de los mapas, Bill Coffin le ofreció su pitillera.

—¿Podemos fumar aquí?... —dijo Rick.

—Mientras estemos lejos de la bodega... ¿Qué tal ha ido la operación?

—Nada fácil, pero creo que bien, ¿por qué?

—Me hubiera gustado asomar la nariz por allí, pero Weldom me objetó que se trataba de un asunto exclusivamente tuyo.

Rick esbozó un gesto de cómica gratitud. Después de la hora que acababa de pasar abajo, comprendía mejor que nunca la impaciencia de Bill por volver a trabajar con el bisturí. Pero, después de todo, Bill era neurocirujano y, por lo tanto, era a él, Winter, a quien correspondía, en derecho, lo del divertículo. Por lo demás, el doctor William Coffin tendría ocasiones sobradas de ejercitar la habilidad de sus manos. Cualquiera que fuese el destino del convoy, era indudable que los cirujanos, incluso los especializados, no se quejarían por falta de trabajo.

Si Rick se hubiese sentido inclinado a las confidencias, Bill hubiera sido su hombre. Ambos habían sido compañeros en la Facultad de Medicina,

internos en el mismo hospital y ahora la guerra los había unido en la misma unidad médica. Su amistad, que se había hecho inquebrantable con el curso de los años, podía expresarse sin palabras. Bill veía a su amigo en un estado de ánimo que requería soledad. Así pues, le dejó, dándole una cordial palmada en la espalda a guisa de advertencia...

—¡No te olvides de la cena! Hasta bailaremos si Amos nos deja.

Rick se apoyó de nuevo en la mampara del salón de los mapas y aspiró profundamente el humo del cigarrillo. No acababa de comprender la exultación que le dominaba. Hubiera sido absurdo considerarla como el resultado natural de una intervención afortunada. ¿O acaso procedía de aquella especie de silenciosa impaciencia que palpitaba en todo el buque? ¿Crearía él realmente formar parte de una cruzada para la liberación de la humanidad?

Dejándose llevar de su buen humor, y sin preocuparse de analizar más, se fue a un rincón bajo la escalera del puente de mando, desde donde podía contemplar a su gusto la cubierta de paseo por debajo de él. Oficiales y enfermeras paseaban como lo hubiesen hecho en el mismo sitio y durante la hora que precede a la cena los pasajeros de un crucero de placer. Observó que la mayor parte de las mujeres habían desafiado por última vez los reglamentos, poniéndose sus trajes de noche. Todos y todas se mostraban alegres, apacibles, y la escena no tenía, así, relación alguna con su origen, con la formidable y desesperada partida que ellos tenían que ayudar a ganar.

Pasaron tres mujeres. De blanco. Cogidas del brazo se detuvieron un momento para echar un vistazo hacia Inglaterra y alejarse después con el mismo paso lento y tranquilo. ¿O tal vez eran sólo, a los destellos cobrizos del sol poniente, tres bellos recuerdos? Gina, Carolyn, Linda: ¿cuál de ellas guardaría el secreto que él ansiaba descubrir?

Mientras seguía su paseo con la mirada, la exultación que momentos antes le inundaba decreció lentamente. Las tres mujeres se volvieron, una vez más, hacia tierra, incendiada ahora por los últimos rayos de sol, que se deslizó tras un promontorio para no reaparecer más. En un segundo, el paisaje pasó del rosa dorado al gris. Acaso había dejado él su felicidad en aquella isla tranquila y obstinada. Tal vez la desconocida del bombardeo, la dama de sus pensamientos, estuviese en aquel mismo instante en el promontorio tras el cual acababa de ocultarse el sol, y quizás ella pronunciase la palabra «fin», mientras los últimos reflejos que aureolaban al convoy se fundían en las plácidas aguas.

Le separaba un largo trecho de su camarote en el puente B. Cuando abrió la puerta, se dio cuenta por vez primera de su excesiva fatiga. Manny, como de costumbre, lo había dispuesto todo con cuidado. El uniforme de gala y los de diario pendían alineados en el armario. Los zapatos, pulidos a la perfección, por la misma mano, brillaban como el charol a la difusa luz que entraba, desde el pasillo, por la abierta puerta. Su bata estaba extendida en su litera: la contempló con satisfacción mientras se quitaba la guerrera. Duchado y afeitado se sentiría como nuevo.

Al coger la bata advirtió que el tejido que tocaban sus manos era más fino y liso que la lana de la bata. Los dedos identificaron la prenda antes de que hubiese dado la vuelta al conmutador.

En el tiempo que había estado ausente, alguien había entrado en su camarote y le había devuelto la trinchera. La misma trinchera que la desconocida de la noche del bombardeo se había llevado con ella al huir de sus brazos.

Salió del camarote como un loco. En la escalera, dos soldados se aplastaron contra la barandilla para dejar paso al oficial, lanzado como una bala. Con los ojos abiertos por la sorpresa, una enfermera le vio detenerse ante ella, en medio de la escalera de los camarotes, mirarle la cara, sacudir violentamente la cabeza y reanudar su carrera.

En la cubierta de paseo se detuvo para tomar aliento. ¿Dónde estaba la gente que paseaba por allí pocos minutos antes? ¿Dónde estaban las tres mujeres vestidas de blanco? Permaneció largo rato perplejo antes de comprender el sentido de las notas del clarín que se desvanecían en el aire: la última llamada a la mesa de los oficiales.

Rick se fue en dirección al salón del puente A, pero permaneció indeciso unos instantes, con la mano en la barandilla de la escalera de honor. Para él también era la última ocasión de cenar bien. Sin embargo, de lo que tenía necesidad era de beber, no de comer. Sólo de beber, beber lentamente, largamente, para encontrar el medio de desenredar la madeja. Se encogió de hombros y se puso en marcha hacia su camarote, haciendo caso omiso de la última llamada del clarín para la cena. A Dios gracias, la unidad sabía que había tenido una operación por la tarde. Si alguien comentaba su ausencia probablemente otro le respondería que estaría cuidando a su paciente.

De regreso al camarote no quiso encender la luz, sino que sacó una linterna eléctrica de la maleta de Bill Coffin, ocultó el resplandor con la palma de la mano, y rebuscó en la misma maleta hasta encontrar una botella

de *Armagnac*. También pertenecía a Bill. Se la devolvería en el primer puerto que tocasen.

De un trago se bebió una primera copa. Las dos siguientes las mezcló con agua del lavabo. En todos sus años de vagabundeo no había experimentado nunca tan apremiante necesidad de alcohol. Necesitaba no estimular sus nervios, sino calmarlos, y pareció que la soberana alquimia del licor le era favorable. Después del tercer *Armagnac* se sintió casi sosegado. Después del cuarto, ya supo cuál debía ser su actitud.

Reflexionando como un buen aficionado a novelas policíacas, estableció un hecho razonable: la desconocida de la noche del bombardeo estaba a bordo del buque. Sobre este punto no cabía duda alguna. Era tan lógico, por ejemplo, como la observación de Euclides sobre las líneas paralelas, incluso en el caso de que la línea de la vida de la mujer de blanco y la suya no volvieran a cruzarse nunca.

Desde luego, ella conocía su identidad, puesto que, de lo contrario, no hubiera podido llevarle la trinchera al camarote. De todos modos —y esto es lo que le parecía más importante—, ella había devuelto la prenda deliberadamente, con riesgo de que la descubrieran y revelar su identidad. Dedujo, en consecuencia, que lo que ella había querido era tan sólo hacerle saber lo muy cerca que se encontraba de él. A menos que deseara torturarlo con el mantenimiento de un secreto que, desde luego, él nunca podría descubrir si ella no quería.

Por lo que él sabía de las mujeres, no le quedaba más remedio que soportar la tortura en silencio...

Tapó la botella y la devolvió solemnemente a las posesiones de Bill. La espera sería penosa, sobre todo para un combatiente que hasta entonces había conquistado al ataque todas sus ciudadelas. Pero no tenía otro remedio. La suerte y el clarín de la cena le habían sido propicios, pues ¿qué cara hubiera puesto de encontrarse frente a frente con sus tres enigmas vestidos de blanco?

¿Sería realmente una de aquellas tres, Linda, Carolyn o Gina, la desconocida mujer que le obsesionaba?

Debía tener cuidado de no equivocarse. Ahora más que nunca debía andar con pies de plomo o renunciar a su trabajo de detective. Entre las mujeres del Cuerpo Auxiliar del Ejército, especialistas y enfermeras propiamente dichas, no habría menos de cuarenta damiselas a bordo. Todas ellas habían vivido en el pueblo o en el acuartelamiento; cualquiera, pues, podía ser la que cayó en sus brazos la noche del bombardeo... Los detalles y las circunstancias, empero, reducían el campo de investigación: tenía la etiqueta de la casa de

modas neoyorquina, en la capa de pieles, y el monograma bordado con hilo de oro.

Rick buscó en su maleta, sacó la capa de pieles y, a la luz de la linterna de Bill, analizó detenidamente las iniciales entrelazadas. Pero... ¡qué estúpido había sido al no comprenderlo antes!... Si ella llevaba aquel monograma en el forro de la capa, también debía llevarlo, seguramente, en otras prendas...

Los pasillos del puente B estaban vacíos. Sin embargo, se acercó de puntillas al arranque de la escalera para asegurarse. Por fortuna conocía aquella parte del barco como la palma de la mano. El último camarote de los oficiales estaba al pie de la escalera. Después venía el de las dos oficiales del Cuerpo Auxiliar que mandaban a las auxiliares alojadas más abajo. El resto del puente B pertenecía a las enfermeras. Carolyn y Gina compartían el número 20. Linda, la única ajena a la unidad, ocupaba el número 22. El tirador de la puerta del número 20 no giró bajo su mano. Tuvo más suerte con la puerta de Linda.

El camarote estaba tenuemente iluminado y ordenado impecablemente. Entró con precaución, echó el cerrojo de la puerta y comenzó su búsqueda con una minuciosidad que le hubiese envidiado el mismo Maigret.

Lo primero, el armario. Aparte del uniforme, no contenía más que una bata de franela de corte masculino y varios pijamas igualmente severos, con etiquetas parisienses, todo ello sin monogramas. Continuó examinando las diversas prendas colgadas en las varillas cromadas de las maletas entreabiertas, sin hallar nada de interés. El cajón superior de la mesa de escribir contenía pañuelos y medias dispuestos tan simétricamente como si estuviesen en un escaparate. Calificó debidamente a la periodista. ¡Una corresponsal tan cosmopolita debía tener más imaginación! Pronto, no obstante, corrigió su juicio cuando la mano, al avanzar en su investigación, encontró la caricia de unos encajes. Eran como tela de araña y pertenecían a unas combinaciones y a un camisón de voluptuoso crespón de china negro, útil para todo menos para dormir. «Si esa mujer se lleva a la guerra ropa interior de este género, debe ser humana, por lo menos en parte», se dijo Rick.

Pero el jeroglífico, o lo que fuese, todavía estaba por descifrar. Por lo visto no era una persona a la que le gustase la publicidad personal, ni siquiera en sus combinaciones francesas.

En dos pasos atravesó el camarote, deteniéndose unos instantes para echar un vistazo de curiosidad a las notas puestas junto a la máquina de escribir. La puerta del cuarto de baño estaba cerrada por dentro. Durante un absurdo momento tuvo la certidumbre de que alguien estaba bajo la ducha, pero

inmediatamente reflexionó que Carolyn, como mujer práctica y de buen sentido, habría cerrado aquella puerta, como había hecho con la del camarote, al ir a cenar. Maldijo aquellas precauciones cuando oyó una carcajada en el pasillo.

La risa le devolvió al mundo de la realidad y le hizo ver la futilidad de su búsqueda. Las voces se alejaron como advirtiéndole de que la cena había terminado y de que muy pronto el puente B estaría lleno de enfermeras.

Apenas se alejó el ruido de los pasos, Rick ya se encontraba en el pasillo y, sin detenerse un instante, bajaba por la escalera de servicio al comedor del puente C. Una vez en él, un soldado de blanca chaqueta le llevó hasta una mesa de la gran sala, ahora ya casi vacía. Más tarde se enteró de que el grupo que ocupaba la mesa comprendía a Strang, al coronel y a Bill Coffin. También se enteró más tarde de que había conversado lúcidamente sobre diversos temas, desde los resultados de los últimos partidos de béisbol, hasta las características de las tiendas de campaña. Incluso se acordó de que había comido, con buen apetito, rosbif y budín de maíz. Pero todo eso lo recordó al día siguiente. Su cabeza se había convertido en una confusa bruma a través de la cual el espíritu buscaba afanosamente un camino y meditaba lo que debía hacer.

Cuando los armónicos sonidos de un fonógrafo llegaron hasta su mesa, Rick se levantó rezongando vagas excusas. Strang y el coronel prolongaban la conversación acompañados de sus cigarros habanos; sintió sobre sí la mirada de Bill, insistentemente fija. Comprendió que sería más prudente cambiar de opinión y permanecer en la tertulia de la sobremesa. Pero no se dejó vencer ni por la mirada ni por el convencimiento. No se encontraba en la disposición de ánimo más a propósito para emplearla en convencionales cortesías militares.

Salió por la escalera grande sin volver los ojos atrás, tan sólo preocupado de que la celeridad de sus pies no traicionara su impaciencia. Subió tranquilamente. Sin correr.

Capítulo XIV

Floretes dialécticos

Una docena de parejas, poco más o menos, bailaban en el gran salón. Los espejos de las paredes reflejaban la pálida tentativa de diversión y de alegría que el fonógrafo, puesto en una silla, cerca del estrado donde la orquesta se situaba en tiempos mejores, mantenía en la medida de sus débiles fuerzas. Pasó bailando una mujer vestida de blanco y Winter se interpuso ágilmente entre el caballero y la danzarina, dándose cuenta demasiado tarde de que era Gina Cole, quien le recibió como la cosa más natural del mundo.

—Casi ha llegado puntualmente, capitán.

—¿Le debo pedir excusas?

—Así debería ser. ¿O es que ha olvidado una cita que tenía ayer a medianoche?

Winter admiró su sangre fría. Incluso en momentos de disgusto no dejaba de dar a sus menores gestos y palabras una inflexión provocativa.

¿Y si hubiera sido ella quien le siguió hasta el pueblo la noche del bombardeo? Pero no... Él había salido del baile cuando acababan de sonar las once... La cita, según ella acababa de decir, había sido fijada para medianoche. No obstante, él sabía que si Gina fue presa de un arrebato momentáneo, muy propio de su temperamento, hubiera sido capaz de seguirle sin pensarlo dos veces.

—¿Espera una explicación satisfactoria por mi parte? —preguntó él.

La voz de Gina se suavizó un poco para responder:

—Desde luego que no, Rick; usted pertenece al género de hombres que nunca explican nada a las mujeres. ¿O estoy equivocada?

—La verdad es que tenía una disculpa perfectamente válida. —Rick se dijo que no le serviría de nada quemar los puentes y continuó en tono más vago—: Debiera haber comprendido usted que yo tenía que dar una vuelta por mi casa del pueblo para asegurarme de que todo estaba... en disposición de recibirnos...

—¿Es cierto?

—¿Necesito agregar que me cogió el bombardeo? A partir de ese momento todos los permisos quedaron anulados en el acuartelamiento.

Mientras hablaba, Rick la miraba a los ojos, pero ella ni pestañeó. Él procedió al ataque directo:

—¿Por casualidad estaba usted fuera cuando el bombardeo?

—Claro que no. No me agrada en absoluto ese género de peligros.

Rick casi se sintió contento cuando alguien, saliendo de la creciente masa de mirones, se deslizó entre ellos dos para robarle la pareja. ¡Entre todos, Terry Adams! Terry Adams, quien, después de haberse duchado, tenía un gracioso aspecto de sonrosado querubín. Terry, con el rubor hasta las orejas y visiblemente excitado. ¿Sería aquella *su noche*? Rick, sin preguntárselo, salió del salón para ponerse luego a buscar a tientas el camino de la cubierta de embarcaciones, desde la cual comprobó que el barco ya estaba en marcha. El convoy había levado anclas y navegaba hacia el canal a favor de la marea. La cadena que cerraba la bocana del puerto se abrió para dejarlos pasar. Diminutos puntos luminosos guiñaban mensajes desde la línea del horizonte. Las máquinas comenzaron a vibrar. En el puente de mando, por encima de su cabeza, oyó órdenes a media voz.

—Un cuarto a babor.

—Un cuarto a babor, señor.

—Reduzca la velocidad, señor Gibbons. Atienda las instrucciones, señor Harrington.

—Velocidad reducida, señor.

La cubierta se estremecía ligeramente mientras el buque iba a ocupar su lugar en la línea del convoy. A ambos lados del navío, el inconfundible rumor de sus motores delataba la presencia de los destructores de escolta. Un rumor más fuerte creció en la oscuridad y Rick contuvo la respiración al ver la enorme mole de un acorazado que pasaba por delante del buque, con su costado izquierdo centelleante de breves guiños luminosos.

—Capitán Winter, ¿le ayuda este espectáculo a recobrar la fe?

Era Linda Adams, envuelta hasta los ojos en un chal. Siempre vestida de blanco. Siempre fría y distante. Él la tomó del brazo. Como la cosa más natural del mundo se pusieron a pasear por cubierta.

—No me ha contestado —dijo ella—. ¿No cree usted que vale la pena atravesar el Océano para ver un espectáculo como éste?

—Ahora estamos embarcados en la aventura.

Le oyó reír en la sombra. Añadió:

—Tengo un buen sentido de orientación, o de navegación... y o mucho me equivoco, o nos encaminamos hacia el sur. Por lo menos, puede descartarse la posibilidad de que nos dirijamos a Noruega.

—Con el invierno que se nos echa encima, me alegro mucho de que no vayamos a Noruega.

—¿Qué hacía usted sola por aquí?

—Muy sencillamente: pensaba en lo que me tocaría hacer mañana y en lo que tengo que escribir. Debo apresurarme, porque tardaré bastante tiempo en poder enviar cables al periódico.

—A propósito de su trabajo, ¿me ha perdonado el episodio de la máquina de escribir?

Linda contestó con buen humor:

—¿No tendría que ser yo quien pidiese excusas?

Él respiró profundamente, como si fuese a echarse al agua, y susurró:

—Hace menos de una hora estuve a la puerta de su camarote con la idea de sugerirle que nos hiciésemos amigos. Siento haber entrado sin llamar...

La voz de Linda sonó sosegada en la oscuridad:

—No se excuse por tan poca cosa, capitán. Estoy segura de que todo fue perfectamente correcto.

—Completamente. De todos modos, tal vez mi ofrecimiento de amistad haya sido un pretexto. Tal vez lo único que quiero es saber algo más de usted. Descubrir, si es posible, lo que pone en movimiento a un sabueso de noticias.

Ambos estaban acodados en la borda. Linda no se movió cuando el brazo del hombre la enlazó por la cintura. Siempre dueña de sí, preguntó:

—¿Tuvo usted suerte? ¿Descubrió algo interesante? Quiero decir... en mi camarote...

—Un papel escrito a medias junto a la máquina de escribir. Creo que he cometido la indelicadeza de leerlo. En el fondo, no ha sido una falta de educación, porque, sin yo saberlo, casi todo el texto me concernía...

—Esta tarde usted ha salvado a un hombre en la sala de operaciones del barco. ¿No se trata, acaso, de un acontecimiento importante para contarlo?

—¿Y usted cree que, suponiendo que eso sea importante, puede interesar a sus lectores la historia de mi vida?

—Evidentemente, sí. En América, cien mil madres leerán la información. Se sentirán reconfortadas al saber que sus hijos están en tales manos.

Winter insistió con obstinación.

—Guarde la miel para atrapar moscas, señorita Adams. ¿Cómo ha podido usted enterarse de tantas cosas sobre mi persona?

Ella mantenía los ojos fijos a lo lejos, en el mar, casi invisible. Hasta el momento no parecía haberse dado cuenta del brazo que la tenía dulcemente prisionera.

—He aquí lo que puedo citarle de memoria. Usted nació hace treinta y cuatro años en Chicago. Desde hace varias generaciones, ha habido un doctor Winter en la familia, la mayor parte de ellos triunfadores. Usted era hijo único. Sin embargo, no quiso ser médico, sino pintor, y su padre accedió. Le concedió una importante cantidad de dinero, sin restricciones ni condiciones. Durante un año, o dos, usted se divirtió en la *Rive Gauche*, hasta darse cuenta de que estaba mejor provisto de entusiasmo que de talento.

—¡Adelante! —exclamó Rick—. Por el momento las bazas son suyas.

—Mientras decidía sobre su porvenir, invirtió el tiempo en un gran viaje de turismo que comprendía Constantinopla, una temporada en El Cairo y los rincones más animados al este de Suez. También comprendía una elección de damas, en número suficiente para hacer de usted durante algún tiempo la providencia y el niño mimado de los cronistas correveidiles de sociedad. Al año siguiente regresó a Nueva York, por la ruta de los mares del Sur y de Panamá. No sé exactamente por qué pasó el invierno de mil novecientos treinta y dos en las Bahamas. Hay quien asegura que perseguía a una señora de alto copete. Otros, en cambio, mantienen que su agitado ritmo de vida le había impuesto una especie de cura de reposo.

—Unos y otros se equivocan. Mi intención era comprar una isla y nacionalizarme canaco para eludir el pago de los impuestos sobre la renta.

—Pero eso es exactamente lo que no hizo. Usted alquiló un taxi en Nassau y se fue a pasear por *New-Providence*. Como es costumbre, el chófer le llevó a visitar la leprosería instalada entre los pinos de West-End. Es el ritual de cada expedición turística.

Sin muestra alguna de molestia, Rick admitió:

—En plan arqueológico es usted maravillosa. No deje morir un don así.

—Por aquellas fechas usted no era más que un mozalbete de veintitrés años —siguió Linda—. Probablemente no había visto nunca de frente la miseria desesperada. Por lo menos, sin haber bebido. El caso es que volvió de allí con su porvenir ya trazado en el espíritu. El mismo día tomó el avión para Miami y, a la semana siguiente, ya estaba matriculado en la Facultad de Medicina y Cirugía de la Universidad de Columbia. Seis años más tarde, pese a tener ya una brillante clientela, lo dejó todo para irse a la guerra. Y se portó brillantemente. He aquí los hechos. Descúbrame al hombre que se oculta tras ellos y mi labor estará concluida.

—Empiezo a comprender su éxito, Linda. Entiéndame, su éxito reporteril. ¿Puedo llamarla Linda, ahora que hemos reemprendido nuestra discusión?

—Soy como un perro de presa cuando tengo ante mí un tema interesante. ¿Quiere usted darme las informaciones que me faltan?

—Usted está al comente de cuanto me concierne hasta ahora. ¿Cree que se ganaría algo si le dijese lo que prefiero para desayunarme y cuáles son las tonadas que canto mientras me afeito?

—Los hechos los encontré todos en los archivos de mi periódico, en Nueva York. Lo que yo espero de usted es la exégesis.

—Estas aparatosas frases se me han resistido siempre.

—Usted nació con todas las comodidades a su alrededor. Hasta los veinte años, la vida fue para usted algo divertido que tenía al mundo entero como terreno de juego. Trabaja en lo que le gusta y para lo que siente vocación. ¿Qué derecho tiene a ser cínico?

Linda volvió los ojos hacia la pálida estela que cortaba el agua al paso del navío.

—Eso es lo que espero de usted, Rick Winter.

—Puede que espere en vano.

—No intente hacerme creer que está usted vacío a los treinta años y que no tiene males ni sufre incertidumbre de corazón. Eso ya no está hoy de moda, ni siquiera tiene sentido común.

—¿No habíamos hablado ya de todo eso?

—Tal vez, pero no me ha contestado todavía. Y quiero hacer justicia a su biografía, porque no olvide que mis lectores me importan mucho.

—¡Que se vayan al diablo sus lectores! ¡Y que se vaya al diablo también mi biografía! Hablemos un poco de usted.

—¿De mí? Yo no soy más que un dictáfono para uso de los indígenas de nuestro país, y un dictáfono no creo que sea nada interesante.

—No puedo con sus metáforas. Hace poco me ha dicho que era usted un perro de presa. Pues bien, ¿no sería una información sensacional que un hombre mordiese a un perro de presa, que el entrevistador fuese entrevistado?

—Péguese —dijo Linda—, porque creo que lo he merecido.

—Por lo que parece, ha hecho usted un estudio bastante completo de mi vida. ¿Le gustaría saber que yo he hecho exactamente lo mismo con usted desde que publicó su libro?

—Espero que la oscuridad vele mi rubor.

—Usted es el resultado final de un divorcio. Su padre era, en Wall Street, un financiero afortunado, del modelo pre-Roosevelt. En mil novecientos

veintinueve, cuando la gran depresión, una mañana echó un vistazo a la cinta de su teletipo y después se tiró por la ventana a la calle. Por aquella época, su madre estaba en Reno, arreglando los papeles para volver a casarse, si no me equivoco.

—Con un *cowboy* llamado Buck Bradley —dijo Linda quedamente—. Más tarde se hizo un nombre en Hollywood como cantante. Continúe, por favor.

—En mil novecientos veintinueve usted está todavía en el *Smith College*, y Terry era un chicuelo en Andover. El pertenece a la clase de hijos que siguen el camino de sus padres y que, tarde o temprano, acaban en casa del psicoanalista, pero usted conservó su personalidad intacta y trabajó como un castor en la Universidad de Wassar, de donde creo que salió con la calificación de *magna cum laude*, lo cual, por supuesto, debió de facilitar su ingreso en el *Record*, de Nueva York.

—¿Ha sido Terry quien le ha contado todo esto?

—Desde luego que no. Son datos recogidos en los archivos de su propio periódico cuando fui a consultarlos en Nueva York. Ya le he dicho que acababa de leer su libro. Quería estar sólidamente documentado en previsión de que alguna vez nos conociésemos, cosa que era absolutamente posible. ¿Será necesario que me refiera a los últimos ocho años? Usted se encontró en el periodismo como pez en el agua, aprendió la profesión desempeñando todos los trabajos, desde la información de sucesos en Brooklyn, hasta las visitas a las casas de modas para la página femenina, pasando por los recortes para las columnas de chismes mundanos. Tuvo que esperar mucho tiempo antes de ver publicado su primer original con firma, pero en cuanto dio ese paso, empezó a subir de prisa. El jefe de la sección de modas, que era amigo de usted, la envió a París el mismo año en que Hitler estaba en Renania... Seis meses más tarde firmaba ya una sección fija... y después de seis meses más se acabaron para usted los modistas y empezó los grandes reportajes...

Después de tan largo párrafo, Rick hizo una pausa antes de continuar.

—¿Quiere usted que le dé también la moraleja?

—Estoy muerta de impaciencia por oírla.

—Usted ha visto cambiar el mundo desde todas las encrucijadas. Usted ha visto las funciones, las farsas, desde las bambalinas. ¿Cómo pudo usted continuar desempeñando en sus crónicas el papel de *Polyanna*^[17]? ¿Cómo puede usted sonreír a los infelices y prometerles para lo futuro más mantequilla que pan?

Sus palabras le habían afectado. Él se dio cuenta por la forma en que ella se desembarazó de la curva de su brazo.

—Henos aquí otra vez en el punto de partida.

—Simplemente porque usted rehúsa contestarme.

Ella no era ahora más que una mancha blanca sobre el fondo negro del cielo. Por un instante, él comparó la fría discusión con el ardiente episodio de la noche anterior. ¿Pudo haber tenido entre sus brazos a criatura tan tremendamente racional, y haber sentido cómo su terror se transfiguraba en éxtasis?

Habló Rick:

—Dejemos eso. Tengo en mi camarote un *Armagnac* de primera categoría. ¿Me hace usted el honor de compartirlo?

—No, gracias, aunque el ofrecimiento de *Armagnac* sea más original que el de visitar una colección de grabados en cobre o en madera.

—¿Es ése su único motivo para rehusar?

—Desde luego que no. Resulta que yo tengo que desempeñar mi papel, de la misma manera que usted tiene que desempeñar el suyo: el de un capitán que ha consagrado su existencia a salvar los individuos de una especie que desprecia. Buenas noches, Rick. Tengo la sensación de que es usted, verdaderamente, digno de lástima.

Antes de irse, ella se le acercó y, súbitamente, le dio un beso en la mejilla.

Rick preguntó, sin moverse:

—¿Por qué tal provocación?

—Ayer me besó usted y ahora le devuelvo el beso para que vea que no soy rencorosa.

Rick dio la vuelta rápidamente para cogerla. Pero llegó tarde: Linda había desaparecido.

Capítulo XV

Navegar sobre un volcán

Terry Adams se detuvo ante la puerta de su camarote y se esforzó por normalizar su respiración antes de abrir. Iluminado por la difusa luz que derramaban las azules lámparas, el pasillo se extendía, tras él, completamente desierto. Por un instante tuvo la pueril impresión de que, desde el fondo de la penumbra, algo o alguien iba a caer sobre él. Se trataba, evidentemente, de una impresión absurda, como lo son buena parte de las impresiones de raíz infantil. El peligro, si había alguno, estaba en el interior de su camarote.

Al entrar, no se atrevió a volver la mirada hacia la litera, ni siquiera cuando la voz de Gina sonó quedamente en la oscuridad:

—Ya sé que es éste su camarote; pero, aun así, debiera usted haber llamado antes de entrar.

La punta roja de su cigarrillo brillaba entre los dos. Ella hizo una honda aspiración y la brasa, al avivarse, dio vida a su rostro.

Terry buscó el conmutador con mano ligeramente temblorosa, como le ocurrió con la voz cuando preguntó:

—¿Nadie la ha visto...?

—... ¿Entrar en su camarote? No, teniente. —Tras una breve pausa, continuó—: ¿Quiere que me vaya, Terry?

Él respondió con un suspiro:

—No. ¡Si supiese qué desgraciado he sido..., en qué soledad vivo!...

—Lo sé —contestó ella—. Llega a ser curioso apreciar hasta qué extremo puede uno sentirse solo en medio de todo un ejército.

Gina se incorporó perezosamente, tiró al lavabo su cigarrillo, a medio fumar, apagó la luz, sin abandonar la lentitud de sus movimientos, y preguntó:

—¿No estamos mejor así?

Terry buscó sus labios. Ella puso las manos sobre las de él y lo separó dulcemente.

—No se precipite, Terry. Las cosas no son tan sencillas, ¿sabe? Lo más probable era que yo no estuviera aquí si no hubiera sentido piedad por ambos.

Mucho más tarde, cuando su cerebro recuperó la normalidad y el equilibrio, Terry se acordó de la grave vibración que estremeció el suelo del camarote bajo sus pies cuando la primera carga submarina estalló en la profundidad. Fue un lejano sonido, como el trémolo de unos órganos monstruosos, lleno de significado. En alguna parte del convoy, un crucero había descubierto el ruido del motor de un submarino, y las cargas se sucedían unas a otras intentando destruir al peligroso intruso. Se diría que aquella noche Neptuno se entretenía golpeando con su tridente el casco del barco.

Pero Terry sonrió con Gina Cole entre sus brazos. Una fuerza más vieja que el tiempo le llevaba por encima del miedo y del amor.

A treinta metros de donde se encontraba la pareja, una máquina de escribir sonaba vigorosamente. Linda Adams extrajo del rodillo la última cuartilla de su crónica, añadió una corrección al margen, dobló las hojas y las metió en un sobre para entregarlo en la central telegráfica de la primera escala. En tiempo normal hubiera ido al departamento del radiotelegrafista para que se transmitiera inmediatamente el original a Londres o a Nueva York. Pero navegaba en un buque mudo, en el seno de un enorme convoy silencioso incluso en la telegrafía.

Las cargas submarinas estallaban cada vez más insistentes y cada vez más próximas. En su artículo había un breve párrafo dedicado al terror, pero apenas pudo desarrollarlo. ¿Por qué no tenía miedo? Era fácil imaginarse la actividad reinante afuera. Veía con la imaginación el puente de mando y hasta oía el murmullo de la voz del oficial que informaba al almirante, cuya identidad permanecía en el anónimo. Debía de ser un viejo marino de Nueva Inglaterra, con el rostro atormentado por las arrugas. Seguramente que olfateaba el aire y rogaba al cielo que los envolviese la niebla. También debía de ansiar que, después de la explosión de una de las granadas, se extendiera por la superficie del mar una gran mancha de aceite...

En algún lugar de las profundidades oscuras y frías, un submarino merodeaba, confiando en su casco de doble blindaje para resistir sin daño cualquier ataque, excepto un impacto directo. Sin duda se habría sumergido a toda prisa al percibir la importancia del convoy, y, en cuanto éste hubiera pasado, informaría por radio a Lorient. Inmediatamente se daría la alarma a

todos los aeródromos de la costa y podía asegurarse que, por poco claro que estuviese el cielo al día siguiente, no faltarían los *Stukas* al ataque.

No había tiempo para cambiar de ruta. Las órdenes del almirante indicaban bien claramente: «Debe arriesgarse todo antes que modificar el horario previsto». Otros centenares de navíos también debían de estar forzando la marcha, confluyendo, desde el norte, el este y el oeste, hacia el mismo punto de reunión para efectuar el mayor ataque naval de la historia.

Linda regresó de su imaginario peregrinaje y se dio cuenta de que la quilla del buque gemía nuevamente bajo sus pies. Se sentó en la litera y buscó un cigarrillo. ¿No debería subir a cubierta y tomar nota de lo que viese? No. Se dijo a sí misma que la flota encontraría de mal gusto su presencia en el puente la primera noche de navegación.

De pronto, pensó en Terry.

Le vio durante la cena y le estuvo mirando mientras bailaba con las enfermeras, tal como convenía a un teniente modelo. ¿Habría conseguido dominar sus nervios? Le inquietaba su hermano y no dejaba de recordar su extraña confesión de la noche precedente. Se preguntó si, en funciones de hermana afectuosa, no sería conveniente ir a su camarote. Pero ¿y si le encontraba acurrucado, temblando en un rincón, escondido como cuando los bombardeos en Inglaterra? Sería mejor, verdaderamente, dejarle que luchara contra el miedo a su manera, y rogar para que el tratamiento adoptado no dejara cicatrices.

Si Mary supiese... Pero con seguridad que Mary nunca sabría nada.

Destruída su tranquilidad anterior, Linda iba y venía por el estrecho recinto del camarote. ¿Qué podía hacer un hombre arrastrado por el torrente de la guerra? ¿Cómo podía una mujer aplacar un deseo de intensidad demasiado cruel ya para ser soportado por más tiempo? ¿Habría varias soluciones para el problema?

¿O habría una sola?

Sin saber cómo ni por qué, Linda se encontró echada en la litera, la cara hundida en la almohada, sacudida por convulsivos sollozos. De pronto, cuando una nueva carga de profundidad estalló más cerca que las otras, se incorporó como enloquecida y golpeó con los puños la férrea pared del camarote con tal violencia que sintió correr la sangre por sus dedos al dejar caer los brazos, abatida, como si sobre ella hubiera caído un gran peso...

Capítulo XVI

La bella del monograma

Echado en la cama y leyendo una novela de detectives a la luz de la lámpara de Bill Coffin, Rick se preguntó si había tenido realmente miedo. Hasta entonces no había oído nunca las explosiones de las cargas de profundidad, pero identificó inmediatamente sus detonaciones, que no habían sido precedidas de aviso de alarma, lo cual indicaba que el peligro era todavía demasiado indeterminado para requerir una acción concreta a bordo del buque.

Sin cambiar de postura se puso a reflexionar en la desconocida de la noche del bombardeo. *Ella* estaba en algún sitio, a bordo del mismo barco, preparándose para un nuevo contacto con la guerra. Tal vez estuviera muerta de terror, acurrucada en un rincón del camarote, en el mismo puente B donde estaba el suyo. Tuvo la absurda cuanto intensa convicción de que si alargaba la mano podría tocarle la mejilla, y la sensación se convirtió en certidumbre cuando percibió el apagado rumor de unas zapatillas al deslizarse por el pasillo.

«¡Vuelve a mí! —pensó, invadido por una cálida alegría—. ¡Vuelve a mí! Desde las profundidades de la oscuridad... igual que en la noche anterior... Anhelante de mezclar su temor con el mío... y de encontrar la paz en mi compañía...».

Se echó la bata por los hombros, abrió la puerta y retrocedió con una risita lúgubre: Carolyn Rycroft estaba de pie en el pasillo, apoyada en la pared, con los ojos dilatados en la penumbra. Llevaba un salto de cama de un tono dorado, y un casto pijama de popelín azul cubría discretamente el escote. Por primera vez desde que la conocía se dio cuenta de lo joven que era. También se dio cuenta de que tenía miedo. Le tendió la mano.

—No tema nada, por favor... No hay motivo...

Los largos estremecimientos del suelo y de los tabiques desmentían sus palabras. La joven tomó su mano acogedora, precipitándose hacia él.

—Rick... Ese ruido tan terrible...

—Es la K. P.^[18], que se dedica a vaciar los cubos de basura. Todavía oiré ese barullo muchas veces antes de que echemos el ancla.

Ella pareció calmarse.

—Son cargas submarinas, ¿verdad? —inquirió.

—En efecto, así es. Yo le hablaba en jerga marina.

—¿También torpedos?

—No, de eso no hay cuidado después de la zambullida que ha tenido que darse el submarino hace poco. Pero la jornada de usted ha sido muy dura, Carolyn. ¿Qué hace levantada tan tarde?

La aludida no demostró intención ninguna de retirar su mano de la de Rick, quien la notaba húmeda de sudor y un poco temblorosa.

—Estaba en el puente inferior, hablando con una amiga del Cuerpo Auxiliar. Ya me iba al camarote cuando... los cubos de basura empezaron a vaciarse... Me asusté mucho.

—¿Tanto como para perder el sentido común?

Carolyn no pudo contestar. Las explosiones recomenzaron. Hubo una nueva sacudida. Más cercana que las anteriores. Carolyn se estremeció mientras, nerviosamente, se ceñía el peinador en un ademán instintivo, como si tuviera frío. Rick se le acercó solícito, intentado descubrir la etiqueta de la prenda. Una idea acababa de apoderarse de su espíritu. Pero no podía ver nada, excepto el brillo de dos ojos asustados.

—¿Se siente usted tan imprudente como para tomar una copa en mi camarote hasta que termine esta historia?

Carolyn pasó por delante de él sin pronunciar palabra. Rick cerró la puerta tras sí y después dispuso la linterna eléctrica de forma que diera una luz difusa y confidencial. Carolyn tomó asiento en una silla, con las manos públicamente unidas sobre las rodillas, y cuando quiso esbozar una sonrisa su rostro adquirió más que nunca la expresión de una niña amedrentada.

—No me siento imprudente del todo, Rick. ¿Me he equivocado al entrar?

El aludido dejó la pregunta sin respuesta y, una vez más, rebuscó en el saco de mano de Bill Coffin, de donde extrajo una panzuda botella en cuya etiqueta ondeaba la Union Jack.

Ella observó, con los ojos muy abiertos, cómo llenaba dos vasos.

—Sobre todo no lo paladee —murmuró Rick—. No olvide que esto no es más que un remedio contra... contra eso...

Una sorda explosión concluyó por él sus palabras. El buque se estremeció intensamente. El submarino nazi había sido tocado, no cabía duda.

Carolyn se tapó la nariz y, de dos tragos temblorosos, se tomó la ración de *scotch* bajo la mirada aprobadora de Winter. Cuando le devolvió vacío el vaso, ya había desaparecido su aire de niña tímida. Sus ojos lucían con tal resplandor que no parecía probable que el alcohol, por sí solo, lo hubiera provocado tan de prisa y con tanta brillantez.

—¿Un poco más?

—No. Muchas gracias. Ahora debo irme.

Su entonación desmentía la prudente reserva de las palabras, pero no tanto como para impedirle que se pusiera resueltamente en pie.

—Antes contésteme a una pregunta. ¿No es un poco raro que tenga una amiga entre las del Cuerpo Auxiliar? Llegaron al campamento esta misma mañana.

—Completamente raro —admitió Carolyn—. Tan raro que es un puro invento.

—¿Qué quiere decir?

Los ojos de la joven no desviaron su mirada.

—He venido aquí porque estaba muerta de miedo, Rick. Y pensé que no podría dormir hasta... hasta que se lo dijese. ¿Le satisface la explicación?

Resonó otra explosión. Carolyn se inclinó instintivamente hacia él arrastrando con su movimiento la linterna, que cayó al suelo. Rick tomó a la joven entre sus brazos, sin formular la pregunta que tenía en la punta de la lengua. En su lugar, murmuró:

—¿Todavía asustada?

—Ahora no. Ahora no me importa absolutamente nada lo que pueda ocurrir.

Rick la besó dulcemente, encontrando en sus mejillas la salada humedad de las lágrimas. Durante un largo instante permanecieron ambos unidos en estrecho abrazo. Bajo el puritano pijama, él sentía los latidos de un joven corazón alborotado. Cuando, finalmente, ella se desenlazó, a Rick le asaltó una súbita y salvaje esperanza. Pero se apartó de él sin acercar los labios a su boca.

—Lo siento, Rick. Le pido perdón. Me avergüenzo de haber sido tan... atrevida... Pero tarde o temprano debía usted haberlo sabido.

—¿Saber qué, querida?

—Que para mí se trataba de todo o nada. Quiero decir para nosotros. Mire, Rick, me encuentro profundamente... —Interrumpió la frase, la dejó inacabada para decir—: Es preciso que me marche ahora. Realmente, es preciso.

—¿Y si yo no dejase que se fuera?

—Me dejará.

Rick se dirigió a la puerta, sin atreverse a encontrarse con la mirada de la joven, y echó un vistazo al pasillo. Volviéndose a la joven, dijo:

—Vía libre, Carolyn. No hay peligro.

En aquel momento ella le ofreció los labios y le dio un ardiente beso. Después salió y echó a andar por el corredor con la cabeza bien alta. Por un instante, Rick la vio sonreír levemente, como si guardara algún secreto que sólo ella conocía. Así lo debía de creer, pero ya había dejado de ser su secreto: al pasar bajo la lámpara inmediata al camarote de Rick, la luz había caído sobre un pliegue del peinador iluminando brevísimamente unas líneas doradas sobre el tejido, más opaco...

Era un monograma. Un monograma idéntico a aquel que, indescifrable hasta entonces, estaba encerrado en el fondo del saco de Rick: el monograma de la capa de la desconocida de la noche del bombardeo.

Capítulo XVII

Cirugía de urgencia

—Perdone, capitán, pero debo recordarle que todo el mundo tiene la obligación de llevar puestos los chalecos de salvamento. Ya sabe usted: son órdenes.

Rick Winter aprobó con un movimiento de cabeza y se colocó el salvavidas reglamentario para corresponder después al rígido saludo del alférez que le había llamado la atención. En el confín del horizonte, el sol parecía un bola incandescente. Rick había subido a la cubierta de las embarcaciones porque no podía continuar en el camarote, que había dejado lleno de humo. Tenía necesidad de airearse el cerebro y los pulmones.

Hasta el momento, ningún miembro de la unidad médica había salido de sus cuartos. Desde el entrepuente le llegaba un confuso rumor indicativo de que los soldados estaban ya tomando el desayuno. A cada lado del puente las barcas de salvamento —con víveres y todo lo necesario para cualquier contingencia— se balanceaban rítmicamente. La vista del mar quedaba fragmentada por las lonas del camuflaje, tendidas sobre diversas partes del buque.

Mientras medía con rápidos pasos el puente, Rick se decía que la calma del gran navío era la calma de la confianza. Cada uno de sus pasajeros sabía cuál era su obligación y cuál era su sitio. Dentro de tal conocimiento cabía incluir a cierto oficial médico que acababa de resolver el mayor problema de su existencia.

Se detuvo en la toldilla para contemplar el mar. El espectáculo fue como un tónico para su cerebro, del que alejó —aunque de manera provisional— cuantos miasmas personales lo invadían. El mar hormigueaba de buques hasta el límite del horizonte, donde los mástiles de una corbeta danzaban sobre la luz del sol naciente. Había viejas barcasas y modernos buques cisternas y los típicos *Liberty* de achatada proa. También había transatlánticos transformados en buques de transporte, como el que los conducía. Ochocientos metros más atrás que ellos, escoltado por destructores, un portaviones avanzaba laboriosamente.

Winter permaneció largo rato en la toldilla: el espectáculo que se le ofrecía era de aquellos que enardecen el corazón más indiferente. Era el resultado y la recompensa de una preparación cuidadosa. Para llegar hasta donde estaban, los muchachos duramente curtidos, cuyas voces oía subir desde el entrepuente, habían sido instruidos en interminables maniobras de guerra, habían cruzado ríos helados, habían sudado bajo el sol de Georgia, se habían lanzado al vacío colgando de paracaídas; habían, en suma, sufrido todas las pruebas imaginables tan sólo para burlar, si podían, las bombas de un enemigo imaginario.

Ahora las bombas existían realmente, y el enemigo también, pero los muchachos cumplirían su deber con el mismo tranquilo valor.

Es lenta la cólera de los norteamericanos. En el curso de su historia, jamás han terminado una guerra de acuerdo con un horario previsto; jamás ganaron la primera batalla ni perdieron la última. En la actualidad se habían puesto en camino para ir al encuentro del adversario en su mismo continente, en pie de igualdad. Joven, gigante, seguro de su fuerza, el ejército norteamericano iba con serenidad al combate.

Rick Winter haría cuanto pudiese por mantener intacta la energía del joven gigante. Por el momento, sus problemas personales debían quedar relegados a segundo término.

Estaba seguro de que Carolyn le amaba. Le amaba hasta el punto de haber ido a su camarote. Le amaba tanto, que era ella la desconocida de la noche del bombardeo, aunque hubiese dejado en el anónimo su identidad... A la claridad del día, una cosa se le antojaba evidente: la historia no se repetiría de la misma forma. Ella lo quería todo o nada. Y él la amaba. La deseaba. Tanto como para ofrecerle el matrimonio. Pero, mientras durase la campaña, el matrimonio era totalmente imposible. No le quedaba, pues, más alternativa que ser prudente y esperar.

¿Por qué no había aludido Carolyn al episodio de la noche del bombardeo? Era una pregunta que le dejaba perplejo. Se la repetía por centésima vez sin hallar respuesta. ¿Sabría ella que había descubierto su secreto? ¿Habría llevado aquel peinador con el deliberado propósito de permitirle que comparase el monograma con el de la capa guardada en su saco? A primera vista, podía considerarse como uno de los artificios femeninos más clásicos, y como la mayor parte de éstos, se le ocultaba la finalidad. De cualquier manera, se trataba de una cuestión que el tiempo se encargaría de esclarecer. Una cuestión de bien poca importancia comparada con la que se preparaba para todos más allá de la línea del horizonte.

Aún no habían dado las siete cuando Richard bajó al comedor. La mesa que los oficiales de su compañía se habían atribuido estaba ya llena. Sonrió a Terry Adams, que contemplaba tristemente una taza de café intacta.

—No te apures, chico; ya hemos salido del Canal de la Mancha. Estamos en zona sosegada.

Luego, al acordarse de lo sucedido por la noche, agregó:

—¿Pudiste dormir a pesar de las cargas y de la amenaza del submarino?

Terry le contestó con una sonrisa forzada:

—Dormí muy bien. Gracias. ¿Y tú, Rick?

La presencia de Strang a su lado le impidió contestar.

—Ahora que pienso, Winter, acabo de visitar a su enfermo.

—Fui a verle a las seis, comandante. Supongo que no habrá habido novedad ninguna desde entonces.

—Me ha dicho Weldom que marcha a las mil maravillas. Debo reconocer que estoy sorprendido.

—¿Por qué, señor?

Strang contestó en tono sentencioso:

—Me refiero a su tratamiento postoperatorio, capitán. ¿Puedo darle mi opinión sobre ese tema?

—¿Acaso no es una invariable costumbre suya?

El cirujano jefe aceptó la observación con complacencia. «Se está preparando para atacar por algún sitio —pensó Rick—. Nunca se comporta con tanta corrección si no persigue algún móvil».

—Se trataba de una perforación indiscutible —dijo Strang—. Indiscutible, en efecto, comandante. Un divertículo ulcerado.

—Weldom me ha dicho que no dejó usted drenaje.

—Así es. Espolvoreé con sulfamida el peritoneo y cerré la herida.

—Personalmente, me siento más tranquilo en tales casos cuando dejo puesto un tubo de drenaje. En esta ocasión dejaré las cosas como están, siempre que no haya recidiva.

«He aquí la bofetada amistosa —se dijo Rick—. ¿Qué será lo que andas buscando en cambio?».

Aguardó pacientemente mientras Strang sacaba del bolsillo su pitillera de oro y la hacía circular alrededor de la mesa con el mismo aire de un soberano dispensando sus mercedes al pueblo.

—Me imagino, Winter, que en la otra guerra no debía de haber tiempo para poner drenajes en las heridas.

—Para decir moderadamente las cosas, no, señor. El tiempo faltaba, efectivamente.

—Acabo de leer un artículo de Jolly acerca del *Three-Point-Forward System*^[19]. ¿Le es familiar esa técnica?

—Sí, señor, bastante.

—No es imposible que, en nuestros días, tengamos que recurrir a una forma modificada de ese sistema. Incluso podría completar el artículo de Jolly con algunas notas y observaciones personales. Podría enviar una comunicación a la A. M. A.^[20].

«Te quieres documentar conmigo para olvidarte de citarme en tu comunicación», se dijo Rick. Pero se contentó con responder:

—Si el asunto realmente le interesa, comandante...

Amos Blaine dio una palmada en la mesa.

—Tiene usted la palabra, Rick. ¿Está dispuesta la clase para escuchar?

Pero Strang se resistía a abandonar su cátedra.

—Antes una pregunta. Sabemos que el método era eficaz. Ahora bien, ¿vale la pena de correr el riesgo que implica?

—He visto los resultados con mis propios ojos —repuso Winter—. En cuanto al riesgo... La verdad es que nuestros cirujanos estaban demasiado ocupados y abrumados para tomar precauciones. La cuestión importante es ésta: la técnica quirúrgica de los hospitales de primera línea es eficaz y disminuye considerablemente la mortalidad, en caso de heridas graves, tan sólo porque reduce mucho el tiempo que media entre el accidente y el tratamiento. En ciertas circunstancias, ese tiempo queda reducido en varias horas...

—¿Y la mortalidad entre el personal médico de esos hospitales? ¿Es reducida? A un soldado se le puede reemplazar fácilmente, pero a un buen cirujano es imposible formarle por la sola puesta en vigor de una ley de reclutamiento.

Su argumento pareció satisfacerle mucho, pero tuvo la virtud de inflamar a Bill Coffin:

—¿Desde cuándo nos andamos con remilgos en los riesgos que puedan correr los cirujanos militares? En la guerra pasada muchos de ellos cayeron porque tenían que cumplir con su deber.

Rick levantó la mano en ademán pacificador.

—Bill tiene toda la razón, comandante. El deber de un cirujano, en el ejército o fuera de él, es salvar la vida de los demás sin preocuparse demasiado de salvaguardar la suya.

—¿Acaso he dicho yo lo contrario?

—Desde luego que no, señor. Estoy convencido de que en este momento usted no pretende más que hacer... estadísticas...

Rick puso la mayor atención en los puntos suspensivos, para continuar hablando:

—En pocas palabras, el *Three-Point-Forward System* es éste: los heridos reciben los primeros socorros en los puestos del batallón, exactamente igual que hacemos nosotros. Inmediatamente son enviados, en camillas, a los lugares de concentración.

—No irá a decirme que la selección de los heridos se hace con tanta rapidez.

—Pues se hace, sí, señor. Ha de ser así: la máxima rapidez en la selección es la base misma del sistema.

—¿Se clasifican en urgentes y no urgentes?

—Sí, señor. *Grosso modo* son clasificados anticipándose al diagnóstico de la ciencia. En general, la indicación de urgencia corresponde a las heridas abdominales, heridas abiertas de tórax, fracturas complicadas...

Por un momento, Rick permaneció con la mirada perdida, recordando las angustias que él mismo había experimentado al adoptar aquellas decisiones, evocando la expresión dolorosa, desesperada, del rostro de los hombres ante los cuales pasaba el cirujano para designar aquellos que necesitaban atención quirúrgica preferente.

—El hospital de campaña propiamente dicho estaba situado lo más cerca posible de la línea de fuego, y los casos urgentes eran llevados a él sin demora. Los cirujanos trabajaban sin cesar hasta que se caían literalmente, pero nunca quedaba ningún herido sin atender. Trabajaban en unidades completas y autónomas, tal como nosotros pretendemos hacer.

—¿También enfermeras?

—Las enfermeras de todas las categorías. Algunos de los pacientes necesitaban por lo menos diez días de cuidados antes de ser evacuados a retaguardia, y esos cuidados estaban asegurados. Cuando tuvimos trenes sanitarios, las cosas cambiaron, pero eran escasos; se trataba de algo nuevo. Más tarde, los rusos han demostrado su valor práctico.

Bill Coffin comentó:

—En definitiva, se trata de llevar el cirujano al paciente en vez del paciente al cirujano.

—Sí, en efecto, eso resume exactamente la esencia del método.

Los ojos de Rick recorrieron el atento semicírculo de rostros.

—Pido a Dios que adoptemos la misma técnica en la aventura que nos espera. Con perfeccionamientos americanos. ¿Qué opina usted, coronel?

Blaine se limitó a sacudir la cabeza.

—No intenten extraerme ideas sobre la cuestión, muchachos. Les aseguro que la fuente está seca.

—Yo no especularía con demasiadas innovaciones, Winter —dijo Strang—. Tal como veo las cosas, nuestra función es, sobre todo, experimental.

Bill Coffin le respondió:

—Perdón, pero nosotros estamos clasificados como una unidad móvil.

—Nuestras enfermeras —siguió hablando Winter— han sido rigurosamente instruidas para que puedan dar cuanto la guerra exija de ellas. Trabajamos en equipo desde hace meses. En este mismo buque llevamos salas de operaciones ambulantes que podemos instalar muy cerca del frente. ¿Qué tiene que decir sobre eso, comandante?

—No creo en la eficacia del pensamiento en voz alta —repuso Strang.

—¿Acaso podemos echarnos atrás precisamente ahora? Creo firmemente que se nos enviará tan lejos como se pueda. —Winter se divertía acorralando al cirujano jefe—. Por mi parte, jamás me negaría a realizar una experiencia movida por una buena causa.

El coronel se levantó. Winter hizo lo mismo mientras decía, dirigiéndose a Strang:

—¿Qué le parecería una conversación con Weldom, comandante? Dirigió unidades médicas en Australia. Él le dirá lo que le espera y contra lo que va usted a enfrentarse.

Capítulo XVIII

Señorita, la guerra...

La primera señal de alarma sonó a primera hora de la tarde. Los aviones venían del sur, en apariencia tan inofensivos como mosquitos a la viva luz del sol. Las sirenas ulularon de un extremo a otro del convoy mientras las baterías se pusieron en movimiento con matemática precisión. Despegando del portaaviones, los aparatos de caza se alzaron hacia el azul. Muy pronto el cielo se cubrió de nubecillas de humo geométricamente repartidas. Hasta aquel momento los espectadores agrupados a bordo del buque tenían la impresión de asistir a la proyección de un documental cinematográfico.

Rick estaba tomando el sol en el puente de las embarcaciones cuando oyó las sirenas de alarma. Resguardándose como pudo, se dedicó a ver, desde arriba, la puesta en acción de una batería antiaérea. El joven teniente que la mandaba daba las órdenes con la misma tranquilidad que si estuviese en unas maniobras. Cada detalle se inscribía en la mirada de Rick con una precisión de aguafuerte: los reflejos de la luz sobre las armas, las tostadas y brillantes espaldas de los servidores de las piezas, el tatuaje de una hurí de ondulantes caderas en el antebrazo del suboficial encargado del telémetro.

Distrajo su atención el ruido de unos pasos al acercarse. Linda Adams, completamente al descubierto, se estaba asomando a la borda. En su excitación, hasta se había olvidado de ponerse el casco.

—¡Póngase el casco! —gritó Rick—. ¿O cree que su cabeza es tan dura que resistirá a la metralla?

La miró hasta que hubo hundido en su cabeza la absurda semiesfera metálica, y luego se acercó a la joven y la cogió del brazo.

—Si quiere usted permanecer en el puente, venga por lo menos a compartir mi refugio.

Sin dejar de mirar al cielo, se dejó conducir mientras preguntaba:

—¿Son *Heinkel*?

—Yo diría que son aviones de observación.

—Entonces no pueden bombardearnos.

—No se preocupe, que eso vendrá después —contestó secamente Winter.

Los aviones de caza americanos habían alcanzado, de espiral en espiral, la altura del enemigo. Incluso con prismáticos hubiese sido difícil seguir los detalles. Sin ellos, el combate se disolvía en una vaga humareda, como si un banco de nubes hubiese envuelto a norteamericanos y a nazis.

—Esos visitantes no quieren más que el tiempo suficiente para radiotelegrafiar sus observaciones a su aeródromo de Francia.

—Tal vez. De todas maneras, por lo menos sabemos lo que nos espera.

Linda no pudo evitar un leve temblor en la voz, que Rick percibió.

—¡Ya sabíamos que iban a venir cuando salimos de Inglaterra! Si tiene usted miedo, dígalos; no hay motivo para avergonzarse de eso, ¿sabe?

Linda respondió pensativamente:

—Ya he oído muchas veces los *Stuka*, pero en los refugios de Londres o de El Cairo. Nunca al aire libre, como ahora.

—¿Se imagina que voy a dejarla que se quede aquí?

—No tengo otro remedio, Rick. Debo ganarme el pan. —Ella le miró atenta, incisivamente—. ¿Y usted? Harán falta todos los cirujanos, como usted no ignora, y no está permitido que...

—Lo siento, señorita. Soy presbiteriano: si me ha de alcanzar una bomba me alcanzará esté donde esté.

Como tremendos alaridos nuevas sirenas rasgaron la tarde azul y dorada. Linda se acercó a él. Muy lejos, a babor, una columna de agua y espuma se alzó hacia las nubes y luego se desplomó antes que el ruido de la explosión llegara a sus oídos.

—¿Submarinos?

—Podría ser. Los alemanes parece que quieren entretenerse con su juego favorito: destruir un convoy, o intentar hacerlo, atacándolo a la vez por arriba y por abajo.

Las cargas de profundidad empezaron a sacudir el mar. La marcha del convoy seguía el mismo orden inicial. Si el capitán de un solo barco perdiera la serenidad e intentara una fuga particular, la seguridad del conjunto se pondría en peligro.

El buque iba cruzando la zona donde había estallado la última andanada de cargas submarinas: el torbellino de violentas espumas se aquietaba poco a poco, pero con una horrible consecuencia. Linda sintió que el corazón detenía sus latidos cuando vio, emergiendo de las profundidades, abrirse sobre las olas una vasta mancha de aceite, como si algún monstruo marino estuviese agonizando allí abajo, sobre la arena...

—Inmersión vertical tardía —comentó Rick apretando la manita que se había refugiado en la suya—. No se sienta conmovida, por favor. ¿Quiere que entremos?

—No, yo prefiero quedarme aquí.

Durante media hora el convoy siguió pesadamente la marcha sin novedad. En apariencia, el peligro había desaparecido, pero ni los cañones habían dejado de vigilar, ni los aviones habían abandonado su exploración, hacia Oriente. Rick se dio cuenta de que, en el puente, unos marineros revisaban las embarcaciones de salvamento, levantaban las lonas, comprobaban las cajas de víveres y examinaban las poleas. A lo lejos, resonó un cañón-ametralladora. Era un preludio curiosamente trivial para una batalla inminente. Desde donde se encontraban, los disparos no producían más efecto que el de una caña pasando por los barrotes de una reja, hasta tal extremo que en la memoria de Rick el ruido despertó recuerdos de juegos infantiles. Miró al sol poniente, por el oeste, y se preguntó si aquellas manchitas negras que veía... Sí, no había duda. Entonces experimentó la mayor simpatía hacia los cazadores que salían de la lisa plataforma del portaaviones.

—No está mal el engaño de los alemanes. Con la lógica más tonta, les esperábamos por el este, y, para no hacerlo así, han volado mar adentro y nos han dado la vuelta para atacarnos por el oeste.

—¿Quiere eso decir que nuestras posibilidades de abatirlos serán menores?

—Me temo que sí. Nuestros pilotos de caza tendrán la luz de cara y difícilmente verán sus presas. En realidad, no podrán verlos hasta que los tengan encima.

El aire se estremecía con un trueno continuo y unánime. Mientras Rick y Linda estaban hablando, los aviones alemanes volaban ya sobre ellos. Rick contó doce, volando escalonados en posición de ataque, y pasando, con estoica indiferencia, por entre las explosiones de los proyectiles antiaéreos. Uno de los aparatos, convertido en un sombrío cometa, se separó de la formación, cortó en dos el disco del sol y descendió en picado sobre el portaaviones. En el mismo instante en que parecía ir a remontarse para lanzar sus bombas y cobrar altura, un obús antiaéreo hizo blanco.

El estallido se oyó perfectamente. Un segundo antes, el bombardero descendía llevando la muerte entre los dientes. Un segundo después, el *Stuka* se había transformado en despojo llameante que descendía en lentos giros hacia su tumba.

—Esta vez —dijo Linda— no me dejaré conmover.

Había en su voz una especie de jubiloso entusiasmo. Instintivamente, Winter la apartó de la borda. Desde luego que, para servir mejor a sus lectores, la muchacha debía experimentar aquellas emociones, pero estaba resuelto a apartarla de lo peor, si podía...

El caos había tomado posesión del espacio, que se desgarraba en largos alaridos. Entre las nubes se desarrollaban varios combates, juegos mortales entre las nubes. Otro *Stuka* caía en barrena, como una golondrina, seguido de una estela de humo que se escapaba de su cola. El aparato se hundió en el mar, a menos de cien metros del buque. El capitán pasó el brazo por la cintura de Linda empujándola hacia la escalera.

—Incluso para una señorita periodista ya es suficiente con lo visto.

Una diabólica rociada de invisibles proyectiles crepitó sobre el puente de las embarcaciones, chirriando al tocar el agua. Rick alzó la voz hasta gritar:

—¡Adentro le digo! Ya tiene buen material para su periódico; puede escribir que sólo se puso a cubierto cuando la metralla empezó a caer alrededor.

Pero Linda no le hizo caso. Se apartó de su brazo y se fue corriendo hacia la borda. ¿Periodista nato en busca de una información sensacional? ¿Mujer ridículamente temeraria que se había dejado llevar por los nervios? Rick se encogió de hombros sin encontrar contestación a sus propias preguntas, y la siguió. Tampoco él tenía intención de faltar al espectáculo.

El combate aéreo se inclinaba claramente en contra de los alemanes. Tan sólo quedaban en el aire seis *Stuka*. Probablemente las pérdidas americanas habrían sido grandes también, pero el convoy seguía su ruta, intacto. La incesante vigilancia de los aviones de caza y la precisión de las baterías antiaéreas no habían permitido a los alemanes abrirse paso para lanzar sus bombas sobre los objetivos.

Sin embargo, en aquel mismo instante un avión alemán se apartó del combate y cruzó el cielo como un murciélago enloquecido. Fascinado, Rick seguía la suicida carrera. Recordó que una vez, durante sus años de estudiante, en un partido de *rugby*, había pasado así por entre los jugadores contrarios. Y volvió a encontrar el sentimiento de soledad y de libertad que le invadió cuando se vio solo ante la portería del equipo de Princeton^[21], a menos de treinta metros de distancia y con un solo defensa por esquivar. El piloto de aquel avión debía de estar experimentando una embriaguez parecida. Siguió atentamente la trayectoria del aparato y se dio cuenta de que el *Stuka* seguía una dirección perfectamente definida. Sólo un disparo certero podría detenerle. Oyó el jadeo de la respiración de Linda, a su lado: el *Stuka* estaba

ya encima de ellos y seguía descendiendo, lanzado rectamente sobre el buque a más de quinientos kilómetros por hora.

Tuvo necesidad de toda su fuerza para sustraerse a la fascinación del momento y arrastrar violentamente a Linda hasta el relativo refugio de un rincón bajo una lancha. En esa fracción de segundo, el *Stuka* se había convertido en una especie de inmenso obús, negro como la misma muerte. Con extraña indiferencia, Rick vio como una bomba se desprendía de su vientre. No hubo ni tiempo para rezar. El avión cobró altura y, bajo las alas, las dos grandes cruces blancas parecían mirarle implacablemente, como órbitas de pesadilla en el fondo de un cráneo...

La bomba había tocado al buque muy hacia la proa. El golpe hubiera sido mortal si el proyectil no se hubiera desviado y perdido en el agua la fuerza suficiente para impedir el desastre. Rick se incorporó y echó a correr a lo largo del puente. Un terrible cráter se había abierto en el lugar donde había estado la batería antiaérea de proa. Por el boquete surgió la primera lengua de fuego, al mismo tiempo que una pareja de *Cóndor* americanos, enfilando por la cola al *Stuka*, hacían pagar al alemán su triunfo.

Rick no se detuvo para ver al enemigo hundirse en el agua. De pronto se acordó de Linda y volvió a ella. Pese a toda su patricia altivez, ella casi se desplomó en los brazos del capitán, quien la bajó al salón, la colocó en uno de los sillones y, ansiosamente inclinado sobre ella, la vio salir de su desvanecimiento con un aplomo perfecto. Con voz que ya recobraba su timbre normal, se excusó:

—Lo siento, Rick. Temo que, a pesar de todo, he sido... femenina. ¿Qué ha pasado? Necesito saberlo.

—¿Querrá estar aquí tranquila cinco minutos? Le prometo que volveré a informarla.

La examinó atentamente. Un fino hilillo de sangre se deslizaba por la frente. Seguramente era un rasguño causado por el casco al chocar contra el puente.

—La próxima vez no olvide que el barboquejo del casco se ha hecho para ceñírselo —le dijo—. ¿No tiene ninguna herida? ¿Ni un golpe ni una bala perdida?

Linda se incorporó calmosamente:

—Estoy intacta, gracias. ¿Será usted tan amable que me facilite la prometida información?

Cuando Rick volvió al puente, el cielo estaba vacío. Los marineros trabajaban entre las nubes de humo que se acumulaban a la salida de la cala de proa. Contuvo la respiración al ver un hombre revestido de amianto penetrar entre las llamas, como un habitante de otro planeta. Los soldados salían del entrepuente en perfecto orden, sin trazas de temor. La expresión de los rostros era grave, pero obedecían las órdenes con absoluta precisión.

En el centro del buque, Winter encontró al capitán.

—Pertenezco a la unidad médica, señor. ¿Podemos utilizar el hospital?

El capitán parecía preocupado y nervioso, pero competente.

—Claro que sí, capitán. Gracias a Dios, no nos ha tocado de lleno.

Linda había aguardado obediente el regreso de Rick.

—¿Hay que subir a las lanchas de salvamento?

—Por esta vez, no. Pero si usted cree que podrá soportarlo, iremos juntos al hospital.

Las facciones de la joven se atirantaron.

—¿Para qué puedo yo...?

—Puede usted servir para escribir a máquina. La necesitaré para hacer las revelaciones, para enviar indicaciones... Es el trabajo normal de Terry, pero esta misma tarde, regular o irregularmente, ha sido ascendido a ayudante médico. También puede usted hacer las fichas de urgencia. En resumen, puede ganarse el artículo que ha de escribir. ¿Dispuesta para el ataque?

Bajaron la escalera presurosamente. Ya se habían incorporado al movimiento del personal sanitario, dispuesto para desempeñar su cometido.

Linda pidió a Rick:

—Enséñeme el camino, por favor.

—¿Y qué es lo que estoy haciendo?

La había llevado hasta el puente C, donde, de pronto, se acordó de Carolyn. Y he aquí que Carolyn Rycroft ya estaba allí y había hecho lo necesario sin él, mientras él estaba en el puente mirando lo que pasaba, como un chiquillo en el circo. Carolyn Rycroft, la mujer que amaba. Carolyn Rycroft, la mujer con la que había decidido casarse cuando el mundo se sosegara.

No se preocupó de su seguridad porque sabía que no corría peligro ninguno. Aquella tarde estaba de servicio en la enfermería, en el bien protegido corazón del navío.

Empujó la puerta y dejó pasar a Linda: un grito rasgó el aire y ambos cambiaron una mirada llena de compasión. Había sido un grito casi

inhumano. El grito desesperado de un hombre que ya no puede soportar el sufrimiento.

—Empiezan a llegar los heridos. Si quiere enterarse de la historia indirectamente, puede irse. Ya se lo explicaré yo.

—No quiero irme —replicó Linda—. Y no quiero enterarme de la historia. Lo que quiero es ayudar.

Y hablando así, se desprendió de la mano que la sostenía por el codo y pasó decididamente la primera.

Capítulo XIX

*En donde Rick abandona los caminos trillados
y toma un atajo*

La sala de recepción del hospital, llena de humo, era una pesadilla de Gustavo Doré. Pese al dispositivo de ventilación, la atmósfera se enrarecía en un velo gris, especie de siniestra aureola que se espesaba con nuevas bocanadas, cada vez que se abría la puerta para dejar paso a una camilla más. Rick se preguntó si sería posible aislar el fuego antes que las llamas alcanzaran los tabiques del hospital, instalado en el centro del buque.

Linda fue confiada a un enfermero para que le enseñase lo que debía hacer. Inmediatamente, se fue a la mesa central, donde Strang gritaba órdenes.

Fue una jornada como para partir el corazón. Hombres abrasados por las llamas y heridos de todas clases llegaban sin interrupción hasta que las camillas cubrieron el suelo. Marineros, soldados, hombres cuyo uniforme había sido casi devorado por el fuego aguardaban, entre sufrimientos atroces la mayoría. El rostro de algunos tenía el tinte marfileño que anuncia la muerte; había verdaderos casos desesperados. Rick observó que Strang había aislado a estos últimos.

Bill Coffin estaba ante ellos, con una jeringa en la mano. Su lenta sonrisa permanecía intacta. Al verle, habló así:

—Gracias a Dios que te veo. Estamos a punto de ser desbordados. Haz todo lo que puedas por arrancar al jefe de esa mesa, porque ¡él sí que se está desbordando!

Dicho esto se volvió para atender a un herido que gemía tristemente.

Rick se dirigió a la mesa y tocó a Strang en el brazo.

—¿Me permite que clasifique a los heridos, señor? Su presencia sería más útil en la sala de operaciones.

Strang le miró con ojos recelosos, para acceder al punto:

—Tiene usted razón, Winter. Soy indispensable en el quirófano, ¿verdad?

Echó a andar pesadamente y pasó al otro lado de la puerta. Incluso en aquellos momentos, el jefe encontraba el medio de conservar, como una coraza inflexible, su apariencia de celador. Rick le vio desaparecer con un

suspiro de alivio; se le ofrecía una ocasión inopinada de transformar en orden el caos. Y también la de poner en práctica cierta técnica en la que llevaba pensando mucho tiempo... Hasta se olvidó de Carolyn Rycroft cuando se puso a trabajar en cuerpo y alma. Tampoco se dio cuenta de que Linda había colocado una máquina de escribir en la esquina de una mesa y que ya estaba haciendo las primeras relaciones.

—¿Puedes venir un momento, Bill?

Inmediatamente tuvo a su lado al comandante Coffin.

—¿Qué quieres?

—Querría que prepararas cincuenta dosis de un cuarto de grano^[22] de morfina en una jeringa de cien centímetros cúbicos, y que empezaras a inyectar de dos en dos centímetros.

—Perfectamente. Ahora mismo.

La idea de utilizar una jeringa grande conducía a ahorrar considerable cantidad de tiempo. Rick había ya puesto en orden las listas dispersas por la mesa de Strang. Cuando levantó la cabeza, Carolyn Rycroft estaba frente a él, dispuesta para trabajar.

—Me envía el jefe, capitán.

El tono de su voz era completamente formulario. Autómata de funcionamiento perfecto, estaba a punto de realizar cualquier tarea que se le encomendara.

Instintivamente, Rick adoptó la misma actitud y las mismas inflexiones:

—¿Qué se ha hecho con el instrumental esterilizado?

—Preparado desde que se dio la primera señal de alarma.

—Muy bien. Necesitaré gasa vaselinada, algodón, vendas y mucha sulfamida en polvo.

—En tres minutos lo tendrá todo aquí, capitán.

Dicho esto, Carolyn desapareció instantáneamente.

Bill había empezado ya a inyectar la morfina, pasando metódicamente de uno a otro brazo a lo largo de las hileras de camillas. Terry Adams aparecía, erguido, a la puerta del gabinete de Rayos X, acompañado de la corpulenta figura de Manners, el radiólogo de la División.

—Listos para el servicio, capitán.

La voz de Terry era perfectamente serena. ¿De dónde habría sacado fuerzas de flaqueza tan pronto?

—Ustedes dos podrían formar un equipo e inyectar plasma a quienes lo necesiten. ¿Creen ustedes que podrán apoderarse de la mitad del depósito del jefe?

—Podemos intentarlo.

—El doctor Manners indicará los enfermos que lo requieran. Jim, por favor, ¿quieres empezar a reconocerlos?

Con las manos llenas de fichas, Linda llegó al lado de Rick.

—Vaya con los médicos —ordenó Winter— y reúna todos los datos que pueda. ¿Qué dicen los primeros informes?

—El noventa por ciento de los heridos que le corresponden, están afectados de quemaduras, capitán.

También ella había adoptado al hablar la cadencia general. Parecía uno más del grupo médico. En su nueva actividad se comportaba con una serena eficacia, parecida a la de Carolyn.

—Ha estallado un depósito de combustible en la sala de babor. Detrás había alojados quinientos hombres.

No fue más explícita. No hacía falta.

Rick movió distraídamente la cabeza. Otro aspecto del mismo problema ocupaba ahora su pensamiento, y en aquel mismo instante acababa de tomar una decisión, una decisión que acaso le costara ser sancionado. Tal vez hasta su carrera. Tanto peor. La empresa valía la pena del riesgo que implicaba. Habló concisamente, con un poco de sequedad y un tono de voz resuelto y firme. Todos, médicos, enfermeras, ayudantes, sanitarios, le escucharon con tensa atención, intentando descubrir su intención.

—La mitad de los heridos deben ser trasladados a la sala de operación, para desbridar. El resto se quedará aquí.

Ya había pasado su Rubicón interior y se encontraba más tranquilo.

El desbridamiento, limpieza y extirpación quirúrgica, bajo anestesia, de todos los tejidos quemados, constituía la técnica tipo adoptada en todos los hospitales militares. Él había visto infinidad de pacientes salir de la tremenda tortura con el pulso aceleradísimo, la tensión arterial a niveles peligrosísimos y agotada la resistencia nerviosa, todo ello cuando el herido necesitaba de todas sus energías y de todo su coraje para aferrarse a la vida. Bill preguntó dulcemente:

—¿Y qué vas a hacer con la segunda mitad?

—Los curaremos aquí. En las mesas de las dos salas. Sulfamidas y gasa vaselinada.

—¿Sin desbridamiento?

—Sin desbridamiento.

Era la ocasión de demostrar que el desbridamiento era inútil siempre y con frecuencia peligroso. Si fracasaba, Strang se lanzaría implacable para

destrozarle, con tanta más razón cuanto no experimentaba por él la menor simpatía. Si todo salía bien, nada cambiaría; pero, en todo caso, estaba seguro de que Strang adoptaría su postura habitual y a menudo cruel. Le brindaba la oportunidad de que le midiera las espaldas con su vara.

—Por tu éxito —dijo Bill Coffin, alzando la mano en un brindis imaginario.

—Que todo el mundo se ponga máscara. Enfermero, entregue lo necesario a la señorita Adams.

—Capitán, le traigo lo preciso para empezar. La gasa vaselinada está en camino.

—Gracias, señorita Rycroft. Prepárese.

Una mesa portátil llegó del quirófano con el material solicitado.

Winter se dirigió al hombre de la primera camilla. La morfina le había apaciguado.

—Al quirófano —ordenó.

Después pasó al siguiente:

—A la mesa de la sala de babor.

La puerta se abrió bruscamente para dejar paso a Manny Ebstein, un Manny un poco chamuscado que no perdió tiempo en desembarazarse de su tiznada guerrera.

—¡A sus órdenes, jefe!

—¿De dónde vienes? ¿De ayudar a los bomberos?

—He estado trabajando ahí abajo. Desde luego, ahora está ya la cosa arreglada y en seguida me he dicho: Vete a ver si se te necesita...

—Está bien. No pierdas tiempo pensando en voz alta. Ayuda a la señorita Adams en la distribución de los heridos. Si te interesa, que te explique el porqué del reparto.

Después de un rígido saludo marchó hacia la sala de estribor acompañado de Bill Coffin, de Carolyn Rycroft y de la mesa portátil.

El doctor Manners estaba preparando el plasma, para lo cual diluía en agua destilada la sangre deseada. Le ayudaba Terry, activo y atento. Rick se puso ante la mesa de curas más próxima:

—Que traigan al primero, Bill. Tú te encargarás del segundo en la otra mesa, y así sucesivamente. No hay que preocuparse de Strang. Él ya tiene en el quirófano toda la ayuda necesaria.

Bill asintió, con grave semblante.

—En situaciones como ésta, Rick, el manual militar de cirugía de urgencias es muy concreto: ácido tánico y desbridamiento de las quemaduras.

¿Estás seguro de lo que quieres echar por la borda?

—Lo bastante seguro como para cargar con la responsabilidad. En mi calidad de decano, tengo derecho a tomar decisiones. ¿Estás conmigo?

Una amplia sonrisa se extendió por el rostro de Bill Coffin.

—Aún no puedo ir tan de prisa como tú, pero corre porque, si no, te alcanzaré en seguida.

Uniéndolo a la acción a la palabra, cogió unas tijeras y empezó a cortar el uniforme del soldado tendido en la segunda camilla.

Capítulo XX

*En donde se ve a Rick hacer un llamamiento
a la santa virtud de la desobediencia*

A la primera ojeada, Rick se dio cuenta de que su paciente estaba horriblemente abrasado, con grandes superficies de piel quemada en la espalda y los hombros. Por supuesto que el tratamiento habitual indicaba la aplicación del escalpelo y del ácido tánico. En efecto, una vez retirada la epidermis muerta, la herida debía ser minuciosamente lavada y después sometida a una aspersión de ácido tánico, o sustancia similar, destinada a formar una costra en la superficie.

Tal tratamiento era reglamentario en la mayor parte de los hospitales, pero desde hacía algún tiempo habían surgido unos cuantos librepensadores para sugerir que aquello no era ni mucho menos lo ideal. Algunos habían insinuado que el desbridamiento y el prolongado lavado que le seguía ocasionaban al paciente un *shock* completamente innecesario. En los laboratorios se habían cultivado quemaduras que no habían sido tratadas por el método tradicional para demostrar que apenas había riesgo de infección; en ocasiones, ninguno en absoluto. El mismo procedimiento experimental se siguió con otras quemaduras, tratadas con desbridamiento, lavado y ácido. El resultado fue, por lo menos, extraordinario: se descubrieron visitantes inopinados, pero no los gérmenes que suelen encontrarse en la suciedad y en los vestidos, sino aquellos que pululan por la nariz y garganta de las personas normales.

Llegados a este punto, los investigadores buscaron la interpretación de tal hallazgo. Después de la quemadura no se observaban bacilos, pero, en cambio, aparecían abundantes colonias al día siguiente, después de haber pasado por el herido personajes múltiples y diversos: dadores de sangre, médicos, enfermeras, practicantes. ¿Provendrían de ellos los gérmenes? Los investigadores cambiaron su frente de ataque y cuidaron a los heridos exactamente igual que si estuvieran en el quirófano: es decir, con blusa, máscara y guantes esterilizados. No se observó infección alguna entre los

pacientes sometidos a este tratamiento y el *shock* se redujo al mínimo. El porcentaje de curaciones radicales subió de una manera asombrosa.

Pero los iniciadores de la investigación no habían hecho más que empezar. Detuvieron también su atención sobre las gruesas costras negras formadas por el ácido tánico sobre las llagas, bajo las cuales habían visto amasar la infección. Eran necesarios días y días para que las costras se desprendieran, y, durante ese tiempo, la curación progresaba en la periferia de las heridas con lentitud glacial. Por otra parte, la curación no era satisfactoria porque no reconstruía una piel sana y lisa: al contrario, producía un tejido cicatrizal de feo aspecto y constantemente irritado, que, a veces, se agrietaba para desarrollar ulceraciones supuradas.

Puestos en el terreno de evitar tales resultados, los investigadores habían inclinado sus trabajos a la aplicación de tratamientos que impidieran la formación de aquellas costras: es decir, trataron las quemaduras como lo hubiesen hecho con otras heridas cualesquiera: sulfadiazina en polvo, para evitar la infección local, y gasa vaselinada para recubrir la zona en la cual con la mayor rapidez posible, se injertaban fragmentos de piel procedentes de otras partes del cuerpo del propio paciente.

Estos trabajos habían permanecido casi en el anonimato. Esta clase de médicos no describen oficialmente sus procedimientos de innovación hasta que se han puesto en práctica durante largo tiempo y han llegado a la certidumbre de que aquello que han descubierto es beneficioso, y lo seguirá siendo, y que representa una medida terapéutica que contribuirá a reducir las cifras de mortalidad, así como los gastos de hospitalización.

Rick estaba enterado de tales trabajos y había visto con sus propios ojos curaciones obtenidas en clínicas militares de los Estados Unidos. También sabía que los ingleses habían abandonado casi por completo el tratamiento por el método de la formación de costras. Y ahora tenía a su alcance una ocasión, que acaso no volviera a encontrar nunca, para demostrar que los investigadores tenían razón. No dejaría escapar la oportunidad.

Delicadamente, con inmenso cuidado, cortó y quitó las prendas del uniforme del soldado, consciente de la presencia de Carolyn a su lado, de la tranquila mirada de sus ojos, más brillantes que de costumbre en su rostro enmascarado.

A su espalda, Bill Coffin le preguntó:

—¿Cuánta sulfamida, Rick?

—Espolvorea ligeramente la herida. No más de diez gramos por paciente.

Mientras hablaba, había retirado el tapón de un frasco de sulfamida y extendía por la quemada piel una leve y uniforme capa de polvos. Luego, con la ayuda de pinzas, fue colocando rectángulos de gasa vaselinada hasta cubrir la totalidad de la carne ennegrecida. Sobre estos primeros apósitos colocó gasas vaselinadas también y de mayor tamaño, y por último gruesas capas de algodón, sujetas por un vendaje de tiras elásticas para asegurar una presión regular en toda la superficie herida; la presión era de una importancia capital porque, bajo la epidermis destruida, la dermis comenzaría a exudar muy pronto un líquido parecido al plasma, y la presión era el único medio de impedir una formación excesiva de exudados.

Bill volvió a preguntar:

—Apunta mi primer caso. ¿Qué se hace con él?

—Di a los enfermeros que le lleven a la cama. Ha de estar bien caliente y deberán ponerle los pies un poco en alto.

Rick llamó por el teléfono interior. Inmediatamente tuvo contestación:

—El capitán Davis al aparato.

—Óigame, Hal, le habla Rick Winter. Encárguese, por favor, de que uno de nuestros heridos que ahora mismo llevan a la cama tome cuanto antes cuatro gramos de sulfamida, y, después, un gramo cada cuatro horas hasta nuevo aviso.

—Ya está anotado, Rick. ¿Qué más?

—Un cuarto de grano de morfina, si hay necesidad; que no falte calor y que se administre plasma cuando haga falta. Lo mismo para todos.

Rick volvió a su mesa y se inclinó sobre el rostro del soldado tendido en la camilla siguiente. Le tomó el pulso. Carolyn ya estaba a su lado ofreciéndole un fonendoscopio; Rick se lo puso y escuchó atentamente, pero no percibió ningún sonido en el pecho del desgraciado. Se incorporó y le cubrió la cara con el embozo de la sábana. Había muerto y, gracias a la morfina, había muerto sin sufrir.

Muy cerca se alzó la voz de Linda:

—Ahí está su filiación completa, capitán.

Rick tomó la ficha de urgencia prendida al cuello de la camisa del herido. Se sorprendió de encontrarla hecha con la mayor perfección.

—¿Cómo se las ha arreglado?

Linda estaba frente a él, pálida, pero resuelta.

—He verificado sus placas de identidad...

La miró un instante a los ojos e hizo un gesto de aprobación. Le habría hecho falta mucho valor para desabrochar la camisa del muerto y descifrar los

signos grabados en los discos metálicos de identidad. No habló mucho porque el momento no era el más propicio para elogios explícitos.

—¡Buen trabajo! Continúe.

Volvió a la mesa de curas con Carolyn.

—El siguiente, por favor.

El equipo había adquirido ya un ritmo continuado y rápido. Considerado con sangre fría, el bombardeo había permitido una especie de ensayo general para todos los médicos de uniforme y sus auxiliares. Para Rick era algo familiar. Había visto antes quemaduras semejantes. Entonces había tenido que resignarse, con los brazos cruzados, a ver morir a sus heridos sin poder darles plasma, y, con frecuencia, sin poder aliviar su agonía con una inyección de morfina...

Media hora más tarde, Bill Coffin se llegó hasta él para murmurarle al oído:

—Hay una comprobación evidente, Rick: con este tratamiento, el *shock* es mucho más pequeño. ¿Cuándo sabremos algo más concreto?

—Bastará una semana para triunfar o para hundirnos.

—A propósito, ¿le has dicho algo al jefe?

Rick se encogió de hombros.

—¿Para qué? Hubiese dicho que no.

—Y tú, ¿qué hubieras hecho entonces?

—No estoy muy seguro de lo que hubiera hecho. Es muy posible que le hubiera dado un mamporro.

—¡Caramba!... Te creo capaz.

Volvieron a su trabajo. Después de haber continuado incesantemente, la terrible procesión fue reduciendo su ritmo poco a poco. Rick echó una ojeada hacia donde estaba Terry Adams. El muchacho había representado una ayuda muy estimable para Jim Manners, preparando las agujas y las jeringas, ajustando las ampollas de plasma mal sujetas, poniendo al descubierto las venas contraídas por el *shock*. «Tal vez haya llegado hoy a su mayoría de edad —pensó Rick—. Si así fuere, la guerra habría producido, por lo menos, un buen resultado secundario».

Hacia las cinco, hubo una interrupción en la afluencia de pacientes. Cuando volvió a empezar el desfile, ya no era más que un goteo. Por fin, Rick pudo quitarse los guantes y volverse hacia Carolyn, pero había demasiada gente en la sala para que pudieran cambiar un mensaje expresivo. Winter sólo

pudo aceptar la invitación que leía en sus ojos y devolvérsela con el mayor interés.

—Paso a la otra sala —dijo él— para comprobar las indicaciones con Davis.

Se sonrió levemente al comparar la frialdad de esta declaración con las ardientes palabras que en su corazón cantaban.

Sin alterar su tranquila sonrisa, Carolyn contestó:

—Nos arreglaremos solos entretanto, doctor; no se preocupe.

Rick se acercó a un ventilador, sacó la pitillera y ofreció un cigarrillo a Carolyn.

—Gracias —murmuró—. ¿Hace falta que diga más?

—Gracias a usted, doctor.

Aceptó sin cumplidos el cigarrillo y el ofrecimiento del mechero, con la mezcla exacta de complacencia y decoro que todos los grandes hospitales enseñan a sus enfermeras especialistas.

—¿Me permite, doctor, que le exprese mis mejores votos por el buen resultado de su tentativa?

Con un gesto, él soslayó el tema:

—Celebro que usted estuviese aquí abajo cuando... cuando sucedió lo de la bomba, Carolyn...

—¿Por qué, doctor?

—Porque las cosas no eran precisamente agradables arriba con el aterrizaje de la bomba. Espero —agregó con su mirada hundida en la de ella— que le continúe sonriendo la buena suerte.

Calló, esperando que Carolyn hubiera comprendido su intención. De haberse atrevido, la hubiera besado allí mismo.

Al llegar a la sala de babor comprobó que la mayor parte de los pacientes parecían tranquilos. Una vez terminada la inspección y confirmada la terapéutica, Davis no ocultó su entusiasmo.

—Nunca había visto tan tranquilos a heridos de quemaduras tan graves. ¿Se trata de un nuevo tratamiento, Rick?

Rick se echó a reír con satisfacción.

—¡Nada más lejos de eso! No es más que una versión nueva de un tratamiento viejo. Además de los polvos mágicos, claro está —agregó mostrándole un frasco de sulfamidas vacío.

En el quirófano, Strang y otro miembro del estado mayor quirúrgico se afanaban ante dos mesas. Antes de entrar, deprimido por el espectáculo que se le ofrecía, Rick se detuvo unos instantes. Los pacientes que ya habían sido curados esperaban su traslado a la sala. Se inclinó junto al soldado de la primera camilla y le tomó el pulso. Era débil y rápido. «*Shock* posoperatorio», se dijo Rick. Y entró para dar la cara a Strang.

El cirujano jefe se estaba lavando las manos con alcohol. Frunció las cejas al ver al recién llegado.

—¿Por qué no está trabajando, Winter?

—Ya he acabado el trabajo que me ha correspondido —contestó plácidamente el interrogado.

—Ha escogido un mal momento para bromas, capitán.

—No bromeo, señor. Jamás he hablado más en serio. Le he mandado un herido de cada dos que llegaban. El comandante Coffin y yo hemos curado a los restantes, con la ayuda del capitán Davis, que se ha encargado de instalarlos en la sala y de preparar la medicación.

—¿Y cómo ha sido posible ese milagro de rapidez?

La voz de Strang era ronca y dura. La de Winter continuó inalterable:

—Con sulfamida en polvo y gasa vaselinada.

—¿Y el desbridamiento?

—No hemos hecho desbridamiento.

Strang hundió de un golpe ambas manos en la jofaina de alcohol; era evidente que se estaba conteniendo hasta la sofocación para no rugir.

—Ha abusado de su autoridad, Winter. Por lo que me ha dicho, ha puesto usted en peligro la vida de esos hombres.

—Vaya a examinarlos, señor. Los encontrará a casi todos en excelente estado.

—No lo dudo... por ahora. Pero ¿y mañana? ¿Y cuando se instaure la infección?

—Probablemente no habrá infección.

Strang no se contuvo más y contestó furiosamente:

—¡Ya le he dicho lo que pienso de su experimento, Winter! Porque supongo que se da usted buena cuenta de que se trata de un experimento, de un simple y puro experimento.

—Creo, señor, estar situado en un terreno más sólido que el de la experimentación...

El jefe repuso, interrumpiéndole:

—¿Contrariamente a la letra del manual?

—Sería difícil contrariarla más.

—Gracias por admitir eso al menos. Puede volver a sus ocupaciones.

Rick se cuadró y saludó, procurando hacerlo de una manera irreprochable.

—¿Está usted seguro de que no puedo serle útil aquí, señor?

—Dentro de lo que uno puede estar seguro, sí —concluyó Randall Strang volviéndole la espalda.

Pensativo, Rick contempló la sala de hospitalización de babor. Su encuentro con Strang había sido tal como él temía que fuese. Si el destino quería que su tentativa fracasase, el jefe caería sobre él armado de todos los textos imaginables. Pero triunfaría. Debía triunfar. Y no era un experimento, como tan duramente lo había calificado Strang, el cual hubiera debido pensar que no era lógico que Rick hubiese aplicado el tratamiento en escala tan considerable de no conocer previamente sus resultados clínicos, de no tener «una certidumbre». Los hechos no podían dejar de darle la razón. El desbridamiento y el ácido tánico debían echarse, se echarían por la borda.

Por lo demás, con Strang o contra Strang, él no cedería. Estaba incluso resuelto a no molestar a sus pacientes en varios días, incluso en lo referente a renovación de los apósitos, porque conocía los resultados de las curas frecuentes en quemaduras de gran extensión, el perjuicio que podían ocasionar en las superficies privadas de epidermis, y hasta qué punto podían consumir la resistencia de los pacientes. Su decisión estaba tomada con firmeza en su espíritu y en su corazón.

Manny Ebstein le esperaba en el pasillo con un parche triangular cubriéndole un ojo. Rick sintió que el buen humor volvía a él de golpe.

—Ahora que usted ha pasado a ayudarnos, la situación me parece dominada, cabo.

—Mi picadura de pulga no tiene importancia, capitán. El comandante Coffin se ha encontrado con una fractura que desea enseñarle. Me ha enviado en su busca.

En la sala de admisión, un soldado acariciaba maquinalmente su brazo derecho. Rick reconoció en el herido a uno de los técnicos voluntarios de la unidad.

—Fractura de húmero —dijo Coffin—. Se produjo cuando ayudaba al traslado de una camilla.

—Se hundió un tabique, jefe —informó Manny—. Yo pude parar el golpe con la cabeza...

Los sensitivos dedos de Winter palpaban la fractura. Gina Cole salió del gabinete de Rayos X con una radiografía húmeda todavía. «Por una vez —se

dijo Rick— tiene un aire competente y no concupiscente». Rechazó su maledicencia mental y tomó la placa. Independientemente de sus costumbres fuera de las horas de servicio, Gina era para Manners una colaboradora de primer orden.

La radiografía mostraba que el hueso estaba dividido por una fractura oblicua de varios centímetros de longitud.

—Ha habido suerte de que el nervio radial esté intacto —comentó Bill.

Rick afirmó con un gesto: ya se había dado cuenta de aquella considerable circunstancia. El paciente podía abrir y cerrar los dedos, lo cual demostraba concluyentemente que el nervio radial, situado en un surco de la cara interna del húmero, estaba intacto, aunque en plena zona de fractura.

—¿Habrá que operar?

—Bastará con una férula. Prepáreme novocaína, por favor —dijo Rick, dirigiéndose a Carolyn, que acababa de entrar, con sus invariables naturalidad y tranquilidad, sin esperar a que se la llamase.

El soldado se estremeció cuando la aguja de la inyección anestésica le perforó la piel. Con la flexible punta de la aguja, Rick buscó en la carne hasta que un roce le señaló que estaba en contacto con la parte rota del hueso, envuelta por los músculos del brazo. Retiró ligeramente el émbolo y un poco de sangre entró en la jeringa, aunque no con el flujo constante que se hubiera producido de haber penetrado en una vena.

—La aguja está en el hematoma —dijo, mientras apretaba el émbolo e inyectaba la novocaína en el lugar deseado. Sacó la jeringa y agregó:

—Ahora esperemos diez minutos para que se extienda la anestesia.

Cuando, pasado aquel tiempo, Rick movió el brazo herido, el rostro del soldado no denotó sufrimiento alguno. La novocaína había surtido su efecto en los nervios del brazo fracturado. Con la ayuda de Bill, el paciente se incorporó y permaneció así, apoyado en el sólido hombro de Manny.

—Necesito una venda enyesada larga.

Antes de que formulara su demanda, Rick vio que, en una mesa contigua, Carolyn preparaba lo necesario; contemplándola atentamente, se preguntó si habría sido su común amor a la cirugía lo que los había acercado el uno al otro. Realmente, en el curso de las últimas horas, ella se había anticipado a sus deseos, como por telepatía.

Mientras aguardaba el vendaje enyesado, Rick ejerció una tracción regular, hacia abajo, en el codo del paciente, poniéndolo paralelo al cuerpo. Mientras Bill ceñía estrechamente la venda enyesada húmeda, Rick tiraba del miembro, manteniéndolo en la misma posición. Era otra cosa más que había

aprendido en la guerra: ajustar la escayola húmeda sobre la parte que aquélla debía sostener y dejar que se endureciera en la posición prevista.

—Buena idea —comentó Bill—. ¿Y el hueso?

—El peso del brazo le mantendrá recto. Claro está que pondremos un cabestrillo en la muñeca como sostén.

Rick dirigió al herido una sonrisa animosa, y luego preguntó a Manny:

—¿Crees que podrá echar los dados con una sola mano, Manny?

—¿No es móvil la fractura? —preguntó Bill Coffin.

—Muy poco, pero eso no parece causar ningún perjuicio, y la curación se efectúa más de prisa con este sistema, en vez de ponerle el brazo en «aeroplano».

Bill dejó escapar, una vez más, su inimitable silbido, lento y suave.

—Verdaderamente, eres el hombre de las simplificaciones, Rick. Te ruego encarecidamente que no te metas nunca en cirugía cerebral. ¡Me privarías en poco tiempo de una bonita fuente de ingresos!...

Capítulo XXI

El amor es un viento variable

Con el pelo revuelto por la brisa, Terry Adams recorría el puente de las embarcaciones gozando del aire fresco. Hacía más de media hora que abajo, en las salas de los enfermos, el curso del trabajo se había ajustado a la rutina hospitalaria, y había sido Rick quien, con una cordial palmada en el cogote y calurosas frases de felicitación, le había mandado a tomar el aire.

El sol poniente se perdía en una tenue cortina de lluvia y de bruma. El frescor de las gotas de agua deslizándose por la cara estimuló a Terry. Por lo menos físicamente. Y también moralmente, porque la niebla, que se espesaba sin que el viento pudiera disiparla, significaba que ya no habría ataques aéreos, al menos mientras aquélla durase. Al día siguiente, a juzgar por lo que se decía a bordo, estarían ya frente a la parte meridional de la costa ibérica. Tal vez no hubiera más visitas del enemigo hasta el estrecho de Gibraltar.

Se detuvo en la cubierta de proa para examinar los destrozos causados por la bomba. Los bomberos seguían trabajando en una zona aislada por cuerdas. Terry pudo comprobar que habían dominado el fuego y que incluso habían construido una sólida defensa para preservar de las olas toda la región interior del barco puesta al descubierto por el impacto. Miró las altas olas llegar implacablemente y vio como el tajamar las cortaba gallardamente lanzándolas, entre rabiosas espumas, a ambos lados del navío. Tranquilizado, Terry se alejó. Por ese lado, no había peligro. Si no se desencadenaba un huracán, llegarían sanos y salvos al Peñón.

El ardor que le había sostenido durante la jornada se estaba extinguiendo, pero sin dolor. Sabía que había trabajado, y trabajado mucho, de manera incesante, sin ocasión de tener miedo. Pero no llegaba a olvidar las insondables y temibles profundidades que le rodeaban, la muda amenaza de los submarinos y la otra amenaza, todavía peor, del Mediterráneo, que se acercaba. Según se decía a bordo, al cabo de un día o dos pondrían proa hacia el este, probablemente para dirigirse a toda máquina rumbo hacia el estrecho de Sicilia, el famoso «triángulo de fuego». Los aeródromos de donde salían los *Stuka* estaban a treinta minutos escasos de vuelo de aquella zona: los

alemanes podían lanzar enjambres de bombarderos y cazas para aplastar metódicamente todo lo que apareciera a su vista, sin mengua alguna de su fuerza en los combates aéreos.

Se sorprendió de sí mismo al verse golpear con los puños en las planchas metálicas del puente, con tal crispación nerviosa que el dolor le devolvió brutalmente a la realidad. Puesto que ya conocía el remedio para esas crisis, ¿por qué no ir en su busca? También Gina había trabajado toda la tarde. También ella, como él, tendría libre la noche. Tal vez ella deseara, como él, un rato de esparcimiento. En cualquier caso podía ir a llamar a su puerta para invitarla a tomar una copa y a fumar un pitillo en el salón.

Casi sin darse cuenta, perdido en sus pensamientos, alcanzó la cubierta de paseo y se encaminó hacia la popa. ¿Por qué no confesarse a sí mismo que seguía el rastro de Gina, que buscaba su pista? Ella era la que le deslumbraba, y se daba cuenta de que la necesitaba más que nunca. El momento no era el más a propósito para engañarse a sí mismo. Rick le había dicho, en Inglaterra, que tomara las cosas como se le presentaran, sin complicarse la vida. Y Gina le había dicho que la guerra en que participaban no era una guerra romántica, antes de preguntarle el número de su camarote. Sin embargo, durante la noche anterior hubo algo más que pasión. Había habido ternura... El recuerdo le azotó los sentidos. Con el nombre de Gina en los labios, bajó la escalera del puente A. La encontraría, la vería, le tomaría las manos rogándole que le concediera el inmenso consuelo de su compañía. Era imposible que hubiera olvidado su oasis de embriaguez compartida...

Estaba en el puente B. Ante la puerta del camarote de Gina. Los violentos latidos de su corazón casi le sofocaron cuando llamó con los nudillos. Nadie contestó. No percibió otro ruido que el tecleo de una máquina de escribir en el camarote contiguo. La máquina de Linda.

¿Qué pensaría de él su hermana, tan correcta y equilibrada, si le viese allí?

¿Estaría Gina aún en el comedor? De ser así, podría entrar en su camarote y esperarla... Pero no, ella compartía el cuarto con Carolyn Rycroft y no podía permitirse exponerla a las asombradas preguntas de su compañera. Tampoco podía continuar en el pasillo, como un adolescente enfermo de amor...

Anduvo al azar, sin saber dónde encontrar a Gina. De pronto, al pasar frente a la puerta del camarote de Bill Coffin el ruido de una risa le detuvo. ¿Habría reunido Bill a algunos compañeros para tomar unas copas después del trabajo? Sabía que sería bien recibido si pudiese unirse a los bebedores. Bill le había brindado su amistad desde el primer día. Levantaba la mano para

llamar, cuando resonó una risa distinta..., una risa femenina, sin duda ninguna... Una risa gutural, grave y cálida, una risa elocuente..., una risa que atravesó su memoria como una aguja invisible...

La víspera, entre sus brazos, Gina se había reído igual. Ahora tenía la certidumbre de que interpretaba idéntico papel, pero con otro compañero.

Tras la puerta cerrada, Gina se rió de nuevo. Y luego se hizo el silencio.

Terry abrió la boca para gritar, pero le faltó el aliento. Levantó los puños como si quisiera hundir la puerta, pero sus brazos cayeron inertes.

Unos minutos después se encerró en su camarote. Durante mucho tiempo permaneció sentado al borde de la litera, desmadejado, frente al espejo del armario, demasiado cansado para maldecir, demasiado abstraído para reírse en las narices de la fúnebre máscara reflejada en el espejo.

Capítulo XXII

*Donde se ve a Rick Winter pasar
por emociones contradictorias*

Llegado al final de la larga hilera de literas, Rick Winter devolvió a la enfermera la hoja con las relaciones individuales. Por una portilla abierta veía los reflejos del sol en el Atlántico, liso como un espejo azul. Rick Winter había acabado el monótono examen de los pacientes y salió a cubierta para gozar de unos instantes de aire vivo y salobre. ¿Cómo era posible que el mar tuviese tan sosegada apariencia por la mañana, después de los horrores que había soportado la víspera?

Los heridos se encontraban en un estado sorprendentemente bueno, aunque podía tratarse de algo pasajero: habían superado el período inicial del *shock*, gracias a una feliz combinación de morfina, calor y plasma. Pero en los casos más críticos había que prevenir una segunda fase, causada por la debilitación debida a la considerable pérdida de proteínas en las zonas afectadas. No ignoraba que debía dispensar su atención más minuciosa a tales casos, porque el éxito o el fracaso en ellos, serviría de piedra de toque al tratamiento aplicado por él.

Las inyecciones de plasma debían continuarse con la duración y frecuencia que exigiese el estado de los pacientes, a quienes debía administrárseles la mayor cantidad posible de líquidos nutritivos. La prueba final la daría la posible infección. Si sus teorías no eran equivocadas, el porcentaje de infecciones sería, de cualquier manera, mucho más reducido que entre los pacientes de Strang, tratados según la terapéutica clásica de desbridamiento e irrigación. El tiempo era el encargado de pesar en su balanza ambos métodos. Si a fines de semana no se había declarado infección alguna, el período de curación propiamente dicho comenzaría. Y Winter tenía la mayor confianza en que, gracias a su sistema, tal curación se desarrollaría con la mayor rapidez.

Volvió a la sala refrescado por la brisa matinal, con los ojos deslumbrados por el resplandor marino. Tenía motivos para sentirse cansado porque había estado trabajando desde mucho antes del desayuno, deseoso de abstraerse de

sus problemas personales más acuciantes. Por ejemplo, lo que diría a Carolyn Rycroft si la viera durante el servicio.

El oficial de la sala le saludó con su habitual sonrisa:

—Parece que todo marcha bien, capitán.

—¿Qué opina usted del estado de los pacientes?

—Puesto que me lo pregunta, le diré que estoy asombradísimo de ver cómo han resistido el golpe. Tal vez los casos de evolución más sorprendente sean los más graves.

—¿Ha comprobado las proteínas en sangre?

—Dos veces diarias se hace recuento de hematíes y verificación de la tasa de hemoglobina.

—¿Están preparadas las transfusiones por si hicieran falta?

—Lo están, señor, pero no creo que hagan falta tal como va todo.

Rick le dio las gracias y se trasladó a la sala de estribor, donde se hallaban hospitalizados casi todos los pacientes de Strang. También ellos recibían plasma y sulfadiazina. «Ahora —se dijo con un pequeño escalofrío íntimo—, ahora podré vislumbrar el sí o el no... Cualquier diferencia que pueda apreciarse entre ambos lotes, deberá atribuirse al tratamiento inicial, porque los cuidados posteriores han sido exactamente iguales».

Tal vez fuera fruto de la imaginación, pero le pareció percibir una sutil diferencia entre ambas salas. En la de babor, los heridos estaban tranquilos, casi alegres en algunos casos. En la otra ofrecían un aspecto menos favorable, de verdaderos enfermos. En más de una cara podía leerse la desesperación y en muchas muñecas el pulso latía con demasiada rapidez.

Lo cierto es que salió de la sala de Strang con un renovado sentimiento de confianza en su actuación.

Cuando subía la escalera, un asistente se cuadró ante él: el coronel esperaba al capitán en su oficina.

El breve escalofrío de minutos antes se convirtió en un estremecimiento de alarma. ¿Sería posible que Strang le hubiera denunciado al coronel? El jefe era un cirujano capaz y demasiado prudente para condenar a nadie sin el rito apropiado. Sin duda que en esta ocasión se comportaría políticamente, esperando los resultados antes de manifestarse.

Winter dio un correcto taconazo y saludó de la manera más impecable al llegar al umbral de la puerta del despacho de Amos Blaine. Se sintió más tranquilo cuando vio al coronel dedicado a hojear viejos ejemplares del *Yank* mientras se reía como una gallina clueca contemplando los dibujos de Breger^[23].

—Quítese ese casco, Rick. Bien, creo que ahora estamos ya a cubierto de nuevos ataques. No obstante, no puedo cerrar los ojos sin ponerme a contar *Stukas*. ¿Y usted?

—Pues la verdad es que no he tenido ni tiempo de contar.

—Sí, ya lo supongo. El trabajo es la salud de los individuos como usted. Mi deber, en cambio, es permanecer en mi puesto esperando que ustedes cumplan el suyo.

Amos levantó una ceja. Desde hacía tiempo, Rick conocía aquel gesto como indicador de tempestad. Por consiguiente, se preparó.

—Repito que yo me limito a esperar que ustedes cumplan con su deber, pero que lo cumplan de una manera conveniente. Me refiero, por ejemplo, al experimento que usted realizó ayer.

No cabía duda de que Strang había hablado. Sin embargo, sus informes debían de haber sido bastante prudentes, cosa que, pensándolo bien, era completamente lógica porque le permitía no quedar en posición violenta si la prueba salía bien, y, en cambio, le dejaba en libertad de fulminarle si fracasaba.

Rick respondió sosegadamente:

—La responsabilidad es mía, señor. Completamente mía. El comandante Strang no ha tenido nada que ver. Yo traté a la mitad de los pacientes mientras él hacía lo propio con la otra mitad en la sala de operaciones.

—¿Dice usted que *trató*?

—Sí, señor, con sulfamida en polvo, gasa vaselinada y algodón para asegurar la presión debida. Los heridos del comandante recibieron el tratamiento corriente, mediante desbridación, lavado y ácido tánico para la formación de costras.

—No querrá usted decirme que se ha servido de nuestros soldados como si fuesen cobayos...

—Nada de eso, señor. De ninguna manera. Hace tiempo que ese tratamiento se emplea en Inglaterra con los resultados más satisfactorios. Si es así, ¿por qué privar a nuestros soldados de los beneficios de un ejemplo y de una experiencia que se han mostrado acertados?

—Espero que pueda usted vender esa idea a Strang.

—Hablando con franqueza, coronel, he abandonado la esperanza de vender nada al jefe.

Había sido una observación que excedía de los límites del respeto, y Amos tuvo razón cuando frunció el entrecejo, pero se trató de un gesto fugaz y como aureolado de malicia.

—¿Puedo decirle que comprendo su... su dilema, Rick?

—Evidentemente, puse en práctica la idea sin advertir de antemano al jefe. Y, con menos evidencia, tiene perfecto derecho a sentirse un poco contrariado. Sobre todo... —Aquí la sonrisa de Rick tuvo el mismo tono que el gesto del coronel—... si el nuevo tratamiento tiene éxito.

—¡Váyase de aquí! —bramó Blaine—. ¡Váyase de aquí antes que lo mande al calabozo!

Amos Blaine continuó sonriendo tenuemente cuando Rick hubo salido del despacho después de hacer un correctísimo saludo.

El capitán regresaba a sus cuarteles con el ánimo considerablemente aliviado. Todavía gozaba de su alivio cuando, al volver una esquina del pasillo, tropezó con una joven rubia en uniforme de trabajo: Carolyn Rycroft y su sonrisa, serena como la mañana.

—¿Acaso no se ha ganado usted un descanso?

—Sí, capitán. Pero esta mañana hacía falta gente y me he prestado voluntaria.

Le tomó la barbilla como si fuera una copa.

—Míreme, por favor. Estamos solos y la crisis pasó.

Ella encontró su mirada sin hacer esfuerzo alguno para apartarla.

—¿Está usted completamente seguro?

—Completamente, en lo que se refiere a los enfermos de la sala. ¿Y en lo que se refiere a nosotros?

—No sé nada de eso, Rick.

—Entonces, ¿qué debo hacer? ¿Llamar a otro submarino para que usted se asuste...?

Una oleada de rubor la traicionó. Lo suficiente para que Rick retirara la mano de la barbilla y abriera los brazos. Después de haber mirado prudentemente por el pasillo, Carolyn se echó en ellos. Todas las dudas de otra noche de insomnio desaparecieron.

—¿Por qué fue usted a verme al camarote?

—Ya se lo dije. Tenía miedo.

Rick oyó su propia voz al contestar como si fuera la voz de un extraño:

—Yo la quería entonces, Carolyn, y la quiero ahora. Debe usted saber que no se trata de un simple deseo, sino de algo más. La amo, Carolyn.

La besó como si quisiera evocar el secreto de la noche del bombardeo en el pueblecito de Inglaterra. Casi estaba seguro de que ella había comprendido que su identidad ya no era un misterio para él. Sabía también que la capa que

dejó después de aquella noche estaba guardada en su camarote. De no haber sido así, ¿por qué había ido a dejarle su trinchera?

Rick aflojó un poco la dulce presión de sus brazos para preguntar:

—¿Por qué no hemos de ser sinceros, Carolyn?

Ella apoyó su rostro en el hombro de Rick, quien comprobó con triunfante alegría que no se apartaba, pese a que había dejado caer los brazos.

—Ya sabe usted lo que quiero, Rick.

Durante unos segundos le asaltó la tentación de hacerse el desentendido, aunque sólo fuera para obligarla a explicarse más claramente. ¿Acaso esperaba que le ofreciese casarse mientras la unidad navegaba hacia el bautismo de fuego? ¡Dios mío! No tendría más remedio que ir a ver a Blaine y pedirle la bendición. Pero el instinto le detuvo; algo le advirtió que debía dejar a Carolyn que llegara hasta el fin. Cuando ella hubiera dejado caer la máscara, cuando descubriera la verdad de sus sentimientos, él estaría dispuesto a hacer cuanto ella quisiera.

Carolyn quebró el tenso silencio. Su voz había vuelto a adquirir el más exquisito acento de decoro.

—¿Tiene la bondad de acercarse a la cama doce, doctor? El enfermo tiene fiebre.

La siguió a la sala, preguntándose si no habría sido un juego de palabras; pero, desgraciadamente, el enfermo y la fiebre eran demasiado reales. Se trataba de un mocetón de cabellera pajiza empaquetado desde el mentón a las axilas en un firme vendaje. Rick se acordó de él en cuanto le vio. Las quemaduras eran extensas, pero no graves. La elevación de la temperatura podía no tener relación alguna con ellas. Probablemente se debía a una reacción frente a la sulfadiazina, reacción relativamente común y que podía ocasionar perjuicios si no se diagnosticaba debidamente. Por ejemplo, podía atribuirse a un principio de infección, con la consiguiente medida de aumentar la dosis de droga.

La gráfica de la temperatura, tomada cada dos horas desde el momento en que el paciente salió de la mesa de curas, mostraba una subida brusca, en vez de una elevación regular. Las heridas no presentaban nada de particular.

Carolyn murmuró:

—¿Suspendo la sulfadiazina?

—¿Es usted adivinadora del pensamiento?

—Procuro ayudar lo mejor que puedo, doctor Winter.

Sus ojos miraban modestamente al suelo. Agregó:

—Muchas veces, la interrupción del medicamento va bien en estos casos.

Rick deslizó su mirada por la historia clínica, diciéndose que Carolyn había ganado limpiamente aquel *round*. Escribió en la casilla correspondiente la orden de supresión de la sulfamida y devolvió la hoja a Carolyn.

—En efecto, debe suspenderse la medicación. ¿No tiene más observaciones que hacer, teniente Rycroft?

—No, doctor.

—¿Quiere ello decir que está usted... enteramente satisfecha... de la evolución del caso?

Ella alzó los ojos y miró profundamente a los del capitán, quien se sintió trastornado por la intensa llama de pasión que vio arder en ellos.

—Por el momento, completamente satisfecha.

—Querría estar en condiciones de decir lo mismo.

Dio un taconazo y saludó fríamente. Después, sin que Carolyn dejase de mirarle con expresión inquisitiva, dio media vuelta y salió de la sala.

Capítulo XXIII

Un poco de táctica y de estrategia

El último de la 95.^a unidad en abandonar el barco fue Rick. El coronel, acompañado por Strang, había atravesado la bahía en la primera barcaza. El traslado fue un modelo de precisión. Esta vez la rutina no había engendrado aburrimiento y monotonía. La presteza con que había sido ejecutada la orden más insignificante, el perfecto mecanismo del conjunto, indicador de una intensa tensión interior, testimoniaban el conocimiento y la aceptación de un peligro próximo.

Antes de que los hombres hubieran empezado a salir del barco, las grúas efectuaron el traslado del material sanitario, consistente en centenares de cajas y de bultos de todas las formas y tamaños. Todo lo necesario para salvar cientos y cientos de vidas bajo la lona de las tiendas y de los hospitales de sangre. En cada fardo figuraban una letra y una cifra, grandes y claramente visibles, que se correspondían con las indicaciones de una lista donde se precisaba el contenido de cada bulto, gracias a lo cual era posible saber exactamente, sin abrir nada, dónde se encontraba cualquier artículo de cirugía, medicina o farmacia. Además, cada uno de los fardos tenía un duplicado idéntico en su composición, registrados, a su vez, en una segunda lista. En el caso de que la 95.^a unidad debiera dividirse en dos unidades de campaña, el material se escindiría de la misma forma: la lista A iría con una, con las existencias correspondientes; la lista B, con su material, marcharía con la otra.

Mientras bajaba por la escalera del portalón, llevando él mismo su equipaje, Rick pensaba vagamente en aquellos prodigios administrativos de organización. También el hospital había sido trasladado con la mayor economía de esfuerzos y con un orden perfecto. La mayor parte de los heridos graves ya estaban en tierra, con una perspectiva de quince días de descanso. Después, a bordo de otro buque, serían conducidos a «retaguardia» para pasar la convalecencia. Tal vez encontrarán al comandante Weldom, al regresar hacia el Oeste, para acompañarlos y cuidarlos...

... Winter se volvió y saludó al comandante, que golpeaba melancólicamente la cazoleta de su pipa contra la borda.

Menos de media hora más tarde, Rick ascendió por una escalera de cuerda y se encontró a bordo de otro buque de transporte, donde ya había embarcado su unidad.

Más que transporte parecía un verdadero buque de guerra del siglo xx, lebel de los océanos, construido para resistir todos los embates del mar a la mayor velocidad. La distribución interior difería totalmente de la del confortable transatlántico que acababan de dejar: la mayor parte de los componentes de la 95.^a unidad se alojaban en dormitorios comunes en el centro del navío, excepto algunos oficiales que disponían de camarotes.

El capitán Winter no tenía tiempo de salir en busca de Carolyn, aunque hubiese tomado buena nota de su alojamiento. Con toda seguridad, sus ocupaciones no le dejarían margen para la ternura y para cuanto imperiosamente reclamaba su espíritu. Carolyn estaba en su derecho si no quería referirse a la noche del bombardeo, pero también él estaba en su derecho haciendo cuanto estuviera en su mano para evitar que desembarcara, librándola así de los riesgos de la guerra.

La llamada para la cena le encontró hundido hasta los ojos en el papeleo, junto con Terry Adams. Para ellos, la cena consistió en un par de bocadillos que les llevó hasta la oficina de la enfermería un ordenanza con cara de cansancio. A las ocho, el asistente del coronel apareció con una nota. Rick la leyó y apartó a un lado los papeles.

—¿Tienes ganas de acompañarme? La unidad en pleno parece que nos espera...

—¿No hay medio de escaparse?

Winter había comprobado que Terry funcionaba otra vez como una máquina bien ajustada. ¡Por lo menos se aplicaba al trabajo como un castor! Tal vez fuera beneficioso para él mantenerle ocupado constantemente...

Rick puso ante los ojos de Terry la nota del coronel y le asió de un brazo.

—Es una orden, hijo mío. Abróchate la guerrera y en marcha.

La sala estaba llena de oficiales y de enfermeras. Al fondo, Amos y Strang estaban sentados tras una mesa cubierta de mapas, acompañados de un tercer oficial que Rick no reconoció a primera vista. Dos hombres sostenían una pizarra contra la pared. El corazón de Rick se alteró ligeramente cuando, al moverse y recibir de lleno la luz de las lámparas, identificó al tercer oficial de la presidencia. Reconoció inmediatamente al delgado rostro, serio como el de un jefe de contabilidad, del que había creído un desconocido. Era el capitán

Hillary Somers, del Servicio de Información inglés. Tan sólo hacía una hora que Somers estaba a bordo, silencioso y huido como una sombra. Nadie estaba enterado de su presencia ni sabía el motivo que le había llevado allí.

Amos pasó la mirada por las apiñadas cabezas de su rebaño.

—Venga a sentarse aquí delante, Rick. Puedo necesitarle.

Después se volvió hacia el inglés.

—Perdón, capitán. Tiene usted la palabra.

Con una tosecilla seca, Somers se levantó, tomó un trozo de tiza y se puso a esbozar las líneas de un mapa en la pizarra. Para un hombre de apariencia tímida y reservada como la suya, resultaba sorprendente su manera de dibujar, de trazos vigorosos y decididos. Hasta la enfermera más obtusa pudo comprender en seguida que estaba haciendo el croquis de una costa y de un puerto. Rick, alerta, seguía con el mayor interés el dibujo. Le pareció reconocer la distribución del rompeolas y de los muelles colocados a su abrigo. Sí, en efecto, aquél era el puerto de Argel. Debía de ser Argel, pues, su punto de destino.

Somers se volvió y dejó la tiza en la mesa. Cuando se dirigió a los circunstantes, su actitud fue la de un profesor de geometría que explicase un problema a un grupo de alumnos distinguidos. Tenía el aire desafiante y un poco cínico a la vez de quien espera que los alumnos le tiren bolitas de papel mascado antes que suene la campana anunciando el fin de clase.

—Oficiales y enfermeras: debo hacer hincapié ante todo en el gran honor de que son objeto al formar parte de la primera expedición americana que se va a enfrentar con el ejército alemán.

Se interrumpió, como abrumado por los aplausos que sonaron unánimemente. El coronel dio unas palmadas en la mesa, reclamando silencio. El oficial del Servicio de Información tomó un sorbo de agua y continuó la peroración:

—Por desgracia, no estamos en situación de atacar a los hunos directamente. Debemos instalarnos en una posición francesa del África del Norte para anticiparnos al enemigo, que podría tener idéntica iniciativa. Para asegurar el éxito de nuestra empresa estamos preparados para golpear simultáneamente en varios puntos, y golpear con fuerza. Entre tales puntos están Casablanca, Orán y Argel. El puerto de Argel es el que acabo de dibujar en la pizarra.

Tomó un puntero y resguió la línea blanca de su croquis. Su aire de profesor de geometría había desaparecido. Incluso su voz tenía un timbre distinto.

—El mando aliado está resuelto a cubrir estos objetivos a cualquier precio. Por consiguiente, cada uno de nosotros debe estar dispuesto a darlo todo. Cada unidad ha de funcionar como un equipo independiente pero incluido en la gran estrategia conjunta. De no hacerse así, todo puede fracasar. La misión asignada al noventa y cinco hospital de campaña es la de asegurar la asistencia médica y quirúrgica durante las operaciones para la toma de Argel.

»Permítanme agregar que nos acercamos a una costa hostil. No obstante, no hemos podido saber si las fuerzas francesas se opondrán a nuestro desembarco y, de ser así, la medida en que resistirán el ataque. De cualquier forma es seguro que habrá bajas, tal vez más de las previstas. Es posible, incluso, que tengan ustedes que trabajar bajo el fuego del combate.

Vuelto hacia su auditorio, Somers se golpeaba rítmicamente la palma de la mano con el puntero.

—Y si les pido a ustedes que contemplen esta perspectiva con calma, también quiero explicarles, nada más justo ni legítimo, nuestro plan de batalla.

Dicho esto se volvió de nuevo a la pizarra para ilustrar sus palabras. El plan era sencillo y claro. Hasta la más insignificante de las enfermeras tenía que sentirse parte responsable de la expedición, y comprender que la ofensiva que se avecinaba no era más que el principio de una campaña muy importante.

Dijo Somers que los barcos formarían en línea de combate ante la costa al amparo de la oscuridad. Mientras ciertas unidades realizarían la cobertura, las compañías de desembarco ganarían tierra. Se establecerían cabezas de puente al este y al oeste de la ciudad, y, una vez establecidas, deberían mantenerse hasta que llegasen las grandes masas de infantería para consolidar las posiciones. En ese momento, la flota cerraría la tenaza frente a la ciudad, neutralizando los aeródromos y reduciendo al silencio las baterías de defensa. Si el plan se desarrollaba de acuerdo con tales normas, la capitulación de la ciudad era segura.

A través de las explicaciones del capitán Somers, el proyecto parecía realizable. Rick echó un furtivo vistazo a los rostros que le rodeaban. Tenía la certeza de que no había ningún oficial que no se hiciera la misma pregunta: si la ocupación de las ciudades clave de África del Norte era tan sencilla, ¿por qué se había esperado tanto tiempo para tomarlas?

—Debo señalar también —continuó diciendo Somers— que ustedes penetrarán en la zona mediterránea más profundamente que ninguna otra de

las unidades participantes en la operación. Por consiguiente, el peligro que correrán ustedes será mayor. Deben esperar sorpresas, sorpresas desagradables que llegarán por la tierra, los aires y el mar. Pero no deberán ustedes olvidar que las dos Marinas más grandes del mundo están bien preparadas para rechazar tales sorpresas, cualquiera que sea su naturaleza.

Se interrumpió una vez más para tomar otro sorbo de agua y deslizar sobre todos los reunidos una larga mirada. Luego dijo:

—¿Puedo arriesgar una suposición? Me imagino que buena parte de ustedes, llevados de la curiosidad, habrán repasado los mapas de esta parte del globo. Tengan en cuenta que el objetivo eventual de esta ofensiva es Túnez, seguido, en orden cronológico, por las islas italianas.

Desde su rincón, Bill Coffin alzó la voz para preguntar:

—¿Y por qué no tomar directamente Túnez y Bizerta?

El capitán Somers sonrió al auditorio. Ahora que había explicado lo que debía explicar, se retraía en la reserva.

—¿Querrá el capitán Winter responder a esa pregunta?

—Con mucho gusto, capitán Somers. Si esta guerra ha demostrado algo, ha sido que es preciso poseer la tierra si se quiere dominar el aire, y a la inversa. Si la Flota penetrara en el triángulo siciliano, los alemanes saltarían sobre nosotros con toda la fuerza de sus puntos de apoyo. En cambio, si podemos ocupar Argelia rápidamente y proporcionar bases a nuestra aviación antes de que puedan reaccionar...

Bill, obstinado, insistió:

—Nosotros constituimos un hospital de campaña. ¿Por qué un hospital de campaña ha de saltar a tierra en Argelia antes que las unidades de desembarco?

Somers ofreció al auditorio una tenue sonrisa:

—Pregunta lógica a la que me gustaría contestar lógicamente. Por el momento sólo puedo repetir lo que ya he dicho: no debe verse en esta acción más que un preludio de la ofensiva contra los hunos en su propio terreno. Tengo la esperanza de verlos formar a todos ustedes muy pronto una columna volante que penetrará rectamente, y victoriosamente, en Túnez. ¿Me permiten añadir, para concluir, que también tengo la esperanza de que nos encontremos para celebrar las Navidades, digamos en Palermo?

Salió de la estancia entre grandes aplausos. Era un mensajero activo que marchaba para cumplir otras misiones.

Capítulo XXIV

Los lobos y el cordero

La gente iba saliendo lentamente de la estancia donde se había celebrado la reunión. Rick buscaba a Carolyn, pero no pudo dar con ella, pese a que la vio durante un instante mezclada entre las enfermeras que escuchaban atentamente al capitán Somers. Había desaparecido, y Rick experimentó la vaga y desagradable impresión de que evitaba deliberadamente el encuentro.

Una mano se posó en su brazo, a la vez que Strang le dirigía la palabra:

—¿Puede concederme un momento, capitán?

—¿Obligación o devoción, comandante?

—Me temo que obligación.

El jefe pasó por delante de él para mostrarle el camino de su camarote, cuya puerta cerró tras de ellos. Rick comprobó que, aunque el buque estuviese superpoblado, la instalación del cuarto era más que confortable. Hasta había sitio para un muelle sillón, en un rincón, junto a la litera. Strang se acomodó en él, dedicando a Rick una convencional sonrisa de excusa. Luego se puso sobre las rodillas una especie de pequeño pupitre portátil y comenzó a hablar:

—Estará cómodo si se sienta en la litera, capitán. ¿Le molestaría que examinásemos conjuntamente algunos detalles? Por supuesto que habrá una reunión de Estado Mayor, una vez que estemos en alta mar, pero creo que usted y yo...

Dejó la frase sin acabar mientras con la punta de un lápiz empezó a reseguir una larga lista mecanografiada.

—Veamos en primer término el material quirúrgico. Supongo que no hace falta preguntarle si está preparado para utilizarlo en cualquier momento...

Sentado en el borde de la litera, Rick oía las palabras de Strang como un monótono zumbido. Como le había sucedido en otras ocasiones, tuvo que contener el vivo deseo de despanzurrar la suficiente fatuidad de su superior, de desmontar aquella vistosa armadura sobredorada. Por fortuna, el humor de Strang parecía plácido y amistoso. «Después de todo —comentó Rick para sus adentros—, acaso le haya juzgado mal. Es posible que ahora que estamos

en vísperas de entrar en acción deje a un lado su actitud farisaica, su aire de superioridad».

Casi sin darse cuenta, como si instintivamente hubiera querido ceder su parte en la animosidad, preguntó, aprovechando una pausa de Strang:

—¿Está usted contento de que, por fin, estemos en camino, señor?

—Precisamente por eso le he rogado que nos viéramos —suplicó el jefe—. ¡Cuánto me gustaría estar cerca de usted cuando la cosa empiece!

Rick movió la cabeza con convicción. ¡Claro está! Eso era lo que debía esperar de la entrevista. El jefe dirigiría las operaciones a distancia, desde el buque, y enviaría los equipos quirúrgicos a tierra según las necesidades lo requirieran.

—¡Lo siento por usted, comandante! Había olvidado lo indispensable que será su presencia a bordo.

Strang aceptó como la cosa más natural del mundo el dudoso cumplido.

—Será desesperante estar lejos, mordiéndose las uñas de impaciencia, mientras ustedes, los jóvenes, huelen la pólvora. Sea como sea, nuestra obligación es prever lo peor. Es decir: un avance bajo el fuego de los cañones y las bombas de aviación. Usted conoce el personal de que disponemos. ¿Comparte mi confianza en su calidad?

—Completamente.

—¿Sin excepción? Se lo pregunto de hombre a hombre.

Rick pensó en Terry Adams. Tal vez una palabra dicha ahora librara al joven del infierno hacia el que se dirigían. Pero Winter rechazó la tentación.

—Disponemos de un equipo absolutamente perfecto, comandante. No tendría el menor inconveniente en afrontar el peligro con cualquiera de sus miembros.

Strang esbozó una tenue sonrisa:

—Tal vez sea eso precisamente lo que deba hacer, Winter.

Revisó unos papeles y le entregó uno de ellos:

—Como verá, le he inscrito en calidad de jefe de nuestro grupo de desembarco. Por descontado que no es, por el momento, más que un proyecto.

Con el lápiz señaló unos apartados de las listas:

—He aquí los equipos quirúrgicos, comprendidas las enfermeras voluntarias. He puesto a la teniente Rycroft en el equipo de usted.

—¿Y por qué la teniente Rycroft?

—Ha sido la primera enfermera que ha venido a inscribirse. Su hoja de servicios es igual a la mejor que pueda haber en la unidad. ¿Tiene usted algún inconveniente personal que oponer?

Strang esperó la respuesta jugando con el lápiz. Sus lentes octogonales despedían un fulgor místico. «¡Dios mío!, ¡pero eso no es posible! —pensó Rick—. Aquí está jugando al todopoderoso, tan satisfecho y orgulloso. ¿Habrá sido capaz de adivinar algo de lo que pasa entre Carolyn y yo?... Si es así, debo inclinarme ante él. La razón está hoy de su parte. Aunque fuese mi mejor amigo, no podría pedirle que dejara a Carolyn a bordo».

Tras estas reflexiones, que pasaron por su mente como un relámpago, repuso tranquilamente:

—La enfermera Rycroft es una ayudante de quirófano de primer orden. Estoy encantado de poder contar con ella.

Pero Strang insistió amablemente:

—Si le preocupa a usted su seguridad...

—Realmente, no puedo dejar de pensar en la seguridad de las enfermeras...

—¿En la seguridad de *todas* las enfermeras, Winter? ¿O en la de la señorita Rycroft en particular?

—Creo que no atino a comprender el sentido de su pregunta.

—¿Admite que corre los mismos riesgos que cualquiera de nosotros?

—Evidentemente, señor. ¿Tiene usted alguna otra cuestión que exponerme?

—Sólo una. Bastante personal, por cierto. ¿Están ustedes enamorados?

—¿Le parece que es éste un momento para contestarle, señor?

—Por supuesto, si su... su afecto... deforma de alguna manera su juicio...

Sentado con el pupitre en las rodillas, el cirujano jefe, regordete y beatífico, sonreía como un ídolo. Rick calculó por un momento las ventajas y los inconvenientes que tendría la acción de aplastar de un manotazo aquella vanidosa boca. Imaginó los papeles revoloteando por la habitación, mientras Strang se levantaba vacilante intentando evitar un segundo golpe. Podría darle entonces un buen puñetazo en el plexo solar, y rematar, tan sólo como un toque artístico, con un golpe en la comisura de los labios... Eso podría valerle un consejo de guerra... Sería pagar muy caro el éxtasis de la venganza...

Se contentó, pues, con respirar profundamente para articular seguidamente, con suave entonación:

—Perdóneme, comandante; pero ¿tiene usted algún motivo para dudar de mi juicio?

—Le contestaré más tarde, Winter, dentro de unos días. Cuando disponga del informe definitivo sobre el proceso de los heridos que usted trató... Como ya debe saber, han quedado hospitalizados en Gibraltar.

Unió piadosamente los dedos en forma de pirámide y agregó:

—¿Debo suponer que mi anterior pregunta va a quedar sin respuesta?

—Nada de eso, señor. Hace tiempo que quiero a la señorita Rycroft. Y tengo la intención de casarme con ella, cuando esta aventura termine, si ella no tiene inconveniente. ¿Está usted seguro de que es eso cuanto desea usted saber? ¿No le queda ninguna otra pregunta por hacer?

El tono que empleó Rick fue el propio de una ofensa directa, de un claro desafío. Conteniendo la respiración, pero con semblante apacible, aguardó a que Strang hubiera sopesado cuanto significaban las últimas palabras. «¡Un minuto más, y le doy!», se dijo Rick hirviendo de indignación. Ya contraía nerviosamente el puño cuando el jefe abrió la boca:

—Creo que eso es todo, capitán. ¿Me permite decirle que aprecio mucho su... ¡ejem!... su franqueza?

En el puente superior, apoyado contra un puntal, Rick se dejaba acariciar por la fresca y húmeda oscuridad. ¿Cuál habría sido el motivo de que, ante un hombre que detestaba, enunciara como una certidumbre algo que apenas había esbozado en la imaginación? Una vez más, la psicología tenía razón: ¿cuántas veces confesamos a un enemigo aquello que no nos atreveríamos a confiar a un íntimo, ni siquiera a nosotros mismos?

Ahora sabía que un impulso interior, más fuerte que su voluntad, le había empujado a hablar como lo había hecho. En realidad, había querido arriesgar una pequeña parcela de certeza en lo porvenir, a cambio de la soledad que le rodeaba desde la noche del bombardeo en Inglaterra.

Las máquinas del buque comenzaron a vibrar tenuemente bajo sus pies. Fantasmal, apenas dibujada contra la negrura del estrellado cielo, la sombría masa de un portaaviones se movía imperceptiblemente ante la proa. Salió de sus meditaciones para comprobar que la Flota se había puesto en marcha y abandonaba la bahía como si una mano invisible hubiera puesto en movimiento a cientos de hélices a la vez.

Como siempre cuando las cosas tomaban un nuevo aspecto, Linda Adams estaba en la cubierta de proa, tal vez elaborando mentalmente una crónica. Hubiera debido ser Carolyn la que se encontrase cerca de él. Era ella quien necesitaba su apoyo en el momento crucial en que la sombra del Peñón de Gibraltar se desvanecía en la noche. Sin embargo, dirigía sus pasos hacia una

mujer que no parecía tener necesidad alguna de apoyo. En cierta manera, Linda Adams se le antojaba una especie de lobo solitario vagabundo. Tal vez pudieran, el uno junto al otro, dedicar un dúo de aullidos a las estrellas.

Pasó un oficial, quien, en un murmullo, advirtió secamente a una pareja situada a la sombra de una barca de salvamento que apagara los cigarros, cuya brasa podía distinguirse desde muy lejos. Detrás de su buque, transportes y destructores organizaban la navegación situándose escalonadamente. Rick, apoyado en la borda, contemplaba las incontables estelas fosforescentes que las quillas dejaban en la oscura agua del puerto. Recordó su primera salida de Gibraltar, precisamente con el mismo destino. Calculó que, incluso a la lenta marcha del convoy, estarían ante su objetivo el domingo por la mañana a más tardar.

No quiso pensar más en lo porvenir, y se fue al encuentro de Linda Adams. Cuando descendía por la escala que acababa cerca de donde aquélla estaba, el buque empezó a entrar en la corriente del Estrecho y dio una brusca cabezada. Linda le tendió la mano como si quisiera librarle de un tropezón:

—Cuidado, Rick. Éste es un lugar reservado a los lobos de mar.

—¿Acaso tengo aspecto de marearme?

Mientras pronunciaba estas palabras en son de broma, pudo ver a la vaga claridad de las estrellas, las facciones de Linda, que le parecieron alteradas, con un algo preocupado que nunca había percibido.

—Si molesto...

—¡Al contrario! Me alegra verle. Esta mañana me dijo que ayudaría a Terry en cuanto pudiera. Pues bien, le tomo la palabra. —Se detuvo un instante y Rick advirtió que respiraba precipitadamente—. Place cinco minutos he bajado a... su oficina... Quería ver qué tal le había ido el trabajo de hoy... Le he encontrado tumbado en dos sillones, roncando y con una botella vacía caída en el suelo, a su lado...

Rick se dio cuenta del esfuerzo que hacía para continuar hablando con naturalidad.

—Rick, he subido para intentar poner en orden mis pensamientos. ¿Cómo podríamos llevarlo a su camarote?

Rápidamente, Winter hizo memoria de la última vez que le había visto. Estaba muerto de cansancio, pero no había tomado una gota de licor ni parecía que le sucediera nada de particular. Luego se acordó del trago de coñac que había tomado para celebrar el fin de la dura jornada...

—Óigame, Linda. ¿No se ha sentido usted nunca tan cansada que le ha sido imposible dormir normalmente?

—Ahora no estoy en condiciones de responder. Me obsesiona la idea de sacarlo de allí. ¿Qué ocurrirá si alguien le encuentra en ese estado, el coronel Blaine, por ejemplo?

—¿Amos? Él mismo lo metería en la cama. Sobre ese punto no hay duda.

—¿Y si fuese Strang?

—¡Aquí me callo! Por favor, ¿quiere usted tranquilizarse mientras voy a echar un vistazo?

Cuando volvió la encontró en el mismo sitio.

—Algún buen samaritano le ha descubierto antes que yo. Está acostado en su litera, calentito y seguro. Sigue roncando, inofensivo como un niño.

La miró atentamente, y añadió:

—Lo que ha sucedido es perfectamente natural. ¿O acaso es demasiado pedir a una hermana que lo comprenda?

Linda golpeó con un puño la barandilla, sin apartar los ojos de la oscuridad del mar:

—Tenemos que ayudarle a superar su situación, Rick.

—He estado con Strang hace poco. Terry está inscrito en la lista de desembarco. Si hubiese actuado de prisa, hubiera podido obtener de él que lo dejara en Gibraltar. ¿Lo hubiera hecho usted en mi lugar?

Ella no abandonó su contemplación casi hipnótica del mar.

—Desde luego que no... Supongo que debo continuar esperando a que mi hermano se rehaga cuando esto comience a calentarse.

De pronto, ella se deslizó hasta quedar sentada al abrigo de la borda:

—Mire, Rick. No puedo creer que Terry tenga miedo. ¿Será cierto que los que llamamos miedosos no son más que víctimas de sus nervios?

—Usted hubiera sido un buen médico —contestó Rick, sentándose a su lado.

Casi era cómodo aquel reducido y oscuro santuario. El rumor del tajamar añadía al ambiente una especie de rara nostalgia. Sin motivo aparente, Rick se acordó de su primera experiencia sentimental en las montañas rusas de Coney Island, bajo la luna de Brooklyn. También había una mujer a su lado. Una interna del hospital donde empezaba las prácticas. Cuando su vagoneta empezó a bajar la primera cuesta, pasó un brazo por sus hombros, más por temor que por afecto. Al llegar a este punto de su evocación, cayó en la cuenta, muy a tiempo, de que Linda no era del género de mujeres que necesitan de un brazo varonil que las conforte.

—Podría tratarse de una crisis neurovegetativa.

—Eso suena a cosa muy considerable.

—Tan considerable como el vértigo, y de etiología bastante difícil. ¿Ha tenido usted la idea, o la ocasión, de tomar el pulso a Terry en el curso de uno de sus... ataques?

—Ahora que me lo pregunta, recuerdo que, una vez, cuando éramos niños, un perro danés de unos vecinos nuestros persiguió a Terry. Mi hermano corrió hacia mí gritando... Le tomé la cabeza entre las manos y observé que las venas de las sienes le latían como si fueran a estallar, y tan rápidamente que ni siquiera pude contar las pulsaciones.

—Eso podría ser un síntoma...

—¿Hay algún remedio?

—Las causas de tales trastornos son difíciles de localizar. Hubiera podido tranquilizarla con vagas generalidades, por supuesto; pero, sin saber el porqué, no podía evitar la franqueza.

—La guerra produce millares de casos análogos, en que físicamente el organismo se comporta bien, por lo general...

—Espero que no sea otra cosa lo que le pase a Terry.

—No lo creo. De ser lo que me imagino, el mal tiene una raíz profunda. El sistema nervioso autónomo domina todas las funciones vitales del cuerpo: frecuencia del pulso, tensión arterial, etc. Cualquier conmoción puede echarlo todo a rodar, como lo haría un cortocircuito en una dínamo. Por lo tanto, a menos que logremos identificar y borrar la causa, me temo que pasaremos apuros con él...

—¿Quiere eso decir que, en determinadas circunstancias, ante los peligros del frente, por ejemplo, esos hombres se hunden?

Llegados a tal punto, Rick prefirió seguir siendo sincero:

—Lo común es que empiece a hundirse un día o dos antes de entrar en la danza. Lo importante, por supuesto, es separar los corderos de las cabras. Aquellos que pierden realmente el dominio de sus nervios, de aquellos otros que lo fingen para ahorrarse malos ratos.

—¿Clasifica a Terry entre las cabras? ¿Cree usted que finge?

—Sabe usted perfectamente que yo no hago nada ni creo nada. Y si creyese algo, un consejo médico de revisión no aceptaría mi convicción para emitir un juicio. Tampoco creo que hubiera logrado que lo compartiera Strang esta noche.

—Y si llegan a desmoronarse, ¿qué puede suceder?

—Es difícil predecirlo. La mayor parte de los neuróticos llegan a preocuparse tanto de sí mismos, que marchan por el camino de todos los hipocondríacos. El ejército los clasifica bajo el rótulo de «psiconeurosis». Los

más graves son dados de baja en filas, los otros son destinados a cualquier servicio auxiliar. —Rick levantó las manos con ademán de protesta—. ¿Por qué me hace seguir hablando? No me cabe la menor duda de que ha estudiado en los libros el caso de su hermano, y no precisamente ayer.

Linda contestó con el mismo tono de voz:

—No me crea si no quiere, pero mi corazón no ha desesperado nunca. Siempre he creído que Terry era simplemente un abúlico. ¿Por qué no decirle lo que acaba de decirme a mí?

—Terry sabe la suficiente medicina para diagnosticarse él mismo.

—¿No hay remedio, verdaderamente?

—Depende de él. De que pueda dominar o no su mal. En el primer caso, será enviado a casa. En el segundo, cabe la solución, siempre que llegue a reprimir los nervios. Lo mismo que el individuo que sufre vértigos y se obliga a hacer alpinismo. Lo mismo que el individuo que padece agorafobia y la combate paseándose por los lugares más amplios que conoce.

Rick se incorporó, ayudando a Linda a hacer otro tanto:

—Si consigue conquistarse a sí mismo, no sólo superará las pruebas de la guerra, sino que asegurará su porvenir para después.

—Entonces, ¿vale la pena correr el riesgo?

—¿Podemos elegir?

—¿Y si se desmorona?

—Lo embarcaría conmigo y velaría por él a toda costa. Incluso usted también podría ir con nosotros...

Linda emitió una breve risita:

—Ahora me ayuda usted sin preverlo. Cuando por ello le pedí permiso al coronel, me contestó que a usted le correspondía la decisión.

La proa del buque se hundió bruscamente en el hueco de una ola y el inopinado bandazo lanzó a Linda contra Winter, demasiado cerca para que no se alterara su calma, como le ocurriría a cualquier hombre con la muerte al acecho en todos los rincones de la noche. Sus labios se encontraron y permanecieron unidos largamente.

—¿No tiene miedo de nada, Linda?

—¿A usted qué le parece, capitán?

Una vez más, Rick dejó que Linda se apartara, desenlazándose de su abrazo. Admiró la manera cómo subía la escala de la cubierta superior, la gallardía de su marcha, la nobleza de su silueta, la arrogancia con que llevaba alta la cabeza y erguida la espalda. No se sintió desleal hacia Carolyn: no debe esperarse que un hombre cambie de un día para otro, sobre todo cuando

la mujer amada se empeña en permanecer encerrada durante su primera noche en el Mediterráneo, en un Mediterráneo al que ni la guerra había privado de su portentosa magia.

Por lo menos, creía haber reconfortado a Linda. Aun tratándose de una mujer que no necesitaba ser confortada.

Si hubiera podido verla cuando se dirigía a su camarote... se hubiera sorprendido, porque Linda buscaba el camino vacilando..., como una mujer en trance...

Capítulo XXV

Veinticinco años atrás, en el Marne

Pesadamente, como la mayor parte de las escuadras, el convoy seguía su ruta en la oscuridad.

En su camarote, contiguo al del capitán del buque, el coronel Amos Blaine, nervioso, se incorporó, se sentó, ahuecó con irritación la almohada. Hacía poco menos de un cuarto de hora que se esforzaba en conciliar el sueño estirado en la cama, inmóvil, contemplando el juego de los reflejos y las sombras en el blanco techo. Todo en vano. Lo único que logró fue un cuarto de hora más de insomnio. Se embutió en la bata, buscó a tientas el cinturón y las zapatillas y subió al puente, a contar las estrellas. Pero las estrellas permanecían ocultas por una fría niebla. Apenas podía distinguir la silueta del vigía de babor, embozado hasta los ojos en el capote.

Volvió al camarote, cerró cuidadosamente la puerta y se echó en la litera, resignado a pasar otra noche sin dormir. No obstante, el insomnio, en sí, no era realmente desagradable. Lo desagradable eran los pensamientos que le asaltaban, los pensamientos que llenan las horas solitarias mientras la tierra tiembla en el inmenso vacío. Temía las dudas que bullen como gusanos en el espíritu de los hombres abandonados a sí mismos.

En privado, Somers le había dicho que el ataque estaba previsto para el domingo al amanecer, a menos que la temperatura obligara a un cambio en el último minuto. Y Somers había advertido a toda la unidad que deberían entrar en acción inmediatamente si las pérdidas fuesen grandes... Sin darse cuenta apenas, se puso a revisar sus recuerdos bélicos. En tiempos pasados, muchas veces los hombres le habían seguido al combate desde Cuba hasta las costas de China. Pero se trataba de soldados que conocían su oficio. Nunca hasta entonces se le había encomendado la jefatura de una unidad como la que iba en el buque. Por ejemplo, las mujeres. Incluso el uniforme que llevaban, blanco y severo, parecía demasiado castrense para su juventud. El próximo domingo, todas ellas oirían por primera vez el estallido de los obuses en una playa hostil. ¿Qué podría hacer si se declaraba el pánico en sus filas?

Agitado, dio la vuelta en el lecho, poniéndose de lado. No debía pensar en aquello. Por supuesto... no habría pánico alguno... Se trataba de mujeres americanas; cumplirían su deber igual que sus hermanos de armas. La joven Linda Adams, por ejemplo... Hubiera debido retenerla a bordo hasta que pasara el peligro, y, sin embargo, le había prometido que acompañaría a los demás, porque ella se lo había pedido. Después de todo era periodista y debía ganarse y merecer las crónicas que escribía en exclusiva.

Bajo su mejilla la almohada se había convertido en una masa caliente y dura; pero, después de haberla tirado al suelo, no se sintió mejor. Deseó con desesperación que amaneciera para concluir con el insomnio, que le atormentaba aquella noche más que ninguna otra... Pese a todas sus protestas, a todas las influencias de que se valió para ser reintegrado al servicio activo, ¿no era demasiado viejo para la guerra? ¡Oh, no! No sentía ningún miedo por él. Su memoria dio un salto atrás de veinticinco años y le llevó al Marne, a una ambulancia de batallón, donde un joven capitán, pálido y tembloroso, era incapaz de poner una venda...

... Recordó al sargento que, sin decir palabra, le llevó a una tienda de campaña, sacó una botella de algún sitio y le puso el gollete en los labios... Aquellos tragos de fuego le salvaron del fracaso y de la vergüenza. Después de eso se las pudo arreglar solo, desenvolviéndose como los demás en variados menesteres, sin detenerse a reflexionar.

En la misma situación debía de hallarse el joven Adams. Se preguntó lo que Terry pensaría y diría si supiese que había sido su propio coronel quien le había sacado de la oficina, donde estaba completamente borracho y roncando como un motor, para llevarlo en brazos, por el desierto pasillo, hasta la litera de su camarote.

Se repitió una vez más que debería vigilar a Terry. A Randall Strang también, por descontado, en el caso de que se llegara a encontrar al alcance de los tiros, posibilidad muy improbable. En cuanto a los demás, se jugaría por ellos hasta el último dólar con la mayor seguridad. Se lo hubiera jugado también si ninguno de ellos hubiera seguido el duro y completo adiestramiento a que se les había sometido en Estados Unidos.

La parte más importante de su tarea ya la había cumplido en la patria, cuando modeló a todos con sus propias manos, bajo el ardiente sol del sur. Cuando subieron la escalera del barco que los llevó a Inglaterra, ya no le

necesitaban. Y muy pronto demostrarían que también sin él sabrían vivir y morir. Lo que ahora necesitaba era dormir.

De nuevo, Amos Blaine se incorporó, miró con rabia la esfera de su reloj, se sentó, permaneció inmóvil unos instantes y luego, resignado, cogió de la mesita un frasquito y se tragó uno de los comprimidos que contenía.

Fenobarbital, amigo del anciano...

Capítulo XXVI

La vida..., una gran felicidad aburrida y tranquila

Mientras duró la luz del día, el Mediterráneo fue infinidad de cosas, excepto romántico. Hacía cuarenta y ocho horas que el convoy navegaba hacia el este sobre un mar que el azote del mistral cubría de blancas espumas. Ahora, cuando moría la pálida claridad de la jornada, los jefes avizoraban desde los puentes o estudiaban los mapas, rogando que el encapotamiento del tiempo persistiera. Hasta el momento, las nubes bajas y las violentas ráfagas de lluvia habían formado una perfecta pantalla protectora. De todos modos, no había habido indicios de presencia enemiga, ni siquiera la más leve humareda en el horizonte. Los servidores de las baterías antiaéreas permanecían en sus puestos, como gallinas mojadas, buscando vanamente en el cielo. En los destructores, con el oído atento a los auriculares, los escuchas esperaban vibraciones submarinas que tampoco se producían.

Naturalmente, África ocupaba la atención preponderante de todos los espíritus. África era una presencia tangible a estribor, completamente real, aunque fuera imposible descubrir el perfil de sus costas. Mirando por una portilla de la sala de oficiales, Rick Winter hubiera jurado que distinguía alminares y palmeras. Puro espejismo, indudablemente, consecuencia de la tensión nerviosa sufrida durante el día: no se veía nada, nada había sobre la superficie oleosa del mar; nada, excepto la lluvia empujada por el viento.

Winter salió y se puso a pasear bajo las rociadas. ¿Qué otra cosa podía hacerse, sino esperar órdenes? El último registro de contabilidad de la 95.^a estaba cerrado y el último informe de servicio clasificado en los archivos de Terry, hasta que los acontecimientos del día siguiente hicieran agregar una posdata. «Mañana es el gran día —se dijo, poseído del júbilo—. Mañana aproaremos al sur y entraremos en Argel...».

Hacía media hora que había sonado la llamada para la cena, pero aquella noche no parecía haber mucho apetito. Los miembros de la unidad debían de estar, en su mayor parte, arreglando el equipaje, guardando bajo llave las

cosas más queridas, esforzándose en terminar las últimas cartas. En realidad, era la tregua final, en que lo más importante no era arreglar las maletas, ni escribir, con falso tono de despreocupación, unas postreras líneas de recuerdo a tía Marjorie, en Duluth... Él había pasado por todo eso. Sabía muy bien que el aire puro era mucho mejor antídoto que la tía Marjorie... Sus propias tías, en Chicago, se contentarían con enterarse por los periódicos de sus posibles actos de heroísmo, o de su muerte. La única persona que deseaba ver estaba a bordo, y durante todo el día no había hecho otra cosa que eludir su encuentro.

Reflexionó un momento y después se encaminó a la oficina donde, desde primera hora de la mañana, Terry y él habían sudado como negros. La estancia estaba ahora vacía y tan admirablemente ordenada como el salón de una solterona. Rick se sentó a su mesa e hizo sonar el timbre. Treinta segundos más tarde un ordenanza estaba cuadrado en el umbral.

—Busque a la teniente Rycroft, que estará seguramente en el dormitorio de las enfermeras, y dígale que se presente sin pérdida de tiempo.

¿Cómo no se le habría ocurrido antes una estratagema tan sencilla? ¿Cómo había sido capaz de esperar hasta aquel momento para decidirse a hablar? Todavía se asombraba de su estupidez cuando Carolyn entró en la estancia. Suavemente, como siempre, con cálidos reflejos dorados bajo su gorrito blanco.

Rick no titubeó:

—Hágame el favor de cerrar la puerta, teniente.

Carolyn obedeció sin pestañear.

—Le ruego me diga por qué se dedica a hacer todo lo posible para no verme.

—Yo no he hecho nada de eso.

Esta manera de soslayar la respuesta no parecía estar de acuerdo con la manera de ser de Carolyn. Rick dio una palmada en la mesa con tal violencia, que ella retrocedió un paso.

—Míreme, Carolyn. Yo sé por qué se comporta como lo está haciendo.

La aludida, con violencia análoga a la del capitán, echó a un lado la capa que llevaba sobre los hombros y se enfrentó con él resueltamente, vibrante silueta de uniforme blanco.

—Usted lo ha querido, Rick. Le eludo desde Gibraltar, en efecto, y usted sabe por qué. Yo iré a tierra con nuestro equipo. Usted no podrá mover tantas influencias como para impedirlo. Importa poco... que... que... nos queramos...

La virulencia de su rostro se desvaneció cuando Rick dio un paso hacia ella. Con un grito estrangulado corrió a echarse en los brazos que le ofrecía, para llorar entre ellos de la manera más femenina del mundo, y para luego ofrecerle los labios.

—Si supieses...

—¿Si supiese qué, cariño?

—Cuánto tiempo hace que espero este momento.

Él la besó, con más pasión que la primera vez, como si con ello quisiera compensarla de la espera.

—¿Podríamos hablar ahora un poco, nada más que un poco?

—Pero no del desembarco. Eso está decidido. Iremos a tierra juntos.

—No pensemos en eso ahora. Ya lo he discutido con mi conciencia.

Rick, firme y resueltamente, clavó la mirada en sus ojos.

—También se trata de nuestra guerra. No debemos combatir en más de un frente a la vez.

—Me parece que no te comprendo...

Pero el temblor de su voz delataba que comprendía perfectamente.

—Sabes muy bien que te quiero, Carolyn. ¿Pretendes que te lo repita?

—Si no te molesta demasiado...

Esta vez fue ella la que le abrazó. Nunca había hecho la pregunta que se proponía formular, la pregunta más difícil de todo el vocabulario masculino.

—¿Cuándo te casarás conmigo, Carolyn?

Ella se estrechó bruscamente contra su pecho. A través del uniforme sentía, como si se tratase del propio, los latidos del corazón de Carolyn.

—Pero..., Rick..., yo no esperaba...

—¿Podríamos, por lo menos, ponernos de acuerdo?

Él comprobó, no sin cierta satisfacción, que Carolyn había recuperado el equilibrio. Después de todo, consideró que se trataba del gran momento en la vida de una mujer. Carolyn se limitó a buscar en la sabiduría de su especie para mostrarse a la altura de las circunstancias. Rick se anticipó al decirle:

—Todo o nada, ¿verdad? ¿No es eso lo que habías pedido, querida? Pues eso es lo que ofrezco.

—Pero, Rick, ¿cómo podríamos...?

—No podemos, evidentemente. Quiero decir que no podemos casarnos ahora. Antes tendremos que ganar la guerra. Una parte de la guerra al menos: la que nos corresponde.

Se tomó un breve respiro, como si tuviese que lanzarse al agua.

—Sé perfectamente que el momento de ofrecer el matrimonio a una mujer está mal escogido, sobre todo cuando la mujer va embarcada en la misma aventura. En realidad, es mal momento para ofrecer cualquier cosa. Pero es posible que no haya ninguna otra ocasión, hasta que pase mucho tiempo, de decir algo verdaderamente personal.

Rick le cogió las manos y se las apretó con calor, para añadir:

—Al diablo con toda esta palabrería, Carolyn. En suma: ¿quieres tomar nota de mi ofrecimiento, a cualquier fin ulteriormente útil?

—¿He de responder ahora?

—No, si no quieres hacerlo —repuso él—. No creo tener derecho a pedirte un compromiso en este instante. Tan sólo quiero precisar un simple hecho. Ya formas parte de mi vida. La formas desde aquella última noche en Inglaterra.

—Tal vez deba decir yo lo mismo.

Carolyn levantó valientemente la cabeza, Rick continuó:

—Tenemos que ser el uno del otro. La verdad es que no había pensado nunca en casarme, pero no ignoro que es eso lo que tú deseas, y yo te quiero lo suficiente para aceptar tus condiciones.

Rick sabía que hubiera debido decir algo más, pero dejó que la continuación se esfumara. Sabía que hubiera debido prometerle las cosas en que las mujeres sueñan a solas: una granja, en algún rincón de las colinas de Connecticut; hermosos candelabros sobre una mesa de noble madera antigua; un servicio de whisky sobre una bandeja georgiana, para obsequiar a los invitados que llegarían de Nueva York a pasar el fin de semana; una casa de veraneo en Nantucket, con pérgola y hermosas vistas sobre la playa. Podría haberle prometido todo eso y mil cosas más con toda ilusión. Podría haberle hablado de la vida que construirían juntos, cuando ambos hubieran unido sus soledades.

Pero ¿cómo iban a atreverse a evocar una felicidad futura, con África en el horizonte? Todo lo que pudo decir fue:

—De lo que puedo estar seguro es de que seré un mal marido. Incluso prescindiendo de mis costumbres...

—Tal vez corra el riesgo, ¿quién sabe?

—Excelente disposición de principio, querida. Recuerda únicamente que el ofrecimiento está en pie. Entretanto, guardaremos los proyectos en la caja de los «tal vez» y de los «quién sabe». Antes de sacarlos, Amos Blaine tiene que presentarnos a Marte, con todos los peligros consiguientes.

—Lo recordaré, Rick —contestó ella, inclinándose hacia él con los ojos húmedos. Pero no acabó el movimiento. Esta vez se rehízo a tiempo y saludó, con la mayor corrección.

—¿No manda nada más, capitán?

Rick siguió su ejemplo y entró, gravemente, en el juego.

—No, teniente, por el momento eso es todo. Le aconsejo, de todos modos, que se vaya a dormir cuanto antes y haga provisión de sueño. Es muy fácil que tengamos que madrugar.

El juego se interrumpió un instante, cuando ella le ofreció un beso.

—Gracias por esto también —murmuró.

Cuando ella iba a dar la vuelta para salir, Rick la detuvo. Con una mano posada en un hombro, le acarició con la otra los dorados cabellos. ¿Podría dar nueva vida al instante que había sellado sus destinos? Por lo menos podía recitar los versos que habían acompañado su aventura en la noche del bombardeo:

*s now who holds thee? —Death, I said. But there,
silver answer rang... Not Death, but Love*^[24]

Podía repetir los versos, murmurándolos en su oído. Podía renovar con ellos la dicha pasada; pero de nuevo el instinto le recomendó silencio. No, ni el lugar ni el momento eran propicios al éxtasis. Reconocía el derecho que le asistía a ella de escoger la hora y el lugar.

La besó dulcemente, detrás de la oreja.

—No tiene que agradecer nada, teniente.

Al llegar a la puerta, Carolyn se volvió para enviarle un beso.

Sin moverse de junto a la mesa, la vio marcharse, preguntándose cómo era posible que se sintiera tan tranquilo después del paso que había dado.

Hasta entonces había pensado en el matrimonio como se piensa en una cárcel. Lo había considerado un simple sistema para satisfacer legítima y legalmente el más antiguo impulso humano. Pero ahora, algo había cambiado en su interior, y, por increíble que pareciera, se sentía ligero, sosegado, descansado. Experimentaba la sensación propia de quien sale de un baño tibio después de una larga jornada de trabajo. Al igual que todas las satisfacciones de calidad, empero, debía admitir que era un tanto aburrida.

Examinó tal comprobación cara a cara, pensativamente, se volvió hacia la mesa con su risita y, por última vez antes del desembarco, puso en orden los

cajones.

También su porvenir estaba en orden. Por vez primera en su vida.
Se sintió preparado para afrontar cualquier cosa, incluso la guerra.

Capítulo XXVII

Vela de armas a bordo

Al pasar por el pasillo, Rick oyó, tras la puerta del camarote de Terry Adams, el tecleo de una máquina de escribir que debía de estar haciendo horas extraordinarias. Se detuvo, llamó y entró, deseoso de compartir con alguien su recién adquirida tranquilidad.

Apenas hubo traspuesto el umbral, se quedó parado: era Linda quien escribía. Su hermano, sentado en la litera, con un cigarrillo apagado entre los labios, tuvo un gesto de fraternal desesperación.

—Llegas a tiempo de interrumpir una diligencia. Tanto si me crees como si no, está disponiendo sus últimas voluntades.

Sin alzar los ojos del teclado, Linda protestó:

—No haga caso, Rick: eso lo tengo hecho desde hace tiempo. Antes de salir para Europa, dejé herederos de todo lo que poseo a Terry y a su mujer. Esto sólo es una carta a mi notario de Nueva York, dándole instrucciones acerca del momento en que deberá abrir el testamento. —Dio un golpecito en el espaciador y dijo a Rick, sonriendo—: Entre, entre. Es una conferencia a puerta abierta.

Rick aceptó la invitación, se inclinó hacia Terry y acercó una cerilla a su desmayado cigarrillo, antes de decir:

—Allá usted, Linda, pero ¿cree usted que eso es de buen gusto?

—¿Y por qué no? No soy capaz de matar el tiempo discutiendo sobre las excelencias de *Alicia en el país de las maravillas*. Tal cosa podrá ser buena para los ingleses; no pongo en duda la eficacia del método. Es cuestión de temperamento. Nosotros, los americanos, somos pragmáticos. Nos sentimos más a gusto limpiando nuestro revólver que preparando nuestro testamento.

Linda volvió a escribir bajo la mirada de Rick. «Tal vez, en el fondo, tenga razón —pensó Rick—. Tal vez se trate del mismo impulso que me ha llevado a poner en torno a mi porvenir un bonito lazo con un nudo de dos vueltas». Sobre el fondo sonoro del repiqueteo, contestó:

—Si cree que voy a lanzarme a otro debate...

—¡Perdón! No intente volverse atrás de su promesa.

—Entendido. Pero delego en Terry para colgarse de usted, si hace falta, hasta que nuestra lancha llegue a la playa.

—Supongo que los dos estarán demasiado ocupados para acordarse de mi existencia.

Aprovechando un instante en que Terry se volvió de espaldas para dejar el cigarrillo en un cenicero, ambos cambiaron una mirada de comprensión. «De acuerdo —dijo Rick en silencio—. Haremos que se preocupe de usted para que no tenga tiempo de preocuparse de él. Tal vez dé resultado». Luego dio una palmada en el hombro de Terry.

—¿Qué te parece, chico? ¿Soy un idiota o un desalmado al permitir que esta jovencita nos acompañe en el desembarco?

—Eres un hombre, y uno de los mejores que se han fabricado, Rick. Pero haría falta una camisa de fuerza para retenerla a bordo mañana. Aun así, haría de Houdini.

Linda sacó el papel del rodillo y tapó la máquina.

—Ahora que has resumido la situación, querido hermano, vamos a aparentar que tenemos hambre, y comamos los tres juntos.

Salieron al pasillo, ya poblado por otros muchos que seguían el mismo camino. Al parecer, la unidad en pleno había decidido que el mejor sistema de que desapareciera la bola que sentían en la garganta era comer y arrastrarla hacia abajo. Cuando Rick se dirigió a la mesa de los cirujanos ya estaba llena. Linda se encaminó a la de las enfermeras. Rick comprobó con satisfacción que Carolyn no estaba presente: en su calidad de novia obediente, había seguido su consejo y se había acostado.

A su lado, Bill Coffin protestó a media voz.

—¡Podías haberme dejado salir del barco en vez de dejarme aquí con Randall Strang!

—¿Para cuándo es la partida de pesca, Rick? —preguntó Manners.

Y Hal Davis gritó:

—¿Con quiénes iré yo? ¿Contigo o con la infantería?

—¡De uno en uno, señores! —reclamó Winter con lánguida entonación y el mejor acento del sur. Más que nunca era preciso fingir absoluta despreocupación, como si se tratase de una excursión de *boy-scouts*. En idéntico tono agregó:

—Os aseguro que no sé nada en concreto. La telegrafía oculta anuncia que mañana es el día J, y que atacaremos. Pero la telegrafía oculta puede fallar tan fácilmente como la otra. Tal vez más. ¿Quién sabe si no se ha cambiado de plan y nos llevarán a El Cairo?

Bill se aferró a su quejumbrosa obsesión para cortar con aire sombrío el discurso de su amigo.

—Se han distribuido cartucheras de repuesto en el entrepuente, viejo. Y la infantería dormirá vestida esta noche. Por eso te repito que no te perdonaré que me dejes aquí...

—¿Y poner en peligro la piel de uno de los mejores neurocirujanos de los Estados Unidos? Bromeas, Bill. Reflexiona como corresponde a tus años y piensa en los muchachos que dejamos atrás. Créeme: será más fácil para ti que para nosotros.

Dirigió una mirada fugaz a Terry, que se esforzaba en beber sin que le temblase el vaso en la mano.

—¿No me acompañas en el *rosbif*, chico?

Terry sonrió vagamente mientras contemplaba cómo Rick atacaba la carne.

—Me gustaría conservar el apetito en estas montañas rusas...

—Espera a que hayas hecho una docenita de vueltas. Ya aprenderás que nada es más importante que comer, antes y... después.

Al echar un vistazo a los platos, dejó de hablar. Nadie probaba bocado. ¿Quién era él para interpretar el papel de veterano en medio del grupo, iguales a él en buena voluntad? Pronto aprenderían todos a domar el apetito en las horas difíciles, con tanta seguridad como si manejaran las piernas o los brazos. En cuanto uno se aleja de la base, la guerra no es más que una larga crisis que debe dominarse. Pero eso constituía una lección que sólo puede aprenderse por experiencia.

Cuando buscaba la manera de despejar un poco el ambiente, un ordenanza se cuadró a su lado. Se alegró. Una vez más tenía razón Linda: unos minutos después se hubiera puesto a hablar de *Alicia en el país de las maravillas*.

—¿Puede ir a ver al coronel, capitán? Le espera en su camarote.

Capítulo XXVIII

Donde se anuncian emociones diversas

Encontró a Amos dedicado a consumir su almuerzo con evidente apetito, ante un público, numeroso para las dimensiones del camarote, compuesto por tres oficiales, sentados con mucha formalidad en el borde de la litera: el capitán de administración que mandaba el destacamento, el comandante de Infantería de Marina que dirigía las operaciones, y el oficial de la Armada al que correspondía la responsabilidad de la realización del desembarco. Rick sintió que se le erizaba el pelo al ver una variada colección de mapas en la mesa.

Amos saludó plácidamente:

—Podría usted llamar a esto un ensayo general, Rick. ¿Quiere ayudarnos?

—Si puedo, señor, con mucho gusto.

El coronel apartó la bandeja con el servicio y puso en su lugar un pliego de papel, muy manoseado, que alisó concienzudamente. Rick comprobó que se trataba de un plano a gran escala de Argel y de sus alrededores, con indicaciones en francés y en inglés. El comandante, armado de un puñado de alfileres, comenzó a clavarlos marcando el emplazamiento de las posiciones previstas.

—Continúe donde estaba, Mickey; el capitán Winter nos cogerá en el camino.

El comandante se dispuso a escuchar contemplando con la mayor tranquilidad el plano.

—Al amanecer, la gente y el material estarán en tierra. En el caso de que no haya campos de minas podremos establecer las posiciones con cierta rapidez, y enlazar las unas con las otras.

Muy pronto se llenó el ambiente de cifras y términos militares. Aquellos hombres estaban profundamente absorbidos por su trabajo y hablaban con fervor. Apoyado en la pared, Rick añadía el humo de su cigarrillo a la ya cargada atmósfera. El monótono murmullo de la conversación le había sosegado aún más, si cabe.

—¿Y si hay resistencia organizada?

El comandante respondió al coronel esbozando una fina sonrisa.

—Estamos preparados para todo. Si quiere usted saber mi parecer le diré que sus aeródromos habrán caído en nuestras manos antes de que se den cuenta de lo que sucede.

—Sin embargo, nuestras unidades médicas han de situarse debidamente. Le toca a usted, Rick. Usted es el encargado del desembarco en la noventa y cinco. Díganos dónde le parece que debería instalarse.

Los otros oficiales se apartaron para dejarle que se acercara al plano. Eran veteranos, pero de esos veteranos que atienden gustosos las ideas de los más jóvenes. Una vez resuelta tal cuestión, de gran importancia, pasarían a bosquejar el verdadero plan de batalla. Winter señaló un punto en el plano.

—¿Qué les parece esta playa, en Lorette?

—¿Conoce usted la costa, capitán? —preguntó el comandante.

—Hace ocho años, pasé varios meses en Argel, señor. Lorette es una playa para bañistas situada al oeste del puerto. Tras ella se eleva un acantilado de unos quince metros de altura. A menos que los franceses la hayan destruido, hay una rampa de hormigón armado que sube desde la arena hasta la carretera que bordea el acantilado.

El auditorio escuchaba atentamente. Rick se volvió hacia el comandante del buque:

—Si no he entendido mal, señor, emprenderemos el desembarco en cuanto divisemos tierra, después de lo cual las unidades deberán arreglárselas por sus propios medios.

—Con la protección de nuestra artillería.

—Por supuesto, señor. Una vez efectuado nuestro desembarco en la playa creo que el muro del acantilado nos puede proteger de las baterías enemigas. Con el permiso del coronel, mi intención es instalar nuestras tiendas exactamente al pie de las rocas, lo cual, además, permitirá un fácil acceso para el traslado de los heridos. De esta manera podremos trabajar sin interrupción, a menos que nuestras unidades de desembarco...

—No se inquiete por eso, hijo —le interrumpió el comandante con tono de aprobación—. Ya nos encargaremos de que tenga sus dominios expeditos.

Rick dio las gracias con una breve inclinación y prosiguió:

—Si no llevamos enfermeras a la zona de combate...

—Óigame, Rick —habló Amos—. Usted está al corriente de cuanto nos concierne. Disponga usted las cosas como le parezca. Por lo demás, si cree usted que ha de ser útil explicar a su gente el plan, hágalo. Es cruel dejar en la

indecisión a quienes van a entrar en fuego por vez primera. Hable, si hacerlo ha de resultar beneficioso para la moral de sus hombres.

Con la mano en el tirador de la puerta, Rick titubeó un instante antes de decir:

—Una pregunta más, señor, si no es indiscreta: ¿saldremos nosotros con la primera oleada?

—No creo que nuestro heroísmo llegue a ese punto —repuso Amos—. La Infantería de Marina requerirá por lo menos dos oleadas de barcasas, después de lo cual decidirán si se nos necesita. —Hizo una pausa para mirar al comandante de Infantería—. Esperemos que sea sencillo para todos nosotros, pero lo dudo.

Rick entró en su camarote en un curioso estado de indiferencia. Él no era más que un engranaje en el colosal conjunto de la máquina, ya dispuesta para la hora H. Un engranaje de cierta importancia si las dos primeras masas de hombres desembarcadas tenían necesidad de él; pero, de cualquier manera, fácilmente reemplazable. Pero los engranajes no deben pensar ni reflexionar, ni siquiera sentir, y por cierto que era bien agradable la posibilidad de mandar al limbo aquella noche pensamientos y sentimientos. Dando forma a su deseo, Rick se dejó caer pesadamente en la litera, desde donde dirigió una sonriente mueca a Bill Coffin, quien, echado en el lecho vecino, chupeteaba una pipa apagada.

Bill le habló acentuando el tono de envidia:

—Manny ha hecho ya tu equipaje. ¿Tanta prisa tenías?

—¡No, en absoluto! Ha sido idea de Manny.

—¿Está todo dispuesto ya, equipos y material?

—Desde el mediodía.

En efecto, en las bodegas se alineaban docenas de cajas llenas de instrumental minuciosamente elegido en cantidad y variedad suficientes para efectuar todas las intervenciones previsibles. Aquella misma mañana, Rick y Terry habían vigilado la preparación de los bultos, a punto para que las grúas los trasladaran a las barcasas. Las fracturas se beneficiarían de los hilos metálicos de Kirchner, por ejemplo, pero dispondrían de poco más que de una mesa de operaciones al abrigo de una tienda de campaña, y de un juego de instrumentos que serían esterilizados en una estufa de gas comprimido. En las playas de Dunkerque había trabajado con menos aún. Todavía podía hacerlo.

Bill se incorporó con la boca abierta al ver que Rick sacaba del cajón de la mesilla de noche un revólver de reglamento, calibre 45, para introducirlo cuidadosamente en una faltriquera provista de cargadores.

—¿Desde cuándo va armado un médico a la guerra?

—Desde que los Otto y los Fritz han abolido la Convención de Ginebra. Estoy harto ya de que se me ametralle, por arriba y por abajo, mientras opero. Esta vez me preparo para lo que venga.

—¿Crees que la cosa se va a calentar tanto como para eso?

—Ni lo pienses, Bill. No tenía intención alguna de parecer melodramático. Lo más probable es que mañana no oiga ni el silbido de una bala. Me llevaré la pistola únicamente a título de precaución, inútil con seguridad, porque ya me ha ocurrido varias veces encontrarme con la tormenta sin paraguas.

Se estiró perezosamente sobre las sábanas.

—A lo mejor te encuentro mañana por la tarde en la mezquita de los pescadores, con una *uled-nail* colgada de mi brazo.

—¿*Uled-Nail*? Un momento, yo he leído algo de eso. ¿No son las que representan la idea que los musulmanes se hacen del paraíso?

—En efecto, y mañana sabrás el porqué.

—¿Cómo se las distingue de las demás mujeres?

Medio dormido, Rick emitió una vaga risita.

—Por sus babuchas doradas y sus movimientos rotativos. O rotatorios, como gustes.

—Toda mi vida he deseado ver una de esas... —dijo Bill.

—Pues te prometo enseñarte una mañana por la noche, en el *Café des Anglais*, en la calle d'Or. Costará caro, pero lo vale.

Abrió las fauces en un prodigioso bostezo.

—¿Y si dejásemos dormir a la Casbah y nosotros hiciéramos lo mismo? ¡Tengo un sueño!...

—¿Serás capaz de dormir esta noche?

—¿Cómo que si podré? Mírame y lo verás. Dormir antes de la batalla es un truco que Napoleón y yo aprendimos muy jóvenes.

Tres minutos más tarde, Bill comprobó pasmado que Rick estaba profundamente dormido.

Durante unos instantes permaneció escuchando la regular respiración de su compañero. Después, de puntillas, salió del camarote y se alejó por el pasillo, en busca de Gina Cole, para tomar un trago con ella.

Capítulo XXIX

La suerte está echada

Poco después de las dos de la madrugada, la vibración de las máquinas se extinguió progresivamente hasta no ser más que un murmullo. Rick se despertó automáticamente, en plena posesión de sus facultades. Consultó el reloj de pulsera y luego se sentó en el borde de la litera mientras de la mesilla cogía su casco.

Encendió un cigarrillo. Ya le llegaba el bordoneo de la actividad creciente por pasillos y escalas.

A la luz del mechero comprobó que Bill Coffin no se había acostado. Era propio de Bill haber pasado la noche en el puente para no perderse la primera visión de África del Norte. Pero más propio le parecía que la hubiera pasado jugando al gato en compañía de una gata agradable.

Rick encontró su mochila pulcramente preparada a los pies de la cama, así como las botas de reglamento, brillantes como para una inspección que no llegaría nunca. Todo muy militar, se dijo. Militar hasta el límite. Pensó en subir a cubierta para unirse al movimiento reinante, pero abandonó la idea al considerar que ya vendría Manny a buscarle si se le necesitara. Sin embargo, eso no era razón para renunciar a unas bocanadas de aire fresco, y animado así se puso la mochila. Guiados sus dedos por una larga práctica, se ajustó correas y hebillas. Todo estaba en regla, incluso la pesada cantimplora. El revólver pendía del costado, dándole una confortadora sensación. También estaba sólidamente dispuesta la cartera de material para curas de urgencia. No había cuidado de que se cayese al saltar a la lancha de desembarco.

Tras un último repaso, salió al pasillo, donde flotaba una luz azulada y espectral. Manny Ebstein surgió de la sombra como un corpulento fantasma.

—Ahora venía a despertarle, jefe. El viejo^[25] quiere verle inmediatamente. Nada urgente, pero...

Rick asintió con la cabeza. Al llegar a la escalera se encontró con nutridos grupos de enfermeras y personal técnico que iban y venían. Esperó unos instantes tratando de descubrir a Carolyn, sin resultado. La verdad es que no

experimentaba inquietud alguna por ella. Sabía que no le faltaría valor cuando llegase la ocasión de manifestarlo.

Cuando salió al puente comprobó que el buque, larga isla negra en una balsa, limitaba la fuerza de sus máquinas a lo estrictamente necesario para no ir al garete. En medio de una densa oscuridad los puentes bullían de animación. Lanchones y botes no esperaban más que una señal para ser arriados. Sus tripulaciones estaban compuestas por marineros escogidos, que conducirían las embarcaciones con la misma pericia y seguridad con que lo habían hecho durante los ejercicios de adiestramiento en las aguas de la patria.

En algún lado, hacia el sur, oculto por las tinieblas, se extendía Argelia, territorio de la Francia de Vichy, técnicamente en paz. Parecía increíble que las autoridades del puerto no se diesen cuenta de la presencia de tan enorme Flota avanzando como una escuadra de buques fantasmas a tan poca distancia del litoral. Ni el más insignificante sonido se alzaba de los otros navíos, cuya vecindad percibía Rick sin verla. Súbitamente, un destructor surgió de la negrura. Dirigió a su buque unas breves y rápidas señales luminosas y se desvaneció con la misma silenciosa presteza con que había aparecido.

Manny murmuró al oído de Winter:

—¿Se ha olvidado del coronel, jefe?

Rick encontró a Amos Blaine sentado a la mesa de su camarote, tan afligido como una gallina mojada. Comprendió el motivo de tal desolación cuando vio, en un rincón, la mole del comandante de las fuerzas de infantería, fumando un cigarrillo colocado en una larga boquilla de marfil, incongruente con el lugar, el momento y la aparatosa indumentaria militar. Había dejado el casco en la litera del coronel, pero llevaba hundido hasta las orejas el casquete de punto que suele ponerse debajo de aquél. Sin duda había llegado la hora de que el comandante asumiese la responsabilidad del mando. En su calidad de comandante de la 95.^a Unidad médica, el coronel se había convertido en un elemento secundario.

—No creo que haga falta preguntarle, Rick, si lo tiene usted todo dispuesto.

—Todo está dispuesto para saltar del buque en cuanto se nos ordene...

Amos derramó una larga y triste mirada en derredor.

—Tómenos, Mickey. Le pertenecemos.

El comandante devolvió el saludo a Winter.

—¿Todavía deseoso de salir con la primera oleada, capitán?

El aludido se irguió lleno de entusiasmo.

—¿Ha habido algún cambio en los planes?

—Lo siento, capitán. No puedo más que confirmar las decisiones de ayer. Únicamente los miembros de los equipos de urgencia de la Compañía desembarcarán en la primera oleada. Seguidamente lo harán los del puesto de socorro. Su tarea empezará después.

—¿Y el horario, señor?

—Tampoco por ese lado hay ninguna modificación. Bajaremos a las tres, lo cual nos deja exactamente veinte minutos de espera.

El comandante extrajo la colilla del marfileño orificio y dijo en tono humorístico:

—Usted, que ya conoce Argelia, capitán, ¿podría indicarme algún bar donde sirvan buenos *cocktails*?

—En mi última visita, el mejor era el *Metro*, señor.

—Allí nos encontraremos mañana los dos. Le invito a champaña.

Le estrechó la mano sin solemnidad alguna y salió del camarote silbando muy bajito, con la misma placidez de un ciudadano que va a tomar el tranvía.

Amos bufó y gruñó a la vez:

—¡Fuera de mi vista, chico! ¿No ve que todo esto me está reventando?

Con la mayor prudencia, Rick se aventuró a preguntar:

—¿Cuándo se reunirá con nosotros, señor?

—¡No me lo pregunte! Me imagino que en la última barcaza que toque tierra. ¡Cuando todo se haya acabado!

Pese al tono colérico de sus palabras, el coronel le tendió cordialmente la mano.

—Agáchese cuando haga falta, Rick; acuérdesse de que le necesitaré mucho más tarde, y de que con esto no hacemos más que levantar el telón.

Rick miró al «viejo» a los ojos: a despecho de la violenta tensión del momento, se dio cuenta de que su corazón todavía podía vibrar con una palpitación nueva.

—¿Son también para Túnez nuestros pasajes, señor?

—Puede jugarse hasta el último céntimo, Rick. Es seguro que iremos a encontrarnos con Monty en algún sitio, entre Argel y Trípoli.

Rick volvió al puente lleno de íntima ufanía. ¡Seguro que Amos tenía razón! Era reconfortante saber que el desembarco era el primer paso de una empresa mucho más vasta, de una invasión simultánea en distintos puntos, gracias a la cual el Mediterráneo quedaría convertido en un lago aliado. Muy pronto el enemigo estaría encerrado en un círculo de hierro. Todavía gritaría y se retorcería durante algún tiempo, pero no cabían dudas sobre su final.

Desde el cielo le llegó un ronroneo de motores, como grandes moscardones. Conteniendo la respiración escrutó el aire. ¿Los habrían descubierto? ¿Habrían mandado los alemanes bombarderos desde Sicilia para aplastar el convoy? Durante unos interminables instantes permaneció angustiado y anhelante; después se tranquilizó: había identificado el sonido... Una voz femenina dio forma a sus silenciosas cábalas, tan cerca de él en la oscuridad que casi sintió el aliento en la cara.

—Transportes, capitán.

Allí estaba Linda, con uniforme de campaña y una especie de monstruosa cámara antigás pendiente del hombro. Rick examinó de cerca, incrédulo, el aparato: no era una máscara, sino una máquina de escribir portátil.

—No refunfuñe, Rick —dijo Linda—. Usted me reservó el pasaje ayer y yo me limito a llevar conmigo mi instrumento de trabajo.

—¿Y no le va a estorbar ese cacharro colgando?

—De ninguna manera. Mi máquina está construida a propósito para escribir las noticias calentitas, sobre el terreno.

Otra ola de aviones roncó por encima de sus cabezas, ahora podían distinguirse sus siluetas. Marchaban directamente hacia el sur.

—Vamos a tener bastantes paracaidistas, Linda...

—¿Cree que vienen de Inglaterra?

—¿Y por qué no? Esta noche todos estamos sujetos al mismo horario.

Linda le apretó el brazo. Cuando la tuvo frente a sí, vio brillar sus ojos a la vaga claridad de las estrellas.

—¿Me dirá también ahora que no está conmovido, Rick?

—Estoy excitado, por supuesto. ¡Pero eso no es motivo para que me ponga a gritar como un *boy-scout*! Me temo haber sobrepasado la edad de esas manifestaciones.

Ella le contempló largamente para luego apartarse un poco, lo suficiente para quedar de nuevo a la sombra. Rick no quiso leer la muda pregunta que había en sus ojos, y echó a andar deshaciendo el camino. Naturalmente, Linda estaba, una vez más, reuniendo materiales para su trabajo, para el relato del desembarco, como una abeja en perpetua búsqueda de botín. En todo caso, se dijo humorísticamente, no le había arrancado nada.

Pero se olvidó de su humor cuando tuvo que dar un rodeo para no tropezar con dos siluetas estrechamente abrazadas: Gina y Terry Adams. Casi estaba seguro de que era Terry. En cuanto a Gina, no cabía la menor duda. Era imposible confundir sus curvas... ¡Muy bien! Realmente, el chico se merecía

una recompensa y necesitaba un tónico. Si Gina quería, podía ofrecerle ambas cosas. Aún se regocijaba interiormente cuando entró en colisión con un cuerpo sólido y voluminoso: Bill Coffin, quien, con marcial postura, de trinchera y prismáticos colgados del hombro, le cerró el paso.

—¡No empieces a tomarme el pelo! —gruñó pesarosamente Bill—. Necesito convencerme a mí mismo de que soy un combatiente, aunque no baje a tierra hasta Dios sabe cuándo. ¿Te has fijado en los palomos arrullándose?

—Supongo que no estarás celoso.

Bill sonrió beatíficamente.

—¿Yo? ¡Qué cosas dices! He sido yo quien la ha mandado para que consolase al chico.

—¿Filántropo a tus años?

—Pues sí. Tanto si lo crees como si no, es así. Me gusta ayudar a la gente a borrar sus congojas y curar sus tortícolis, incluso mentales. El chico ya iba detrás de Gina durante nuestra última noche en Blighty. No sé hasta dónde habrá llegado.

—Deberías ser psicoanalista.

—Me contentaría con ser un pasajero en tu chalana de desembarco... ¿Ha habido algún cambio?

Rick negó con un movimiento de cabeza, y ambos, de mutuo acuerdo, se dirigieron a la banda de babor. Iban a dar las tres. Las barcas danzaban plácidamente en el agua, junto a los costados del barco. El sordo ruido de las poleas, en la cubierta interior, indicaba que la Infantería de Marina había empezado a moverse. La mayor parte de las lanchas de desembarco estaban ocupadas ya por las tropas de choque. Durante el tiempo que Rick y Bill estuvieron mirando, se llenaron las restantes. En menos de cinco minutos todo el enjambre tomó la dirección de la costa, en un amplio y perezoso semicírculo. A los ojos de quienes contemplaban la marcha, la carga humana de las embarcaciones no era más que una masa informe...

Sonó un suave silbido y, al momento, los motores aceleraron su cadencia. Una docena de pálidas estelas se desvanecieron en la noche. La primera oleada había partido, sin más ruido ni complicación. Nuevas embarcaciones vacías se balanceaban ya a los costados del buque, dispuestas para recibir el segundo cargamento.

—Y todavía habrá quien diga que dos meses de preparación en Carolina ha sido tiempo perdido —comentó Bill.

La maniobra se desarrollaba sin interrupción: los soldados bajaban uno tras otro por las escalas de cuerda, saltaban a las lanchas e inmediatamente iban a ocupar el puesto que les correspondía. Se trataba de una operación realizada con tanta naturalidad y orden, que no ofrecía aspecto dramático alguno. De vez en cuando se elevaba de la sombra algún murmullo de palabras, alguna broma en voz baja, algún juramento apenas contenido, tan viejos como la misma guerra. La prisa de los soldados era también ordenada sin esfuerzo, ni tensión aparente: cualesquiera que fuesen sus emociones interiores, aquellos hombres estaban demasiado bien instruidos para dejarlas sueltas.

De pronto, sin prelude, las ametralladoras empezaron a crepitar hacia el sur. Inmediatamente, una batería costera entró en acción, desgarrando la noche con relámpagos de pesadilla.

Bill gritó:

—¡Ya ha llegado el momento!

Pero no había motivo para gritar: había empezado el movimiento previsto y los engranajes comenzaban a funcionar. Detrás de ellos, los cañones de un destructor intervinieron en el concierto. Rick se agachó instintivamente. Otras baterías abrieron fuego y muy pronto pudieron distinguirse las siluetas de todos los buques de la Flota de invasión recortadas sobre resplandores de hogueras. A babor y estribor, la artillería de los destructores acompañaba los rugidos de los morteros que, desde lejos, vomitaban la muerte. El horizonte se iluminaba con llamas de tonos variados: de un amarillo vivo, cuando el proyectil salía de la boca del cañón; rojizo, en la estela de los obuses a través de la noche. Su primera visión de África se inscribió sobre este telón de fondo cuando una explosión alzó, en tierra, una cascada de luz, revelando unas paredes blancas y la copa de una palmera...

Rick apartó los ojos del fascinante espectáculo para mirar en derredor. Las escalas de cuerda ya estaban vacías, la segunda oleada había salido hacia la línea de fuego. La tercera era la suya... Se irguió, se apretó un punto el cinturón y se ajustó la mochila a la espalda.

—¡Destacamento sanitario, atención!

Sin dar crédito a sus ojos, vio que todo el mundo, hasta el último hombre, estaba en el puente. Ellos, rígidos y serenos: ellas, las enfermeras, pálidas y decididas, con sus uniformes azules de campaña y sus grandes capas. Revistó la larga fila en busca de algún indicio de pánico, sin resultado. Terry Adams

hizo frente a su mirada sin debilidad, aunque el hombro del muchacho tembló ligeramente cuando Rick le dio un apretón al pasar.

Más allá, las cajas de material eran bajadas a las barcazas. Un ordenanza se le acercó para deslizarle unas palabras al oído.

—Ha llegado nuestro turno —anunció Winter con entonación segura y tranquila—. Salimos con la tercera oleada. Continúen donde están y obedezcan las órdenes de los sargentos.

Correspondió al impecable saludo del teniente del destacamento, y después siguió al ordenanza hasta la porta de babor. Como en un sueño sintió bajo sus pies la cuerda de la escala que se balanceaba contra el casco... Se acordó de las maniobras efectuadas en Fort Bragg, meses atrás, donde había un gran colchón para amortiguar los efectos de la caída desde los tablones que simulaban una cubierta. Entonces tenían colchones, pero ahora todo dependería de las precauciones que tomaran; era preciso el mayor cuidado para no caer mal desde el extremo colgante de la escala, porque bastaba un mal paso, una precipitación, para ir al agua, y la pesada mochila se encargaría de servir de fatal lastre... Y no habría tiempo de pescar nada, ni siquiera un hombre.

Obedeciendo a una indicación, saltó. En seguida encontraron sus pies el contacto de la madera, e inmediatamente la mano de un marinero le cogió cuando iba a tropezar contra un banco.

Luego se dirigió hacia la chata proa de la barcaza.

Terry Adams se asomó a la borda para mirar la cáscara de nuez que danzaba allí abajo. Hacía unos minutos que los técnicos habían empezado a saltar. Sabía perfectamente que su obligación hubiera sido precederles, como había hecho Rick, porque aquellos hombres estaban a sus órdenes y muchos de ellos esperarían sus consignas en las barcazas. Sin embargo, no podía moverse. El ruido del cañoneo lo tenía clavado en el cerebro. La mochila le pesaba como si fuera de plomo. Por un instante pensó que lo más fácil sería deslizarse y dejar que sus angustias se ahogaran con él...

Con la frente perlada de sudor consiguió pasar una pierna por la borda. Sí..., allí, en el fondo..., podría descansar para siempre... Un resplandor granate inundó su cerebro mientras la emoción le dilatava las pupilas. El agua le atraía como una sirena, como Gina Cole, que con tanta pasión le había besado poco antes... Podría perderse en el mar como se había perdido en el beso de Gina. Tal vez fuera mejor para Mary también...

La escala de cuerda le rascó las palmas. Sus pesadas botas buscaron los escalones. Con los ojos cerrados, tanteaba el descenso. Bruscamente dejó la

escala y cayó en el vacío, con los músculos agarrotados, esperando la primera fría mordedura del agua.

Dos manos vigorosas le cogieron por los hombros, ayudándole a incorporarse en la barcaza. Terry abrió los ojos y se encontró rodeado de una masa de uniformes caquis. Un sargento le empujó por el codo hacia la proa.

—Tenga cuidado, teniente. ¿La próxima vez que se tire querrá mirar hacia abajo? ¡Por poco me aplasta!...

Las enfermeras bajaron después, una vez que los oficiales hubieron estabilizado la embarcación, distribuyéndose en forma adecuada. Descendieron ágilmente, entre gritos contenidos, esforzándose por mantener los ojos fijos en los escalones, sin dejarse atraer por el murmullo de las olas.

Carolyn Rycroft esperó hasta que todos los grupos, excepto el último, hubieron salido. Entonces pasó suavemente por la borda y quedó colgando de las manos hasta que los pies hallaron la escala. Cuando se hallaba a medio camino, la explosión de un obús, cien metros a estribor, provocó un resbalón en la compañera que la seguía y ambas cayeron. Dos brazos anónimos la cogieron en vilo y, casi sin darse cuenta, se encontró sentada en un banco, en el centro de la embarcación. Hasta entonces se había movido por puro instinto, guiada por los recuerdos del campo de instrucción. No había tenido ni tiempo de sentir miedo. Ahora pensaba que, una vez en tierra, con Rick a su lado, podría soportarlo todo.

Y allí estaba Rick, prueba tangible de que aquella pesadilla era una realidad. Puso la mano en el hombro de la rubia enfermera, que no esperaba este consuelo. Sus nervios se sosegaron.

—¡Chica valiente! Ya sabía que llegarías.

Winter no dijo más. Ella respondió:

—Aquí estoy, donde quería estar.

La embarcación se balanceó ligeramente al choque del último pasajero, y ambos se volvieron: acababa de embarcar Linda Adams, con su máquina de escribir colgando. Carolyn comprendió que Linda, periodista ante todo, había querido quedarse la última para recoger las impresiones de conjunto.

En la sombra, una voz preguntó:

—¿Falta alguien, capitán?

Los ojos de Carolyn siguieron a los de Rick mientras éste contaba las cabezas: todos los oficiales y enfermeras estaban en la misma lancha, más

algunos técnicos. En la precedente iban soldados y varios suboficiales. A poca distancia de ellos, navegaba otra embarcación con una pirámide de material.

—Todo el mundo presente —informó Rick.

—Listos para largar amarras.

Todas las voces sonaban con sordina, aunque guardar silencio fuera absurdo entre el cañoneo, pero la rutina había sido repetida demasiadas veces para que se produjeran variantes.

—Listos para largar, señor.

—Larguen la amarra de proa.

—Larguen la amarra de popa.

El motor de la barcaza empezó a funcionar, y cuando apenas se hallaban a un cable del buque, la formación había adoptado ya el orden de marcha. Carolyn se inclinó y sintió de nuevo la mano de Rick calmando el temblor de su espalda. Aquél preguntó con la mayor calma al oficial de marina que los acompañaba:

—¿Qué tal marcha la representación?

—Lo único que puedo decirle, capitán, es que nos ceñimos exactamente al horario fijado. Según se me ha dicho, una columna ha tomado el camino del aeródromo, donde ha encontrado fuerte resistencia. Las demás, protegidas por el fuego de barrera, han escalado el acantilado. Yo no he podido ver nada. Las noches son verdaderamente negras por aquí...

Hacia el este continuaba el tronar de los cañones. Los disparos parecía que respetaban la ciudad. La estrategia preconizada era la de envolverla, ocupando los muelles con el menor daño posible en sus instalaciones. La maniobra era realizable si sus movimientos podían efectuarse de acuerdo con los horarios previstos.

Carolyn se oyó preguntar al oficial con una voz que no le pareció la suya:

—¿A qué estamos esperando?

—Los demás buques no han terminado sus embarques. Mire a la tercera lancha de estribor: ésa dará la señal de partida.

Carolyn le dio las gracias, pero no pudo descubrir en la oscuridad ni siquiera la sombra del buque que acababa de abandonar. «Estas esperas son lo peor que hay en la guerra —se dijo—. Cuando llegué al final de la escala estaba demasiado asustada para pensar. Hubiera podido continuar así si Rick no se me hubiese acercado. Si hubiésemos salido inmediatamente...».

Llegó a detestar la calma que reinaba en el sector donde se hallaban. El ruido de los obuses sobre sus cabezas le había crispado los nervios. Era preferible el pánico a la espera, anhelante, de lo desconocido.

Hacia la derecha se encendieron unos parpadeos, seguidos, al nivel del agua, de un silbido. Los parpadeos luminosos se repitieron a todo lo largo de la fila de lanchones. Cuando las planchas comenzaron a vibrar fuertemente a impulso de los motores, el oficial de marina, gritó jubilosamente:

—¡Agachen la cabeza, amigos! ¡Marchamos!

Capítulo XXX

Primeras horas de África

El desembarco no se libró de la suerte de todo lo que se espera durante mucho tiempo. Para la mayoría fue una decepción. No eran pocos los que, incluso entre los oficiales, jamás habían pisado tierra extranjera antes que el Ejército los llevara a Inglaterra. Excepción hecha de Rick y Linda, África se la imaginaban todos como el romántico decorado de una película donde Charles Boyer deambulaba entre primeros planos de bazares al son de los tambores tocados por bayaderas... Aquella noche, en la pegajosa oscuridad, los lanchones navegaron en derechura hacia una playa que podría haber sido una playa de Long Island o de Galveston. Los soldados echaron a correr por las rampas de desembarco y procedieron inmediatamente a fijar las amarras antes que Rick se diera cuenta de que habían dado fin a una fase de la operación.

En cuanto sintió el crujido de la arena bajo sus pies, las cosas cambiaron de aspecto.

Lejos, en alguna elevada colina, ardía un depósito de petróleo proyectando sobre la costa brutales claridades. A cosa de cuatrocientos metros hacia el este, sus ojos reconocieron el establecimiento de baños con los muros desconchados, y, allí donde arrancaba la rampa hormigonada que subía hasta la carretera, la misma taberna a la sombra del acantilado.

En la movediza mezcla de luces y sombras, el resto del paisaje era tan informe como un vago sueño... Rick recordó las largas y tibias mañanas que había pasado allí abajo, en el muelle, a la izquierda. Y también recordó el reservado de la taberna donde pasaba las tardes en compañía de una dama de alcuria cuyo título se le había olvidado, acaso porque el título fuese tan ilusorio como lo había sido el amor. En cualquier caso, el momento no era el más propicio para las evocaciones... Echó a correr por la arena, dando órdenes a su ayudante. La masa personal actuaría bajo la dirección de los sargentos; para eso han sido inventados los sargentos.

Las dos primeras oleadas de ataque habían realizado una excelente labor. Se había instalado un puesto sanitario de clasificación, en la misma playa, al que ya comenzaban a llegar heridos procedentes de la zona de combate, más allá del acantilado. Al entrar Rick en la tienda donde se alineaban las camillas, un sudoroso enfermero se cuadró ante él.

—Manda el puesto el capitán Douglas, señor. ¿Pertenece usted al hospital de campaña?

—Estamos instalándonos detrás de este puesto en estos momentos. Indíqueme, por favor, cuál es el capitán Douglas.

Hacia él se dirigió Rick. El joven médico militar levantó los ojos de la tremenda herida que estaba curando. Por puro instinto, Winter tendió la mano para buscar el pulso del herido: un poco rápido tal vez, pero tenso y firme.

—Me llamo Winter, capitán. ¿Qué tal van las cosas?

Fue el mismo herido quien, a un signo de asentimiento del oficial, le contestó:

—Probablemente nos habremos adueñado ya de una batería giratoria, señor. Tan sólo pudieron disparar una andanada antes de que nos echáramos encima.

—Por ese lado no parece que tengamos complicaciones, capitán —comentó Rick.

—Demos gracias a la infantería de marina —respondió Douglas—. Por descontado que la historia se escribiría de manera muy distinta si los franceses hubieran volado la rampa de la playa. —Una serie de cañonazos le interrumpió breves momentos—. Y ahora no irá a decirme que está usted montado un hospital de campaña. Hace tiempo que no creo en los Reyes Magos.

—Concédame media hora de tiempo y nos encargaremos de todo lo que nos envíe.

—Supóngase que le tomo inmediatamente la palabra.

—¿Algo grave?

—Usted verá.

Rick siguió al capitán Douglas a lo largo del pasillo formado por las dos hileras de camillas. En la última había un soldado que el capitán Douglas no tuvo necesidad de señalar a Winter. A la mirada de un profano, el infeliz parecía no tener salvación. La piel estaba pálida y viscosa: la respiración, superficial y jadeante; el pulso, rapidísimo y débil, filiforme. Hasta la cintura, el uniforme estaba lleno de sangre. Cuando Rick se arrodilló junto al herido, unos cuantos sanitarios se le acercaron con alarmada inquietud que, en tiempo

y lugar más tranquilo, hubiera sido patética. Pero ahora resultaba molesta y Rick se vio obligado a ordenar que se alejara porque le privaban de la poca luz existente.

Desde la penumbra, un médico militar explicó:

—Perforación abdominal, capitán. Le hemos hecho una cura de urgencia.

—¿Cuándo?

—Hace cosa de cuarenta minutos.

No había tiempo para reflexionar ni para averiguaciones diagnósticas, porque el herido se hallaba en el punto crítico... Ningún cirujano del mundo podría pronunciarse normativamente ante un caso semejante de lesión abdominal. Los ingleses consideran que por encima de las ciento veinte pulsaciones por minuto, nada puede hacer la cirugía. Pero la herida era reciente, mucho menos del período de seis horas generalmente admitido por los cirujanos de campaña como plazo máximo de intervención. Por consiguiente, si su audaz afirmación anterior correspondía a la realidad, si verdaderamente funcionaba el hospital antes de media hora, Rick podría salvar la vida de aquel hombre...

Mientras tanto era decisivo tratar el *shock* y detener la hemorragia.

—Plasma —ordenó.

Al momento, Douglas repitió la petición y en seguida se acercó un practicante rompiendo los precintos del familiar envoltorio de la ampolla.

—Vendas, gasas, algodón, hemostáticos...

En la mente de Rick se dibujaba ya el cuadro clínico. Las heridas perforantes de abdomen pueden causar la muerte por tres motivos, hemorragia, *shock* y peritonitis. Todo tratamiento capaz de reducir sus efectos, en espera de que la cirugía cierre las perforaciones, puede salvar existencias. Rick se proponía cumplir con tales premisas iniciales. Valía la pena probar suerte.

Dobló una sábana, la colocó sobre el vientre del herido, y, mientras Douglas y su ayudante le levantaban paralelamente a la camilla, Rick tomó una venda larga y ancha y empezó a pasarla en torno al cuerpo, apretando tanto las sucesivas vueltas, comprimiendo tan fuertemente los dobleces de la sábana sobre la herida que, incluso en el coma, el desdichado gritó y se retorció de dolor.

Douglas preguntó tímidamente:

—¿Figura esa cura en el manual?

—Que yo sepa, no. Seguramente porque es tan sencilla.

Rick se incorporó mientras los otros dos volvían a dejar suavemente al herido en la camilla.

—¿Qué ha pretendido con ese vendaje?

—Ante todo, comprimir los bordes de las heridas internas y, como consecuencia, detener la hemorragia, o reducirla.

—Hasta aquí, comprendo.

—También conseguimos eliminar la circulación por los grandes vasos del abdomen, enviando la sangre hacia la circulación general, con lo que disponen de ella centros vitales que la necesitan urgentemente.

El rostro del joven capitán, barnizado de sudor, se iluminó con una sonrisa.

—En otras palabras, realiza usted una especie de autotransfusión.

Sin dejar de mirar al herido, Rick hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. El plasma ya se difundía por el organismo del herido a través de la aguja clavada en una vena del brazo.

—Manténgalo con calor. Voy a ver cómo marcha nuestra instalación.

El destacamento sanitario había trabajado con regularidad cronométrica. Ya se había levantado una gran tienda-hospital, cuyo confortador contorno se dibujaba sobre los resplandores del incendio. Rick retrocedió para dejar paso a dos técnicos dedicados al montaje del grupo electrógeno portátil. Dentro de muy poco tiempo, tendría en el quirófano luz eléctrica para operar. Desde la cinta de arena húmeda, a cierta distancia de donde se encontraba, alguien, desde el asiento de un *jeep*, se incorporó para dedicarle un saludo que de todo tenía menos de militar. Winter reconoció a Manny Ebstein, que tripulaba el primer *jeep* que había salido por la rampa de un lanchón todavía sin amarrar. Rick correspondió sonriente al saludo y luego se dirigió hacia una segunda tienda, aún no terminada. Apenas había dado unos pasos cuando por poco tropezó con el cuerpo de Terry Adams.

Estaba de bruces sobre la arena, cerca de la rompiente de las olas. Las espaldas del muchacho temblaban compulsivamente. Los obuses seguían silbando por encima de ellos, muy altos.

Tampoco en esta ocasión había tiempo para meditaciones ni para paños calientes. De un solo tirón brutal, Winter puso en pie al muchacho y le dio la vuelta hasta colocarlo frente a él: los ojos estaban vidriosos y los labios se agitaban en silencio. Allí había algo más que miedo. Terry era como un niño víctima de un formidable terror ciego.

Hacia el otro lado de la playa, no tan lejos como para sentirse seguros, una ametralladora hostigaba a una barcaza que acababa de fondear.

Completamente absorbido por el empeño de devolver a Terry a una apariencia de normalidad, Rick apenas se dio cuenta del tableteo. Un nido aislado que muy pronto sería localizado y reducido al silencio... Cuando se hacía esa consideración, mientras se disponía a llevarse a Terry a algún lugar más a propósito, aquél se desasíó por sorpresa de sus manos y echó a correr hacia la noche, como alma que lleva el diablo.

Las balas de la ametralladora desgarraban la oscuridad, en duelo con la barcaza. Rick jamás sabría si la intención de Terry fue la de meterse en la zona batida, porque le dio alcance a los pocos pasos, haciéndole caer sobre la arena con todo su peso encima... Le puso de nuevo en pie y, sujetándole fuertemente por el cuello de la guerrera, Rick se dirigió a la tienda; pero, con su presa debatiéndose ferozmente, la marcha por la arena era difícil, tanto que Terry logró liberarse otra vez y echó a correr en dirección a la ametralladora.

Esta vez Winter cambió de táctica: dejó a Terry que siguiera su loca línea mientras él, en una veloz carrera en semicírculo por la orilla del agua, le salía al paso, lejos aún del peligro de tiroteo.

Terry se lo encontró delante y no cedió en su afán por seguir la misma dirección. Rick le propinó un tremendo puñetazo en el hombro, a consecuencia del cual el muchacho quedó parado en seco, ligeramente arqueado, en la mejor posición para recibir el golpe decisivo. Rick estaba dispuesto a terminar de una vez: su puño, en un gancho implacable, alcanzó con toda su fuerza la mandíbula de Terry.

Diez segundos más tarde, llevando a hombros un cuerpo inerte, Winter, que se dirigía hacia las tiendas, se sobresaltó ante la presencia de Linda Adams, la cual, sin máquina de escribir y con la cara tiznada, le cerraba el paso.

—No se disculpe —dijo ella—. Ya he visto lo que ha pasado.

—Deseo de todo corazón que haya sido usted la única que lo haya visto.

—Déjele aquí —siguió hablando ella con la misma monótona voz—. Ya me cuidaré yo de que permanezca tranquilo.

—Pero hay peligro de que...

—Haga lo que le digo, por favor.

Ahora su voz sonaba con un timbre seco y autoritario.

—Desde la edad de diez años ha venido sufriendo mi hermano accesos semejantes. Créame: le he asistido en crisis peores.

Rick no opuso ninguna objeción. Entre ambos colocaron al joven en la arena, al abrigo de un pequeño promontorio de rocas, junto a la línea donde

iban a consumirse las olas más audaces. Linda se arrodilló junto al cuerpo inconsciente, sin mirar a Winter.

—Temo haberle pegado fuerte.

Ella no alzó la mirada.

—No tenía más remedio. Le ruego que vuelva a su trabajo. Usted es cirujano y no ama seca.

Rick levantó una mano para posarla sobre la espalda de Linda: de pronto le había invadido un violento deseo de abrazarla, tan sólo para confortarla, aunque ella no le hubiera pedido ayuda alguna. Pero el momento no era el más propicio para la ternura... ni para los gestos caballerescos. Sin decir una palabra, se marchó.

Carolyn Rycroft levantó la lona de la entrada cuando él iba a hacerlo. En el interior de la tienda, dos enfermeras articulaban la mesa desmontable. En un rincón, la estufa portátil silbaba como las calderas del diablo.

—Lleva usted un cardenal en la cara. ¿Ha tropezado con algo en la oscuridad?

Rick se quitó el uniforme. La luz del alba se esparcía, glacial, fuera de la tienda, donde el largo gemido de los obuses continuaba estremeciendo la lejanía. Pero ahora que se hallaba inmerso en su trabajo podía aislarse de las cosas exteriores.

Preguntó concisamente:

—Vamos a abrir un peritoneo. Probablemente habrá que reseca intestino. ¿Están preparadas para eso?

Inmediatamente, Carolyn respondió:

—Deme diez minutos, capitán.

De súbito, ambos se sintieron penetrados de la convencional artificiosidad de sus palabras. Rick tomó a la joven por una mano, alzó la lona de la entrada, y a la vaga claridad de la madrugada, la estrechó en un largo beso.

—¿Podríamos hacer que esto durase diez minutos?

—Pondría todo lo que pudiera de mi parte —repuso ella.

—Así me gusta. Pero tendremos que dejarlo para mejor ocasión. Voy a echar un vistazo a la otra tienda.

Un par de miembros del equipo estaban reduciendo una fractura, mientras Chuck Walters y un sanitario procedían a vendar el tórax de otro herido. Dos hombres más esperaban su turno en sendas camillas. Terry Adams hubiera tenido que estar allí para asistirlos, pero tendrían que privarse de su presencia por algún tiempo. Sin articular palabra, impasible el rostro, Winter saludó con la mano a Chuck y salió.

Regresó al puesto de socorro, donde el capitán Douglas le esperaba con la inquietud pintada en los ojos. Ambos se inclinaron sobre la camilla del herido, a quien sólo la intervención podía salvar la vida, Rick comprobó que se había hecho buen uso de los medios de que se disponía. Un enfermero acababa de renovar la ampolla de plasma.

—La frecuencia del pulso ha bajado —señaló Douglas—. Y ahora parece más tenso. Creo que ha tenido usted una excelente idea...

A la media luz reinante cambiaron una sonrisa. «Este chico es un verdadero médico —se dijo Rick—. Tan sólo un médico digno de ese nombre podría hablar con tanta calma estando una vida en juego».

—Tal vez haya sido el plasma —comentó Rick.

Douglas movió negativamente la cabeza.

—Nada podría haber remontado el curso de un herido así, a no ser la contención de la hemorragia. Pero esa especie de autotransfusión interna me tiene intrigado. ¿Por qué no hace una comunicación y la presenta a discusión?

—Antes debe estar uno completamente seguro de sus resultados.

El joven oficial repuso con buen humor:

—Me temo que tendrá muchas ocasiones de demostrar las excelencias del tratamiento... ¿Y qué hay de ese hospital de campaña prometido?

—Estamos dispuestos a encargarnos de su herido en cuanto nos lo lleve.

Sin esperar a que se les llamara, dos camilleros se hicieron cargo de las angarillas. Douglas tomó la mano de Winter y se la estrechó vigorosamente.

—Ahí tiene a su hombre, capitán. ¡Buena suerte!

Capítulo XXXI

Donde Rick salva a su hombre sin el permiso del jefe

Rick regresó a su tienda, dispuesto para ejercer la profesión que de todo corazón había elegido.

Se quitó la camisa, hundió los brazos en una palangana de caucho y comenzó el ritual cepillado de las manos. Con el rabillo del ojo vio cómo Carolyn daba fin a la misma maniobra en otro recipiente. Era una ayudante de la que cualquier cirujano se hubiera mostrado orgulloso. Sus movimientos eran seguros, tranquilos y exactos; era evidente que se había aislado absolutamente del mundo exterior, concentrando todas sus facultades en el trabajo, tal vez el único antídoto contra el veneno de los recuerdos y de los sueños... Rick sonrió tenuemente mientras ella se alejaba de la cubeta llena de antiséptico en busca de una toalla esterilizada. Un enfermero se le acercó y procedió a ponerle la blusa y atarle las cintas de la máscara.

Ya estaba junto a la mesa, vestido y enmascarado, su ayudante Hal Davis, que venía siéndolo desde los días de la formación del equipo quirúrgico, en los Estados Unidos. También se hallaba presente Bárbara Beattie, hermosa mujer que parecía carecer de nervios. Y Dean, el anestesista, quien, a la cabecera de la mesa, ponía a punto maquinalmente el tubo de oxígeno. Winter los saludó gravemente. Sabía que bajo las blancas máscaras habían correspondido a su saludo con sendas sonrisas. Era bueno y reconfortante disponer de un grupo coherente, formado y preparado precisamente para lanzarse con todo su entusiasmo y su fe a la lucha contra el eterno enemigo de la vida.

Desnudado por los enfermeros, el paciente fue examinado minuciosamente por Dean: no había más lesión que la abdominal. La bala había penetrado por el lado izquierdo del vientre y había salido por el derecho, a la altura de la cadera. Desde el punto de vista clínico no parecía tener complicaciones. Sin embargo, las perforaciones serían múltiples. Probablemente habría que reseca mesenterio. Por fortuna, no se trataba de desgarros de tipo explosivo, como los que algunas veces había operado, en

que el proyectil destroza cuanto halla a su paso, dejando con frecuencia esquilas óseas.

Bajo los efectos del éter, el soldado respiraba con regularidad. Rick penetró en el círculo luminoso de la lámpara y comprobó la antisepsia de la zona operatoria, efectuada por Davis con mercurocromo y una solución anestésica. Carolyn y Bárbara dispusieron sobre la piel los paños esterilizados, fijando con pinzas la abertura que limitaba el campo de acción del bisturí.

A una señal de Dean, Rick efectuó la incisión, en línea recta, a través del abdomen, desde el orificio de la entrada del proyectil hasta la salida. El acero del escalpelo separó limpiamente, implacablemente, las capas sucesivas correspondientes a piel, aponeurosis, músculos, fascia y peritoneo, hasta que la cavidad abdominal quedó abierta posibilitando la inspección minuciosa de su contenido.

Los hallazgos respondían a las previsiones. Bajo el peritoneo había sangre mezclada con residuos intestinales, mezcla que Rick absorbió pacientemente con una esponja. Era una labor enojosa, pero indispensable desde todos los puntos de vista. Una vez realizada podría procederse al examen de los órganos para fijar el plan de intervención.

Los hábiles y sensibles dedos del cirujano palparon el hígado, el estómago y el bazo, y los encontraron intactos, así como, gracias a Dios, el ciego y el colon. Luego siguieron el trayecto del intestino delgado que también estaba indemne en una longitud de dos metros aproximadamente. La primera herida, claramente recortada, se hallaba en el segmento siguiente.

Un cirujano menos experimentado probablemente se hubiera detenido en ese punto para proceder a la sutura. Pero la experiencia le había enseñado a Rick que, en tales casos, se da generalmente una serie más o menos numerosa de orificios análogos en diversas porciones del tubo digestivo. Por lo común son casi imposibles las suturas sucesivas. La única forma lógica de proceder no es otra que extirpar el segmento afectado.

Descubrió, en efecto, cuatro heridas más en las ocho circunvalaciones siguientes. La última perforación era un largo desgarró en zigzag.

Carolyn preguntó, desde el otro lado de la mesa, con el instrumental a punto:

—¿Resección?

Con la mirada, Winter interrogó a Dean sobre el estado del paciente.

—Puede quitarle lo que quiera —respondió imperturbable el anestesista—. Lleva tres ampollas de plasma y el corazón le marcha como un reloj.

De vez en cuando silbaba una bala de cañón rumbo al campo de batalla, al otro lado del acantilado. Uno de los proyectiles, mal calculado el tiro, cayó en la parte alta de la playa y lanzó sobre la lona de las tiendas una lluvia de arena. En el quirófano, la operación se desarrollaba con el ritmo seguro y exacto propio de la habilidad quirúrgica aliada a un trabajo de equipo perfecto. Los instrumentos llegaban a las manos del cirujano sin necesidad de pedirlos. Cada cual hacía exactamente lo que debía.

Como siempre, Rick sentía a su lado la eficaz y silenciosa presencia de Carolyn. La pinza deseada llegaba a él como por arte de magia, las agujas le esperaban enhebradas. Ni un movimiento inútil ni un instante perdido...

Cuando, al fin, quedó restablecida la continuidad del tubo digestivo mediante la anastomosis de los extremos de la resección, Rick se volvió unos segundos para cambiarse de guantes. Al reincorporarse a su sitio, dirigió una sonriente mirada al semicírculo de rostros.

—Esto ha ido muy bien, teniente Rycroft.

La aludida se sonrojó, y, por vez primera, le temblaron las manos al disponer una sutura.

—Sí doctor, ha ido muy bien.

—Gracias a usted.

—¡Por favor! —protestó ella.

Mientras le preparaban una gasa con las sutiles agujas de sutura, Rick le dedicó una larga sonrisa emboscada tras la máscara. Se sentía extrañamente alegre, como transportado, ridículamente joven. Era como si hubiese vuelto a sus años de Facultad y a su primer idilio con la enfermera de servicio en la sección de dietética. La evocación duró unos fugaces segundos, hasta que sintió nuevamente bajo sus pies el crujido de la arena de África.

Volvió a explorar los tejidos y no encontró anomalía alguna. La bala había atravesado la parte anterior del abdomen, sin perforar más que la sección de intestino extirpada.

—Sulfamida, por favor.

Espolvoreó el medicamento por la cavidad abdominal. Había efectuado las suturas con la seguridad proporcionada por una larga práctica. Obraba casi mecánicamente y tenía que esforzarse para contener el alegre silbido que pugnaba por salir de sus labios para acompañarle en el trabajo.

Cuando se apartó de la mesa definitivamente, su reloj marcaba las siete. A través de la lona de la parte este de la tienda se deslizaba un vivo resplandor rojizo. Se preguntó si no se habría incendiado algún nuevo gran depósito de

petróleo, pero pronto halló la contestación al acordarse de la célebre salida del sol argelino.

Un ramillete de palmeras, medio destrozado por el bombardeo, en equilibrio inestable sobre el acantilado, se recortaba contra el cielo matinal. Hasta las apolilladas casitas que orillaban el camino de la playa parecían recobrar la vida. A la luz simultáneamente violenta y tierna del albor, hasta la escandalosa pintura encarnada del establecimiento de baños adquiría un matiz nuevo. A la derecha, allí donde una quebrada de acantilados permitía una visión parcial del puerto, el sol naciente brillaba sobre los metales de un acorazado. Comprendió el motivo de que en la playa resonasen gritos de alegría cuando vio ondear en la popa del navío el mismo pabellón que había ondeado en la misma rada casi un siglo atrás, cuando los marinos norteamericanos llegaron a ella. La bandera tenía ahora más estrellas que entonces, pero no había dejado de ser la de la patria.

Hundido hasta las rodillas en el Mediterráneo, Winter se unió a las aclamaciones. Hal Davis salió de la tienda llevando del brazo a Bárbara.

También había salido Carolyn. Rick quiso informarse sobre el curso de la instalación del conjunto de las tiendas pero, obedeciendo a un inexplicable impulso interior, decidió enterarse por sus propios ojos y se dirigió hacia el puesto de admisión.

Una fila ininterrumpida de *jeeps* circulaba desde la playa hasta la carretera. Pero la importancia de la victoria se la reveló claramente a Rick cuando retrocedió para dejar paso libre a un visitante ilustre, el mismísimo Randall Strang, recién afeitado, brillante y lustroso a la luz del sol, evidentemente descansado por un buen sueño.

Los cuatro oficiales de Estado Mayor que le acompañaban dieron sendos taconazos en respuesta al saludo efectuado por Rick.

—¿Hace mucho que está en tierra, señor?

—Desde que se dio la orden de alto el fuego. —Sin ironía aparente alguna, prosiguió—: Acabo de terminar la inspección, Winter. Ha realizado una excelente labor.

—No me lo debe agradecer a mí, señor. Ha sido Walters quien lo ha hecho. Yo me he pasado la mayor parte del tiempo en la tienda del quirófano con una urgencia.

—¿Una urgencia? ¿Urgencia? No he oído hablar de ninguna urgencia. Nuestros hombres apenas han encontrado resistencia en este sector.

—Pues uno de ellos ha encontrado una bala.

—¿Herida abdominal?

«¡Dios me ampare! —pensó Winter al ver que el jefe fruncía el entrecejo —. ¡Sabe lo que le voy a decir antes de que se lo diga!».

Strang habló concisamente:

—Esperemos que pueda resolverse bien. Espero órdenes de un momento a otro. Sin duda podremos hospitalizarlo en Argel.

Rick contestó después de tomar aliento:

—No hay prisa, señor. Acabo de operarle.

—Pudo haberme informado si se trataba de un caso desesperado.

—La intervención fue sencilla, señor. Cuatro perforaciones en la misma zona. El herido resistió perfectamente. He hecho una resección.

El rostro de Strang se contrajo anunciando tormenta. Los oficiales se apartaron discretamente.

—Verdaderamente, Winter, se diría que me obliga, una vez más, a dudar de su buen juicio quirúrgico. Hacer una resección en esas condiciones es algo poco menos que criminal.

—Entonces debiera estar en la cárcel desde hace mucho tiempo, señor, porque he realizado la misma intervención más de una docena de veces.

—¡Pero aquí, señor, está usted... usted está en Marruecos!... ¡Y está usted a mis órdenes!...

Strang contuvo con dificultad la explosión. Muy interesado, Rick contemplaba la garganta del jefe, que se hinchaba alarmantemente, fuera del cuello de la guerrera, a impulsos de la cólera contenida. Se le antojó una paloma buchona que hubiera perdido el plumaje, aunque no la convicción de su importancia, y no le sorprendió nada verle dejar en suspenso la frase y la amenaza a la par que se unía a los oficiales de Estado Mayor.

Antes de alejarse, empero, Strang se volvió para disparar el último dardo:

—Volveremos a hablar de esto en el hospital de la ciudad, Winter. Entretanto, ocúpese en organizar los transportes. Todos los heridos deben ser trasladados allí.

Y desapareció, rutilante de correaes e insignias.

Rick le miró desaparecer en la tienda de urgencia, sintiendo que su propia garganta se le hinchaba de furor. Llevado por la ira, echó a andar tras él, pero al punto se acordó de que Carolyn aún debía de estar en la tienda, limpiando el instrumental.

No quería proporcionar a Strang la satisfacción de continuar la querella en presencia de la joven. Se reprimió, dio media vuelta y se metió en el puesto de admisión.

Cuando entró, Linda Adams alzó los ojos de la mesa en que estaba trabajando.

Capítulo XXXII

Una visita desagradable

En torno a Linda Adams, los enfermeros se cuidaban, en silenciosa actividad, de trasladar los últimos heridos a un camión salido Dios sabía de dónde. Era un camión de sólido aspecto con matrícula local. Al volante había un *poilu*^[26] de sonriente rostro. A ambos lados del capó ondeaban dos banderas blancas.

—*A votre service, mon capitaine*^[27] —dijo Linda—. ¿Qué opina de la rapidez yanqui?

—No me diga que el camión es de Argel...

—Es del hospital que hay a cosa de un kilómetro, junto a la carretera. Parece que nos han recibido con los brazos abiertos, además de facilitarnos transportes gratuitos.

Linda se puso en pie, vacilante de cansancio. Rick se precipitó a sostenerla por un brazo.

—Quédese donde está. Llamaré un *jeep* para que la lleve.

—Ni en broma. Estoy deseando ejercitar mi francés.

Ambos se dirigieron al *poilu* sentado al volante del camión. Era un nizado con cara de contrabandista alegre. Al oírle arrastrar las *r* con el mejor estilo meridional, experimentaron la sensación de hallarse en país amigo, casi en su propia casa. Charlaron unos minutos de cosas sin importancia, tan sólo por el puro placer de sentirse amigos del francés que acababan de conocer. En cuanto estuvieron todas las camillas en el vehículo, subieron cuatro enfermeros vestidos de blanco y el chófer se despidió sin dejar de mostrar los dientes en amplia sonrisa.

Hacía rato que Rick se preguntaba dónde estaría Terry, pero no se atrevía a preguntarlo. Mientras el camión se alejaba hacia la rampa, fue Linda la que habló:

—¿Le he dado las gracias por haber salvado la vida de mi hermano? Le confieso que soy incapaz de recordar lo que pude decirle cuando le encontré en la playa...

—Lo mismo me sucede a mí. Le había prometido velar por él. Lamento haberme visto obligado a confiarle a usted ese trabajo.

—Al cuarto de hora ya estaba repuesto y había vuelto a sus ocupaciones. Lo mejor es que no tiene ni idea de que nadie le haya golpeado. ¿Le importaría dejarlo así cuando le vea?

—Me parece bien. No me sorprende que no se acuerde, porque estaba completamente fuera de sí.

—Tan sólo recuerda los disparos de una ametralladora, y luego que se cayó... Le he contado que tropezó contra una roca y que el golpe le aturdió. Déjele que lo crea así...

—¿Dónde está ahora?

—Con el doctor Walters, preparando los archivos del hospital de campaña. Yo he ayudado cuanto he podido. Entre fichas y fichas iba haciendo también mi trabajo. Ha sido una mañana interesante para el cuarto poder.

Con cariñosa brusquedad, Rick le pasó un brazo por los hombros.

—Podríamos ir a la cocina de campaña, señorita Adams. Me parece que los dos nos hemos ganado el café.

—Permítame que visite primero la tienda del quirófano. Es lo que me falta para completar mi crónica...

—¿No se olvida nunca del periodismo?

—¿Se olvida usted acaso de su cirugía? Ahora bien, si es que voy a meter la nariz donde no me importa...

Sin contestarle, Winter la tomó del brazo y la acompañó a la tienda inmediata. Carolyn los recibió a la entrada. Seguía llevando la bata blanca y sus ojos brillaban como si todavía estuviera bajo el encantamiento de la tarea realizada por Rick.

—Está aún bajo los efectos de la anestesia, doctor; pero marcha bien.

Él examinó al paciente y confirmó la observación de Carolyn. Un hospital en la ciudad no hubiera podido proporcionarle tratamiento más adecuado. Con la imaginación, Rick siguió el camino del herido en las horas inmediatas por venir, desde la salida de la anestesia hasta su traslado en una ambulancia. Desde luego, no era precisamente recomendable moverlo, pero no cabía duda de que su sitio estaba en una cama del hospital de Argel. En el hospital se dispondría de cuantos medicamentos pudieran necesitarse. También podrían aplicarle transfusiones de sangre, aunque confiaba en que el plasma hubiera contribuido a normalizar casi la fórmula hemática, a la vez que el volumen sanguíneo. En cualquier caso, de no producirse alguna hemorragia imprevista, la anemia se resolvería fácilmente. Cabía la posibilidad también de que

durante algún tiempo tuviera que ser alimentado mediante sonda intestinal, para evitar movimientos en la región anastomosada. Todo ello, entre otras cosas, sólo podría hacerse convenientemente en el hospital.

—Salga de sus meditaciones, doctor. Sabe usted perfectamente que su sitio está en la sala de convalecientes.

—No me tome por un mago.

—Usted sabe perfectamente que está fuera de peligro —insistió Carolyn—. Usted sabe que Strang estaba equivocado y que era usted quien tenía razón.

—¿Es un cumplido?

De pronto se acordó de Linda y la miró con el entrecejo fruncido.

—¡Por favor, no convierta todo esto en una entrevista!

—No será necesario, Rick. Mientras usted examinaba al herido, Carolyn me ha facilitado el material informativo que me interesaba.

Se encaminaron juntos a la salida de la tienda. Cuando alzaban la lona que hacía las veces de puerta, les llegaron a los oídos, desde el mar, los estampidos de un *ack-ack*^[28]... Los disparos procedían de un buque transporte fondeado cerca de la bocana del puerto. Muy pronto otras unidades de la Flota se agregaron a la primera en un salvaje coro, aunque, por el momento, Rick no divisó avión alguno. En el cielo no se percibía otra cosa que las blancas nubecillas de las granadas al estallar.

Echándose la capa por los hombros, Carolyn comentó, con su habitual calma:

—Yo creía que la guerra había terminado...

—Mire hacia el norte, junto a la línea del horizonte.

Enorme y maléfica golondrina negra, el bombardero volaba a poca altura sobre las olas para imposibilitar el tiro de los antiaéreos. A ese nivel, el *ack-ack* era ineficaz. Rick exploró el cielo a la busca de otros asaltantes, porque era ingenuo suponer que la tranquilidad durase mucho. ¿Habrían dispersado los cazas americanos una escuadrilla enemiga? ¿O acaso el *Heinkel* que se acercaba iba a cumplir una misión suicida? Fuese como fuese, el aparato se dirigía en línea recta hacia la playa. De pronto, Winter se acordó de que alguien había hablado de un depósito de municiones instalado a menos de dos kilómetros, al oeste. Parecía increíble que el avión se dirigiese allí. Lo único indudable era que volaba a toda velocidad. Tal vez no le llevase ningún objetivo determinado, sino la simple intención de desembarazarse de su mortal carga allí donde advirtiera movimiento.

En toda la extensión de la playa resonaban los silbatos de los sargentos mientras los hombres corrían al abrigo de las rocas. Desde la cornisa del acantilado, una sirena portátil aumentó la confusión con su alarido. Rick disfrutó del más divertido momento del día cuando vio a Strang, a Randall Strang en persona, olvidarse de su pomposa dignidad, haciendo esfuerzos desesperados por meterse debajo de un *jeep*. Lamentó no tener tiempo de saborear el espectáculo. Indicó a Linda y a Carolyn que se tendiesen sobre la arena, haciéndolo él a su vez. Pasó los brazos por los hombros de ambas jóvenes obligándolas a pegar la cara contra la arena. La inmensa sombra del bombardero ya había llegado a la playa.

Divisó perfectamente al artillero en el momento en que, haciendo girar la ametralladora, se disponía a disparar. El viento provocado por el vuelo raso del aparato lanzó una fina lluvia de arena contra los ojos de Rick. Aún se estaba limpiando cuando sonó la ametralladora trazando en el agua y la arena un largo rosario de diminutos surtidores. Los soldados de una barcaza que acababa de llegar se tendieron bajo los cantos. El avión se había alejado «cosiendo» las dunas insistentemente, para volver de nuevo, dispuesto a repetir la pasada.

—¡Las dos, de prisa, a la tienda!

Apenas hubieron entrado, con Rick pisándoles los talones, volvió a cernerse la sombra de las alas acompañada de la mortal crepitación. Winter vio a Dean que cubría la mesa de operaciones con una chapa de hierro en el instante en que la lona del techo quedaba perforada por una hilera de redondos agujeros de perfecto corte. El trueno de los motores se perdió a lo lejos. Rick se arrodilló junto a su operado: misericordiosamente indemne de las balas, seguía durmiendo.

Al regresar el avión, a mayor altura, estallaron las primeras bombas. Rick había salido de la tienda y se unió a la aclamación general al ver que el *Heinkel* había lanzado al agua la mitad de su cargamento. Los cañones de los buques se habían puesto a su nivel, y el piloto, aligerado el aparato de una buena parte de su peso, debía de estar buscando desesperadamente una salida antes de desprenderse del resto de las bombas. Para hacerlo había tenido que cobrar altura y eso le había perdido. Los *ack-ack* podían enfilear ahora. No tenía escapatoria alguna. Tan sólo podía esperar la muerte. El piloto lo comprendió y buscó velozmente su último objetivo. Winter tragó saliva y contuvo el aliento cuando le vio abalanzarse contra la rampa hormigonada del acantilado. Un proyectil antiaéreo le arrancó una ala con la misma facilidad que si fuese de papel. Instantes después se desprendía de los proyectiles

restantes, pero la tremenda conmoción había desbaratado la puntería. Con el estallido de la última bomba en la arena, el *Heinkel* empezó a caer en espiral hasta hundirse, de costado, en un campo próximo a la carretera que bordeaba el acantilado. De sus entrañas salió una inmensa llamarada y allí se quedó, como una antorcha invertida, abrasándose a la luz del sol.

En la playa, nadie se preocupó de la agonía del *Heinkel*; las bombas habían caído en las inmediaciones de la cornisa del acantilado y muchas toneladas de tierra, piedras y trozos de roca se deslizaban como en un alud. Parecía que el promontorio se hundía bajo su propio peso, disgregándose en una cascada de tierra roja, una cascada que, de un golpe, cubrió el *jeep* en que Manny Ebstein volvía, solo, del hospital argelino.

Capítulo XXXIII

*Donde se ve a Winter intentar la salvación
de un brazo*

Antes que la rojiza polvareda se hubiese posado sobre las masas de tierra desprendidas, los hombres echaron a correr hacia el lugar donde había quedado enterrado el *jeep*. Cuando Rick llegó, profundamente trastornado, los picos y palas trabajaban a un ritmo delirante. Muy pronto quedó al descubierto el capó del vehículo, y a continuación la carrocería. Con el mayor cuidado, fueron quitando la tierra que cubría a Manny, hasta dejar al descubierto la cara y los hombros. El resto del cuerpo estaba fuertemente aprisionado.

Rick se inclinó junto al cuerpo. Le puso el oído al pecho. Manny vivía. Debía su salvación probablemente al capó del *jeep*, que debía haber amortiguado el golpe del alud antes de volcar. Su rostro estaba terriblemente pálido, pero Manny respiraba cada vez con más amplitud, al contacto del aire libre. Al cabo de poco abrió los ojos y miró en derredor con expresión asustada.

—¿Cómo te sientes, Manny?

—No muy bien, jefe. Me parece que tengo toda una montaña sobre las piernas.

—No te muevas. Vamos a sacarte de ahí en seguida.

—También tengo el brazo como dormido. Noto que está mojado.

—Estáte quieto, por favor. No te impacientes, que llegaremos a tiempo.

Pero Rick no se sentía tranquilo cuando cedió el sitio a un soldado armado de una pala. Haría falta algún tiempo todavía hasta rescatar el cuerpo por completo, y, si interpretaba bien la palidez de Manny, debía de haberse producido alguna hemorragia importante. Si se trataba de una arteria, tal vez la braquial, el peligro era inminente, sobre todo si la rotura era por desgarró, que requería un torniquete inmediato.

Por otra parte, también se había quejado de las piernas, y Dios sabe lo que iba a encontrar en ellas. Incluso en el caso de que la piel estuviera intacta,

podía haber fracturas, y también existir destrozos de tal naturaleza que hiciesen necesaria la amputación.

Rick vio a Terry trabajando denodadamente. A una indicación suya, un sargento tomó el pico de manos del muchacho y le señaló al capitán.

Rick le habló con la mayor serenidad, y Terry le atendió con afectuosa atención. No cabía duda de que el incidente de la playa no había existido para él.

—¿Puedes ir ahora mismo al buque y traerte al comandante Coffin?

—¿Hay alguna esperanza, Rick? —preguntó ansiosamente.

—Siempre hay esperanza. Dile a Bill que necesito sueros, hemostáticos, vendajes elásticos y todo el hielo que puedas traer... Coge la lancha motora más rápida que encuentres. No pierdas un minuto.

Terry echó a correr hacia la playa. Dudó unos instantes con los pies en el agua, y, finalmente, se decidió por una pequeña motora de Estado Mayor, en la que salió a toda velocidad. Rick permaneció dubitativo preguntándose si debía obedecer al instinto, uniéndose al equipo de desescombros, o si, por el contrario, debía obedecer al sentido común, que le mostraba la inutilidad de su cooperación: ya había demasiadas manos trabajando en torno a la cabeza de Manny. Por consiguiente, se fue a la tienda de admisión e hizo que le prepararan una ampolla de plasma. Estaba hondamente angustiado: el pobre Manny ni había abierto los ojos tras los momentos iniciales de lucidez, víctima de la doble agresión del *shock* y de la hemorragia.

El capitán Douglas entró en la tienda.

—No me gusta eso, Winter. ¿Crees que podrá hacerse algo?

—No lo sé, no puedo ni pensarlo.

—Todo depende de las lesiones que haya sufrido. Recuerdo un caso parecido, durante un bombardeo en Inglaterra. Estaba enterrado hasta los hombros. Quisimos extraerlo antes que nada y se nos quedó deshecho entre las manos.

Rick movió la cabeza. En efecto, habían ocurrido casos así, pero, en la actualidad, se preconizaba un tratamiento inmediato, sin aguardar a sustraer completamente al cuerpo de la presión de la tierra. Así iba a proceder él. Cuando salió de la tienda se dio cuenta de que el rostro de Douglas estaba cubierto de sudor. Ya en lo alto, el sol había eliminado todos los vestigios de la frescura matinal. Después de todo, estaban en África. Manny había hecho un viaje muy largo para ir a encontrar la muerte...

—¿Quieres echarme una mano?

Douglas tomó la ampolla de plasma mientras Rick se arrodillaba junto a Manny en una estrecha cavidad abierta por las palas. El herido estaba demasiado débil para hablar. Tan sólo los ojos vivían todavía, implorantes y confiados.

Los soldados habían logrado libertar un brazo, el brazo intacto. Winter rasgó la manga de la guerrera y examinó las venas, visibles pero poco consistentes, peligroso síntoma de colapso circulatorio. El plasma podría aumentar el caudal, pero tan sólo sería un remedio transitorio. Si Terry y Bill no llegaban al cabo de media hora, las posibilidades de salvar a Manny serían escasas.

Buscó la vena mejor y clavó en ella la aguja conectada con el flexible conducto de la ampolla de plasma. Su aplicación estorbaba un poco el trabajo de excavación, pero Rick sabía que el pequeño retraso valía la pena.

Poco después apareció el otro brazo, el brazo herido; una herida irregular laceraba la zona del tríceps, que sangraba abundantemente. Douglas puso un torniquete, utilizando para dar vueltas un depresor de lengua.

—Juraría que esto es una rotura de arteria.

—¡Gracias a Dios, es en el brazo! La circulación colateral no tardará en establecerse.

Rick examinó superficialmente el miembro herido. Era evidente que había también fractura de húmero, pero tal lesión era secundaria. Ya habría tiempo de tratarla. Lo esencial era contener la hemorragia y esperar que el enorme peso de la tierra y del vehículo no hubiese afectado la función renal.

Cuando se apartó para dejar paso nuevamente a los paleadores echó un vistazo a la playa y emitió un hondo suspiro de alivio: Terry Adams y Bill Coffin venían corriendo, con los brazos cargados de paquetes. El rostro de Bill se ensombreció al ver la expresión de Rick.

—¡No me digas que todavía está enterrado!

—Tiene medio *jeep* encima y es difícil, pero ya le estamos librando. Lo que me preocupa son los riñones.

—¿Y qué vamos a hacer?

Rick cogió un envase de suero glucosado y volvió junto a Manny mientras respondía sin volverse:

—Ya veremos. Por el momento, coge una pala y ayuda a los demás.

La ampolla de plasma estaba ya casi vacía. Rick tomó otra llena de manos de un practicante y la puso en el lugar de aquélla sin sacar la aguja. Luego procedió a un ligero masaje de las venas para facilitar la circulación del líquido, mientras Douglas reconocía el brazo herido.

—¿Qué te parece? —preguntó Rick.

—La hemorragia está contenida... Diría que es la arteria braquial. También hay fractura de húmero.

—Lo mismo he visto yo.

Dicho esto, Winter se unió al grupo de trabajadores. Al cabo de quince minutos, el *jeep* estaba casi completamente desenterrado. Treinta manos empezaron a empujarlo y, tras denodados esfuerzos, con el mayor cuidado para que el herido no recibiese mayor daño, el vehículo basculó y cayó dando vueltas de campana por la pendiente. El cuerpo de Manny estaba libertado. La tierra y las piedras que aún quedaban fueron retiradas con las manos.

Rick palpó las piernas y no le pareció que hubiera fractura alguna. Había ya dispuesta una camilla, a la que Manny fue trasladado con infinitas precauciones. Terry estaba disponiendo las vendas elásticas, y, entretanto, Winter rasgó las perneras del pantalón. Le contemplaba un círculo de asistentes sudorosos e interesados. Estaba seguro de que Carolyn y Linda estarían cerca. ¿Habría olvidado la periodista su eterna libreta de notas? Nuevamente le absorbió su trabajo y dejó de hacerse preguntas inútiles.

Una vez al descubierto, la pierna que había soportado el peso del *jeep* aparecía pálida como la cera, como si hubiese huido de ella hasta la última gota de sangre. No tardaría en sobrevenir el edema, restando así volumen de sangre circulante con la consiguiente carga para los riñones, cuyo funcionalismo estaría seguramente reducido. Por suerte, Winter se hallaba en condiciones de impedir la presentación de complicaciones, siempre que las medidas se aplicaran a toda prisa.

Mientras Bill levantaba la pierna afectada, Rick la ceñía con las vendas elásticas, procurando igualar la presión por toda la superficie del miembro, desde el tobillo hasta la cadera, con lo cual impediría el edema. Cuando concluyó la tarea, volvió al brazo roto. Los dedos estaban blancos y fríos, síntoma no demasiado grave si la cirugía intervenía rápidamente.

Un *jeep* ascendía por la rampa, perfectamente utilizable por el desescombro realizado. Dos practicantes colocaron un gran cubo de hielo en el asiento trasero. Rick meditó unos instantes. ¿Debía intervenir sobre el terreno, o sería preferible enviarle al cercano hospital francés?

—¿Qué tal es tu francés, Bill?

—Me temo que muy malo.

Paseó la mirada por los circunstantes y preguntó:

—¿Está por ahí la señorita Adams?

La respuesta le llegó de donde menos lo esperaba. Del asiento delantero del *jeep*, donde vio a Linda sentada al volante, como si hubiese caído de los cielos.

—Déjeme llevarle al hospital, capitán: es algo que puedo hacer perfectamente.

Examinó la propuesta a la luz de las ordenanzas: sin duda, no tenía nada de ortodoxa. Pero se decidió. Contra las ordenanzas. Después de todo, el ofrecimiento evitaba el empleo de un soldado cuyo trabajo podía ser necesario en la playa, porque debía desmontarse el campamento de la unidad para trasladar el material al hospital, etapa previa al probable internamiento en Argelia, siguiendo a las tropas.

En consecuencia, Winter dio la orden. Dos camilleros levantaron las angarillas donde reposaba Manny, sin sentido todavía, la colocaron transversalmente en la parte trasera del *jeep* y la sujetaron sólidamente con las correas dispuestas para ello.

—Acompáñale, Bill; usted también, Carolyn.

Carolyn acababa de surgir del público. Tomó asiento junto a la camilla tan sosegadamente como si hubiera subido a un coche en Nueva York. Una vez más se asombró Rick de su sorprendente actitud para encontrarlo todo tan simple y natural.

—Quedaos los dos con él hasta que yo pueda salir de aquí. Ponedle el brazo en hielo y no lo saquéis hasta que se haga la ligadura de la arteria, pero que la haga un cirujano de los nuestros. ¡A los cirujanos franceses les gusta demasiado amputar!

Contempló al *jeep* ascender por la pendiente y se sintió invadido por una gran depresión. El instinto, su instinto de cirujano, le impulsaba a acompañarlos para terminar la tarea que había empezado. Pero el sentido de la disciplina le decía que debía seguir las órdenes de Strang y hacer el equipaje sin pérdida de tiempo. Strang... Al pensar en él, Winter miró al *jeep* bajo el cual había intentado meterse el jefe hacía una hora. La arena, húmeda aún, conservaba la huella de su cuerpo. Rick la contempló diciéndose para sus adentro: «¡Ojalá se haya mojado sus vistosos botones! ¡Ojalá se le oxiden y se pongan tan verdes como su envidioso corazón!».

Tales deseos le reanimaron considerablemente. Todavía estaba sonriendo cuando entró en el puesto de admisión para ayudar a las enfermeras en su labor de recogerlo todo.

Capítulo XXXIV

... Y donde se ve a Winter arriesgar su carrera para impedir que Strang ampute el mismo brazo

Rick esperaba que su gente no estuviera muy decepcionada de su primer contacto con la Francia colonial. Le hubiera gustado enseñarles, paternalmente, frescos jardines rodeados de blancos muros y adornados por hibiscos y buganvillas; surtidores murmurando bajo los arabescos de una arcada; legionarios con barba y pantalón bombacho saludando a la bandera americana que ondeaba en el primer *jeep*.

Pero la decoración, los detalles y los personajes que encontraron los miembros del destacamento al salir de la playa, tenían poca relación con aquellas estampas estereotipadas.

Policías militares norteamericanos dirigían el tránsito en un cruce donde poco antes había estado emplazada una ametralladora. Un musulmán con fez y traje occidental levantaba los cierres metálicos de un garaje idéntico a los de cualquier ciudad americana. En una pared aparecía una recomendación publicitaria muy familiar, pese a la diferencia de idiomas:

Buvez Coca Cola

Chuck Walters gruñó su disgusto:

—¡Esto sí que es bueno! «¡Alistaos en el ejército y conoceréis mundo!». ¿Dónde están los camellos y las mujeres con velo? ¿Es que también duermen de día?

—Paciencia, amigo. Esto no es Argel. Lorette es un barrio completamente europeo.

—¡Ni eso! Ni siquiera europeo. Podría cerrar un ojo y jurar que esto es Miami.

El conductor del *jeep* que encabezaba la comitiva pisó el acelerador para remontar una acentuada cuesta a cuyo término se alzaba el hospital, respetable edificio en el centro de un jardín abierto luego hacia el mar por una soleada terraza. Se sintieron a gusto en la familiar atmósfera. Los acogió una

almidonada enfermera, que hizo denodados esfuerzos para entenderse con ellos. Por fin lo consiguieron y Rick se puso en manos de un bigotudo enfermero que le condujo hacia el ala destinada a los americanos. Al final del pasillo le esperaba Carolyn.

Antes de que hubiera abierto la boca, comprendió que algo desagradable sucedía.

—He mandado un mensajero a la playa en tu busca, Rick. Ha debido de cruzarse contigo.

Carolyn echó a andar mientras hablaba, conduciéndole por un pasillo lateral.

—El comandante Strang está preparándose para operar a Manny. Está lavándose en el antequirófano.

Winter respondió, esforzándose para que su voz tuviera el mismo tono sosegado de Carolyn:

—Es lo normal. Si he tardado algo es porque había que preparar a Manny. Por eso le dije a Bill que mantuviera el brazo en hielo.

Carolyn bajó la voz:

—El comandante Strang no ha comprendido la utilidad del hielo. Ha mandado que lo quitaran.

«¡Que se vaya al diablo ese imbécil con sus tonterías!», maldijo Rick. Pero no expuso su estado de ánimo. Randall Strang era un cirujano competente, pero sólo con paisanos. Excepto por su exclusiva sujeción a la letra de los manuales militares, estaba capacitado para su función. Ahora bien, no cabía duda de que sabía muy poco, o nada, de la cirugía de guerra. Era cosa comprobada por infinidad de cirujanos militares que el empleo de hielo reduce las necesidades metabólicas de los tejidos bloqueados por los torniquetes y mantiene la vitalidad de aquéllos durante largo tiempo. Gracias al hielo se habían salvado muchas vidas y muchos miembros, desde Tobruk a las Ardenas, en el curso de la guerra. Tenía muy buenos motivos para mantener en hielo el brazo de Manny, y no le faltaban argumentos para explicar a Strang los beneficios que se pretendían.

—¿Y dónde está Bill?

Se cruzó con ellos una pareja de coroneles, con el más impresionante porte, camino de una de esas misiones que únicamente los coroneles son capaces de cumplir.

Carolyn adoptó el tono de voz más rigurosamente circunspecto para responder:

—El comandante Coffin está preparándose para hacer una trepanación.

—Menos mal que por lo menos hay alguien que ha ido a caer en buenas manos.

Siguió a Carolyn hacia la terraza que había visto al llegar al hospital, continuada por una galería encristalada. Tras ésta se alzaba un edificio en forma de media luna, en cuyo centro había una sala de brillante y blanca cerámica.

—Supongo que es el pabellón de quirófanos...

Habló a sabiendas de que su presunción era obvia, pero tenía necesidad de decir algo, aunque sólo fuera para olvidarse de los enardecidos latidos de su corazón.

—Sala de operaciones número tres —informó secamente Carolyn—. Todo está dispuesto para la amputación.

—¿Amputación? —la voz de Rick sonó ronca, con tremenda violencia contenida.

Pensó, como último consuelo, que Strang no podía ser tan dogmático como para volver la espalda a la evidencia y atender la letra en vez del espíritu.

—Estoy de servicio en otro pabellón, querido. ¡Cuánto me gustaría estar aquí!

Carolyn le apretó el brazo en el momento en que Rick franqueó la puerta del antequirófano. Luego se marchó, resistiendo el imperioso deseo de permanecer a su lado. Winter se dirigió a grandes pasos hacia el lavabo donde Strang acababa la limpieza de las manos. Las cejas del comandante se alzaron cuando Rick, haciendo caso omiso de su presencia, pasó por su lado en dirección a la sala de operaciones. En la cabecera de la mesa estaba el anestesista de Strang, con la mascarilla en la mano. Las dos enfermeras del equipo del jefe acababan de disponer el instrumental... Manny se hallaba tendido en la mesa, más pálido que nunca a la viva luz de la gran lámpara central. Todavía no le habían hecho nada. Gracias a Dios, tampoco se había tocado el vendaje de la pierna. Por lo menos, Strang había comprendido la decisiva importancia que tenía su sostenimiento.

Una voz muy conocida preguntó, glacial, a sus espaldas:

—¿Puedo preguntarle el motivo de su intrusión, Winter?

Rick respiró profundamente antes de contestar. Tal vez Carolyn hubiera entendido mal el propósito de Strang.

—Estaba preocupado por Manny, señor.

—El plasma le ha ayudado mucho. Se encuentra a punto para la operación.

—¿Me permite que le ayude, comandante?

Strang le miró largamente. Luego gritó una orden al enfermero situado junto a la puerta:

—¡Una bata para el capitán Winter!

Rick se lavó a toda prisa. Todavía estaban espolvoreando con talco el interior de los guantes de Strang cuando ya se hallaba de regreso en el quirófano. El torniquete, perfectamente aplicado, permitía las mayores esperanzas. La piel estaba exangüe, por supuesto, pero cuando Winter tocó ligeramente el brazo, percibía todavía el frío del hielo, y se alegró en lo más hondo de su corazón de que la lentitud de los métodos de Strang le permitiera llegar a tiempo de prevenir cualquier desaguisado.

Acercándose a la mesa, Strang preguntó con sorna:

—Bien, Winter, supongo que no tendrá que criticar nada.

—En absoluto, señor. Cuando examiné la herida en la playa me pareció que se trataba de una rotura de la arteria braquial.

—Fractura por aplastamiento y arteria seccionada. La indicación quirúrgica es amputación. —Hizo una señal al anestesizador.

—Cuando quiera, Jurgens, estoy preparado.

Rick dio la vuelta a la mesa y cerró la válvula del tubo de oxígeno.

—Pero usted no debe amputar ese brazo, comandante. Se puede salvar.

El rostro de Strang se congestionó bajo la máscara.

—Si quiere quedarse, quédese, pero límitese a mirar. Abra esa válvula inmediatamente.

Jurgens tendió la mano hacia el tubo, pero se le anticipó Winter.

—Las cosas claras, Strang. Usted no amputará el brazo del muchacho. Ni aquí ni en ningún sitio. Si lo hace, le acusaré de incompetencia manifiesta ante un tribunal militar.

De un manotazo, Strang se arrancó la máscara para barbotar:

—¡Salga de aquí, Winter! ¡Salga ahora mismo, antes que llame a la guardia!...

—¿Me permite que intervenga, comandante?

Ambos se volvieron al oír la voz del recién llegado. Era Bill Coffin, quien, todavía con la bata de operar, avanzaba hacia la luz de la lámpara.

—Acaso me meta donde no se me llama, pero...

—No te compliques en esto, Bill —rogó Rick—. Si verdaderamente quieres ser útil, vete a buscar al coronel Blaine. Él decidirá.

—No te precipites, hijo. Amos está a punto de llegar. —Bill Coffin desafió con la mirada a Strang—: Acabo de enterarme de lo que sucede...

—¿Puedo preguntarle quién le ha informado, comandante?

—¿Usted cree que eso tiene alguna importancia?

Sin responder, Strang se cruzó de brazos y se dispuso a esperar, sin moverse de junto a la mesa de operaciones. Las venas de sus sienes parecían a punto de estallar. Bill permaneció en pie, en el mismo lugar donde se había detenido al entrar, con los nervios en tensión. Rick no se movió: seguía con una mano en la válvula del tubo y la otra en el pulso de Manny.

Enfermeras y enfermeros eran otras tantas inmóviles estatuas... Los ojos de Rick recorrieron los rostros: sabía que, de atreverse, todos estarían a su lado. «Esto es algo así como estar en la línea de fuego», se dijo. Por lo menos, los mismos valores estaban en juego. Si perdía, había acabado con el ejército y con la profesión. Por lo demás, si se encargaba de la operación, Strang no dejaría de buscar el medio de aplastarle. Sin embargo, estaba decidido a salvar el brazo de su asistente y, excepto el encarcelamiento inmediato, nada le haría desistir de su propósito.

El coronel Blaine entró sosegadamente y se detuvo a poca distancia del umbral. Amos iba acompañado, lo cual satisfizo profundamente a Rick. Su acompañante era el coronel Granby, el cirujano de la División. De nariz aguileña, rebelde cabello y ojos extraordinariamente agudos e inquisitivos. Granby era un especialista de primer orden, e incluso un quisquilloso amargado como Strang. Éste tendría que aceptar su determinación.

Cuando Amos habló, su voz era perfectamente tranquila.

—La sala de operaciones número tres, coronel. ¿Le gustaría asistir?

A lo cual respondió Granby afablemente:

—No quisiera interrumpir, señores.

El estilo de su contestación era el de un pacificador nato. «Dios mío —pensó Rick—, esos dos viejos zorros quieren aparentar que han llegado hasta aquí por casualidad. Ciertamente, es el medio de dar a Strang una posibilidad de repliegue ordenado y sin violencias... Si por lo menos supiera cómo hacerlo...».

De todos modos, Rick se creyó obligado a precisar:

—Me temo, coronel, que debo rogarle que nos interrumpa.

Granby le miró sonriente.

—Pero ¡si es el capitán Winter!... —Le tendió la mano afectuosamente y luego retrocedió agregando—: Perdón... No debía haberlo hecho... Usted estaba ya esterilizado para intervenir...

—Cuando hayan acabado con sus cortesías —dijo secamente Amos—, podremos saber lo que pasa. Strang, ¿qué es lo que sucede?

El jefe ya se había dominado. En tono amistoso, explicó:

—Una simple diferencia de opiniones, señores. Me preparaba para hacer una amputación, pero el capitán Winter no comparte mi criterio. Hemos discutido un poco nuestros puntos de vista...

—Es lo menos que puede decirse —comentó irónicamente Bill Coffin.

—¿Quiere exponernos su parecer, capitán?

Rick respondió sin precipitaciones:

—Envié a este hombre desde la playa con una arteria seccionada...

Granby se había acercado a la mesa y examinaba atentamente el brazo del herido.

—¿La braquial tal vez?

—Exactamente, señor. Tiene, además, fractura múltiple de húmero. Lo mandamos al hospital con un torniquete en el brazo y con la recomendación de que fuera mantenido el miembro en hielo sin dejar de aplicar plasma siempre que hiciera falta.

Granby movió la cabeza con aire de evocar algo.

—En las Ardenas hicimos cosas así, ¿verdad?

—Hasta que carecimos de hielo, señor...

—Y de anestesia también, demasiadas veces...

Granby dirigió su brillante mirada a Strang.

—¿Por qué insiste usted en amputar, comandante?

Strang sostuvo la mirada con firmeza, aunque el timbre de su voz bajó de diapasón.

—Estoy dispuesto, como es lógico, a atender su indicación, coronel Granby.

—Los estudios del capitán Winter sobre cirugía de los vasos sanguíneos gozan del más justo prestigio. En este aspecto, su opinión es mucho más autorizada que la mía.

Durante unos segundos hubiera podido oírse el vuelo de una mariposa. El propio Strang fue el que puso fin a la tensión al encaminarse hacia los lavabos. La serenidad de su porte quedó traicionada cuando, al quitárselo violentamente, desgarró la goma de un guante... Sin volverse, propuso, con el acento que debía emplear cuando estaba a la cabecera de los pacientes ricos:

—En tal caso, ¿puedo sugerir que sea el capitán Winter quien efectúe la operación?

—Desde luego que puede —repuso Amos.

Strang acertó a salir de tan desagradable situación retirándose con honores militares.

—Si quiere visitar el hospital, coronel Granby, ¿me permite que le sirva de guía?

Los pasos de los jefes se perdieron en los corredores. Entretanto, en el quirófano reinó un silencio absoluto.

—Está claro que podemos empezar —dijo Rick.

La retirada de Strang significaba tan sólo una victoria pasajera, porque no había duda de que se dedicaría a reagrupar sus fuerzas para contraatacar en el momento oportuno. Sin embargo, lo importante era que Rick había ganado el encuentro y el brazo de Manny.

—¿Quieres ayudarme, Bill?

—¿Para qué crees que estoy aquí?

Pasaron al antequirófano para lavarse nuevamente las manos, y, ya lejos del oído del personal de la sala, Bill expuso su asombro con deliberada ingenuidad:

—Aún me pregunto cómo hemos podido lograrlo.

—Porque yo pisaba terreno firme, y Strang lo sabía. Lleva dentro la suficiente cantidad de cirujano para saberlo, aunque opere como antes de la guerra.

—Entonces, ¿por qué se empeña en amputar?

—Porque es más sencillo, y porque está en el manual. —Rick frunció las cejas, y, mientras se cambiaba el blusón, añadió—: También a mí me tratará de acuerdo con el manual de ordenanzas en cuanto haya conseguido atraerse al coronel Granby.

—Pero el viejo sabe su oficio y te aprecia. No creo que se vuelva contra ti.

—Si la presión es fuerte, no tendrá más remedio que ceder ante ella. Bastará con que Strang ofrezca esta noche una recepción de gran estilo, bien organizada con la ayuda de sus muchos amigos de galones y estrellas, para que mañana veas a tu amigo Winter llevado de una oreja. En el mejor de los casos, se me trasladará de unidad.

—Amos se negará.

—Amos no estaría en disposición de elegir.

—¿Crees, así, que Strang quiere tu cabeza?

—Si estuvieses en su lugar, ¿acaso no estarías afilando el cuchillo?

—Hablando de cuchillo, empieza a ser hora de que volvamos junto al pobre Manny.

—Estamos aún a tiempo. Hasta hace poco, el brazo seguía conservando el frío del hielo.

—¿Vas a trabajar en la pierna en la misma sesión, o lo harás más tarde?

—Pido a Dios que no tenga que tocar la pierna. Ni ahora ni más tarde. Si los presentimientos no me fallan, lo único que tiene Manny en la pierna es un fuerte y amplio traumatismo, pero no fracturas ni lesiones vasculares de consideración: sólo contusiones puramente superficiales. Lo importante es restablecer la normalidad de la función renal, superar la anemia y favorecer la circulación. Eso se logrará gradualmente, a medida que se atenúen los efectos del *shock*.

Volvieron a la mesa de operaciones. Rick hizo una señal al anestesista, y, mientras bajaba la máscara sobre la pálida faz de Manny, estrechó cariñosamente la mano de éste.

Cuando cogió el bisturí, se encontró en su elemento, se halló devuelto a su estado normal. Las circunstancias exteriores habían dejado de existir. Sus dedos actuaron con destreza automática separando los tejidos dañados, retirando una piedrecita alojada en la herida... De vez en cuando se detenía para bañar aquélla con suero salino tibio, y seguía limpiando minuciosamente la brecha, retirando fragmentos de carne, trozos de tela, coágulos... Pronto estuvo a la vista la arteria seccionada, cuya retracción había sido impedida gracias al torniquete.

Cuando Rick pidió ligaduras, Bill mostró cierta sorpresa.

—¿Y la anastomosis?

Winter negó con un movimiento de cabeza.

—Está indicada la ligadura. Entre otras razones, porque nos expondríamos a la formación de trombos en la zona de sutura, y no vale la pena el riesgo.

Estaban trabajando en los planos más profundos de la herida, cerrando las extremidades seccionadas de la arteria.

—Quita el torniquete ya.

Poco a poco, Bill deshizo la sólida argolla de tela. Por los cabos de la arteria no apareció ni una gota de sangre. El vaso estaba bien cerrado. El aflujo sanguíneo produjo una pequeña hemorragia, por probable rotura de alguna ligadura secundaria.

Rick lavó nuevamente la herida con suero salino y buscó minuciosamente entre los tejidos hasta encontrar la azulada línea de una vena. La despegó y puso dos ligaduras, a cierta distancia la una de la otra. Luego cortó por el centro. En casos análogos, es decir, cuando se ha tenido que ligar una arteria importante, se aconseja neutralizar la vena correspondiente para evitar en el miembro lesionado un desequilibrio entre la circulación arterial y la venosa.

—¿Qué tal va, Jurgens? ¿Se sostiene?

—Está mejor que al empezar —comentó el anestesista.

Que así sucediera no es infrecuente en la cirugía de las heridas, porque las ligaduras efectuadas contribuyen a disminuir el estado de *shock*.

—Creo —dijo Winter a media voz— que ahora podemos arriesgarnos a poner una placa en el hueso.

Descubrió cuanto pudo la zona de fractura y eliminó unas cuantas esquirlas. Por fortuna, no era tan mala como había creído. Tomó el trépano y comenzó el laborioso trabajo de ajustar las extremidades del hueso roto, restableciendo su continuidad mediante la fijación de una placa metálica, sostenida por unos pequeños tornillos especiales. Cuando hubo terminado la delicada operación de carpintería, lavó nuevamente la herida y volvió a examinarla. Luego se retiró un paso.

—Bill, sulfamida en polvo.

El aludido espolvoreó la herida con la droga. Al concluir, se acercó nuevamente Rick. Tomó unos rectángulos de gasa vaselinada de manos de la enfermera y los fue introduciendo suavemente en la cavidad hasta que estuvo llena.

—Ahora, antes de llevarlo a la cama, debemos establecer un bloqueo del simpático.

La comprensión del papel que, sobre todo en casos de lesiones vasculares, desempeñan las ramas más profundas del sistema nervioso llamado autónomo, es una de las más brillantes conquistas de la cirugía moderna. En la mayor parte de las heridas de aquel género, existe el peligro de que se establezca un círculo vicioso de reflejos que determine la constricción de los vasos de la zona con la consiguiente obturación de las pequeñas ramas colaterales encargadas de regar la región de la herida.

Todo sistema que tienda a romper tal círculo vicioso permite la vasodilatación, y, como consecuencia, el aumento de flujo sanguíneo en los tejidos alterados. Winter sabía que el método más sencillo era inyectar novocaína en el centro o centros de la cadena nerviosa autónoma que rigen la zona amenazada. En el caso de Manny, todo dependía de una serie de nódulos situados cerca de la columna vertebral, conocidos con el nombre de ganglios cérvico-simpáticos.

Tampoco ignoraba Rick que todo el éxito de su trabajo dependía de este detalle. Dadas las circunstancias, el objetivo era doblemente importante, decisivo para Manny y para él. Precisamente por ello debía actuar con la mayor calma, y con la mayor calma habló:

—Necesitaré una aguja larga y novocaína al uno por ciento.

Pinchó después de haber situado exactamente el lugar preciso, introdujo la aguja hasta insertarla en el tejido ganglionar y procedió a inyectar. Luego volvieron a poner al paciente en decúbito supino y Rick se consagró a vendar con tiras escayoladas el brazo de Manny, teniendo buen cuidado de no alcanzar la herida. Concluida la operación, transcurrió un cuarto de hora en el silencio más absoluto. Todos estaban demasiado preocupados para hablar. No existe novocaína capaz de anestesiar el cerebro de un cirujano cuando aguarda el resultado de sus esfuerzos para devolver la salud y la vida a un hombre, tanto más cuanto que también estaba en la balanza la propia carrera del capitán Winter.

¿Habrían hecho imposible la reparación circulatoria los traumatismos de la operación añadidos a los del golpe? Cuando, al cabo de veinte minutos de angustiada espera, Rick buscó el pulso del herido, supo que la respuesta era confortante: el brazo de Manny se había salvado, al menos por el momento. Los latidos, débiles todavía, eran precisos y regulares, lo cual probaba que la sangre había reemprendido su curso por los vasos secundarios, aportando a los tejidos el oxígeno necesario para devolverles la temperatura normal y enviando a todo lo largo del brazo la caliente oleada roja de la vida.

Diez minutos después, Manny empezaba a salir de la anestesia. El pulso era casi normal y la piel del brazo pasaba imperceptiblemente del blanco al rosa. Si Randall Strang hubiese tenido ocasión de hacer lo que quería, aquel mismo brazo estaría en la cubeta donde se tiran las gasas usadas y los desechos quirúrgicos.

El oficial encargado de la sala de heridos se aproximó para trasladar al herido, y Rick se apartó.

—Bill, ¿me llevas a beber un trago? Tengo la vaga idea de que los dos nos lo hemos ganado.

Hacía ya rato que Bill había terminado de lavarse y permanecía apoyado en el quicio de la puerta, con un cigarrillo sin encender colgando del labio inferior. Contestó sin convicción:

—Lo más indicado me parece champaña. Champaña rosado con un poco de coñac. Hace una hora que lo encargué por teléfono. Ya lo tendremos esperándonos en la habitación del hotel.

—¿Por qué en el hotel?

—También comeremos en el hotel. Cuando llegues sabrás el porqué.

Rick sonrió intrigado mientras se desprendía de las blancas prendas, empapado de sudor.

—Creo que también me he ganado un descanso. Deja entrar a la policía militar, amigo. Si Strang me envía una citación, quiero enterarme pronto de lo malo.

Bill se encogió de hombros.

—Como quieras.

Después abrió la puerta de comunicación con el vestíbulo. El oficial que penetró en la sala era joven, pero con un tremendo aire de severidad. También el sobre que entregó a Rick tenía aspecto de gran severidad. A través de las vidrieras, Rick divisó la silueta de dos soldados a la salida del pabellón con uniforme de la policía militar. No pudo dejar de sonreír mientras abría el sobre: por lo menos el Ejército hacía las cosas bien.

Bill leyó ansiosamente por encima del hombro de su amigo:

—Confinado en el cuartel, ¿eh? Pues no es lo peor...

—Sobre todo con el champaña del rancho.

El teniente de la policía militar articuló, muy tieso:

—Si el capitán Winter da su palabra de unirse a nosotros, le esperaremos fuera.

Dicho esto, saludó correctamente, dio una media vuelta perfecta y salió como el héroe de un cuento infantil. Bill se fue a una ventana y curioseó el exterior, ya envuelto en las primeras penumbras del crepúsculo.

—Tanto si lo crees como si no, te llevarán en un coche de Estado Mayor.

—Debe de ser el de Blaine —comentó Rick—. ¿Dónde crees que me llevará?

—A un castigo disciplinario, o a un tribunal militar. Elige.

Rick se empezó a poner la guerrera.

—Lo siento, pero rehúso terminantemente reflexionar hasta mañana por la mañana. Quédate conmigo, Bill. Tal vez puedan transportarte también a ti, como pasajero clandestino, en esa ensaladera con ruedas.

Capítulo XXXV

En el que se acentúa el estado de guerra privada

El *Gran Hotel de Marsella y del Universo*, era, para decir las cosas sin énfasis, sencillamente magnífico y suntuoso. A través de él aparecía Argel como visto por Hollywood, pero sin dejar de ser Argel... Mientras el coche de Estado Mayor, pintado de caqui verdoso, penetraba por la amplia avenida de acceso, Rick comprobó que el arquitecto y el jardinero habían conspirado para ofrecer al turista de antes de la guerra cuanto éste, modelado por las novelas y las películas, esperaba ver en África del Norte. El hotel estaba situado en lo alto de una colina de pendiente bastante abrupta y sus jardines descendían, en una sucesión de terrazas, hasta las primeras avenidas de la ciudad, cerca ya del puerto. Varias pérgolas, por las que se desbordaba la lujuriante púrpura de las buganvillas, rodeaban un vasto patio de luminosas arcadas cuyo conjunto evocaba, a la vez, la Alhambra y un foro romano, aunque no fuese copia ni de la una ni del otro. El hotel mismo, hábilmente colocado en medio de verdes frondas, era imponente sin ser formidable. Según el humor de cada cual, podía compararse con una mezquita o con la residencia californiana de una «estrella» cinematográfica. Un conserje con albornoz musulmán salió de una garita en forma de alminar para introducirlos en el vestíbulo, réplica perfecta del de un palacio parisiense vecino de la Estrella...

El 95.º Hospital de Campaña, o al menos su Estado Mayor, había instalado sus cuarteles en un piso del ala derecha. Rick Winter y Bill Coffin, escoltados por los soldados de la policía militar, caminaron con la mayor serenidad pisando mullidas y admirables alfombras. El joven oficial que los acompañaba, y que se esforzaba visiblemente por mantenerse desenvuelto sin perder su castrense apostura, abrió la puerta de una espaciosa habitación de claras paredes con acceso a un balcón desde el que se ofrecía una vista de maravillosa belleza. Toda la ciudad se extendía a sus pies, blanca y deslumbrante.

—Se diría —comentó Bill en tono admirativo— que alguien va a ofrecernos las llaves de la ciudad.

A los pocos instantes dos ordenanzas procedían a deshacer el equipaje. Los uniformes de gala fueron colocados cuidadosamente en cada cama.

En el balcón, bajo las airosas arcadas, se había dispuesto una mesa con brillante servicio de cristales y porcelanas. Importante y solemne, un camarero procedió a dar vueltas cuidadosamente a una botella hundida en un cubo de hielo.

—Yo me hago cargo de la fantasía —dijo Bill—, mientras tú firmas la nota del preboste. Por lo menos, que sepa que estás contento del servicio...

Riéndose, Winter firmó la hoja que le ofrecía el camarero y aún se reía cuando la puerta se cerró tras el último policía militar.

—¡Y se nos reprocha que mimemos a las clases criminales! —exclamó.

Atentamente ocupado en la tarea de vigorizar su combinado de champaña con una generosa adición de whisky, Bill se limitó a contestar:

—No te sientas vejado, amigo. Es probable que uno de esos policías del ejército se pase la noche de guardia en el pasillo con la consigna de disparar sobre ti si pretendes salir. ¡Bah, mañana te sacará de aquí Amos!

—Quisiera estar seguro. —Tomó el vaso que le ofrecía Bill—. Tú ya habías visto venir esta aventura. ¿Qué opinas?

—Pues que Strang andaba buscando la ocasión de cogerte por el gaznate desde que salimos de Inglaterra, y lo ha conseguido.

—En cierta manera, doy la bienvenida a este conflicto.

—¿También das la bienvenida a mi champaña?

Brindaron:

—¿Por quién bebemos? —preguntó Bill—. ¡Abajo el cirujano jefe!

—¡Que se vaya al diablo Strang! Este champaña es demasiado bueno para él, incluso para maldecirle. Digamos mejor: *La France ne mourra jamais*^[29].

—*Jamais de la vie!*^[30] —confirmó Bill con entusiasmo, llenándose otra copa—. Déjame tan sólo el tiempo de tomar unos tragos y me oirás hablar francés como si no hubiera hecho otra cosa.

Se puso a medir el cuarto a largos pasos, con mirada torva y amenazadora:

—¿Quién habrá enviado la policía? ¿Amos?

—Strang tiene autoridad suficiente para haber forzado al viejo a hacerlo. —Rick sonrió tristemente—. Ya me había amenazado con encerrarme en el cuartel general cuando empecé a decir lo que pensaba. Pero, no sé por qué, jamás creí que hablase en serio.

—De no haber sido Amos, ¿cuál habría sido el trámite?

—Una queja de Strang al Cuartel General, supongo.

—Tal vez cuando eche un vistazo a Manny cambie de actitud.

—Me temo que no. Le he puesto en evidencia delante de Granby. Eso no me lo perdonará nunca.

—¿Y si mantiene la queja?

—Pues me hará un atestado para que el juez decida, a menos que se contente con una medida de disciplina interior. En cualquier caso pueden ocurrir varias cosas: licenciamiento inmediato, pérdida de graduación o, con mucha suerte, traslado a otra unidad. —De un golpe se bebió el segundo combinado—. ¿Qué te parecería si olvidásemos todo esto y habláramos de otra cosa?

Bill respondió con aire sombrío:

—¡Si el animal ese no cede... le rompo la... cara y así iremos al tribunal juntos! Y Hal Davis hará otro tanto. Y todos tus amigos.

Melancólico, Bill salió al balcón y contempló la lechosa blancura de Argel, acariciada por el crepúsculo:

—Estoy pensando en salir inmediatamente y presentar una reclamación.

—¡Sería inútil, viejo hermano! Esta guerra no es una guerra de reclamaciones. No hay más remedio que trabajar y cerrar el pico. Yo he abierto el mío y si ahora resulta que me echan dentro una purga, tendré que tragármela. Dame otro combinado: ¡como medicina son algo estupendo!

—Todo eso está muy bien, pero es preciso que haga algo.

—Has hecho lo mejor que has podido al ayudarme a salvar el brazo de Manny. Eso era lo principal. Ahora la única forma de ayudarme es no meterte en el barullo y ser formal.

—¡Sí, muy bien! Y si te separa de Carolyn Rycroft, ¿también lo vas a tomar tan resignadamente?

Winter levantó bruscamente los ojos:

—¿Qué significa esa alusión a Carolyn Rycroft?

—Presumo que te quiere. ¿No lo sabías?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Gina Cole. Como autoridad en materia de amor, Gina es insuperable.

Rick miró el fondo de su copa. El champaña empezaba a subírsele a la cabeza, a cantarle en los oídos. Se sintió súbitamente temerario y patéticamente deseoso de confiarse a alguien. Pero... no era posible revelar a Bill Coffin, o a cualquier otro, su secreto de la noche del bombardeo. Se limitó a decir:

—Tal vez sea un sentimiento recíproco. Tal vez no tenga ganas de hablar de eso. ¿Encontrarás mi silencio incorrecto, benéfico anfitrión de esta cena?

Bill cogió una silla, la puso ante la mesa y repuso con la más amistosa de las sonrisas:

—Siéntate, hijo mío. ¡Sería capaz de dar cualquier cosa por disponer de tu serenidad!

—¿Serenidad ante el amor, o serenidad ante el tribunal militar? ¡Bah! Cuando lleves el uniforme más tiempo, te será muy fácil.

Y Rick cogió el tenedor.

La cena fue tan perfecta como espléndido era el hotel: a los entremeses siguió un *vol-au-vent* milagrosamente delicado, acompañado de un Chablis portador de viejos recuerdos de Beaune, inscritos en un cielo de vendimia. El plato fuerte consistió en un *caneton aux oranges*, regado de Chambertin. La apoteosis estuvo a cargo de una soberbia crema helada de chocolate con Château Yquem en grandes copas de cristal afiligranado.

—En Gibraltar te dije que este viaje de turismo no lo supera el mismísimo Cook. Pues bien, ahora lo rubrico —declaró Bill estirándose con satisfacción.

—¿Sí? ¿Y qué tiene que ver con este viaje de turismo la operación de cerebro que has hecho esta mañana?

—¡Oh, por favor! No digas nada que me recuerde que soy cirujano. Esta noche estoy dispuesto a beberme todos los caldos de la tierra e imaginarme que he reencontrado mis veinte años. ¿Quieres que tomemos el café en el balcón?

Salieron. Argel se extendía a sus pies, ceñida por el mar, multiplicado su misterio por la luz de las estrellas. Parecía imposible que aquella misma mañana hubiera entrado por sus calles un ejército de invasión y que los barcos cuyas sombras se divisaban en el puerto fuesen barcos de guerra. La ciudad se había deslizado en una secular paz recobrada. Entró nuevamente el camarero para servirles el coñac y, mientras lo hacía, llegó hasta ellos el sonido de una flauta moruna, lo único que faltaba para completar el encanto de la noche.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Bill.

—En una pura delicia, gracias.

La melopea se estremeció en frenéticos agudos. Bill se asomó, tratando de localizarla.

—¿Crees que es el último número de una fiesta local, o se trata de algo organizado por el hotel?

—¿Por qué no vas a enterarte?

—¿Y dejarte aquí solo, aburriéndote?

—Ya sabes que yo no soy de los que se aburren. Por lo demás, estoy en pie desde las dos de la madrugada. Con Strang o sin Strang, tengo sueño... Y

tú sabes tan bien como yo que te mueres de ganas de ver si encuentras alguna hurí, una *Uled-Nail* de las que hablamos en el barco.

El mayor se paseó, indeciso, por la habitación, sumida en la penumbra del anochecer. Al cabo de unos minutos, admitió:

—Ahora que me lo dices me acuerdo que Hal y yo teníamos el plan de salir a dar una vuelta y meternos en cualquier sitio entretenido.

Rick se levantó lanzando un tremendo bostezo:

—¿Y a qué esperas? De todos modos, ten cuidado con las damas del país. Son intransigentes con sus velos. No querría verte mañana entre barrotes.

Tan sólo cuando Bill salió de la habitación se dio cuenta Rick de lo cansado que estaba. Había un teléfono en la mesilla de noche. Meditó unos instantes si llamaría o no a Carolyn. Desechó la tentación. También para ella la jornada había sido larga y penosa. No había prisa en darle la mala noticia.

Abrió los grifos de la bañera, se desnudó y se introdujo en el agua tibia, donde permaneció, soñoliento. Se preguntó cómo organizaría su porvenir si Strang lograba sus propósitos, pero estaba demasiado cansado para buscar la respuesta.

Salió al balcón en pijama. Una música de baile ahogaba los lamentos de la flauta. Unas parejas bailaban en la terraza y su presencia, lujosamente despreocupada, le deprimió indefiniblemente. En cierta manera, aquel hotel demasiado perfecto era un símbolo de lo que estaban combatiendo, de la frívola actitud, increíblemente absurda, que había permitido la aparición de Hitler y su tribu... Por supuesto, no le molestaba que el 95.º Hospital de Campaña tuviera ocasión de vivir un poco a lo grande, pero le desagradaba verlos bailar mezclados con aquella gente de dos caras internacionales, codo a codo con los hombres de Vichy, que no habían necesitado ni un día para arriar sus colores e izar otro pabellón en el mástil.

Entró en la habitación y se echó en la blanda y muelle cama, intentando de nuevo bosquejar su futuro. ¿Le esperaría Carolyn si fuese trasladado? No lo dudó un instante. ¿Volvería a ejercer privadamente si el Ejército prescindiera de él? ¡No, en absoluto! Se alistaría otra vez, pero en Infantería. Contribuiría así a ganar la guerra, no sólo por Carolyn sino también por él mismo. Construiría para ella la casa en Connecticut, y Carolyn tendría cuanto pudiera desear... Sí, la construiría para siempre, en cuanto la guerra hubiera terminado...

Se durmió y soñó que ella descendía hasta el balcón por la escala de un rayo de luna. Su sonrisa era la sonrisa misma de la paz. En sus brazos encontraría la feliz serenidad que aguardaba desde hacía tiempo...

Capítulo XXXVI

*Donde se pronuncia un no ha lugar imprevisto
y se levanta una punta del velo*

La primera conferencia del Cuerpo Médico se celebró al día siguiente por la tarde en el refectorio del hospital. Bill llegó un poco antes, cuando el recuerdo de la noche anterior aún le batía vigorosamente en la frente y en las sienes. Se detuvo en el vestíbulo para leer el programa de la sesión, y su rostro se ensombreció. Entre los títulos de los informes y comunicaciones que iban a ser presentados figuraba uno, de Randall Strang, sobre el tratamiento de las quemaduras, segundo de discusión.

—¿Qué demonio de juego será éste?

—Está usted hablando en voz alta, comandante.

Se volvió para encontrarse frente a frente con Linda Adams y no pudo evitar una mueca al verla rebosando sosiego y oliendo a colonia.

—Me parece que anoche pudo descansar usted mejor que yo.

—Pues tanto si lo cree como si no, estuve preparando cinco mil palabras de crónicas y una emisión radiofónica.

—No me irá a decir que ya podemos utilizar Radio Argel.

—La emisora militar me abre un hueco en la onda corta a las nueve de la noche. —Eché un vistazo al orden del día colocado en el tablón de anuncios—. ¿No espera con impaciencia la exhibición oratoria del comandante Strang?

Esta vez Bill se permitió hacer una mueca declaradamente desagradable.

—¿No se ha enterado de que ha desenterrado el hacha de guerra y pretende hacerse con el cuero cabelludo de Rick?

—Claro que me he enterado. ¿Acaso está Rick inquieto?

—Strang está utilizando todas las influencias y poniendo en práctica todas las triquiñuelas imaginables para hundirle. Si su comunicación sobre el tratamiento de las quemaduras es adverso a Rick, será el argumento decisivo, su cachiporrazo. Si, en cambio, le resulta favorable, fíjese bien y verá cómo Randall le echa una manta encima.

Linda puso sobre el brazo de Bill una mano apaciguadora.

—Prométame una cosa, comandante Coffin. Ya sé que es usted un buen amigo del capitán Winter. Ya sé que está usted preocupado por la amenaza de un tribunal militar...

—¿Quién ha hablado de tribunal militar?

Linda sonrió y dio el brazo a Bill. Juntos entraron en la improvisada sala de reunión.

—Se sorprendería si supiese cómo recojo las informaciones. Prométame estarse quieto a mi lado y no acalorarse en ningún caso. Y lo que es más importante todavía: si siente usted ganas de... rugir..., aguántese.

Bill iba a contestar, pero ella le detuvo con un murmullo:

—Esta mañana ha llegado de Gibraltar un informe sobre los heridos con quemaduras que fueron desembarcados allí. Por suerte, he podido verlo antes que Strang. No me pida ahora más explicaciones. Ya verá como todo se aclara antes de que pase mucho tiempo.

Linda le condujo hacia unas sillas libres en la primera fila. Bill declaró quejumbrosamente:

—He pasado una noche agotadora, señorita Adams. En pocas palabras, tengo la cabeza como un bombo y la boca como un pedazo de madera... tanto que las migrañas y las resacas de las orgías de Nerón eran a su lado cominerías. En esta situación no me obligue usted a luchar con un misterio.

Se guardó el resto de su prosa porque acababa de entrar la presidencia, que se distribuyó adecuadamente en un sencillo estrado. El más antiguo de los coroneles presentes, Amos Blaine, fue el encargado de declarar abierta la sesión.

Strang era el tercer orador anunciado. A pesar de su dolor de cabeza, Bill observó en seguida el nerviosismo con que el jefe, sentado muy cerca de él, hojeaba sus notas. En ningún otro acto análogo había visto a Strang tan alterado. ¿Acaso se debía a la presencia de muchos jefes y oficiales nuevos? Bill miró en derredor y vio muchas caras desconocidas. Entre el público distinguió al viejo Morty Guill, comandante del hospital de la base, en Inglaterra.

Una vez más la puerta se abrió silenciosamente para dar paso al coronel Granby, quien, silenciosamente también, fue a sentarse al fondo de la sala. Bill Coffin se sintió intrigadísimo.

—Dígame lo que se prepara. No olvide que desde el desembarco no he tenido la menor relación con el telégrafo oculto.

Acercándose a su oído, Linda le deslizó una respuesta que sólo consiguió aumentar su perplejidad:

—¿Es que no puede dejarme organizar las cosas de acuerdo con mis planes?

El auditorio de la segunda fila siseó en demanda de silencio. Strang se había puesto en pie con un manojo de cuartillas en su regordeta mano. La mirada que dirigió al público era un típico ejemplo de su peculiar temperamento, frío y autoritario. Era la mirada imperiosa del maestro de escuela que reclama atención.

El jefe comenzó solemnemente:

—Con motivo de un reciente ataque aéreo a nuestro buque, tuvimos ocasión de tratar numerosos casos de heridas por quemaduras. Algunos miembros de nuestra unidad recordarán probablemente que una parte de tales heridas fue tratada por un método completamente inusitado. Debo señalar que tan sólo accedí al empleo de ese método en la esperanza de que la ciencia pudiera obtener algún beneficio práctico del desastre.

Bill abrió la boca para protestar, pero se encontró a tiempo con la mirada de Linda. Cruzó los brazos y se dispuso a no retirar del rostro de Strang unos ojos amenazadoramente iracundos.

—Las conclusiones —prosiguió el jefe— son triples. En primer lugar: cuando heridos de tal naturaleza se presentan simultáneamente en gran número, es esencial que un mismo oficial de admisión los examine a todos. Cuando el tiempo es un factor decisivo, cuando no puede desperdiciarse, sin beneficio para nadie, en torno a un moribundo irremediable, es de la mayor importancia un pronóstico rigurosamente exacto.

Strang echó un vistazo a sus notas. Bill Coffin se enderezó en el asiento cuando vio que el jefe detenía un instante su mirada sobre Linda antes de continuar. Bill reventaba de curiosidad bajo el peso de una pregunta sin respuesta. Pero se resignó a oír y callar.

—La segunda conclusión se refiere a la morfina. Procedimos a cargar una jeringa de cien centímetros cúbicos, lo que nos permitió efectuar cincuenta inyecciones consecutivas, sin interrupción. —Bill Coffin emitió un ahogado gruñido que nadie hubiera podido interpretar como manifestación aprobatoria, y el jefe hizo una pausa, lanzándole una mirada glacial.

—La tercera conclusión, la más importante, concierne al tratamiento propiamente dicho.

En este punto, Strang desarrolló su disertación en una doble vertiente, hablando del método del desbridamiento en oposición a la terapéutica de la sulfadiazina, la gasa vaselinada y la presión asegurada por el vendaje de

algodón, Bill tuvo que admitir que el jefe exponía las cosas sin falsearlas y describiendo equitativamente las características de uno y otro tratamiento.

—En cuanto se refiere a la prevención del *shock*, todos los pacientes fueron tratados de la misma forma, recibieron idénticas dosis de plasma y morfina, y, siempre que se pudo, fueron encamados en condiciones generales análogas. La única diferencia estriba en el tratamiento de las zonas quemadas. En nuestra opinión, los resultados son lo suficientemente notables para hacerse acreedores a nuestra consideración.

La expresión continuó siendo de una convincente sinceridad cuando se dedicó a describir la evolución de varios pacientes de uno y otro grupo. Era imposible negar la diferencia de los resultados obtenidos. Cuando hubo completado la última historia clínica, Strang dejó las cuartillas en la mesa y volvió a tomar asiento.

—El tema objeto de esta comunicación se somete ahora a discusión general.

Varios oficiales manifestaron sus opiniones en pro o en contra. Era evidente que la reputación de Strang respaldaba sólidamente sus palabras; pero, al mismo tiempo, su tácita admisión de un método tan radicalmente nuevo no podía ser aceptada sin obligarle a mayores aclaraciones. La mano de Linda cogió firmemente el brazo de Bill cuando éste pretendió incorporarse para dirigirse a la presidencia. Fue ella quien se levantó alzando la mano en demanda de autorización para hacer uso de la palabra. Bill experimentó una inexplicable satisfacción cuando vio las manos de Strang cerrarse convulsivamente sobre la mesa, mientras intentaba salirse por el cuello del uniforme la familiar hinchazón colérica de su pechuga. Linda habló seguidamente con una voz exquisitamente dulce:

—¿Puede intervenir en la discusión una paisana, coronel?

Amos Blaine se inclinó cortésmente.

—Sin duda, señorita Adams.

—Tan sólo deseo manifestar que oportunamente rogué al capitán Winter me explicara el tratamiento aplicado precisamente por él a los heridos. Y lo hago toda vez que el capitán Winter no parece encontrarse entre nosotros.

Recorrió la sala con la mirada y sonrió graciosamente en correspondencia al murmullo de aprobación de los miembros de la 95.^a unidad de campaña.

—Como la mayor parte de ustedes saben —continuó—, el capitán Winter trabajó en Lakeview, Estados Unidos, cuando el tratamiento sujeto a debate ahora era verdaderamente un experimento. Creo que la suerte favoreció mucho al comandante Strang cuando le puso a su lado un oficial de tal

categoría en el momento en que, a consecuencia de un ataque aéreo, los heridos por quemadura fueron abundantes. También creo que el comandante Strang ha sido más que justo, generoso, al reconocer el mérito que en el éxito del tratamiento cabe al capitán Winter, según los términos de la entrevista que me ha concedido hace poco y que acabo de cablegrafiar a Nueva York. — Linda unió ambas manos en alto, como si reuniera con ellas al auditorio—. ¿Puedo pedirles un aplauso para esos dos oficiales?

Se sentó entre largo batir de palmas, y sonrió a Bill Coffin.

—¿Empieza a comprender ahora?

Pero Bill no podía apartar la mirada de Randall Strang, aunque sabía que el rostro del jefe representaba un enigma que jamás lograría resolver. La hinchazón del cuello se había reducido apreciablemente y sus labios se arqueaban en una sonrisa que era un verdadero modelo en su género. Bill no hubiera podido decir si el comandante se disponía a reír o a llorar. Renunció alegremente a pronunciarse por cualquiera de ambas posibilidades cuando Walters se puso en pie para presentar una comunicación sobre ortopedia...

Una vez terminada la reunión, salieron y Linda se dirigió presurosamente hacia la puerta de la calle, llamando un taxi. Bill se precipitó tras ella, la cogió de un brazo y la empujó sin demasiadas ceremonias hacia el pequeño pabellón de verano, situado junto a la pista de acceso de los automóviles.

—No creerá usted que se ha salvado así, de rositas...

—Comandante, mi trabajo espera...

—Y yo espero la explicación de su estrategia. ¿Cómo ha podido desmontar el juego de Strang?

—Esta mañana me ha concedido una entrevista en exclusiva —respondió Linda con dulzura capaz de desarmar a cualquiera, excepto a Bill, que insistió:

—Eso ya lo he entendido.

—Le he prometido dar a sus palabras la mayor difusión en Estados Unidos con dos condiciones: la primera, que retiraría toda queja contra Rick; la segunda, que compartiría los honores con él.

—¿Y ha cedido así, con tanta facilidad?

—Acaba de oírle hablar, comandante. ¿Qué se imagina?

Bill la cogió por ambos brazos y la besó vigorosamente en la boca.

—¿Quiere decir que Rick no tiene por qué preocuparse ya?

Linda se deshizo del abrazo y retrocedió un paso. Bill se excusó:

—Perdón por mi espontaneidad, pero es que Rick es muy buen amigo mío y me he alegrado mucho. Espero que comprenda y me disculpe.

Ella le contestó con dulce voz:

—Entonces debe decirle que Strang se ha vuelto atrás. Dígale que Granby y Blaine están dedicados a calmar su cólera. Dígale lo que quiera, excepto la verdad. Si llega a saber por usted algún día que he sido yo quien le ha ayudado, le arranco el corazón.

—Pero... ¿porqué?

Linda bajó los ojos.

—¿Hace falta que conteste a esa pregunta también?

Bill expresó su sorpresa mediante un largo silbido.

—Las cosas se suceden hoy con demasiada velocidad para mí... ¿Me permite que le desee buena suerte?

—Se lo agradezco, pero no se moleste. Me conformaré con mi suerte, sea cual sea.

—¿Y por qué ha de conformarse? ¿Puedo hacerle una pregunta más?

—Inténtelo. Ya veré si contesto.

—Todos sabemos que Strang corre tras la propaganda como un lebel tras una liebre, pero también sabemos que sus rencores son profundos y no creo que sea capaz de abandonar sus quejas a cambio de un artículo en primera plana.

Linda había recuperado su habitual tono de voz:

—No lo ha hecho, pero ha retrocedido con reconfortante precipitación cuando le he amenazado con un bonito cuadro informativo. Por una parte, la decisión con que se metió debajo de un *jeep*, cuando un avión voló sobre la playa; por otra, el deliberado sacrificio que hubiera hecho del brazo de Manny si Rick no le hubiese salvado de su propia estupidez. Claro está que ninguna de estas cosas hubiera pasado la censura, pero eso no se lo he dicho...

Linda se volvió. Bill tendió instintivamente la mano para sostenerla cuando vio que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Si puedo hacer algo..., de verdad..., para orientar a Rick en su dirección...

—¡Olvídelo! Lamento no haber sabido contenerme...

Apenas hubo pronunciado la última palabra, Linda salió precipitadamente del pabellón de verano sin mirar a Bill. Cuando la portezuela del taxi se cerró tras ella, el comandante todavía estaba mirándola con la boca abierta.

Capítulo XXXVII

Una mantilla a cambio de una capa

Carolyn estaba rodeada de una verdadera marea de fichas y de papeles. Estaba preparando las indicaciones para el boletín nocturno. Cuando llegase Bárbara Beattie para relevarla, se encargaría de hacer las anotaciones correspondientes en el registro de enfermos. En realidad, el trabajo que estaba haciendo no le correspondía, pero sabía que estar ocupada le permitiría esperar con más calma la llegada de Rick.

Por la puerta abierta, que daba al vestíbulo central, Carolyn oía sin darse cuenta un mundo de sonidos franceses, de fragmentos de conversación, de palabras sueltas. Algunas de estas palabras fueron de Rick, que estaba preguntando a la encargada de la información dónde se hallaba la oficina de Carolyn. Ésta las oyó, pero no se dio cuenta de la identidad de quien las pronunciaba hasta que hubieron pasado unos instantes... Fueron entonces los oídos del amor quienes escucharon...

—¿Por qué no estás ya lista para nuestra cita?

Rick estaba frente a ella con una luz de reproche muy bien imitada en el fondo de los ojos. Con su uniforme de paseo, le pareció a Carolyn más alto que la última vez. Bajo el brazo izquierdo llevaba un paquete envuelto en papel oscuro, que constituía una nota incongruente en el elegante conjunto militar.

Ella se incorporó y voló más que corrió a los brazos de su amado.

—¡Cuánto tiempo sin vernos, querido!

—Treinta horas exactas desde que me deseaste buena suerte a la entrada del pabellón de cirugía número tres.

La asió por los hombros y la mantuvo a la distancia que le permitían sus brazos para contemplarla. Luego la abrazó y la besó largamente. Carolyn apartó la cara para señalar con una mueca mimosa la puerta abierta.

—Tanto peor para la señorita de la información —dijo Rick—. Que piense de nosotros lo que quiera, aunque, siendo francesa, está claro que pensará lo peor. ¿Por qué hemos de decirle que somos novios?

Carolyn logró desasirse de su abrazo y fue a cerrar la puerta. Luego volvió a él como una niña obediente para dejarse abrazar y besar de nuevo.

—Quiero saberlo todo, querido. ¿Por qué ha sido la detención? ¿Cómo y por qué se ha arreglado?

—La respuesta a la primera pregunta la sabes tan bien como yo. En cuanto a la segunda, ni el mismo Amos podría contestarme. Parece que Strang ha roto en el último instante el expediente que había preparado contra mí. ¿Por qué? Nadie lo sabe... A menos, tal vez, que esta madrugada haya ido a echar un vistazo al brazo de Manny...

—Entonces ¿has visto al coronel?

Rick sonrió.

—Me ha hablado como un padre. Me ha explicado que he estado a un pelo del tribunal militar, todo ello con unas cuantas indicaciones sobre la manera más adecuada de comportarse con los superiores. Amos puede equivocarse como todo el mundo, pero en este caso tenía el ciento por ciento de razón. Sin embargo, de cien veces que me viera en la misma situación, cien veces obraría igual, sobre todo para conservar entero un tipo como Manny. Los dos sabemos que los dos tenemos razón. Y en ese punto estamos.

Winter cruzó la pequeña oficina y abrió la puerta.

—Concluidas las efusiones, querida, debo recordarte que tú y yo tenemos una cita: África espera para envolverte en un manto bordado de estrellas...

Bárbara tosió discretamente en el umbral y ambos se volvieron a la vez. La recién llegada entró e inmediatamente se puso a ordenar los papeles de la mesa.

—Tiene mucha razón, capitán. Es la única actitud aceptable. Esta noche debe dedicarse a la alegría. Será la última ocasión de hacerlo.

Rick cambió de expresión.

—No me diga que también usted ha recibido la orden de partida.

—Desde las tres de esta tarde. Todas las enfermeras deberán estar preparadas a las cuatro de la madrugada, con uniforme de trabajo. ¡A lo mejor nos vamos de excursión turística al desierto!...

Rick meditó brevemente. No quería darle la mala noticia a Carolyn hasta más tarde, en el momento oportuno. Amos ya le había comunicado durante su entrevista que el 95.º destacamento había recibido orden de unirse a las columnas dirigidas sobre Túnez aún antes de la toma de Argel. Según los rumores circulantes, un grupo de tanques ya había franqueado la frontera, y se llegaba a asegurar que una columna avanzada estaba abriéndose paso hacia el corazón de Bizerta, bajo la protección de los paracaidistas... Se decía... se

decía... Así era la guerra vista por los paisanos, y, en este aspecto, Rick se sentía paisano y militar a la vez, hasta que se acordó de que Carolyn tendría que entrar en acción a su lado. Era algo que también hubiera querido olvidar hasta el último instante. Pero la miró, y la expresión de su cara le dio a comprender que ella acogía la perspectiva con el mismo júbilo que él.

Rick habló de prisa para alejar de su mente cualquier cosa que no tuviese relación con sus proyectos inmediatos:

—Mire las cosas como quiera, teniente Beattie: Carolyn se ha ganado la salida de esta noche.

—*Ave atque vale, Caesar!*, y todo...

Bárbara Beattie había arrumbado varios diplomas antes de decidirse por la carrera de enfermera, y su erudición tuvo la virtud de irritar ligeramente a Rick. Se dijo que las mujeres escogían siempre el momento más inoportuno para hacer ostentación de su cultura.

—Si os place —suspiró llevando a Carolyn hacia la puerta.

—Me gustaría que nos acompañaras, Bárbara —dijo Carolyn.

—¡Pero si pienso ir! Iré a medianoche con el capitán Davis. La concentración general se efectuará en el *Café Anglais*. Acaso no esté usted enterado, capitán Winter, pero será usted el invitado de honor.

—¿Le molestaría repetir lo que ha dicho?

—El comandante Coffin ha hecho sonar el clarín y ha tocado a rebato para celebrar su liberación —expuso plácidamente la enfermera—. Antes y después de las doce, haga lo que le plazca, pero a esa hora no falte. Si no va, el comandante se llevará un disgusto.

Pasada la oficina de recepción, reinaba en el corredor una grata penumbra. Rick hizo girar a Carolyn hasta que su cabeza reposó en el hueco del hombro. Luego acarició con los labios la suave y rubia cabellera.

—Algo me dice —murmuró él— que esta noche voy a darle un disgusto a Bill.

—No sé por qué. Me gustaría mucho ir al *Café Anglais*.

—¿Ha sido Bárbara quien te ha pasado el encargo? —preguntó él, incómodo—. Ese sistema no es el tuyo, cariño, no te sienta bien.

—Ya lo sé. Tal vez sea que me parece peligroso salir sola contigo. Sobre todo, en África.

Rick cedió terreno:

—Quizá tengas razón en eso. ¿Puedo ahora pedirte que vayas a cambiarte y que lo hagas de prisa?

—¿Dónde nos encontraremos?

—Junto a la cama de Manny. Ya ves que yo también puedo ser práctico.

Un enfermero le condujo hasta la sala donde se hallaba Manny. Rick silbó de alegría al verle porque el cabo de Brooklyn estaba incorporado sobre unas almohadas con un ejemplar de la revista *Rire* apoyado en la pierna útil.

—¡Hola, jefe! —saludó jovialmente el herido—. Como resurrección me parece que no está mal, ¿eh?

—¿Es que el jefe de la sala quiere que te suba la tensión por medio de la literatura inmoral?

Manny tiró la revista a un rincón. Con un gesto, señaló el yeso que le aprisionaba el brazo:

—Aunque entendiera el idioma, ¿cómo iba a descarriarme estando como estoy?

Rick se acercó y examinó el enyesado. Ordenó a Manny que moviera los dedos y éste lo hizo sin dificultad.

—Dentro de dos semanas te lo quitarán. ¡Y si no te las arreglas para que te den un largo permiso de convalecencia, te quito los galones!

Manny volvió la cabeza, y su voz, cargada de una emoción que pretendía ocultar, se sofocó contra la almohada:

—Querría saber cómo darle las gracias, jefe. Ya sé que ha sido usted quien me ha salvado el brazo, pero ya me conoce y sabe que mi vocabulario es corto...

Al ver el esfuerzo que estaba haciendo para que no le temblara la voz, Rick le cortó la palabra humorísticamente.

—¿De qué me hubieras servido con un brazo solo?

La apenada expresión de Manny dio paso a una ilusión.

—¿Entonces embarcaremos juntos?

—Esta vez, no. El viejo nos pone en marcha al amanecer.

—¿Hacia el este? ¿Hacia los alemanes?

—Exactamente, Manny, pero en esta ocasión tú no estarás en el baile. Por lo menos en la primera parte. Y ahora quítate de encima esa ropa, que quiero ver el color de la pierna.

Winter se convenció de que no había motivo para temor alguno. La piel presentaba infinidad de lesiones, pero la articulación funcionaba perfectamente y el hueso estaba íntegro... El tratamiento medicinal, junto con una hábil relajación del vendaje compresor, había asegurado el éxito. Rick subió el embozo hasta la barbilla del herido y le dio una sonora palmada en la mejilla.

—¿Por qué serán tan duros de pelar los hombres de Flatbush?

Pero Manny no quería ser consolado.

—Dice que no estaré en la primera parte. ¿Y si tampoco puedo estar en la segunda?

—¡Pues claro que estarás! No tengas miedo, que las cosas no se acabarán tan pronto. O mucho me equivoco, o Hitler se va a agarrar a Túnez con todas las fuerzas que le quedan. Y todavía son muy abundantes, pese a los editoriales que publican los periódicos.

—¡Ah! ¿Ve usted? Eso es peor aún. ¡Suponga que le toca un pepinazo y yo no estoy allí! Me comeré los puños de rabia sentadito junto al aparato de radio...

La voz de Carolyn sonó a la puerta:

—Manny, concédame su confianza. Le prometo que velaré por él.

Manny arrugó la cara en algo que quería ser una sonrisa cortés, y que tuvo más de cortesía que de convencimiento.

—No será como si estuviera yo, ¿sabe, teniente? Pero puesto que usted va con él, para usted es la plaza.

La joven penetró en la sala, graciosa, verdaderamente bella con un traje blanco y la dorada cabellera recogida en un moño. En su mirada brillaba una luz de feliz posesión, luz de posesión que Rick había aprendido a distinguir desde hacía tiempo, y que antaño hubiera constituido una preciosa señal de alarma. Hubiera sido el preludio del adiós, un adiós sin lágrimas a ser posible. Pero acogió con júbilo la mirada y la sencilla sonrisa que la acompañaba. Estaba convencido de que en el revuelto mundo en que se encontraba aquello era la única cosa a la que se podía asir, la única realidad estable sobre la cual cabía proyectar un futuro.

Mas no era el momento de pensar en lo por venir. Por el contrario, se ciñó a lo inmediato y procedió a deshacer el paquete envuelto en papel oscuro que había llevado debajo del brazo.

—Las noches suelen ser frías, incluso en África —dijo—. Creo que esto te irá bien...

«Esto» era un chal español, una preciosa mantilla bordada con hilos de oro que formaban diminutas rosas. La colocó sobre los desnudos hombros de Carolyn al mismo tiempo que le hacía dar una vuelta sobre sí misma.

—Volveré a verte antes de que amanezca, Manny. La teniente y yo tenemos mucho de que hablar y disponemos de poco tiempo.

Ambos salieron de la sala. Al llegar al vestíbulo, Carolyn pirueteó como una niña al salir de la escuela.

—¡Oh, Rick, nunca he tenido nada tan maravilloso!

Rick no quiso revelar su estrategia. No quiso decirle que le regalaba el chal para compensarla de la pérdida de su capa. Había pensado muchas veces si no hubiera sido más efectivo ofrecerle aquella misma capa, y obligar a Carolyn a descubrirse. El corazón le latía violentamente mientras la acompañaba en la oscuridad. Tal vez admitiera Carolyn aquella noche los hechos. ¿Y si no fuese así? Para poner a prueba la esperanza, la tomó entre sus brazos bajo la cúpula de buganvillas. Fue un beso singularmente honesto, al que siguió otro más largo y más apasionado. Rick se preguntó si acaso se limitaba a agradecerle el regalo como una novia buena.

—Rick..., por favor... El *Café Anglais*..., es muy tarde ya...

—¿Y si yo... te quisiese para mí solo, aunque fuese un instante?

—¿Y si yo tuviese miedo de ser... querida así?

—¿Todavía estamos en el todo o nada?

De nuevo la estrechó contra sí, buscando la respuesta en sus dulces y húmedos labios.

—Yo creía que habíamos llegado a un acuerdo, querido.

—También lo creía yo —susurró a su oído—. Pero las noches de Argel no están hechas para acuerdos y tratos.

—Me temo que sea verdad, Rick —respondió ella, respirando agitadamente entre sus brazos. Luego, de pronto, con esa maestría cuyo secreto sólo las mujeres saben, se deslizó, cruzó tranquilamente el portal y abrió la portezuela del taxi parado junto a la acera.

—*Café Anglais, s'il vous plait* —dijo al chófer utilizando el mejor francés Berlitz.

—*Mais oui, monsieur et madame.*

Rick se sentó a su lado sin decir palabra. Después, cuando el coche descendía velozmente por la cuesta que conducía a la ciudad, buscó su mano en la sombra y le besó las puntas de los dedos.

—Has ganado, querida. Pero todavía estoy en posición de ataque. La lucha continúa.

Capítulo XXXVIII

La velada del «Café Anglais»

A la débil luz de sus lámparas, el *Café Anglais* parecía, desde lejos, una tienda en el desierto. Los toldos tendidos sobre las apiñadas mesas estaban tostados por el humo del tabaco de una generación. La entrada daba a una calle fétida donde había otros lugares parecidos, cuando no casas de la más dudosa reputación. Sin embargo, se recibía la sensación de hallarse verdaderamente al aire libre, hasta tal extremo que cuando la orquesta indígena comenzó su melopea, cabía esperar la aparición de los camellos y las palmeras...

Carolyn se removió entre los brazos de Rick al acomodarse en un diván algo apartado de los demás. Hacía ya una hora que estaban allí, sin entrar en el espíritu de la fiesta, a despecho de los raudales de champaña rosado que Bill Coffin había hecho servir. Rick sabía que la tensión se iba adueñando de Carolyn; podía permitirse esperar un poco para dejar que subiera la temperatura. Después de todo, había sido ella quien había querido ir al *Café Anglais*.

El resto de la unidad no parecía conducirse con tanta reticencia. Bárbara Beattie había dado vueltas como un derviche bailando en brazos de su compañero, y ahora se dedicaban ambos a consumir la cuarta botella de champaña. En un diván, Terry Adams enamoraba ardientemente a Gina Cole. Rick contempló al muchacho. Terry había bebido mucho durante toda la noche, mezclando, con temeraria prodigalidad, el champaña y el whisky. La verdad es que se había administrado la mayor cantidad de antídoto posible contra sus debilidades. Ya tendría tiempo de librarse de la resaca en el desierto.

Los proyectores concentraron sus haces de luz en el centro de la plataforma donde hasta poco antes se había bailado. Por contraste, los divanes quedaron sumidos en una oscuridad mayor aún y las parejas se abrazaron estrechamente y se besaron con mayor pasión. Rick salió de su labor observadora cuando Carolyn le ofreció los labios para un beso. También la

magia del lugar ejercía efecto sobre ella, acelerando el ritmo de su sangre aun antes de que comenzara el espectáculo.

—¿Feliz? —preguntó él en voz baja.

—Mucho, pero también tengo un poco de miedo.

Rick la acarició dulcemente.

—Supongo que ese miedo no será de mí... después de tantos días...

—Tal vez sea de mí —rectificó—. En realidad, no tiene nada que ver con nosotros; es... miedo de este sitio... Tiene, positivamente, una especie de aura...

—Sí, un aura que puede cortarse con un cuchillo —confirmó él—. En fin, no quiero decir que sea un aire completamente irrespirable. Es algo disolvente..., primitivo..., malsano.

Carolyn se estrechó contra él saboreando su propio temor.

—Acuérdate de que he hecho cuanto he podido para convencerte de que nos fuéramos a beber el champaña al aire libre...

Un violento delirio de címbalos ahogó sus palabras. Carolyn tomó la mano de Rick mientras el círculo rojo de un reflector recorría la pista de baile, hasta que captó a un indígena pequeño, delgado y oscuro, con un taparrabos, que se puso a retorcerse al compás de la música. Delgado como un hilo, se contorsionaba en sacudidas siguiendo un bárbaro ritmo.

—El derviche bailarín. No te inquietes: no es más que el principio, la obertura del espectáculo.

El supuesto derviche se había lanzado a la exhibición de tal manera que cualquiera hubiera formulado un diagnóstico de epilepsia. Los tambores batían cada vez más de prisa, y las piruetas y contorsiones del flaco individuo eran cada vez más complicadas. Por último, en el punto culminante, en el espasmo de la danza, cayó al suelo en un estado de aparente coma. Otro individuo avanzó hasta la luz del reflector e incorporó a su compañero, sentándolo en el suelo. Los ojos del derviche tenían una mirada lejana y vidriosa. Con gestos enfáticos, su ayudante mostró unos cuantos alfileres y agujas grandes y las fue clavando en las mejillas y los labios del otro, que ni siquiera se movió. Varios espectadores subieron al escenario para examinar el «trabajo». No cabía duda: había agujas y alfileres verdaderamente clavados en la carne. El número acabó cuando retiraron al derviche, sin salir del trance y moviéndose como un autómatas.

Le siguió un encantador de serpientes. A los extraños acentos de su flauta, una enorme cobra se elevó por la boca de un cestillo y balanceó su amenazadora cabeza a corta distancia de la cara de su dueño. Carolyn seguía

el espectáculo absorta; los demás también estaban atentos y como fascinados. Rick sonrió y se recostó, encendiendo un cigarrillo. Había visto aquello una docena de veces en diversos sitios y se sabía de memoria hasta el último detalle del ritual. Podía haber deshecho el interés de sus amigos diciéndoles que la serpiente había sido privada de sus glándulas venenosas desde hacía mucho tiempo, y que la cobra no obedecía a la música sino al movimiento de la flauta. Pero hubiera sido injusto frustrar así su sorprendido escalofrío...

El encantador apartó la flauta de los labios, tapó la cesta y se marchó corriendo antes de que los aplausos hubiesen acabado. Carolyn tendió a Rick una mano húmeda.

—Creo que ahora no me impresionaría ya nada —dijo, mientras los tambores iniciaban un frenético redoble.

—No lo digas todavía. Espera a que veas el motivo que nos ha traído aquí.

—¿Las *Uled-Nail*?

—La única cosa digna de ser vista.

Una joven surgió de la oscuridad, como una mancha ondulante, hasta el centro de la iluminada pista. En cuanto apareció los tambores disminuyeron su crepitación hasta reducir el sonido a una especie de murmullo.

La bailarina iba con los pies descalzos. Una docena de ajorcas tintineaban en sus tobillos. El público masculino expuso un audible desencanto cuando comprobó que iba cubierta con amplios velos de diversos colores que, prácticamente, la tapaban hasta los ojos.

La palpitación de los tambores se hizo más profunda aunque no se aceleró su ritmo. Erguida en el centro de la pista, la danzarina comenzó a ondular ligeramente, con los brazos levantados en ánfora sobre la cabeza y los dedos retorciéndose en increíbles movimientos de serpiente. Tales movimientos fueron descendiendo gradualmente, primero a lo largo de los brazos y luego hasta los hombros. El monótono fondo musical se elevó para permanecer en una larga melopea insistente, coincidiendo con la llegada de las ondulaciones a la altura del busto.

—¡Pero si esto es nuestro viejo *burlesque*! —comentó Barbara Beattie.

Pero Bárbara Beattie se equivocaba. Era algo más que eso. La danza que contemplaban era todo un arte sutil y perverso. Cada músculo animaba el músculo siguiente, y cada uno de ellos tenía un movimiento propio puesto al servicio del conjunto de la danza. En menos de un minuto, el cuerpo entero vibró, instrumento tan perfectamente afinado que respondía a la más insignificante indicación de los tambores.

Durante unos momentos siguió bailando así, y, al cambiar el ritmo musical, cambió también el ritmo de su movimiento, hasta llegar a la danza, a la danza del vientre propiamente dicha.

Rick salió del encantamiento con un sobresalto de culpabilidad. Hacía algún tiempo que Carolyn había apartado la mano de la suya. Había visto que ella estaba, como los demás, fijamente atraída por el bárbaro exotismo de la danza. Y cuando volvió la cabeza para presentar sus excusas, Carolyn había desaparecido. Un obsequioso camarero acudió a su llamada.

—¿Dónde está la señorita que me acompañaba? ¿La ha visto?

—Se ha ido, capitán.

—¿Durante la representación?

—Creo que sí.

Rick puso un billete de cien francos en la palma del camarero y se fue a toda prisa sin mirar atrás. Acababa de saltar a la pista un enorme negro de dos metros de alto seguido de su compañera. Se trataba de un número que había visto ya varias veces en diversos rincones del mundo... Rick se alegró de que Carolyn se hubiera ido antes de verlo.

La encontró encogida en un rincón del taxi. Cuando él se sentó a su lado, ella sacó la polvera y se esforzó en empolvase la nariz aparentando la mayor naturalidad.

—Soy una tonta, querido, ¿verdad? Pero no he podido... esperar... al final... de la...

Rick la besó y cerró la portezuela. El coche arrancó y salió de la tenebrosa callejuela en dirección al bulevar.

—¿Verdad que es un poco fuerte para una chica de Iowa?

—No insistas, por favor.

—Seguro que no. Seré un perfecto caballero de escolta y te proporcionaré el mejor remedio. Por lo menos, así lo espero. —Luego dijo al chófer—: A la calle N’Fissa.

Carolyn apoyó la cabeza en el hombro de Rick.

—La próxima vez te haré caso, Rick.

—Acaso no haya próxima vez en Argel, pero de todas formas vale la pena que empieces a creerme y a obedecerme.

—¿No deberíamos volver al hospital? Quiero decir que yo...

—No. Mil veces no.

—Pero mañana, nosotros...

—La guerra no tiene mañana. Nuestro pasado acaba con el alba.

—Eso es lo que me angustia —dijo ella mirándole con los ojos húmedos.

—¿Y por eso no has querido ver las últimas contorsiones de la hurí?

Carolyn respiró profundamente el fresco aire de la noche.

—No adoptes ese aire de viejo sultán. Ni siquiera es decente...

Rick se rió quedamente mientras ella hacía lo mismo con la cara hundida en su hombro.

—Podemos recorrer el camino poco a poco, Carolyn. Debes pensar que Iowa tiene que ponerse a la altura de África.

—¡Eres abominable! ¡Eres horroroso!

Y Carolyn se acurrucó mimosamente junto a él.

Capítulo XXXIX

La noche en el Gran Hotel

Rick guardó silencio hasta que el taxi se detuvo cerca de una puerta enrejada, en una angosta calle. Apenas había más luz que la de las estrellas, pero la oscuridad no era amenazadora. Tras las rejas alzaban sus siluetas varios árboles, recortadas sobre el fondo del cielo.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella.

Rick saltó del taxi.

—En el cementerio Ben Ali. —Y al ver que Carolyn dudaba un instante antes de pisar el estribo, añadió—: ¿No te gustaría pasear un poco?

Carolyn se le unió en la acera.

—¿Es el antídoto anunciado?

Sin contestar, Rick pasó el brazo alrededor de su cintura y, muy juntos, descendieron por el sendero que conducía al pequeño cementerio, el cual, pese a la hora, no presentaba aspecto fantasmal alguno; más bien era un tranquilo islote verde, un santuario profundamente incrustado entre las piedras de la ciudad misma, un ideal lugar de cita para enamorados, pero no para espectros.

Al dar la vuelta a un sendero que millares de personas habían pisado antes que ellos, Rick se detuvo. Ante ellos había dos tumbas juntas, dos tumbas cubiertas con lápidas idénticas.

—A este jardín se le suele llamar —explicó Rick— el cementerio de las princesas. ¿Sabes por qué?

Carolyn bajó los ojos hacia los sepulcros gemelos.

—¿Están enterradas ahí?

—Desde hace muchos siglos. Vivieron felices hasta que un día conocieron y amaron a un príncipe que, amándolas también, no podía desposarlas. Porque era mahometano, y el Corán es inflexible en este punto: todas las mujeres que quieras, mientras no sean de la misma familia. No hay transigencia posible.

—Pero una de ellas podía casarse con el príncipe...

—¿Y dejar a la otra sola y triste? No hubiera podido haber felicidad para el matrimonio. Adoptaron la única solución que les pareció satisfactoria, y se

suicidaron. Y aquí fueron enterradas, la una al lado de la otra, como habían vivido.

Carolyn se apretó estrechamente contra el brazo de Rick.

—¡Qué lástima! Lástima que no siga habiendo... hoy... la misma falta de egoísmo...

—De acuerdo con nuestra leyes, sería poco práctico.

La guió hasta un banco, situado bajo las retorcidas ramas de una higuera. Sus sombras se fundieron en la pálida claridad tamizada por las hojas.

Rick recitó:

*...p or waking, is it? For her neck,
...d over-close, wears yet a purple speck,
...rein the pained blood falters and goes out.
...and stung softly,
...er for a fleck...^[31]*

—¿De quién es eso, Rick?

—De Swinburne —murmuró él—. ¿Te gustaría oír algunos versos de Browning?

Carolyn no se dio por aludida, ni siquiera se movió, aunque a Rick le pareció observar que se había acelerado ligeramente el ritmo de su respiración. Una voz interior se elevaba en él, clamando su anhelo, el anhelo de que ella se desprendiera de una vez de su máscara, de que reconociera su inolvidable actitud de la noche del bombardeo y se abrazase a él ahora, cuando también, como aquella noche, estaban amenazados ambos por mil peligros insospechados.

Con los ojos clavados en las tumbas de las princesas, Carolyn dijo dulcemente:

—No tienes necesidad de tomar a la poesía de cómplice.

Tras unos minutos de silencio, ella agregó:

—Me pregunto por qué me has traído aquí. No tengo nada de romántica.

—¡Tonterías! Has estado reaccionando de la manera mas romántica.

—Pues la verdad es que...

—Mira esta vieja higuera, por ejemplo. Tu Baedeker te dirá que estos árboles llegaron a África con los turcos. ¿No es conmovedor y sedante a la vez pensar que este árbol, o su abuelo, ya derramaba sombra sobre esas tumbas cuando tus abuelos, o los tatarabuelos de tus abuelos, se alistaban en

la primera cruzada contra los infieles y partían a defender la Cruz en la tierra donde crecen las higueras?

Ella ofreció sus labios en un beso y él dejó morir la frase. Cuando él le devolvió la libertad, ella habló, acompañando las palabras con una risita:

—¿Es así como haces siempre la corte?

—¡Nunca! —declaró Rick con solemnidad—. He comprendido que tú necesitas un tratamiento especial.

—Me preguntaba por qué me habías traído hasta aquí, y creo que ahora empiezo a comprender.

—No tardarás en comprenderlo por completo. Cuando uno se siente perplejo, cuando no sabe qué decisión tomar, nada más tranquilizador, nada que aplaque más que un cementerio, sobre todo si es un cementerio viejo como éste...

Carolyn se echó a reír jovialmente.

—Debes de ser adivino, Rick. Tanto si lo crees como si no, fue en un cementerio donde recibí el primer beso.

Incluso a la tenue claridad de las estrellas, Rick vio que se sonrojaba. Carolyn siguió hablando:

—Fue en el cementerio protestante de Cedar Falls, en Iowa. Si quieres saber más, te diré que estábamos sentados en la tumba de un senador.

—No me digas el nombre. Ya me siento bastante celoso sin eso.

—No podría decírtelo, porque hace mucho tiempo que lo olvidé.

—Ninguna mujer olvida el nombre del hombre que le dio el primer beso.

—Pues yo lo he olvidado —dijo seriamente Carolyn—. Y hablando de otra cosa, te diré que ya he llegado a una decisión sobre... sobre nosotros dos... ¿O tenías el proyecto de raptarme, Rick? —Ella puso rápidamente un dedo sobre los labios de él—. No contestes. No me digas nada, seré yo quien vaya...

Rick se levantó del banco y se apoyó en el tronco de la higuera. No dejaba de ser raro encontrarse tan tranquilo, en tan sólido equilibrio, ahora que se sentía seguro de ella y de su amor.

Sin hablar encendió un cigarrillo y lo puso entre los labios de ella.

—Mira antes de saltar, Carolyn.

—Ya he mirado. Mucho tiempo y de muy cerca. ¿Es preciso hablar tanto?

Deslizando una mano por debajo de cada codo, Rick la levantó del banco. La brasa del cigarrillo humeaba entre los labios de Carolyn cuando Rick la miró cara a cara, con un vago aire de desafío en la mirada. Parecía estar jugando a conquistadora. Pero él ya estaba conquistado. Y se lo probaría.

—¿Cómo voy a besarte si te pones a interpretar el papel de Mata-Hari?

El cigarrillo se apagó en la hierba, entre ambos. Fue un largo y tierno abrazo. Luego Rick la llevó del brazo a lo largo del sendero hasta el portal, animado decididamente por un indefinible impulso...

Al llegar al taxi dio un puntapié al guardabarras para despertar al taxista.

—*Eveillez-vous, mon brave. Allez vite au Hôpital.*

Cuando el taxi emprendió la marcha, ella se volvió para besar a Rick, muy dulcemente.

—¿Me vuelves... me vuelves a llevar a casa...?

—Me alegro de que sepas el suficiente francés para haberlo comprendido.

La dejó llorar suavemente sobre su hombro mientras el coche tomaba la carretera de Lorette a toda marcha. Mucho antes de que llegaran al hospital, Rick supo que Carolyn había reencontrado su sonrisa. En lo que concernía a Carolyn Rycroft, se retiraba aquella noche con honores de guerra. Le había dado una prueba de amor que ella podía comprender.

—¿Una copa, capitán? ¿O dos?

—Con una bastará.

El *maître d'hôtel* estaba orgulloso de su inglés. Sin embargo, dudó brevemente, eligiendo las palabras para su siguiente pregunta:

—¿No ha encargado el capitán cena para dos?

—Anule el encargo. Tráigame sólo vino. Me bastará.

Se sentó a una mesa, en la terraza del jardín, debajo de la pista de baile y de la iluminada animación del salón superior, centro de una alegre noche militar. Habría más de una docena de grupos a los que Rick hubiera podido agregarse con la seguridad de ser bien recibido, pero ni siquiera se le ocurrió, y, mientras el camarero le servía el vino, Rick contemplaba el mantel sin verlo. Sabía perfectamente que debía irse a su habitación y acostarse para descansar con vistas a la jornada, probablemente dura, que les esperaba. Se dijo que en aquellos momentos Carolyn estaría ya durmiendo en el pabellón de las enfermeras, y que al día siguiente habría recobrado todo su aplomo, el propio de Carolyn, porque ella era Carolyn y no la mujer de ensueño que él había imaginado en su soledad...

Y por eso, porque era Carolyn, no lamentaba el impulso que le había guiado en el cementerio y que le había conducido a quedarse solo. Carolyn se le había ofrecido, es verdad, porque le amaba, pero él sabía que al día siguiente ella se hubiera arrepentido. Estaba tan seguro de eso como de que

ella le amaría mucho más, precisamente por haber obrado como lo había hecho... En la noche del bombardeo mediaron circunstancias excepcionales. En Argel hubiera sido muy diferente, pese a las tentaciones del romántico ambiente.

De sus tiempos de Universidad le llegó el recuerdo de una cita filosófica de Jurgén: «Nada tan desagradable como el recuerdo de una tentación a la que se ha resistido». No obstante, se alegraba de su buena acción. Estaba satisfecho por no haber llevado al hotel a Carolyn para compartir la cena encargada por la tarde. Se preguntó vanamente si el camarero habría dejado a la puerta el trípode con el cubo de champaña. Con toda seguridad que la vista del plateado recipiente con la botella envuelta en hielo hubiera sorprendido a Carolyn más que nada. Por lo demás, Rick admitió sin dificultades que la querida mujercita se asombraba con facilidad, pese a su valor profesional.

De cualquier manera, era el prometido de Carolyn Rycroft, y una vez concluida la guerra disfrutarían de su luna de miel, tan legal y oficial como pudiera desearse. Se trataba de unos acontecimientos futuros que quería contemplar con calma. Pertenecía completamente a Carolyn, y su actitud de caballero andante había sellado su unión con más solidez que la pasión. ¿Lamentaba haberse comportado así? Era una pregunta a la que debía contestar con toda sinceridad. Y para hacerlo necesitaría otra botella.

Había llegado a esta conclusión cuando una sombra se posó sobre el mantel. El camarero llegaba oportunamente. Winter alzó los ojos para hacer el encargo y se encontró con Linda Adams, una Linda auténticamente patricia, con un bello traje color de vino de Burdeos, de amplio escote, sin hombros, y airoso vuelo en la falda. En su admirable peinado debían de haber intervenido las más hábiles manos francesas de Argel. Durante un interminable minuto ambos se estuvieron mirando con los ojos muy abiertos, como si fuese la primera vez que se encontraban. Al incorporarse, Rick se dio cuenta de que el suelo empezaba a vacilar bajo sus pies. También se dio cuenta de otra cosa. Él ya sabía que ella era guapa, pero acababa de descubrir que, además, era terriblemente seductora.

—¿Quiere acompañarme a tomar una copa de champaña?

—Gracias, Rick, están bajando mi equipaje; le he visto desde la oficina de recepción y he salido para decirle adiós.

—¿Adiós?

—Por el momento, al menos. Me voy en avión a Casablanca ahora mismo. No dispongo ni de tiempo para cambiarme de traje...

—Vuelva a decírmelo lentamente.

—Sólo dispongo de cinco minutos. No puedo hablar lentamente. ¿Querría usted bailar... conmigo?

Rick la tomó de la mano, subieron a la pista de baile y se enlazaron. La orquesta estaba tocando *Sangre vienesa*, precisamente el mismo vals que había acompañado su primer baile en Inglaterra... Rick creyó comprender.

—¡Tocan *Sangre vienesa*! Es curioso que hayan ido a escoger el *mismo* vals... ¿No es cierto?

Mientras bailaban, Rick evocó la flexible suavidad con que Linda le había seguido en todas sus evoluciones allí, en Inglaterra, la misma flexible suavidad de ahora, a pesar de la contenida tensión existente entre ambos. Volvió a la realidad al oír la voz de Linda:

—... Esta música me ha hecho pensar en usted... Le vi ahí abajo... solo..., salí a su encuentro... y aquí estamos... —Se rió con la mejilla junto a la de Rick—. ¿Se acuerda de cómo reñimos aquella noche en Inglaterra?

—Espero que no riñamos hoy. ¿Qué tal ha ido su emisión de radio?

—Bien. Demasiado bien. Por eso tengo que ir a Casablanca. Ahora que Argel ha caído, quieren otra emisión desde la emisora de allí. Hace seis horas que mi periódico ha convencido a los capitostes de Washington, y debo ir a otras tierras. Esta época que vivimos es literalmente mágica, a condición de no quejarse si nos pone en algún compromiso...

Rick vio que Linda se limitaba a exponer unos hechos sin pizca de vanidad. En efecto, era una corresponsal de guerra muy solicitada; conocía a fondo su oficio, no sólo por vocación, sino por práctica; había hecho cuanto un corresponsal puede hacer y para ella subir a un bombardero a medianoche era algo tan natural como lo es para un ciudadano tomar el tranvía. Y si era así, ¿por qué Rick sentía los precipitados latidos de su corazón, qué podía agitar a Linda mientras bailaban a los últimos acordes del vals?

La orquesta atacó inmediatamente algo que quería ser un *boogie*. En un abrir y cerrar de ojos la pista se llenó de parejas de uniforme. Linda se recogió la falda con una mano y con la otra tomó del brazo a Rick, quien preguntó:

—¿Se han agotado nuestros cinco minutos?

—Todavía no, si podemos alejarnos del ruido. Aún tengo varias cosas que decirle.

Rick se dejó llevar a través del vestíbulo hasta una curva de la rampa que abría paso a los automóviles por el jardín. Un coche del Estado Mayor pasó repleto de uniformes con tres estrellas. Luego se hizo el silencio, arrullado por la lejana música. Frente a la puerta de entrada Rick vio parado un taxi, en cuya baca se encontraban las maletas y la máquina de escribir de Linda. Se

encaminó hacia el vehículo con intención de despedirla allí, pero Linda le detuvo con un gesto, llevándole fuera de la rampa.

—No me crea completamente loca —dijo—. Tan sólo quería darle mi mejor adiós.

Rick no supo nunca cómo llegó ella a sus brazos. Durante un increíble momento, Linda permaneció estrechamente unida a él. Después se apartó, con estudiada calma, tan sólo traicionada por la luz de sus ojos.

—Gracias por la colaboración.

Por una vez, Rick se encontró sin palabras.

—Linda, si yo nunca...

—Evidentemente, nunca. ¿Por qué hubiera tenido yo que admitir que me había enamorado de ti... antes de estar segura?

—¡Linda!

—No digas ahora ni una palabra. Ni siquiera me digas que estoy loca. En lo sucesivo, seré prudente. Debo irme ya...

Rick la aferró por ambos brazos y la atrajo de nuevo hacia él.

—¿Cuánto tiempo hace que me...?

Linda le miró con sus ojos clavados en los de él.

—¡Cuánto te gustaría saberlo!...

Todavía creía estar viéndola ante sí, alucinado, pero ya el taxi se había puesto en marcha. Su espíritu tanteaba en busca de un sentido que no acababa de aprehender, y cuando entró en el vestíbulo seguía con la mirada extraviada, como si quisiese guardar intacta, sin que ninguna otra imagen viniera a descomponerla, la magia de su descubrimiento.

Pero... no estaba completamente seguro de lo que había descubierto...

Capítulo XL

Respuestas aplazadas

Las últimas notas del clarín se fundieron en el azul del crepúsculo. Rick, en posición de saludo, se esforzaba por no cerrar los ojos mientras daba gracias a Dios por la fatiga y el sueño que le penetraban como una lenta corriente ininterrumpida. Por lo menos, aquella noche lograría dormir. Con este anhelo había trabajado hasta el agotamiento toda la tarde, bajo un calor tremendo. El campamento y su personal estaban ya preparados para cualquier requerimiento. Ninguna urgencia les cogería desprevenidos.

Durante tres días habían vivido sin quitarse las botas, recorriendo caminos de cabras, demasiado abruptos incluso para los *jeeps*, azotados por tempestades de arena de las que salían con los ojos y los pulmones secos, abrasados. Los pueblos, calcinados por el sol, parecían disolverse en impalpables halos. Bougie, Philippeville, Bône, no eran más que nombres garrapateados sobre flechas de madera junto a los caminos y en los cruces. Sus blancas casas parecían penosos espejismos lejanos...

La columna de carros de combate que esperaba en la encrucijada fue mucho más real. Como lo fueron el acento de Oxford del oficial británico que transmitió las instrucciones a Amos y las entusiastas y reconfortantes aclamaciones de los *tommies* al orientarse los *jeeps* hacia la carretera del sur...

Después marcharon sin cesar, masticando a duras penas el rancho frío que procuraban tragar con ayuda de sorbos de agua impregnada de sabor a cloro. La falta de tiempo les había impedido detenerse para encender las cocinas de campaña, porque las columnas volantes que les precedían tiraban de ellos hacia delante, sobre la frontera de Túnez. Las desiertas dunas habían cedido el paso a vastas extensiones alcalinas, reseca por un sol implacable. Más tarde, gradualmente, el desierto de álcali se fue mezclando con lenguas de tierra verdeantes, las cuales, al fin, se adueñaron de todo el horizonte. Colinas redondas y valles donde brillaban los ríos y arroyos; pequeñas granjas y tortuosas carreteras de asfalto; tras su extenuante periplo, aquella tierra fértil y

apacible parecía también un espejismo; sin embargo, estaba destinada a soportar de un momento a otro las más trágicas realidades de las batallas.

Habían acampado en un abrigado valle, en medio de un bosquecillo desde el que se divisaban, en una loma cercana, las paredes ennegrecidas de una casa de campo quemada. Hacia el este, el valle se extendía en una llanura sin límites visibles, tan vacía a simple vista como la propia luna. No obstante, desde las ruinas de la granja de la loma, aquella misma tarde había visto Amos Blaine una columna de tanques británicos avanzando a través del campo de sus prismáticos.

Ahora que el factor sorpresa había desaparecido, era casi inevitable que las columnas volantes encontraran tropiezos. Los rumores ya decían que la jabalina angloamericana lanzada contra Túnez había rebotado en las defensas del adversario. La verdad sobre este punto la sabrían antes de la mañana, cuando llegase el primer verdadero convoy de heridos.

El coronel Granby había elegido en el mapa el lugar donde se encontraban para establecer el hospital de campaña, y la elección de Granby fue acertada. Las elevaciones montañosas circundantes protegerían en gran medida de los cañones si los alemanes lograsen atacar las columnas aliadas por los flancos, y el emplazamiento estaba próximo a la carretera del valle, evidentemente la principal arteria de evacuación.

En el curso de las últimas horas se habían montado las tiendas y se había distribuido el material. Cuando la bandera hubo descendido lentamente a lo largo del mástil hasta caer en brazos del oficial de servicio, Rick dejó de saludar y derramó la mirada por la geométrica instalación del campamento. Delante de él se hallaban las tiendas de la oficialidad; a su izquierda, el personal médico administrativo; a su derecha, las tiendas de las enfermeras.

Winter sabía que, a aquella hora, Terry Adams estaría trabajando en la tienda destinada para almacén, junto al mástil de la bandera. Estaría preparando las fichas y los estadillos, con vistas a la llegada de los primeros heridos, porque era esencial que el traslado desde el campo de batalla hasta el hospital se efectuase sin cambios de camilla. Cada etapa de la línea sanitaria (y el hospital de campaña era la más importante) debía entregar a la anterior tantas camillas y mantas limpias como hubiera recibido con las remesas de heridos, manteniendo así un vaivén de elementos que exigía el mayor orden, una rigurosa contabilidad en cuyo centro estaba Terry.

Al otro lado del estrecho sendero que contorneaba el pequeño mundo de lona, se alzaban quince tiendas más. Había dos salas de hospitalización de veinte camas cada una; una de admisión, donde los heridos serían distribuidos

según la naturaleza de sus lesiones y donde se procedería al relleno de las fichas correspondientes; otra de higiene, con baños, duchas y ropero; otra para la cura de las heridas de poca importancia, y, en general, para todas las intervenciones de cirugía menor; desde la tienda de admisión se pasaba a las del antequirófano, laboratorio, farmacia y secciones de especialidades. Completaban el conjunto la tienda de rayos X, la de operaciones, con dos mesas, dos tiendas de aislamientos para los efectos de *shock* y una para las fracturas.

Los soldados sanitarios ocupaban varias grandes tiendas en torno a una cocina de campaña.

El todo constituía una ciudad en miniatura, completa hasta el más insignificante detalle, perfectamente ordenada y práctica.

Para empezar a vivir tan sólo esperaba la llegada de las víctimas de la batalla.

También se había aislado una amplia zona de terreno con vistas al establecimiento inmediato, si hubiese necesidad, de ampliar la capacidad actual del hospital.

Más lejos, apoyados en la falda de una loma, se almacenaban las reservas de víveres y de material, cubiertas de hule caqui, al igual que los *jeeps* y camiones.

Los hombres formaban en fila ante la cocina, platos en mano. Rick sonrió cuando el olor del guisado de carne le llegó hasta las narices. Después de tres días de raciones frías, los soldados estarían contentos de poder comer algo caliente, aunque sólo fuese el contenido de latas depositadas en un inmenso perol. También él se alegraba de antemano.

El oficial de guardia había acabado de doblar cuidadosamente la bandera. Luego se la puso bajo el brazo y saludó con precisión. Rick le devolvió el saludo y la guardia dio media vuelta, camino del cuartel general. La ceremonia que daba al campamento su personalidad había concluido. Ahora ya el hambriento capitán podía ir en busca de su escudilla y colocarse en la fila de la cocina...

Bill Coffin y Carolyn le hicieron con la mano un signo amistoso al verle acercarse para ocupar su puesto en la cola. Carolyn vestía pantalón y suéter, y se cubría con un abrigo verde oliva. Durante toda la tarde la temperatura había sido abrasadora literalmente, pero con el crepúsculo llegaba un fresco que muy pronto sería frío, el intenso frío de la noche africana. Rick se

preguntó qué tal pasaría la noche Carolyn, al cobijo de la frágil tienda que compartía con tres enfermeras más, pero había llegado ya ante el furriel y tendió su plato para que se lo llenara, dejando la contestación para momento más oportuno.

Le sirvieron una generosa ración de guisado y le llenaron de café el vaso de aluminio. Rick se lo bebió de un trago y volvió a presentar el recipiente vacío. El caliente líquido le había procurado el estimulante que necesitaba. Sentíase capaz de ver cara a cara a Carolyn, con la sola condición de apartar los sentimientos a una prudente distancia, por lo menos la distancia del brazo extendido.

Estaba sentada en un montón de leña, en el centro de un jovial grupo. Varios oficiales, abrumados de fatiga, se habían tendido en la hierba. Toda apariencia de decoro formal se había desvanecido, empujado por el cansancio del penoso viaje realizado desde Argel.

—¿Cansada?

Los ojos de Carolyn brillaban, con un punto de fiebre, en su rostro apagado.

—¡Cuando pienso que esta noche dormiré en una cama!...

—Encontrarás una sorpresa encima de tu cama —dijo él—. Te hará falta cuando llegue la madrugada.

Ella se sonrojó ligeramente y fingió dedicar toda su atención al guisado que llenaba su plato.

—Ya lo he visto —respondió—. Pero lo necesitas también tú.

Rick se obligó a sonreír.

—Lo malo es que mi nombre está inscrito en todo lo que me pertenece, incluso mi saco-colchoneta. ¿Crees que dará motivo a habladurías?

Carolyn se ruborizó intensamente.

—Ya las ha habido. Si hubieras oído lo que ha dicho Bárbara...

—Bárbara es una mujer perversa. No hay que hacerle caso. En definitiva, lo único que realmente me importa es que estés abrigada.

En la penumbra, la mano de Carolyn buscó la suya. Sin demasiada convicción, él le devolvió la dulce presión.

—Gracias, Rick. Lo utilizaré esta noche sin preocuparme de lo que digan.

Hacia los confines del valle retumbó el trueno. Un trueno fabricado por la mano del hombre, cuyo eco había llegado incesantemente hasta ellos durante toda la tarde. Las baterías alemanas contestaban en la llanura. La discusión se mantenía lejos de donde ellos se hallaban. La unidad estaba preparada para cualquier contingencia, incluso para evacuar la posición si los disparos se

acercaban demasiado. Fuese como fuese, Rick se dijo que lo mejor sería dejar de darle vuelta a la cabeza y esperar a que Amos regresase de su excursión hacia las líneas de combate.

De pronto cayó en la cuenta de que la experiencia era nueva para Carolyn y pasó un brazo por sus hombros.

—¡Tranquilízate! No son más que patrullas que se han puesto nerviosas.

«Puede tratarse del principio de un contraataque —continuó diciéndose interiormente—. De todas maneras, lo más probable es que mañana tengas trabajo».

Se incorporó animosamente.

—¡A la cama, jovencita! Acuérdate de que pertenecemos al servicio de urgencia. Hay que hacer acopio de sueño.

El retumbar de los cañones se intensificó y ella se estrechó contra él. Hacia el este se divisaban los estallidos como fugaces luminarias en la cresta de las montañas.

—Buenas noches, querido —murmuró Carolyn.

Su proximidad constituía una invitación a la que no podía dejar de hacer caso: la besó. Después de todo era su novia...

La contempló mientras se alejaba hacia las tiendas de las enfermeras. Literalmente deshecho por el cansancio, no esperaba que su beso de despedida hubiera sido convincente. Carolyn se había refugiado en sus brazos con total confianza. ¿Por qué no había experimentado más emoción que una vaga piedad?

Era una pregunta cuya respuesta debía aplazar hasta el día siguiente, siempre que la batalla le dejase tiempo suficiente para la introspección.

Capítulo XLI

De hombres medio muertos, hacer hombres vivos

Hubiera jurado que acababa de poner la cabeza en la almohada, pero su reloj de pulsera marcaba las tres de la madrugada. Arrancado del sueño por un ruido desacostumbrado, se incorporó con todos los sentidos alerta. El sonido se acercaba: era el ruido de un motor de automóvil en pleno esfuerzo. Probablemente sería una ambulancia que escalaba la acentuada pendiente que llevaba al campamento.

El cielo estaba cubierto de brillantes estrellas. Muy pronto quedaron alineadas varias ambulancias ante la tienda de admisión. Entre las tiendas de los sanitarios se alzó el estridente chillido de un clarín, pero no era necesario porque ya los hombres acudían a la plazoleta central, desvelados, como lo había sido Rick, por el aviso de un sexto sentido que había actuado incluso antes de que sus oídos hubieran percibido el ruido de los motores.

Se abotonó la camisa, estremeciéndose de frío, mientras corría hacia las ambulancias, de las que no cesaban de salir camillas. Un segundo después de Rick entró en la tienda Randall Strang, quien saludó brevemente pero con la máxima corrección. Pese a los tres días de abrumador viaje, su aspecto era perfecto. Su uniforme lucía, limpio y planchado, como si hubiera acabado de salir de manos del sastre.

—Yo despacharé las cosas aquí, Winter. Usted ponga a punto su equipo.

Rick tragó saliva y, con ella, una especie de bola que se le había formado en la garganta. Se acordó de una conversación íntima sostenida con Amos Blaine poco antes de que la unidad saliera de Argel. Se había librado por un pelo del Tribunal Militar y la verdad es que hubiera sido disparatado provocar a Strang sin motivo.

—Como guste, señor.

Salió de la tienda de recepción sin entretenerse en saludar y se fue a la del quirófano, que ya estaba iluminada y había sido cubierta por lienzos para asegurarse también el oscurecimiento exterior. Con cierta indefinible irritación vio que Carolyn se había lavado y cepillado, dispuesta para el trabajo. Hal Davis le saludó, informándole de que la sala estaba a punto. Se

subió las mangas de la camisa, se lavó las manos cuidadosamente y tendió luego los brazos para que le pusieran una blusa esterilizada. Sólo entonces sintió que se desvanecía su somnolencia.

—¡Bien, amigos! ¿Dónde está nuestro primer cliente?

El primer paciente estaba blanco como el yeso, pero aún era capaz de sonreír. Rick se inclinó hacia él sonriendo también, y, mientras hacía unas preguntas al herido, Dean, que había leído la indicación formulada por Strang en la ficha adosada a la camilla, llenaba una jeringa con pentotal sódico.

—¿Cómo te ha ocurrido, chico?

—Al salir de patrulla, capitán.

Los labios del infeliz estaban exangües, pero sus ojos encontraron los de Carolyn y la sonrisa afloró de nuevo.

—Lamento hablar así delante de una dama, pero los alemanes me han arrancado las plumas de la cola.

Dejó de hablar, con un breve estremecimiento, cuando la aguja de la inyección perforó la piel.

—Cuenta de uno a ciento —le ordenó Dean.

El herido obedeció con un tono de voz adormilado, como si él mismo anticipara el efecto del anestésico. Al cabo de poco, las palabras se confundieron hasta dar paso a un ligero ronquido. A una señal de Dean, dos enfermeros le desnudaron, cortando de arriba abajo las perneras del pantalón. Rick examinó la herida: era un desgarrón irregular exactamente encima de los glúteos, como si la metralla le hubiera arrancado la carne y continuado Juego su trayectoria. El hueso de la cadera estaba al descubierto, aunque intacto.

Una vez lavada la zona herida, Rick se dispuso a intervenir. Debía seguir la técnica aplicada por él mismo cien veces en la línea de fuego. Mientras procedía a extirpar los tejidos inservibles, la imagen clínica del caso se perfilaba en su mente con tanta claridad como si tuviera delante el texto. Sabía perfectamente que todo músculo herido debe reunir tres condiciones antes de dejarlo de lado: debe presentar a los ojos del cirujano un aspecto sano, debe contraerse al cortársele y debe sangrar. Cuando no responde a estas tres condiciones debe ser considerado como medio de cultivo para los gérmenes de la fatal gangrena gaseosa.

Incrustado en el fondo de la herida había un pedazo de metal, una esquirla de metralla. Rick lo extrajo hábilmente y procedió a sondar todas las anfractuosidades para asegurarse de que no quedaba residuo alguno. Más tarde espolvorearía el todo con sulfanilamida, medida que estaba a la orden

del día, pero ninguna terapéutica sería tan eficaz como la de suprimir los tejidos muertos o en precario estado.

Concluida la operación de limpieza, derramó polvo de sulfamida y llenó la cavidad de la herida con gasa vaselinada.

En la ojeada vio a Bill Coffin y Hal Davis trabajando en sendas mesas, mientras una cuarta camilla esperaba su turno cerca de la puerta. Su paciente estaba listo. Habría que reconocerle la articulación de la cadera y los huesos de la pierna, en previsión de alguna fractura o fisura, pero de eso se encargarían en la sección correspondiente.

—Llévenle a ortopedia para que le echen un vistazo.

Apenas los enfermeros lo hubieron retirado, Carolyn y un sanitario pusieron una nueva funda esterilizada a la mesa, tras un lavado previo.

—¿Cuándo podremos tratar al siguiente?

—Dentro de cinco minutos, doctor.

La voz de Carolyn sonaba con calma y precisión. La rubia enfermera volvía a ser el mecanismo perfecto, tan completamente absorbida por el trabajo que ni siquiera podía pensar que al otro lado de las paredes de tela ella había vivido y podía seguir viviendo su propia existencia.

—El instrumental está a punto de salir de la autoclave.

El herido siguiente estaba afecto de quemaduras. Presentaba mal aspecto y parecía muy quebrantado. El plasma ya se deslizaba por las venas, pero la ambulancia que le había trasladado había tenido un retraso en la estación de agrupamiento, cerca del campo de batalla. Por la ficha prendida a la camilla se enteró Rick de que ya había recibido la primera dosis de sulfanilamida. Espolvoreó las quemaduras con sulfamida y las cubrió con gasas vaselinadas. La verdad es que no esperaba gran cosa. Ni siquiera los tratamientos revolucionarios pueden obrar milagros.

Bill Coffin se le acercó en aquel momento, con los guantes de goma puestos.

—¿Qué demonios pasará en el departamento de clasificación? —preguntó—. Acaban de mandarme una herida abdominal, un moribundo. No he querido operarle.

Rick movió la cabeza. Temía que sucediera lo que estaba sucediendo. Sin embargo, debía esperar. Tenía que dejar a Randall Strang trabajar a su vieja manera.

—Voy a verlo. ¿Quieres reemplazarme mientras tanto?

En la tienda de admisión había cuatro camillas esperando. Strang examinó una herida superficial y ordenó: «Tienda de operación número tres». No se

dio cuenta de la presencia de Rick y pasó al herido siguiente. El joven cirujano salió de la tienda y se detuvo a examinar las camillas que los sanitarios sacaban de la siguiente ambulancia.

—¿Cuántos faltan todavía? —preguntó.

—No lo sé exactamente, capitán, pero yo diría que por lo menos una docena...

—¿Casos graves?

—Yo diría que sí. Por lo menos dos, son heridas abdominales.

Rick volvió a la tienda de admisión firmemente decidido a actuar. Iba a arriesgarse otra vez, a pesar de la promesa hecha a Amos. En definitiva, no tenía derecho a cuidarse tan sólo de sus galones cuando había vidas en peligro.

—Perdón, señor...

Strang le contempló con fría mirada.

—Dígame, Winter.

—El comandante Coffin querría cambiar impresiones con usted sobre un caso, en la tienda número dos.

Strang se incorporó vivamente, aunque sin variar la expresión. De su reacción se deducía evidentemente que la reputación de Bill Coffin había llegado incluso a Boston.

—Muy bien, capitán. Entretanto, encárguese usted de la clasificación.

Rick se arrodilló junto al herido inmediato. Examinó la herida que presentaba en el muslo, y al ver unos grumos blanquecinos preguntó:

—¿Sulfamida?

El herido contestó, medio dormido por la morfina:

—Yo mismo me la he puesto, señor. Inmediatamente... Antes de que me trasladaran a la estación de agrupamiento.

—A la tienda de *shocks* —ordenó Rick—. Luego nos ocuparemos de él.

Un enfermero prendió la ficha correspondiente en la camilla y dos más se llevaron al herido.

El caso siguiente era una fractura complicada, pero el paciente parecía hallarse en bastante buen estado general. Era esencial proceder a una limpieza completa, como trámite imprescindible previo a cualquier intervención quirúrgica. Rick dio las instrucciones oportunas y continuó su revista de la fila de camillas. En la tercera se detuvo más: se trataba de una lesión grave de abdomen, con intenso *shock* y taquicardia incontable. La decisión era dura, pero no había más remedio.

—Tienda de *shock*.

Alzó los ojos al oír un siseo de desaprobación. Procedía de Jim Manners, en pie detrás de él.

—¿No debiera dársele alguna oportunidad, como a los otros, Rick?

—Lo siento, Jim...

—¿No podrías intentar una operación?

—Hay doce ambulancias fuera esperando y nos traerán muchos otros heridos con más probabilidad de ser salvados. Si éste vive todavía cuando se le haya tratado el *shock* y cuando hayan sido operados quienes deban y puedan serlo, probaremos suerte con él.

Respiró profundamente y habló luego, como si pensara en voz alta:

—Estamos en un hospital de sangre. No podemos transformar nuestras mesas de operaciones en mesas de autopsia.

Las camillas desfilaban rápidamente por la tienda de admisión. En la mayor parte de los casos, un vistazo le bastaba a Rick para establecer el diagnóstico y la indicación inmediata. Tal rapidez era fruto de la amplia experiencia adquirida en la guerra. No hubiera sabido explicar su método a nadie, ni a Jim Manners ni siquiera a Bill Coffin. Sin embargo, sabía tener la convicción de que era exacto.

Cuando Randall Strang volvió de la tienda número dos, la de admisión estaba casi vacía. La última ambulancia ya había emprendido el camino de regreso al valle.

Al entrar, comentó con más moderación de la que cabía suponer:

—Verdaderamente, no comprendo qué necesidad tenía de mí el comandante Coffin. Su problema era elemental...

Rick contuvo un gesto de júbilo que le había subido espontáneamente a los labios. A Dios gracias, Bill había resuelto la papeleta con habilidad. Las cejas de Strang se alzaron cuando vio la tienda prácticamente desalojada de camillas, pero el jefe se contentó con sentarse a su mesa sin dar muestras de asombro. «Acaso en lo sucesivo esté dispuesto a dejar a mi cargo la clasificación —pensó Rick—, a condición de que su autoridad y su prestigio no queden mermados, y siempre que el éxito sea para él...».

Rick no quiso tentar al destino. Se limitó a decir:

—Estoy seguro de que el comandante habrá apreciado su opinión, señor. ¿Puedo regresar a mi quirófano, señor?

—Con toda evidencia puede hacerlo. Ya completaré yo las fichas.

De regreso en su tienda, Rick dedicó una sonrisa a Bill Coffin:

—¡Chico, has pensado de prisa! ¿Qué le has contado a nuestro Randall?

—Le he consultado una duda sobre una herida de cráneo. ¿Estaba escamado?

—¡Ni por asomo! Tanto si lo crees como si no, estaba halagado.

—No me asombra mucho, porque la verdad es que le he fingido cuanto he podido... Y ahora, antes de empezar la anestesia, deberías examinar a este chico.

Carolyn puso ante los ojos de Rick la ficha con las indicaciones de Strang mientras aquél se lavaba y cepillaba las manos. Incluso Strang había comprendido que un tórax hundido constituía un caso «urgente» y había subrayado la palabra con un tembloroso trazo encarnado... La excelente organización de las ambulancias había permitido el traslado del herido desde la línea de fuego en un tiempo notablemente corto. Por otra parte, el plasma había surtido excelentes resultados. No obstante, pese a tales factores favorables, los riesgos excedían del cincuenta por ciento.

Después de haber leído la hoja de observaciones, Rick dijo a Bill:

—Ponle un tubo traqueal.

Había llegado a la conclusión de que el peligro lo constituía una hemorragia, una hemorragia originada en un pulmón desgarrado y que inundaba la cavidad torácica con los peligros consiguientes, aparte de la tremenda pérdida sanguínea. Además, para complicar aún más las cosas, el aire burbujeaba por el tejido destrozado, ocasionando una presión que también ponía en peligro la vida del desgraciado, pero por asfixia.

—¿Qué probabilidades hay? —preguntó Carolyn.

—Me temo que no muchas ni buenas.

—¿Crees que vale la pena operar?

Era la primera vez que le hacía una pregunta así. La miró y comprendió que lo que ella pretendía era librarle del disgusto que todo médico experimenta cuando falla una tentativa de salvación, por desesperada que sea.

—De lo contrario, morirá irremediablemente. Puede intentarse...

Una vez introducido el tubo en la tráquea, Dean insufló oxígeno a los pulmones del muchacho. Mientras tanto, Rick había fijado el campo operatorio, comprobando que el paciente respondía favorablemente. Con el bisturí prolongó adecuadamente la herida, apartó los labios de la misma y procedió a retirar las costillas fracturadas, hasta abrir campo suficiente. Hal Davis y Carolyn empapaban algodón en la sangre del pecho que, coagulada, cubría el pulmón herido con una sombría capa. Con minucioso y exquisito cuidado, Winter retiró los coágulos, a cuyo lugar afluyó sangre fresca procedente del tejido pulmonar lesionado. Percibió la ahogada exclamación

mediante la cual Carolyn señaló su sorpresa y su angustia, pero no por eso se alteró el veloz ritmo con que le servía los tampones de gasa.

—La detendré —aseguró Rick—. Por presión.

Deslizó la mano en busca del hilio. Sus dedos localizaron la arteria pulmonar y la apretaron, obliterándola, con el fin de detener la llegada de sangre a los pulmones.

—Esponjas, por favor.

La esponja llegó inmediatamente a su mano libre, con la que procedió a enjugar de sangre el tejido pulmonar hasta dejarlo limpio y descubrir la herida.

—¿Puede intentarse una reparación? —preguntó Hal Davis.

—Desgraciadamente, no. Hay que resecar. Preparen ligadura gruesa.

Con el hilo de sutura en la mano, Rick dudó una fracción de segundo. Como siempre, Carolyn había previsto cualquier contingencia y ya tenía preparada la ligadura necesaria.

—¿Le servirá ésa, doctor?

Serviría preferentemente, siempre que él tuviese buen pulso para manejar debidamente la aguja. Hal y Carolyn sabían perfectamente que en aquel momento trabajaba en un terreno peligrosísimo. Detrás de la arteria que pretendía ligar están los grandes vasos que devuelven la sangre al corazón, la vital vena cava. El más insignificante error de colocación de la aguja podría herir aquélla, originando un nuevo y fatal diluvio de sangre en la cavidad torácica. Ante sus ojos se escaparía inevitablemente la vida que quería salvar.

No oyó nada, pero sintió que Carolyn contenía el aliento mientras él llevaba la aguja hasta la zona fijada por los dedos de la mano izquierda, que sujetaban la arteria. Deslizó la aguja a lo largo de aquéllos, guiándose por el tacto, a ciegas. Cuando creyó que había encontrado el punto preciso, hundió la punta en los tejidos para volver a salir por entre los dedos de Rick, donde Hal la tomó con unas pinzas extrayéndola con cuidado, deslizó el hilo de sutura y lo anudó sólidamente. Tan sólo entonces Winter realizó la penosa pero necesaria tarea de extirpar el pulmón.

Mudos por la tremenda tensión nerviosa, los tres contemplaron el muñón, esperando... No se produjo hemorragia alguna... La ligadura cumplía su misión y lo más probable era que la vida del soldado se hubiera salvado.

Rick efectuó las últimas suturas. No retiró el tubo para permitir la salida del exceso de aire que podría ejercer una presión peligrosa en el pulmón sano. Aquella vez no había experimentado el menor deseo de silbar mientras

trabajaba, y, cuando se apartó de la mesa, se tambaleó ligeramente, a despecho de sus nervios de acero.

Había sido el último herido. De nuevo la unidad había funcionado a la perfección en su batalla contra la muerte.

Durante el día prepararía el informe sobre las vidas salvadas en su tienda. Randall Strang podría utilizarlo como le pareciera, pero, en cualquier caso, el equipo había cumplido con honor la primera prueba.

Carolyn le interrogó con la mirada mientras él dejaba caer una mano en su hombro, tomando con la otra el brazo de Hal Davis. Winter sonrió con la esperanza de que la sonrisa ocultaría su agotamiento.

—¡Buen trabajo, hijos míos! Estoy orgulloso de vosotros.

Salió de la tienda con la conciencia de que los ojos de Carolyn le seguían tiernamente, como una llamada. Pero no hubiera podido contestar ni a una llamada ni a una pregunta. Estaba demasiado cansado, demasiado cansado para pensar incluso en el amor.

Capítulo XLII

*De donde resulta que se puede saber operar
muy bien y sufrir bastante mal*

La playa empezaba a unos trescientos metros al norte del campamento, allí donde las estribaciones montañosas se convertían en dunas de arena blanca. La carretera de la costa serpenteaba hacia el este entre dunas y colinas; los ingenieros habían montado varias plataformas para baterías antiaéreas en previsión de un posible ataque enemigo por el lado del mar.

Rick y Terry Adams, aquél precediendo a éste, iban a la playa. La bruma que envolvía la arena y el mar era lo suficientemente densa para que el Mediterráneo no les pareciera muy distinto al mar de su tierra natal. Colgaron sus ropas en las alambradas, que, por una vez, realizarían una misión bien pacífica, tanto como la apariencia de los contornos: a la lechosa luz reinante, hasta la garita del centinela hubiera podido tomarse por una caseta de baños.

Se echaron de cabeza al agua y, cuando hubieron dado unas cuantas brazadas, Rick giró sobre sí mismo y se hundió buceando velozmente. Terry continuó nadando. Se detuvieron a larga distancia de la costa, hicieron el muerto y respiraron profundamente la fresca matinal. Pocos minutos le habían bastado al sol de África para borrar la niebla. En el lugar donde se encontraban, el mar ofrecía un color verde jade de maravillosa transparencia; en dirección a la playa, las aguas cobraban una tonalidad entre amarillenta y cobriza; hacia la línea del horizonte, su superficie era de un oscuro azul cobalto. A través de las claras aguas, la sombra de sus cuerpos se dibujaba, temblorosa, en la hondura.

—Esto me recuerda una mañana en las Bermudas. No me preguntes por qué —dijo tranquilamente Terry.

—¿No tienes ganas de contármelo?

—Mary y yo nos echamos al mar una madrugada, como tú y yo ahora, desde Coral Beach. Queríamos ver cómo salía el sol por encima del *Crow's Nest*... El *Crow's Nest*^[32] era el chalet donde pasábamos nuestra luna de miel... Nadamos hasta los arrecifes y nos sentamos en la roca, de espaldas a

la playa, esperando que el sol evaporara la bruma. Nunca podré olvidar aquella mañana...

Rick le miró sonriendo: el muchacho rebosaba vitalidad hasta por las puntas de los dedos.

Tras una pausa, Terry volvió a hablar:

—Quería decirte, Ricky, que creo que estoy curado. Me di cuenta ayer, al ir hacia las líneas con revituallamiento.

El espíritu de Rick atendía a medias lo que decía Terry, que le contaba con ardor su experiencia del frente. No el viejo frente de las trincheras y de la tierra de nadie, sino otro muy diferente, aunque no menos tangible. El *jeep* de Terry había corrido rebotando por entre las posiciones avanzadas, durante una larga y sofocante tarde, al alcance de las baterías alemanas. Los proyectiles habían silbado por encima de su cabeza, pero no se detuvo, ni siquiera para ponerse a cubierto, aunque, a decir verdad, bien poco refugio puede ofrecer un *jeep*.

—¿Por qué era yo como era, Rick? Incluso en maniobras, en nuestra tierra, perdía la cabeza. Y ayer, en cambio, estuve tomando el té apoyado en un tanque inglés mientras por todos los lados se oían explosiones. ¿Crees que me habré curado del todo y para siempre?

—Probablemente. Hay cosas que, como los milagros, no tienen explicación.

—Sí. Tal vez ocurra que en un momento dado la gente pueda superar el miedo.

—Nunca he creído que tú tuvieras realmente miedo. Ni siquiera al principio. Opino que tus nervios estaban enfermos y ahora se han normalizado, adaptándose a las necesidades. Eso es todo. De todos modos, siempre es bueno para la ciencia que pueda meter la cabeza en algo inexplicable.

Rick meditó un rato, mientras, el uno junto al otro, flotaban a las primeras luces del día. Cuando salieron de Argel, Terry estuvo hecho un ovillo, más muerto que vivo, en un rincón de la camioneta que le llevaba, con sus compañeros de equipo, a través del desierto. Después, empero, había trabajado sin un desfallecimiento, sin parar hasta la noche, hasta el momento de caer en una colchoneta para pasar las horas de estupor, que en campaña se consideran como reposo. ¿Habría venido su restablecimiento del trabajo precisamente? ¿Sería verdad que no hay nada peor para el organismo que pensar demasiado?

Cuando salió de sus cavilaciones, se limitó a decir:

—¡De todos modos, no te sorprendas si tienes miedo de verdad alguna otra vez! Es completamente seguro que lo tendrás.

—No lo dudo —respondió Terry jovialmente. Luego, bajando la voz, sin darse cuenta de la inutilidad de que lo hiciera, agregó—: A propósito, ¿te he dado las gracias por el consejo que me diste en Inglaterra? Ya sabes..., el consejo de que me distrajera...

—Fue un mal consejo. Espero que no hayas hecho caso de él.

—Ya lo creo que sí.

Terry se enroscó sobre sí mismo y se hundió de cabeza, como si quisiera ocultar su timidez. Rick metió los ojos en el agua y le vio bajar en espiral, tocar el fondo y ascender envuelto en un torbellino de arena.

—Perdóname el simbolismo —dijo Terry al asomar nuevamente—, pero así es exactamente como me sentí ayer al regresar de las líneas. Había tocado el fondo y había vuelto a la luz... Claro está que todo eso no tiene nada que ver con Gina.

Hubo un dilatado silencio, roto nuevamente por Terry, quien dijo con cierta cortedad en la voz:

—¿Es incorrecto que la mencione? ¿Crees que Mary comprendería si supiese...?

—La contestación a las dos preguntas es que no. Hay unas cuantas cosas que las mujeres no comprenderán nunca: una de ellas es que el hombre no puede ser monógamo en tiempo de guerra.

—Muy cierto —comentó Terry—. Y ahora que ya nos hemos puesto de acuerdo, ¿qué te parece si volviéramos? Debo estar en el cuartel general pronto para conducir a Amos.

—Cumple con tu obligación, hijo mío. Yo me quedare aquí un poco más buscando sirenas.

Hacía un rato que Terry había desaparecido tras las dunas, y Winter continuaba flotando apaciblemente boca arriba. Por vez primera desde hacía varias semanas, se sentía descansado y contento, pero sabía que el bienestar y la paz interior desaparecerían si dejaba campo libre a su espíritu, si se ponía a meditar una pregunta que había dejado sin contestación en Argel. Por el momento, le bastaba con reposar perezosamente entre cielo y tierra, jugando con el recuerdo de Linda. Pero sin dejar que los recuerdos le dominaran. Sabía lo peligroso que podía ser.

Y supo exactamente hasta qué punto podían ser peligrosos cuando, al acercarse nadando hacia la playa, vio a Linda de pie sobre una duna, recortada su silueta contra el dorado resplandor del sol...

¡Pero no, no podía ser Linda! La negativa la repitió mentalmente varias veces mientras proseguía, con más lentitud, su camino hacia la arena. El sueño y la realidad no se confunden tan fácilmente... Antes de salir del agua miraría detenidamente y advertiría que había confundido a un centinela con la mujer que amaba...

¡La mujer que amaba! ¡Cielos! La pregunta a la que no quería responder había sido contestada maquinalmente al conjuro del espejismo. Era a Linda a quien amaba, a quien deseaba, y no a Carolyn. De Linda dependía su alegría. Linda significaba para él la felicidad, pese a toda su frialdad aparente. La claridad de juicio que se había adueñado de él le mostraba que aquellos sentimientos no eran nuevos, que ya existían desde mucho tiempo atrás y que, a pesar del recuerdo de la noche del bombardeo con Carolyn, nunca había dejado de anhelar la presencia cercana de Linda. De cualquier manera, el episodio de la noche del bombardeo no era más que una vaga evocación, y Linda, en cambio, era la realidad viviente, tangible. Linda era el deseo y la esperanza. El porvenir le aguardaba en lo alto de una duna, cálida y gloriosamente aureolada de rosa...

Escrutó el lugar de la playa que le obsesionaba y se convenció de que no era un espejismo, sino una realidad indudable. Linda había echado a andar a su encuentro, sin saber que estaba desnudo como Adán. Ya haciendo pie, Rick anduvo hasta que el agua le llegó a la cintura. Puso las manos en torno a la boca en forma de bocina para rogarle que esperara, pero antes de que emitiera ningún sonido le llegó la voz de Linda.

—¡No pongas esa cara de susto! ¡Sabes perfectamente que no me voy a marchar!

Linda se detuvo cerca de la línea de las rompientes, más aerodinámica que nunca en su impecable uniforme, cubriéndose los ojos con una mano enguantada para librarse del brillante reflejo del sol en el agua. Winter se dejó caer de rodillas tras la pantalla de las olas. Luego habló quejumbrosamente:

—Vete detrás de una duna y espérame. El uniforme no incluye traje de baño.

Hasta que ella se decidió a volver el rostro, él permaneció como una rana avergonzada. Linda preguntó:

—¿Está bien así?

Rick gruñó su aquiescencia y salió a todo correr del agua en dirección a las alambradas, donde había dejado la ropa. Cuando volvió, ella continuaba mirando a Oriente. La contempló largamente sin decir palabra mientras se pasaba el peine por el empapado pelo, mientras se anudaba la corbata,

mientras, en suma, hacía todo lo posible por retrasar el instante en que tendría que hablar. Tal como la veía, se le antojaba demasiado perfecta, demasiado deseable.

Sin embargo, sabía bien lo que tenía que decir. Las palabras se habían colocado ellas mismas en su pensamiento en forma inevitable, como el párrafo bien estudiado de una comedia.

Y, al llegar el momento, no habló. Fue hasta ella y la cogió por un brazo. Cerca de ellos, el centinela había salido de la garita. Más allá, hacia el lugar donde los *ack-acks* proyectaban sus bocas hacia el cielo, los artilleros se habían puesto en movimiento... El uno junto al otro, Linda y Rick tomaron el sendero que conducía al campamento. La súbita actividad desarrollada en torno los había librado, por el momento al menos, de la conversación frente a frente.

—¿Cuándo llegaste?

—Esta mañana. En *jeep*. Desde la vía férrea. Pasa a treinta y tantos kilómetros de aquí, por la Crevette.

—Terry se ha rehecho. Espero que tú...

Pero Linda parecía decidida a terminar las frases de Rick.

—He llegado en el momento en que se iba, pero le he visto. ¿Qué le has hecho? Tenía el aspecto de todo un veterano.

—Lo siento —dijo Rick—. Si pudiera, aceptaría el diploma, mas lo cierto es que triunfos así sólo puede obtenerlos el propio interesado.

—¿Significa eso que está curado?

—Te contestaré con más seguridad dentro de una semana, pero, a partir de hoy, estoy dispuesto a apostar cualquier cosa por él.

—De todas maneras, estarás enterado de lo que le ha cambiado.

—En Argel se intoxicaba el sistema nervioso con alcohol. Aquí he proporcionado a sus nervios la medicina del trabajo. No es mala cosa. Lo único necesario es ser lo suficientemente joven para soportarlo.

Siempre juntos, bajaron por el camino de tierra apisonada que servía de acceso al campamento de la unidad y contornearon la explanada del mástil en dirección a la tienda de admisión. Rick correspondió al saludo del soldado de guardia y continuó hablando con palabras que procedían de la superficie de su espíritu.

—¿Qué has hecho de la máquina? Sin ella a cuestas parece que te falta algo.

—No está permitido hacer información estando tan cerca el frente.

Rick alzó la lona de entrada a la tienda y se apartó para que pasase primero ella. A aquella hora de la mañana, la estancia estaba desierta, como él suponía, como él, en realidad, esperaba sin confesárselo. Sin embargo, su respiración marcó una pausa mientras la seguía. El chapuzón para el que se aprestaba iba a ser mucho más profundo que cualquier chapuzón en el mar...

Sin volverse, Linda preguntó:

—¿Cuándo vamos a hablar de nosotros, Rick?

—Ahora, si quieres. Estamos solos.

—He venido para una explicación. Para poner las cosas en su sitio. Ya te lo debes suponer.

Rick le hizo dar la vuelta bruscamente y la tomó entre sus brazos, pero consiguió sacar fuerzas de flaqueza y rompió el abrazo para deslizarse inmediatamente tras una honesta mesa...

—La Madre Naturaleza, como siempre, domina al espíritu...

Se sentó, luchando por recobrar el equilibrio. Sobre la mesa había un papel doblado, dirigido a su nombre con letra de Terry. Lo apartó y ofreció una silla a Linda.

—¿Puedo hablar sin rodeos?

—Si no te molesta, lo preferiría.

—El otro día, en Argel, me dijiste que me amabas. ¿Puedo decir que esa afirmación vale para los dos?

Ella se inclinó hacia él por encima de la mesa. Los cielos con que había soñado le esperaban en sus ojos. Sin embargo, desvió la mirada para estar en condiciones de proseguir:

—No me preguntes cómo ha ocurrido. Supongo que he estado combatiendo contra ti, intentado arrancarte de mi corazón desde hace tiempo.

—Esto también vale para los dos —respondió Linda.

—Evidentemente, nunca se sabe cuándo ni cómo ni por qué. Sobre todo, cuando es algo verdadero. Me imagino que se lucha siempre, en el fondo del subconsciente. Y de pronto la realidad nos sorprende como un rayo de luz... Lamento no poder mostrarme más original, pero lo cierto es que cuando te vi hace poco en la playa adquirí la absoluta certidumbre de que no se trataba de una sensación superficial sino de un sentimiento que llevaba en la masa de la sangre, de un sentimiento fuerte y auténtico... Lo comprendí de golpe, directamente...

Linda se rió suavemente, con risa de alegría.

—Ahora pienso en lo graciosa que resulta la antipatía mutua con que nos conocimos.

La pregunta que hizo Rick a continuación fue completamente involuntaria. No había tenido intención de formularla. Vistas las circunstancias, no era muy elegante.

—¿Y cuándo te... te fijaste en mí?

—No lo sé. Tal vez durante la travesía. Quizá cuando te vi trabajar por primera vez...

Ella rió de nuevo. Pero su risa tenía un sonido extraño: era la risa desahogada de las mujeres cuando han desaparecido sus incertidumbres.

—No, eso no es verdad del todo. La verdad es que he estado loquita por ti desde el día en que me robaste un beso en la terraza del club, en Inglaterra. Pero no quería admitirlo. Ni siquiera a solas conmigo misma.

Rick se decidió. Ahora o nunca.

—Eso te da cierta ventaja sobre mí. Yo estaba enamorado de... de otra... cuando salimos de Inglaterra.

Con el mismo tono de voz, ella indagó:

—No acababa de estar segura. ¿Te refieres a Carolyn?...

—Carolyn Rycroft y yo somos novios...

Rick continuó hablando sin tomar aliento, esforzándose por hacer caso omiso de la pregunta que leía en la mirada de ella.

—Nos prometimos cuando el convoy salió de Gibraltar.

Se hubiera sentido menos violento si Linda hubiese gritado, si se hubiese enfadado, si se hubiese ofrecido el lujo de una lágrima o dos. Pero se contentó con mirarle fijamente durante un rato que le pareció interminable, antes de preguntarle:

—Si la quieres... ¿por qué me has...?

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—Podías habérmelo dicho antes.

—¿Acaso me dejaste tiempo en Argel?

Linda examinó ese punto. Luego continuó:

—Me has besado hace un momento. Me has dicho que me amas. Ahora me dices que la amas a ella...

—No he dicho nada de eso. Sólo he dicho que le he dado palabra de casamiento. Y nunca faltó a mis promesas.

Rick la miró con la comisura de los labios fruncida en una tenue sonrisa humorística.

—Hubieras tenido mejor suerte, o peor tal vez, si esta entrevista la hubiésemos tenido un mes antes, cuando yo era un verdadero Don Juan, un castigador sin escrúpulos. Entonces te hubiera cortejado y te hubiera llevado

hasta donde tú hubieras querido ir. Pero ahora no puedo hacer ese juego: has venido a mí cuando he aprendido mejores maneras.

Linda consiguió sonreír casi como él.

—Creo que, al menos, debo darte las gracias por la sinceridad, Rick.

Rick siguió hablando, sin hacer caso de la interrupción:

—Imagino que todo hombre debe pagar su tributo a la honradez si es que la raza humana quiere salir intacta de este barullo en que estamos metidos. ¿He pagado el mío, o no?

—Y en todo esto, ¿qué papel me toca a mí?

—¡No estoy seguro! Si hubiese sabido dónde encontrarte en Casablanca, te hubiera avisado para que no vinieras.

Linda conservó la sonrisa.

—Debías haber supuesto que no iba a dejar a mi hombre así como así, sobre todo creyendo que estaba disponible...

Rick hizo un gran esfuerzo para ponerse a la altura del tono trivial de ella. Realmente, las mujeres no deberían tener derecho a reírse en momentos como aquéllos... La tradición era firme y antigua: las mujeres deben llorar, mesarse los cabellos, según los estilos personales, ¡pero reírse!...

—¿No podrías conducir la conversación por un plano más elevado? ¿Por casualidad te imaginas que me divierte la obligación de renunciar a ti?

—Me pondré en un plano tan bajo como me plazca, Rick Winter. Y tú tomarás las cosas como yo las diga. Y para empezar, voy a hacerte una pregunta. ¿Qué has encontrado en Carolyn Rycroft?

—Me enamoré de ella en Inglaterra...

Y no pudo decir más. Ni siquiera a Linda. La noche del bombardeo pasada con Carolyn era cosa sagrada, de acuerdo con su código de conducta... Era algo de lo que no estaba dispuesto a hablar, ni a permitir comentario de nadie, ni siquiera de la mujer que le había enseñado, al fin, a distinguir entre el amor y la pasión en bruto. O, más exactamente, que le había mostrado la exquisita síntesis que una mujer inteligente y sensible podía hacer de ambas cosas: de la pasión y del amor... En aquel momento debía admitir, y lo hizo tristemente, que Carolyn jamás lograría llegar a tal síntesis. Tras estas reflexiones, que pasaron como un relámpago por su mente, articuló:

—Hay cosas que no puedo explicar ni siquiera a ti.

—Es una chica, valiente, Rick. Una buena mujer. Muy mona, verdaderamente...

Nunca había visto a Linda como ahora faltarle las palabras. Lo cierto es que las buscaba para decir lo que pensaba sin parecer malintencionada o celosa.

—... muy mona, en verdad... pero no puedo comprender cómo tú... ella... ¿Ha sido vuestro trabajo en común lo que os ha acercado?

—Si te place esa suposición...

—¡No, te lo aseguro! No quiero ser entrometida ni quisquillosa, intento solamente comprender...

—Podemos suponer que tampoco yo lo comprendo muy bien. Lo único que está claro es que no querría hablar más de ello.

Linda se fue hasta la entrada de la tienda, alzó la lona y contempló el exterior, ya iluminado por la deslumbrante luz de la mañana. En el fondo del valle, los cañones habían reemprendido la discusión, pero ninguno de los dos la oían. Cuando ella se volvió hacia él, estaba llorando silenciosamente. Winter se le acercó con la intención de consolarla de alguna manera, de darle una amable palmadita en la espalda, por ejemplo, pero se detuvo al pensar en la ridícula ineficacia de tal acción.

—Está bien, Rick —dijo ella finalmente—. Estás en tu derecho de querer ser el prometido perfecto. Y no creas que pretendo comportarme desabridamente: todo lo contrario. Dime simplemente qué debo hacer. ¿Quieres que felicite a Carolyn?

—Si no tienes inconveniente preferiría que no hicieses nada. Nuestro compromiso es secreto.

Tras una breve pausa, Linda habló de nuevo. Su voz demostraba sin lugar a dudas que sus lágrimas se habían secado ya.

—Me iré en cuanto pueda hacerlo. Después de todo, he venido para reunir material y para captar el ambiente. Eso es, por lo menos, lo que he contado en Argel. ¿Podría acaso acercarme un poco al frente?

Rick se unió a ella cerca del umbral. Había percibido de pronto el retumbar del combate que sacudía, hacia oriente, las columnas del cielo.

—¿Con una batalla de tanques en pleno desarrollo? Amos me arrancaría la piel si te dejara salir del campamento.

—Hablando de Amos, sería conveniente que fuese a presentarle mis respetos. ¿Podría disponer de un rincón tranquilo y de una máquina de escribir hasta que vuelva?

Esta vez, él la miró a los ojos.

—Creía que estaba prohibido hacer información por estos alrededores.

Linda se acercó a él.

—Rick, te lo ruego... ¿No comprendes que si no me ocupo en algo me volveré loca?

—Hay una máquina portátil en la tienda de Terry. Dile al asistente quién eres.

Cuando ella iba a iniciar la marcha, él la cogió de un brazo.

—Dadas las circunstancias, no hubiera debido decir que te quiero. ¿Me hubieras detestado menos si hubiese guardado para mí esa parte de la historia?

Linda salió con erguido porte. El gorrillo militar estaba ladeado graciosamente. «Tan cerca del frente debería llevar casco», se dijo Rick estúpidamente. Tendió la mano en un instintivo movimiento para detenerla, pero ya había salido. Durante unos instantes permaneció en pie, irresoluto, escuchando el taconeo de la joven, que se alejaba por las planchas de madera que conducían a la tienda de oficiales. No le quedaba más remedio que volver a su mesa de trabajo...

Al sentarse, volvió a ver la nota de Terry. Al principio, la miró vagamente sin verla: un hombre no puede decir adiós a su amor y a su felicidad sin perder un poco su equilibrio moral.

La leyó maquinalmente, sin darse cuenta de lo que leía. De pronto le llegó la lucidez como una tempestuosa ola. Terry había escrito:

Tan sólo unas palabras, Rick, para que sepas a qué atenerte con tiempo. No he podido volver a la playa para decírtelo. Strang sale conmigo hacia las líneas, lo cual ya te bastará para que comprendas cómo van las cosas. Podría muy bien suceder que, sin aviso previo, tengamos que levantar el campamento antes del alba. Bill tiene el mando ahora y me imagino que está al corriente de todo eso... Si Linda muestra intención de quedarse, haz el favor de devolverla a la vía férrea y ¡pronto!^[33]

A través de estas líneas se advertía la probable gravedad de los momentos que se avecinaban. Strang había comprendido que tal vez se impusiera una evacuación inminente. La amenaza debía ser considerable porque, de lo contrario, Strang no hubiera ido hasta la primera línea para recibir instrucciones de Amos Blaine... De amigo a amigo, Terry le advertía para que pudiera preparar lo que le pareciera sin precipitaciones.

Winter había recorrido ya la mitad del camino de planchas cuando se dio cuenta de que no estaba en situación de dar a Linda orden alguna. Si existía peligro de ruptura de la primera línea, o si se producía algún movimiento de

retroceso en el valle, el hospital de campaña se vería obligado absolutamente a retirarse hacia una zona de seguridad. Si Linda comprendía que el peligro podía ser inminente, no consentiría en marcharse antes que la unidad; era demasiado valiente y demasiado buena periodista para hacerlo.

Winter oyó el rápido repiqueteo de la máquina tras la tela de la tienda de Terry; era la forma personal de aislamiento que Linda había elegido para refugiarse, para huir, mediante el trabajo, de la obsesión de haber amado y de haber perdido la partida. Sería crueldad inútil arrancarla de su laboriosa y consoladora soledad sin haberse informado a fondo de lo que ocurría.

Con paso firme, echó a andar hacia las tiendas de hospitalización. Por segunda vez en la misma mañana había tomado una decisión.

Capítulo XLIII

El trabajo alivia el pensamiento

Todo era tranquilidad en las salas. Al recorrer las vastas tiendas, por cuyos intersticios penetraban rayos de sol, Rick vio que la mayor parte de las camas estaban vacías. Las ambulancias habían podido evacuar muchos heridos hasta la vía férrea, recientemente restablecida por el oeste. Los casos de más gravedad seguían hospitalizados, pero no parecía en peligro la vida de ninguno. Se detuvo junto al lecho donde se hallaba el muchacho al que había operado en el tórax la víspera: dormía apaciblemente gracias a algún sedante; su respiración se había normalizado bastante, merced al tubo endotraqueal, que había nivelado la presión de aire en la cavidad torácica, y también el pulso tenía mayor firmeza y regularidad. Winter se dijo que, viniera lo que viniera, el infeliz podía salvarse si salían trenes militares de la Crevette.

Entró en la tienda de operaciones. Bill estaba operando bajo la poderosa luz de la lámpara. Se trataba de una fractura de cráneo con compresión cerebral y parálisis de un lado del cuerpo del enfermo. Bill había extirpado la parte del hueso hundida y procedía a limpiar cuidadosamente la superficie de las meninges. Trabajaba con la desenvoltura propia de una rutina cotidiana. Por último, espolvoreó con sulfamida el interior de la herida y retrocedió, dejando a su ayudante el cuidado de coser y vendar.

—¿Tienes tiempo de fumar un pitillo, Bill?

El aludido abrió la boca en un bostezo formidable mientras le seguía al exterior. Se sentaron el uno junto al otro, en una mesa de operaciones desmontada.

—Me huele el aire a chamusquina. O mucho me equivoco, o no tardaremos en oír la llamada de las ambulancias.

Bill miró a su compañero y la sonrisa desapareció de su rostro.

—Lo dices muy en serio. ¿Pasa algo?

Rick le entregó la nota de Terry. Bill reflexionó largamente después de leerla.

—Algo de esto decía ya la telegrafía cifrada. ¿Qué crees que sabe Terry?

—Probablemente nada más que lo que le haya dicho Strang antes de partir. Y me parece que Strang tampoco sabe más. Tiene confianza en el chico, y, de saberlo, se lo hubiera contado... De todas maneras, tengo la impresión de que todo esto tendrá que ser desmontado muy pronto para mandarlo en una dirección... en fin, en una u otra dirección...

Se echó hacia atrás y abrió la boca para expeler una hermosa voluta de humo, que permaneció casi inmóvil en el transparente aire del mediodía. Una rociada de cañonazos retumbó a lo lejos.

—No me digas que eso se nos acerca —dijo Bill—. También yo puedo imaginar las cosas. Lo que quiero es tu consejo, amigo. Mejor aún, considérate el jefe, dame órdenes y yo las seguiré.

Antes de contestar, Rick sopesó las circunstancias en juego. La extraordinaria movilidad del hospital permitía el traslado rápido hacia retaguardia en caso de necesidad. Con la única condición de disponer de una hora para enviar por delante a los heridos más graves, podrían salir sin temor de que la metralla les pisara los talones. Por lo pronto, el material de reserva podía cargarse ya en las camionetas: el resto se cargaría después en poco tiempo. No había dificultades mayores en este aspecto. Bill podía dar la orden, adoptando las precauciones de rigor.

Una vez más pensó en Linda. Si Bill pronunciaba las palabras precisas, podría ser devuelta inmediatamente a retaguardia; jefe accidental de la unidad, Bill no tenía más que hablar; su palabra era ley. Sin embargo, si una paisana era evacuada antes que los heridos, no faltarían comentarios. Otra vez se encontraba Rick ante un problema que no admitiría posturas intermedias, donde el deber y el amor se oponían.

Dijo con voz firme:

—Creo que debemos empaquetar. Si alguien pregunta el porqué, expón los hechos como son. La unidad está perfectamente curtida para aguantar lo que venga.

—Y con la señorita periodista que está con nosotros, ¿qué hacemos?

—Linda podría irse en una ambulancia, junto al conductor, si hay sitio... ¿Qué opinas de los hospitalizados?

—La mayor parte hubieran tenido que ser evacuados de todas formas. Si se presentara la necesidad, la única diferencia estribaría en que los mandaríamos a todos, a los graves y a los menos graves.

—¿Incluyendo al muchacho que has operado hace un cuarto de hora?

—Ahora ya debe de estar perfectamente. No tenía lesión cerebral alguna. Lo único que querría es hacer el viaje junto a él.

—Bien, en tal caso no hay problema. Yo en tu lugar, llamaría al jefe de ambulancias y le daría la orden de preparar cuanto antes la salida hacia esa vía férrea. A continuación, pondría a todo el mundo a empaquetar y cargar material. Y, por último, subiría en un *jeep* y marcharía a todo lo largo del convoy para ver cómo van las cosas de un extremo a otro.

Rick estaba sentado junto al conductor del *jeep* cuando salió Bill de la tienda de Administración después de dar las órdenes oportunas. Era reconfortante moverse de nuevo, sentir el ruido del motor y ver cómo levantaba polvo; era un estimulante correr a toda velocidad hacia el este, sintiéndose actores en vez de espectadores. Su conducta, empero, no tenía nada de oficial. En los reglamentos no había nada, absolutamente nada que autorizase al Cuerpo Médico a hacer preguntas a la infantería. Pero eso les tenía sin cuidado. Se sintieron rebosantes de entusiasmo cuando, marchando tras un coche de Estado Mayor, su *jeep* se lanzó a todo gas por la carretera asfaltada.

—¿Qué diremos si nos paran? —interrogó Bill.

—Pon cara muy seria y pregunta por Amos.

Inmediatamente antes de que la carretera se deslizara hacia la llanura, aquélla formaba una acentuadísima curva hacia el norte para evitar el profundo lecho de un río seco, a la espera de las lluvias de otoño. El elevado viraje constituía un excelente punto de observación de toda la región circundante; los zapadores habían construido plataformas para los cañones, medias lunas de cemento a medio secar que esperaban silenciosamente el desastre, Rick murmuró una orden al chófer al percibir un grupo de soldados moviéndose en torno a un camión en la cuneta de la carretera. Winter dio un codazo a Bill.

—Dímelo si me equivoco. ¿No están descargando municiones?

—Y cureñas giratorias.

Saltaron a la vez del vehículo. Al detenerse el ruido del motor del *jeep*, sus oídos se dieron cuenta del importante silencio: el fuego había cesado. Las nubes de polvo rojizo que se alzaban sobre la llanura eran harto explícitas. En algún sitio, a lo lejos, tal vez entre los retorcidos olivares, un regimiento de tanques reculaba para recobrar el aliento después de un ataque frustrado. Cuando el cañón llegó para ser montado, su presencia constituyó una señal anticipada de la retirada. Antes de que el camión se detuviera, los artilleros comenzaron a quitar las lonas que cubrían la pieza.

—Me parece que, por una vez, hemos acertado —dijo Bill—. Ahora creo que lo mejor que podemos hacer es salir pitando y poner en marcha las ambulancias.

Un capitán de ingenieros, con el uniforme lleno de barro y polvo, subió hacia ellos por la ladera de la colina.

—¿Qué pasa, doctores? Nosotros no los hemos llamado.

Bill respondió con extrema afabilidad:

—Parece que esperan ustedes visita, capitán. ¿Quieren que les instalemos un puesto de socorro?

El oficial hizo una mueca que quería ser una sonrisa.

—Por ahora no, comandante. Nos estamos preparando tan sólo para una excursión campestre. Hasta que recibamos nuevas órdenes. Entretanto, a propósito de los puestos de socorro, pueden ustedes ir al encuentro de uno de los suyos, más abajo. Me ha parecido que el motor del coche se le ha insubordinado.

Subieron al *jeep* nuevamente y subieron el último tramo de carretera a una velocidad temeraria. En el primer recodo del descenso vieron a otro *jeep* del Cuerpo Médico detenido junto a la ladera y peligrosamente inclinado en la cuenta; el vapor adornaba la carrocería como una pluma blanca, el chófer juraba enérgicamente, con la cabeza hundida en el motor. En la trasera había un hombre inclinado sobre sí mismo, con la cabeza entre los brazos, apoyados en el asiento delantero. Cuando el individuo se incorporó, Rick reconoció a Randall Strang. Un Randall Strang con su soberbia hecha trizas, totalmente hundido. En la cabeza llevaba un vendaje manchado de sangre.

El jefe los reconoció y empezó a agitar los brazos como un semáforo enloquecido.

Cuando Rick llegó hasta él, logró fruncir débilmente los temblorosos labios en una sonrisa.

—¿Qué ha sucedido, señor? ¿Dónde está el coronel Blaine?

Strang intentó hablar, pero su rostro se contrajo nerviosamente y, cuando logró articular las palabras, éstas sonaron como un ronco balbuceo:

—Ahí abajo... Bombardeado... todo el mundo...

—¿Está herido el coronel? ¿Y Terry Adams?

—Sí, pero no es muy grave. Adams, no. Le he dejado en un camión y...

El esfuerzo había sido demasiado. Strang hundió la cabeza entre las manos y rompió en sollozos.

A una señal de Rick, Bill cogió por el otro brazo al jefe, y, entre los dos, lo llevaron, poco a poco, hacia su *jeep*. Durante el camino, Rick no apartó los

dedos del pulso de Strang; los latidos eran precipitados, pero tensos y regulares. Se trataba de un claro cuadro de conmoción producida por el estallido cercano de alguna bomba. También podía haber algo de psicosis traumática, o psicosis de guerra, como se dice ahora. Cualquiera que fuese la etiqueta, lo cierto era que el jefe podía considerarse excluido del servicio activo.

La primera ambulancia los adelantó a poco de haber reemprendido la marcha. Tras ella seguían otras, procedentes de la llanura, lanzadas con toda la fuerza de los motores por la asfaltada pendiente de la carretera.

Bill Coffin sostuvo al jefe durante todo el trayecto de regreso. Rick le desvendó la cabeza y examinó la herida; tal como había supuesto, la lesión era superficial; era el hundimiento moral y no la pérdida de sangre lo que había dado al traste con el dominio de sí mismo peculiar de Strang. Cuando llegaron al campamento, Bill Coffin confirmó el diagnóstico de Rick con un simple vistazo. Examinó la herida y la volvió a vendar. Randall Strang, quedó clasificado entre las cosas que debían olvidarse.

—¿Podrá hacer el viaje en ambulancia, señor?

—Supongo que sí —respondió el otro con voz quejumbrosa—. Si pudiese tomar un poco de coñac...

—Está contraindicado en las heridas del cráneo, señor. —Bill se dedicó a dar instrucciones sobre el traslado del jefe, para dirigírsele de nuevo—. Personalmente, comandante, me sentiría mucho más a gusto si supiera que ya estaba en la línea de ferrocarril de la Crevette.

Y Bill era completamente sincero.

—¿No quiere que le explique... cómo puede encontrar al coronel?

Bill respondió jovialmente:

—Me temo que tendré que dejar ese cuidado a los enfermeros de las ambulancias, señor. ¡Por el momento, tenemos bastante con lo nuestro! —Estrechó la húmeda y fría mano de Strang—. Buena suerte, señor. Volveremos a vernos en *Blighty*^[34].

Nadie articuló palabra mientras Strang iba, pasito a pasito, hasta la ambulancia que le correspondía. Un sanitario le ayudó a subir. Las exclamaciones de alegría no hubieran sido convenientes, pero habrían reflejado a las mil maravillas el estado de ánimo de los dos jóvenes oficiales, a quienes la prudencia y la disciplina impusieron el debido silencio. Bill Coffin, empero, no pudo resistir la tentación de dar un enérgico codazo en el costado de Rick.

Juntos entraron en la tienda de admisión.

—¡A toda velocidad, chico!

Dichas estas palabras, Rick empezó a quitarse la guerrera y la camisa mientras corría hacia la tienda-quirófano, dejando a Bill Coffin el cuidado del examen y la distribución de los heridos que no dejaban de llegar.

A partir de este instante, la jornada adoptó el ritmo acostumbrado de trabajo.

Durante la tarde, Rick estuvo ocupado con una incesante corriente de heridos. Unos intentaban sonreír y pedían cigarrillos; otros pertenecían a la categoría de héroes obstinados que insisten en esperar, para que sean atendidos primero los heridos más graves; algunos estaban pálidos como la muerte a causa del *shock*, o delirando por efecto de la infección, y otros, en fin, casos desesperados, permanecían en trágico silencio, o bien hablaban y hablaban, en pueril balbuceo aterrorizado, reflejo del horror de la guerra moderna con la que se habían encontrado por primera vez.

Todo ello, sin embargo, no representaba más que una rutina familiar: cohibir las hemorragias, cuidar y tratar el *shock*, reparar, en suma, el daño causado por la guerra, procurando añadir el menor sufrimiento posible a la ya pesada carga que soportaban los cuerpos martirizados.

Los pacientes curados la víspera ya estaban desde hacía rato en camino, rumbo al ferrocarril. Las ambulancias iban y venían ante la tienda de admisión, llevándose heridos leves y dejando los más graves para su traslado a las mesas de operación.

A Rick le ayudaban dos enfermeras, pero no hubiera podido decir cuál de ellas era Carolyn: tal era el febril y preocupado ritmo del trabajo. Las dos eran ayudantes especializadas en cirugía y las dos se desenvolvían con eficacia y habilidad; eso era lo único que importaba. Por su parte, se había transformado voluntariamente en máquina; la verdad es que no cabía otra solución si quería dar abasto a tanto y tanto trabajo, incesantemente renovado.

Cuando, por casualidad, encontró un instante para respirar, se felicitó por la actitud imparcial que había adoptado en el caso de Linda Adams. Bill había dicho que la mandaría hacia la Crevette en cuanto tuviera un rincón libre en una ambulancia. Por consiguiente, debía ya de haberse ido. Lo mejor es que habría tenido que hacerlo sin aviso, por cuanto su marcha dependía de las imprevisibles circunstancias, y sin despedida. Se alegraba de que hubiera sido así, porque no estaba seguro de haberse comportado con la misma calma aparente de la mañana.

Alrededor de las cinco de la tarde el flujo de heridos decreció un poco. A las seis pudo disponer de tres minutos completos para fumar un cigarrillo y respirar unas bocanadas de aire fresco; tenía vital necesidad de ambas cosas. El sol estaba a punto de ocultarse tras la cresta de la montaña y en el cielo empezaban a desvanecerse las púrpuras y los dorados del ocaso. Una ambulancia llegaba penosamente por la cuesta, en busca del campamento.

Apenas se hubo detenido el vehículo, una mujer salió corriendo hacia él desde las sombras de las tiendas, pero él no advirtió claramente su presencia hasta que la mano de ella se encontró con la suya en el tirador de las portezuelas de la ambulancia.

—Ya ves que no te puedes desembarazar tan fácilmente de mí —dijo Linda.

Él la miró.

Llevaba el delantal de trabajo de las enfermeras y un suéter verde oliva: exactamente la misma indumentaria de Carolyn en las jornadas de tarea.

Rick retrocedió instintivamente un paso cuando Linda abrió las portezuelas para permitir a los sanitarios que bajaran las camillas.

—No te sorprenda, capitán —dijo Linda con impertinente calma—. He pedido prestado este uniforme a tu novia, por si podía ayudar en algo mientras esperaba la ocasión de marcharme.

—Debí suponer que encontrarías el medio de eludir la marcha. ¿Has hecho algo útil?

—He hecho lo que he podido.

Bruscamente, Rick la apartó, sin demasiadas contemplaciones, cuando salió la primera camilla. Antes de que Linda le viese, él se había percatado de la gravedad del estado de Terry Adams.

Capítulo XLIV

Diversas formas de valor

La voz de Terry sonó con bastante firmeza:

—¡Hola, Rick! No pongas esa cara de asombro, todo va bien. Tan sólo una sacudida, y aquí me tienes.

Los dedos de Rick buscaron el pulso en la muñeca del muchacho. Los latidos eran un poco precipitados y un poco débiles, pero nada más. Sin embargo, pese a que a primera vista no pareciera que había *shock*, a Rick le inquietó el tinte céreo del rostro de Terry. En principio, parecía haber algún trastorno circulatorio. Hizo este diagnóstico por puro instinto, en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando Winter permitió a Linda que se inclinara sobre la camilla de su hermano, la joven habló con relativa calma.

—¿Cómo te encuentras, Terry querido?

—Tan sólo una sacudida, y aquí me tienes.

Repetía maquinalmente la frase. Rick le vio contraer los labios mientras la mano derecha del muchacho subía hacia el abdomen. Ya le había examinado esa región y no había encontrado contusión alguna.

—No te inquietes, chico. ¿Qué es lo que no marcha?

El espasmo había pasado y los labios de Terry se dilataron en una sonrisa.

—No lo sé, Rick. Un poco sacudido, y eso es todo. Cuida del coronel; está ahí dentro... venía conmigo...

Winter apartó a Linda para que dejara paso a los sanitarios que bajaban la segunda camilla, que, como la anterior y las siguientes, fue trasladada a la tienda de admisión.

Amos Blaine padecía una lesión dolorosa, pero no grave. Un vistazo a su indomable sonrisa le hizo comprender a Rick que el coronel viviría para ocupar su puesto en otra guerra. Sufría una fractura del húmero, que ya había sido enyesada en algún puesto de urgencia. Se le administró una inyección calmante, se le rehízo el vendaje convenientemente, comprobando la fijeza de la escayola, y, tras ello, Amos Blaine estuvo en condiciones de sentarse en la camilla con la espalda apoyada en una manta doblada.

Terry había sido instalado en la tienda de casos traumáticos. Todas las inquietudes de Winter se concentraban en él. Seguía con la misma palidez, que marcaba un cerco hundido y ceniciento en torno a la boca; seguía con el mismo débil pulso, y sin herida aparente. El cirujano se había dado perfecta cuenta del espasmo doloroso que había experimentado mientras permanecía en la camilla, a la salida de la ambulancia. Le puso una inyección, mandó que se le inyectara plasma y dejó a Linda junto a su hermano, para regresar a la tienda de recepción.

Había cesado la llegada de heridos. Por vez primera desde hacía un par de horas oyó tronar los cañones en alguna parte, hacia el este de la salida del valle. No podía asegurarlo, pero le parecía que el sonido se trasladaba hacia el norte, lo cual significaría que la batalla se desarrollaba en dirección a la carretera. De ser así, todas las vías de evacuación estarían cortadas en aquel sector.

En la tienda del comandante del campamento, Amos se hallaba confortablemente instalado. El coronel estaba muy tranquilo, gracias a una inyección de morfina; dos enfermeras colocaban unas almohadas a su espalda para que pudiera permanecer incorporado, mientras Bill le encendía un cigarrillo.

—¿Qué tal está Terry?

Rick movió pesarosamente la cabeza.

—Lo que he visto no me gusta, señor. ¿Se encuentra usted animado para contarme lo que ha sucedido?

—Un obús estalló en la carretera, exactamente debajo de la rueda derecha. Salimos todos volando...

—¿También el comandante Strang?

El coronel Blaine sonrió blandamente a través de la languidez de la morfina.

—¿Así, pues, le ha visto?

—Está camino de Argel por orden mía —informó Bill.

—Me alegro —comentó Amos—. El golpe le trastornó, le desquició. Por eso lo envié por delante en un *jeep*.

—¿Y usted, señor?

—Terry se quedó conmigo hasta la llegada de la ambulancia. Puedo asegurar que fui instalado muy cómodamente.

Rick pudo imaginarse cuál había sido aquella comodidad, sin morfina, con el hueso roto clavándosele en la carne a cada traqueteo del vehículo. Con mucho menos, Randall Strang se había hundido. Gracias a ello, empero, el telón había bajado por delante de Strang, dejando su puesto a Bill, quien sabría acabar la tarea comenzada, incluso sin la ayuda de Amos.

—¿Puede usted continuar, señor?

Los ojos ligeramente adormilados del coronel se despejaron.

—Terry recibió lo suyo poco después que la ambulancia se detuviera para recogerme. Uno de esos endemoniados aviones negros de Berlín bajó a menos de doscientos metros para poner un huevo. Tal vez viera la cruz roja de la ambulancia, o tal vez no; en realidad, yo creo que ni se dio cuenta de que estábamos allí. Mientras a mí me metían en la ambulancia, Terry fue a recoger mi cartera de mano. La bomba estalló a un lado de la carretera. Lo hizo a una distancia regular... Pero la explosión echó a rodar a Terry como una pelota...

Rick tragó saliva. Ahora veía claro. ¿Habría sido víctima Terry de la extraña clase de accidentes tantas veces observados después de un bombardeo? Nadie había podido describir todavía la patología, pero era algo bien sabido que la fuerza expansiva puede romper los vasos sanguíneos en cualquier zona del cuerpo, con la consiguiente hemorragia: hemorragia cerebral, pulmonar, abdominal...

—¿Se quedó inanimado?

—Unos momentos. Volvió a la ambulancia por su propio pie. No quería ni echarse en una camilla; me vi precisado a ordenárselo.

Bill expresó el pensamiento de Rick.

—¿No crees que podría sufrir alguna conmoción interna a consecuencia de la explosión?

—Todo parece indicarlo así. Voy a examinarlo de nuevo.

Rick se puso en pie de un salto.

En la tienda de los casos de *shocks*, se sentó junto al lecho de Terry. Gracias a la morfina, el muchacho descansaba dulcemente. El pulso se había debilitado muchísimo, y apenas se percibía tensión, pese a la inyección de plasma. Podría ser que la circulación periférica quedase contraída para que el corazón pudiera aportar más sangre a las vísceras. Era un síntoma de *shock*, compañero habitual de la hemorragia. Y, sin embargo, no se apreciaba ningún otro signo que la confirmara... Rick no podía hacer otra cosa que esperar y vigilar.

Cuando terminaba su examen tuvo conciencia de la presencia de Linda a su lado.

—No han llegado más heridos. ¿Tiene eso alguna significación?

—Tal vez se esté moviendo el frente.

Ella se tomó la cosa con tranquilidad.

—Por eso querías que me fuese, ¿verdad?

—Era una de las razones —admitió—. ¿Sientes no haberte ido?

Antes de contestar, sus ojos se detuvieron en Terry.

—Supongamos que tuviera que hacerse una evacuación esta noche. ¿Podría ser trasladada?

—No puedo decirlo con seguridad ahora.

—Háblame sin reticencias, Rick. Si está en peligro, tengo derecho a saberlo.

—Mientras dure el estado de *shock* no puedo precisar nada. Por el momento, querría poder darle mi sangre; sería una especie de seguro. La sangre fresca y completa es más eficaz que el plasma para combatir la hemorragia. Proporciona células vitales indispensables, así como factores coagulantes.

—Él y yo pertenecemos al mismo grupo sanguíneo —dijo tranquilamente Linda—. ¿Podría servir?

—¿Qué letra?

—B.

Rick hubiera querido ser el donador, pero su grupo era diferente.

—Voy a verificarlo. En un momento estará hecho.

A partir de ese instante, todo fue extrañamente impersonal y prosaico, evocador del típico ritual de los donadores de sangre en los hospitales. Una vez efectuada la confirmación de grupos, la joven se tendió en una camilla y vio cómo su sangre se mezclaba en un frasco de solución citratada, del que pasaría inmediatamente a las venas de Terry. Cuando acabó la extracción, ella se incorporó sosegadamente y rehusó el whisky que le ofreció Winter. Pareció que se disponía a hablar, pero la mano de Rick se puso cariñosamente en su hombro.

—Jovencita, vaya a descansar. Yo me encargaré de todo.

Mientras Hal Davis procedía a efectuar la transfusión, Rick dio una vuelta por las salas de las tiendas. Las ambulancias seguían esperando, dispuestas a llevarse los heridos de menor gravedad al primer signo de alarma. Si era preciso, también habría que evacuar a los graves. A todos, excepto a Terry Adams, por lo menos hasta saber el resultado de la transfusión.

Cuando Winter llegó a la tienda del cuartel general, Bill estaba trabajando denodadamente. Al primer golpe de vista comprendió Rick lo que estaba haciendo.

—¿Así es que de verdad nos vamos?

Bill afirmó con un movimiento de cabeza, sin alzar los ojos.

—Acaba de llegar la orden. Debemos estar dispuestos para la marcha inmediata.

—¿Estás contento de que lo hayamos preparado todo con tanta anticipación?

—Algunas veces me pregunto qué es lo que hubiera hecho sin ti.

—Es posible que no tardes en saberlo —contestó Rick—. Me temo que yo me quedaré atrás.

Bill tiró el lápiz sobre la mesa.

—Terry, ¿verdad?

—Están haciéndole una transfusión ahora. Reza como yo para que todo salga bien.

Cuando volvió a salir, muchas tiendas estaban siendo desmontadas. Comprobó con satisfacción que el grupo electrógeno del quirófano estaba colocado en un camión, cerca de su tienda. Eso quería decir que podría quedarse hasta el último instante.

Regresó a la tienda de los casos de *shocks*. La transfusión estaba terminada. Desde la camilla contigua, Linda contemplaba a su hermano.

—He oído que desmontan las tiendas. ¿Acaso nos vamos?

—Tan sólo es una precaución —repuso Bill con el tono de voz más jovial que pudo—. ¿Cómo va Terry ahora?

Linda sacudió la cabeza.

—Está tranquilo, pero no veo mucho cambio.

Rick miró a la enfermera, situada a espaldas de Linda, en un oscuro rincón de la tienda, mientras buscaba el pulso del muchacho. Los latidos eran desde luego más llenos, pero la palidez del rostro no había cambiado. Mientras los contaba, Terry se contrajo levemente llevándose la mano libre hacia el vientre.

Linda dijo con inquietud:

—Ha hecho lo mismo varias veces.

—Son espasmos dolorosos —le explicó la enfermera.

Desde el fondo de su tremenda fatiga, Rick hizo un esfuerzo y alzó los ojos hacia la que acababa de hablar. No quiso dar crédito a sus ojos: era Carolyn Rycroft. Y ni siquiera se había dado cuenta... Debería habersele

ocurrido que era muy propio de Carolyn acudir adonde pudiera ser necesaria, sin esperar a que se la llamara. Se alegró de tenerla allí porque acaso necesitara de ella más que nunca.

Se sentó nuevamente junto a Terry. La primera vez que examinó el abdomen no encontró resistencia alguna a la presión, pero ahora, al más ligero contacto de los dedos, Terry se retorció y gemía; además, los músculos abdominales estaban contraídos con rigidez de madera. Eso significaba una reacción del peritoneo, la membrana que recubre los intestinos, ante alguna irritación violenta de los tejidos profundos.

Apenas dejó de palpar, Terry se sumió otra vez en el estupor causado por la morfina. Rick saludó a Carolyn con una inclinación de cabeza y salió de la tienda. Linda le siguió. En el camino de tablas, ella le cogió por el codo y le obligó a volverse, a darle la cara a la pálida claridad de las estrellas.

—¿Qué tiene, Rick?

—Algo ha sucedido... no sé exactamente qué... No lo podré decir hasta que no lo vea...

—¿Es que le vas a operar?

—No hay más remedio.

Ahora fue él quien la cogió por los brazos, al ver que se tambaleaba. Linda había visto los suficientes heridos aquella tarde para saber las consecuencias de un *shock*, y para saber lo peligroso que resultaba operar en tales condiciones. Sería jugárselo todo a cara o cruz. Pero a Winter no le sorprendió que Linda contestase lentamente:

—Haz lo que creas conveniente, Rick.

—Voy a hablar con Bill Coffin. Supongo que preferirás que se encargue él de la intervención.

—Quiero que seas tú, Rick. Es lo que Terry querría si pudiera decidir.

—Quédate donde estás y no te preocupes por nada. Voy a prepararlo todo inmediatamente.

Rick volvió a la tienda de la comandancia donde seguían charlando Amos y Bill Coffin, el primero ya instalado en una camilla, con un par de sanitarios al lado dispuestos a trasladarlo a una ambulancia, Amos preguntó:

—¿Suced algo, Rick?

—Sí, señor. Lo siento, pero es preciso que explore el abdomen de Terry Adams. No puedo establecer diagnóstico ni aplicar tratamiento alguno sin hacerlo.

Bill le oyó sin comentario alguno. Rick se sintió mejor cuando cambiaron una silenciosa mirada comprensiva. Sabía que Bill Coffin, en su lugar,

hubiera tomado idéntica decisión.

—Me imagino que el cuadro está claro.

—Hemorragia o perforación.

—Salgo dentro de unos minutos —dijo Amos—. Esperaba que pudiéramos irnos juntos. No podía sospechar que tuviéramos que despedirnos de esta manera, Rick.

Winter contestó, mientras estrechaba la mano del coronel:

—Tal vez estemos todavía aquí cuando usted regrese, señor.

—No creo que sea pronto —respondió Amos—. Volveremos, desde luego, y con el máximo de medios. Pero más tarde. Esta vez hemos abarcado más de lo que podíamos, y por eso nos han zurrado. Pero devolveremos el golpe. Valdrá la pena.

Hizo una señal a los sanitarios, quienes alzaron la camilla. Cuando iban a salir de la tienda, la mano del coronel se levantó en un impecable saludo.

—¡Mírale! —dijo Rick, dirigiéndose a Bill—. Es un soldado de cuerpo entero.

Capítulo XLV

Enamorados a solas... con un moribundo

Rick salió presurosamente de la tienda antes que Bill pudiera contestarle. Al ver la marcha de Amos había comprendido por entero la gravedad de la situación.

En la tienda del quirófano, Carolyn estaba disponiendo el instrumental con su acostumbrada calma. Rick le habló desde el umbral.

—He dado orden a un sanitario para que venga...

Sin alterarse, sin levantar los ojos siquiera, Carolyn respondió:

—Debes ser razonable, querido: siempre he sido yo quien ha preparado el instrumental.

Siguió disponiendo cuidadosamente, geométricamente los brillantes instrumentos sobre el blanco paño esterilizado. Winter se dio cuenta de que ya había logrado el aislamiento preciso para desarrollar debidamente su función. Dio un paso hacia ella, pero retrocedió inmediatamente al acordarse de que ya estaba cubierta de prendas esterilizadas.

—Si crees que te voy a...

—El jefe es ahora el comandante Coffin —repuso Carolyn con tono de voz estrictamente oficial— y ya tengo su permiso.

—Te arriesgas a caer prisionera.

Se cruzaron sus miradas y fue Winter quien bajó los ojos primero.

—Juntos trabajamos bien, ¿verdad?

—Demasiado bien para cambiar ahora. ¿Qué suturas emplearás?

—Algodón, como siempre —respondió él sin volver a mirarla.

Ante todo era médico, y la seguridad de Carolyn, como la suya, tenía menos importancia que el éxito de la operación. No obstante, esa consideración no le proporcionaba el menor alivio. El deseo de protegerla era más intenso en él que nunca, precisamente ahora, cuando sabía que su corazón pertenecía a Linda.

Ambos se volvieron a la vez cuando Bill Coffin asomó la cabeza por la puerta.

—¿Dispuestos, amigos?

—Tan sólo cinco minutos para lavarme.

—Está bien. El paciente está en camino.

Bill se apartó para dejar paso a Dean, el anestesista.

Rick estaba todavía bañándose las manos en alcohol cuando dos sanitarios depositaron a Terry en la mesa. Había dos enfermeras en la tienda. Al volver a la luz de las lámparas centrales, Rick corrigió su apreciación: la mujer alta y erguida con blusa y mascarilla, que estaba junto a Carolyn, era Linda Adams.

—¿Puedo asistir?

Encontró su mirada por encima de la máscara e inclinó su cabeza, en señal de asentimiento. Debía de haberse sentido muy sola, afuera, mientras la unidad comenzaba la evacuación. Ver lo que ocurría, por desagradable que fuese, resultaba preferible a una solitaria espera de noticias...

Carolyn le entregó un bisturí. La zona operatoria ya estaba marcada, desinfectada y limitada con paños. Hasta aquel momento había tenido que hacer las cosas de prisa, demasiado de prisa para pensar. Ahora, con el bisturí suspendido sobre la piel del abdomen, pintada de mercurocromo, sintió que la duda le asaltaba sinuosamente. En el minuto que precede a la primera incisión, había sentido la misma duda con frecuencia, como todos los cirujanos, pero el martilleo de la batalla en la lejanía y la febril agitación del campamento había dado a la reacción una fuerza desacostumbrada.

¿Y si su diagnóstico estuviese equivocado? ¿Y si no encontrara ninguna de las lesiones que esperaba, ni perforación, ni vasos lacerados? ¿Y si estuviera exponiendo inútilmente a su grupo a ser capturado por los alemanes?

Miró el fino hilo de sangre que afloraba la piel; la mano, más disciplinada que el espíritu, había trazado una incisión rectilínea y segura. Carolyn le pasó la primera serie de pinzas hemostáticas. Entonces el espíritu cobró el mismo ritmo que la mano... La tienda, la noche, el lejano trueno quedaron olvidados. Todo su mundo se circunscribía a un pequeño rectángulo de piel, a través del cual iba a penetrar en el misterio de una vida amenazada...

A medida que penetraba más profundamente en la incisión, iban apareciendo las brillantes vainas que cubren los músculos: las aponeurosis. Tomó la precaución de inyectar novocaína antes de seccionar el tejido fibroso y descubrir la masa rojiza del músculo. Apartó las fibras con precaución y después insertó los separadores en el ojal abierto. Carolyn los abrió y, al separarse las hojas, apareció el peritoneo. Rick alzó un instante los ojos para mirar a Linda. Ésta había retrocedido un paso. Más tranquilizado, volvió al trabajo.

—Hay hemorragia —comentó.

Ninguna otra causa podía dar al peritoneo el tinte azulado que presentaba.

—¿No es lo que te imaginabas?

—Sí, o la rotura de alguna porción del intestino.

—¿Sería mejor lo último?

—Sí, en el caso de que no fuera muy grande.

Había respondido a las preguntas de Carolyn de una manera absolutamente automática. Con el mismo tono opaco indicó al anestesista que profundizara la analgesia.

Durante unos instantes, con la herida cubierta con una esponja de gasa empapada en suero salino, esperó a que el éter ejerciera el deseado efecto. A una señal de Dean, retiró la esponja y procedió a despegar el peritoneo, ayudado por Carolyn.

Con una gasa retiró un grueso coágulo; no tenía sitio suficiente para hacer una limpieza de coágulos; ni espacio ni tiempo de buscarlos. En cierta manera, tal vez fuera mejor porque era posible que alguno obstruyese un punto sangrante, lo cual le ahorra una nueva complicación. Por lo demás, el estado de Terry no permitía minuciosidades excesivas.

Winter empapó varias esponjas en la sangre que llenaba los intersticios de la cavidad abdominal. Por el momento no había hemorragia...

Sin interrumpir su labor, preguntó a Dean:

—¿Cómo está?

—Pasable. Ciento diez pulsaciones.

Era algo mejor de lo que esperaba. Si pudiese encontrar en seguida la lesión...

—Separador Deaver, por favor.

El instrumento solicitado llegó inmediatamente a su mano tendida. Insertó la larga superficie curva en el borde de la pared abdominal y lo mantuvo hasta que los dedos de Carolyn lo aseguraron debidamente. Esta función es una de las más importantes que puede efectuar el ayudante de una operación; el separador mecánico no puede reemplazar la presión de la mano humana.

—Ajusten la luz, por favor.

Dean bajó la lámpara y la colocó de manera que proyectara la luz directamente sobre la herida. El cirujano examinó, una a una, las asas intestinales. Tampoco las cosas se presentaban favorablemente. También, como en el peritoneo, dominaba un tinte azul grisáceo, lo cual indicaba, sin duda, una detención del flujo sanguíneo...

Lentamente, de asa en asa, de repliegue en repliegue, siguió el recorrido del intestino, buscando la perforación o el obstáculo que impedía el paso de la sangre. A medida que el examen progresaba, empeoraba el aspecto de los tejidos intestinales, oscureciéndose más su color.

Un contenido murmullo le indicó que también Carolyn había percibido la evolución.

—Un poco más abajo, por favor...

Ella movió adecuadamente el separador. Ahora Rick podía distinguir las arterias en el abanico del mesenterio. Tan sólo se percibía una débil pulsación, y, sin embargo, cuando sus dedos tocaron la aorta, el gran canal central del cuerpo, sintió el precipitado ritmo de su pulso. Tenía que darse prisa. No podía dejar exangües los tejidos mucho tiempo más porque amenazaba una complicación mortal: la gangrena...

Los dedos se deslizaron por los vasos, y, de pronto, aunque era rígido el dominio de sí mismo mientras operaba, no pudo reprimir una crispación: estaba tocando los coágulos que llenaban las venas y arterias, que cortaban por completo la circulación sanguínea de la zona, destruyendo la parte de intestino afectada con la misma seguridad que si el corazón se hubiera parado.

Era la trombosis mesentérica, la más temible de las complicaciones que podía haber encontrado.

Rick experimentó la necesidad de revisar sus planes y se apartó de la mesa para reflexionar. Había leído varias comunicaciones a propósito de tan dramática consecuencia de las ondas explosivas. Según las apariencias, la conmoción puede lesionar los tejidos delicados, particularmente los vasos, originar pequeñas hemorragias o inflamaciones de la luz, y, después, coágulos, trombos obstructores. Era la primera vez que se encontraba ante un caso así. Y lo difícil era retirarlos.

Desde la penumbra, Linda se dirigió a él:

—¿Qué sucede, Rick?

Contestó, de nuevo dueño de sí mismo, con una voz serena y firme:

—He encontrado unos trombos en los vasos alterados por la onda explosiva...

La mano de Carolyn tembló ligeramente y el separador se movió una fracción de milímetro. Winter supo que ella comprendía la gravedad de la situación, las dificultades de la intervención inmediata. La miró un instante, sonriéndole bajo la máscara.

—¿Dispuesto, soldado?

Ella también sonrió animosamente:

—Dispuesta, capitán. ¿Vamos?

Volvió a su tarea con una resolución tomada. La verdad era que no se le ofrecía opción. La parte bloqueada del mesenterio estaba demasiado alterada para que pudiese salvarla. Tenía que suprimir la región afectada del intestino. La resección debía ser amplia y la anastomosis dificultosa. No podía cargar con semejante responsabilidad sin que Linda supiera de lo que se trataba y diera su consentimiento. Por consiguiente, se dirigió a ella:

—Tendría que extirpar una parte del intestino.

—¿Mucho?

—Más de lo que quisiera.

—¿Qué posibilidades hay?

Rick respondió lentamente, meditando cada palabra:

—No sabría decirlo. Tal vez un diez por ciento.

—¿Y sin la operación?

Movió la cabeza negativamente. Verdaderamente, no había alternativa.

Linda respondió con entereza:

—Entonces lo mejor que puede hacerse es intentarlo.

Winter pidió las pinzas de resección, alzó un tramo de intestino, colocó a través las ramas de aquéllas y las cerró firmemente. Al lado, puso otras pinzas y cortó entre ambas. Normalmente, hubiera empleado el bisturí eléctrico, pero carecía de él. Por lo demás, el trabajo debía hacerse con la mayor rapidez, o no hacerse.

Levantó la extremidad seccionada iniciando el despegue del mesenterio.

—Pon tú las pinzas ahora —dijo a Carolyn, la cual hizo lo que se indicaba con celeridad y precisión.

Winter fue cortando a todo lo largo de la superficie, despegando el intestino del mesenterio. Luego cosió el muñón restante para evitar toda hemorragia ulterior.

Durante veinte minutos trabajaron ambos con intensa actividad, retirando, centímetro a centímetro, los tejidos dañados, hasta que pasaron de la zona de trombosis. En tal punto, puso nuevas pinzas y seccionó, retirando luego la porción extirpada de intestino.

Se planteaba el problema del procedimiento que había de seguirse. Normalmente, las dos extremidades seccionadas deberían ser unidas y cosidas, en anastomosis, y luego movilizarse las asas intestinales inmediatas para proporcionar una continuidad regular, sin tracciones para la sutura. Pero tal sistema era demasiado laborioso e implicaba, por el tiempo que requería, serios peligros para el operado.

—No podemos arriesgarnos a hacer una anastomosis —dijo a Carolyn—. Tendremos que implantar las extremidades seccionadas en la herida y poner drenajes. Con ello nos ahorraremos la anastomosis inmediata, que podrá efectuarse más tarde con mayor seguridad.

Pidió a la enfermera suturas para efectuar el cierre de los diversos planos.

Dean advirtió:

—La presión baja.

Pero Rick no necesitaba la advertencia. La piel de Terry estaba más pálida todavía que antes de la intervención. Trabajó con la mayor rapidez posible, ganando preciosos segundos a la muerte.

Cuando hubo anudado la última sutura, levantó la cabeza y vio a Bill Coffin junto a él.

—¿Cuándo podrá ser evacuado?

—No puede ser evacuado en absoluto, y tú lo sabes muy bien —repuso Winter, quitándose los guantes.

El traslado en ambulancia de un enfermo que acaba de sufrir una grave operación abdominal es el medio más rápido y seguro de causarle la muerte. De una manera fatal.

Desde un rincón de la tienda, Linda preguntó:

—¿Cuándo salen?

—Ya hemos salido —contestó Bill.

Y levantó la lona de la puerta de la tienda para confirmar sus palabras: en el exterior no quedaba nada. Tan sólo los tablones que cruzaban la plazoleta y una pequeña tienda cerca del punto en que desembocaba la carretera recordaban lo que había sido, dos horas antes tan sólo, el campamento de una unidad médica.

—Todo esto es vuestro cuartel. ¿Quién se queda? —añadió Bill.

—Yo, naturalmente —dijo con dulzura Carolyn.

La voz de Rick sonó secamente:

—Lo que se necesita es un médico, y ése soy yo.

Miró severamente a la enfermera, desafiándola a que se pusiera frente a él, contra las normas de disciplina. Carolyn bajó los ojos y retrocedió. Entonces habló Linda de nuevo:

—También yo me quedo. En cuanto salga de la anestesia preguntaré por mí.

Bill Coffin aprobó con un gesto. Ella tenía más derecho que nadie a permanecer al lado de Terry. No obstante, Rick hizo una tentativa.

—Ya me cuidaré de él, Linda; te lo prometo.

Pero ya sabía que sus palabras eran inútiles. Linda estaba decidida. Hizo un signo a los sanitarios para que trasladaran a Terry, y después se dirigió a Bill:

—¿Qué equipo nos dejas, además de la tienda?

—Una caja con material de urgencia y una lámpara de petróleo. También os dejo plasma y sangre por si necesitase transfusiones. Todo a punto.

—¡Buen trabajo, amigo! ¿Cuándo te pones en camino?

—Ahora mismo.

Cuando la camilla salió de la tienda, dos sanitarios empezaron a desmontarla febrilmente. Pararon el grupo electrógeno y recogieron los cables de las conexiones. Bill encendió una lámpara eléctrica junto al camión que esperaba y revisó los contornos. Luego entregó la linterna a un sargento para que alumbrara el camino de los camilleros hacia la pequeña tienda de campaña aislada del mundo, en tremenda soledad bajo el negro cielo cuajado de estrellas.

—Ahora no me queda otra cosa que decir: ¡buena suerte!

—Podrías añadir que nos encontraremos en Berlín. En la Guerra Europea esta frase tenía mucha aceptación.

—No veas las cosas tan mal —dijo Bill, estrechando la mano de Rick—. Lo más probable es que yo mismo venga a recogeros mañana. Cuídate, y hazle la transfusión en seguida.

Bill se alejó discretamente en la sombra; Carolyn salió de la tienda, con grandes paquetes bajo los brazos, en el momento en que las lonas se desplomaban. La joven dejó caer los paquetes y se echó en brazos de Rick.

—Querido, deberías haber permitido que me quedara.

—¿Te olvidas de que eres mi novia?

—También eres tú mi novio. ¿Y si caes prisionero?

—Por eso quiero que te marches. Si caigo prisionero, me alegraré saber que estás a salvo.

Rogó a los cielos que su voz sonase con acentos de sinceridad. Carolyn no debía saber nunca que el consentimiento que avasallaba su alma era la angustia por la seguridad de Linda. Linda..., sobre la que no tenía ningún derecho; ni siquiera, hablando en rigor, el de protegerla...

—¡Vete! ¡De prisa! —dijo con rudeza—. Tiene que haber alguien que se encargue de alquilar la casa que tendremos en Connecticut cuando todo esto se acabe.

Pero Carolyn estaba más allá de las consolaciones verbales. Se le abrazaba con sollozos contenidos. Uno de los sanitarios ocupados en cargar

en el camión la tienda desmontada se acercó, la asió de un brazo y se la llevó hacia la ambulancia, pero ella se escapó y volvió corriendo a los brazos de Rick. El soldado se quedó en pie junto al vehículo, esperando.

—¡En marcha! —dijo Rick—. ¡Y pronto! ¡Es una orden!

Carolyn echó a andar hacia la ambulancia y subió sin volver la cabeza. Durante unos minutos, Rick permaneció inmóvil, viendo cómo se alejaban el camión y la ambulancia para unirse a la riada de vehículos que, por la carretera del valle, huían de la catástrofe.

Luego respiró profundamente, levantó los hombros y se encaminó a la pequeña tienda levantada en el fin del mundo.

Linda y él estaban ya solos. Solos con un moribundo.

Solos... hasta que el enemigo llegase...

Capítulo XLVI

Apenas encendida, la llama se extingue

Cuando Rick entró en la tienda, Terry reposaba, inmóvil, en la camilla. Se arrodilló junto a él, sin mirar a Linda, para concentrarse por entero en su tarea, y preparó una transfusión. La sangre había sido recogida en botellas adecuadas con el indispensable citrato de sosa; la etiqueta del ejército norteamericano parecía extrañamente ajena al angosto escenario...

—¿Quieres darme la goma?

Linda le entregó la tira elástica con la que haría torniquete en el brazo para efectuar la inyección intravenosa, y, una vez introducida la aguja, mantuvo en lo alto la ampolla de la sangre. No dijo ni una palabra. Tampoco Rick.

Mientras la sangre entraba en la vena, Rick dejó errar la mirada por su refugio. La lámpara de petróleo proyectaba sobre las paredes de tela una impecable claridad reveladora de un terrible vacío. A un lado, una mesa plegable con algunas medicinas e instrumentos; en un rincón, unas mantas y sus sacos de campaña. Se incorporó y rebuscó entre las prendas.

—A Dios gracias, Bill ha tenido el buen sentido de llevarse mi revólver.

Ella contestó en el mismo tono:

—Me parece bien. En teoría, el mundo está civilizado. Hasta los nazis deben saber que los de Sanidad no llevan armas.

—A menos que lo hayan olvidado. Bien, si llegan, nos cazarán a los dos.

—Si llegan, Rick, ¿permitirán que te cuides de Terry?

—Estoy seguro.

La verdad era que no estaba seguro de nada, pero lo importante era darle esperanzas y luchar contra el silencio que los envolvía. Rick no podía olvidar que demasiadas veces durante la guerra las cruces rojas y las cruces blancas y azules de las instalaciones médicas habían sido objetivo de bombardeos...

Desde las alturas, el ruido de un avión pareció contestar a su pensamiento. Rick se precipitó a apagar la lámpara: a través de la tela, su reflejo hubiera significado un excelente blanco para el merodeador. Encendió la linterna de

bolsillo y comprobó el curso de la transfusión. A continuación ofreció a Linda una silla plegable.

—Deberías sentarte. Tenemos por delante mucho tiempo.

Sonó una explosión lejana. Rick salió. La llanura circundante estaba bañada por la claridad de las estrellas. Súbitamente le asaltó el recuerdo de otro bombardeo, el zumbido de otros motores, de noche, cuando una mujer se echó en sus brazos buscando protección, la misma mujer que poco antes había dejado sin emoción que se fuera. Linda había salido también. Instintivamente le puso una mano en el hombro.

—¿Era un bombardero?

—Creo que sí, pero no venía hacia acá.

Linda apretó la mano cuando una segunda bomba estalló en la llanura.

—¿Estarán intentando cortar la retirada?

—Seguramente. Ojalá hayan podido escapar Bill y todo el equipo.

Intentaba imaginarse lo que estaba ocurriendo allí abajo, pero no podía. Sabía que Carolyn estaba en peligro: eso era todo. Y lo desagradable era que esa convicción no le causaba dolor, por lo menos no le angustiaba como hubiera sido natural. Buscó la mano de Linda y se la estrechó fuertemente.

—¿Crees que nos bombardearán, Rick?

—No valemos una bomba. Además, no hay aquí nada que pueda atraer su atención.

Linda se estremeció y él tanteó en la tienda en busca de una manta. Al contacto reconoció uno de los capotes de enfermera forrados de piel. A la luz de la linterna leyó la etiqueta con el nombre de su propietario: *Carolyn Rycroft, subteniente*. Haber dejado su abrigo tras de sí era un rasgo típico de ella.

—Ten, échate encima este capote.

La ayudó a envolverse en la prenda y pasó el brazo por su cintura; era el único medio que se le ocurría para confortarla. Pero no pudo evitar que ella se volviera lentamente hacia él. Las estrellas, la tienda, el trueno de las bombas, los cañones, el dramatismo de su situación, Terry: todo se borró.

Él no hizo ni un gesto de protesta cuando Linda entró de nuevo en la tienda, pero se quedó fuera, bajo la levantada lona de la entrada, contemplando la lejana sombra de la colina recortada contra las estrellas. En algún sitio, hacia Oriente, las líneas americanas habían cedido. Una especie de estruendo llenó la noche, un amplio resplandor rojizo iluminó el cielo. «Depósitos de gasolina —se dijo—. Eso quiere decir que las cosas van de

prisa». Muy pronto resonaría el valle entero con el ruido de sus tanques. El estrépito de sus cadenas y de sus motores marcaría el renovado avance.

De todas maneras, bien poco importaba cómo se desarrollara el ataque. Él no podía hacer otra cosa que esperar. Dio media vuelta y entró, a su vez, en la tienda. Linda le miró con sus grandes ojos húmedos de lágrimas. «Qué ojos tan bonitos», comentó para sus adentros, sonriendo como si acabara de descubrirlos. Ella aceptó la sonrisa como si de antemano supiera que se la dedicaba y le correspondió con otra sonrisa, bajo el capuchón del capote de Carolyn.

—¿Tienes frío ahora?

Linda negó con la cabeza.

Rick le tomó la mano, se la estrechó cariñosamente y luego, a la reanimada luz de la lámpara de petróleo, se inclinó para examinar a Terry. El pulso era más precipitado y más débil. Linda le miraba con la angustia reflejada en el rostro, pero él no dejó traslucir impresión desfavorable alguna.

—Tal vez debamos economizar el combustible de la lámpara —sugirió Linda dulcemente.

—Hay otra de repuesto entre lo que nos han dejado. Ésta deberá durar hasta que amanezca.

—¿Quieres decir... hasta que lleguen?

Rick tuvo una súbita inspiración.

—Ese capote lleva el nombre de Carolyn. Les diremos que eres mi enfermera de quirófano y que te has quedado conmigo para cuidar al herido.

—¡Querría ser verdaderamente Carolyn! —gimió Linda, con los ojos llenos de lágrimas.

Rick le puso ambas manos en los hombros, intentando animarla y admirándose de la fuerza de voluntad que le hacía resistir a la tentación de besar aquellos labios y aquella encantadora cara.

—Ten calma, Linda. Ya verás como no pasará nada.

—Ya ha pasado, Rick. Ahora mi obligación es ayudarte como si fuera Carolyn Rycroft.

Como si empezara a desempeñar su papel, se acercó a Terry para apartarle el pelo de la frente y observó que la piel estaba seca y caliente.

Rick podía haberle dicho que la fiebre probablemente seguiría subiendo regularmente, la fiebre que con frecuencia acompañaba lo irremediable. Sin hablar, se dejó caer en la silla y hundió la cabeza entre las manos. Veía claramente lo que sucedía. Otras veces había combatido la depresión que le invadía, la misma que, lo recordaba bien, se había adueñado de él cuando

asistió, como interno, en una vivienda de los suburbios de Nueva York, a una parturienta a la que vio consumirse lentamente por el fuego de la infección que una comadrona negligente permitió se desarrollara. La misma que le llenó de desesperación cuando, sentado impotente al lado de una cama, vio como el virus de la poliomielitis paralizaba la respiración y acababa con la vida de un niño.

—Espero que accedan a trasladarle al hospital de Túnez.

Levantó instantáneamente los ojos al oír la voz de Linda. Alejó sus recuerdos y respondió:

—Tienen hospitales de campaña como los nuestros...

¿Qué necesidad había de decirle que Terry no sobreviviría a un traslado?

El muchacho se removió ligeramente en la camilla. Ambos se acercaron y le arreglaron las ropas y la almohada.

En el exterior reinaba otra vez una calma absoluta. Tan sólo se percibía, de tarde en tarde, el estampido de un cañonazo en lontananza. Rick puso en la camilla otra manta. Linda se sentó en su silla.

—¿No tienes frío? —preguntó.

—Ahora que me lo dices, sí, lo tengo. Estoy helado.

Tomó una manta para echársela por los hombros, pero la dejó caer al percibir los gemidos de Terry, que se debatía como si no pudiera respirar.

A la luz de la lámpara, el rostro del muchacho apareció cianótico, el sombrío color que señala la falta de oxígeno. Winter le auscultó el pecho. El ritmo de la respiración se aceleraba y las inspiraciones eran cada vez más roncas y anhelantes. Las zonas mates se extendían, revelando la invasión del campo pulmonar.

Podían haber sucedido muchas cosas, pero lo más probable era que mientras Terry estuvo tendido en decúbito supino los pulmones hubieran podido trabajar con cierta libertad de movimientos. Al cambiarle de posición, uno de los dos pulmones habría quedado comprimido, determinando, conjuntamente con el edema, la cianosis actual.

En la esperanza de estimular una inspiración profunda, capaz de desalojar las secreciones que iban llenando los bronquios, Winter dio unas fuertes palmadas en el pecho de Terry. La inspiración se produjo, al fin, crepitante, pero sin expectoración. Rick tomó el fonendoscopio y lo aplicó al corazón. Cuando se lo retiró de los oídos, Linda le miraba ansiosamente.

—¿Cuántas?

—Ciento —contestó.

Mentía. Estaba a sesenta latidos por minuto. Pero no quiso decirlo porque prefería esperar hasta el máximo antes de descubrir a Linda el estado real de su hermano. Aún había alguna esperanza.

Se había instaurado un *shock* decisivo. En alguna parte del organismo había un fallo profundo, un fallo circulatorio. Al auscultar otra vez unos minutos después, Winter oyó lo que esperaba: el siniestro murmullo del edema que invadía los pulmones. Por encima del cuerpo de su hermano, Linda le dirigió una mirada implorante. Rick no pudo más que volverse con un gesto de desesperación que reflejaba lo irremediable. Nada de cuanto pudiera decir o hacer borraría el sentimiento de lamentable impotencia que le dominaba. El mismo sentimiento que en ocasiones análogas abrumba a todos los médicos. El impulso de tirar el estetoscopio, o el instrumento que sea, y de renegar de tantos y tan largos años de estudios y de prácticas, todo eso en que se ha creído, todo lo que en un momento se muestra totalmente inútil.

Gracias a Dios, el desenlace fue misericordiosamente leve.

Cuando todo hubo acabado, dejó a Linda junto a la camilla, con una mano de Terry abandonada entre las suyas ardientes.

Ni siquiera le vio cuando salió de la tienda. Rick cogió un pico y una pala y atravesó el llano en dirección al bosquecillo.

Capítulo XLVII

Una tumba solitaria al borde de un bosquecillo

En la linde del llano y del bosquecillo, escogió un lugar entre dos palmitos y se puso a cavar. El esfuerzo físico devolvió ánimos a su decaído espíritu. La tierra estaba blanda y no necesitó mucho tiempo.

Cuando regresó a la tienda, Linda seguía inmóvil, junto al cadáver de su hermano. Levantó la cabeza y le miró como si fuese un extraño al que viese por vez primera. Comprendió la hondura de su ensimismamiento cuando Linda se deshizo bruscamente de la mano que Rick le puso en el hombro, como si, inconscientemente, se rebelara contra aquella intrusión en su pena.

—Todavía tenemos alguna probabilidad —habló él—. ¿Estás dispuesta a marchar?

—¿Marchar?

Pronunció las sílabas mecánicamente, en un murmullo más que en una palabra.

—Aún no es medianoche. Hay marea baja. Si vamos de prisa podemos cruzar, por la playa, hasta la Crevette. Tal vez los nuestros posean todavía el ferrocarril.

Los labios de Linda se contrajeron dolorosamente, sin articular palabra. La joven estaba más allá del consuelo de las lágrimas.

Al cabo de unos instantes, respondió:

—Debo quedarme con Terry.

Rick respiró profundamente. Tenía que actuar por la fuerza. No podía permitir que la desesperación la anulara. Se decidió:

—Ya he hecho... ya he hecho lo necesario. He cavado su tumba cerca del bosque.

Se le encogió el corazón, pero hizo caso omiso de su grito de dolor cuando se inclinó para tomar en brazos el cuerpo del desgraciado muchacho. El momento obligaba a prescindir de las crisis de nervios y hasta de los sollozos. Ahora que Terry estaba fuera de toda posibilidad de ayuda, Winter veía claramente cuál era su deber. Maquinalmente, Linda cogió la linterna y le siguió cuando salió de la tienda.

Fue el suyo un extraño cortejo. Atravesaron lentamente el llano donde se había alzado el campamento. Rick, llevando el cuerpo en brazos; Linda, con la linterna colgando de un brazo desmayado, con el capote de pieles flotando al frío viento de la noche. Al llegar junto a la fosa, ella permaneció en pie y continuó extrañamente tranquila mientras la tierra caía sobre el cuerpo de su hermano. Tan sólo dejó escapar un sollozo cuando Rick clavó sobre la tumba una cruz improvisada con dos ramas.

—He atado su placa de identidad en la cruz —explicó él—. Eso permitirá localizarle. Además, ya he señalado el sitio en el mapa.

Echó a un lado la pala y tomó la mano de Linda como para pedirle perdón por su dureza. Cuando se dio cuenta de que ni siquiera le había oído, se encaminó hacia la tienda para recoger lo más imprescindible para el largo recorrido que les esperaba. Hizo un rollo con dos mantas, tomó otra para echarla por la espalda de Linda, metió en un macuto cuantas raciones de campaña le cupieron y llenó dos cantimploras grandes con agua destilada.

Volvió a salir. Linda estaba arrodillada junto a la tumba de su hermano.

Esperó hasta que se incorporó y entonces se le acercó para echarle la manta y sujetarle a la cintura la gruesa cantimplora. Ya no podían retrasarse más. Era imprescindible salir de allí si querían escapar de las patrullas enemigas, que con toda seguridad no tardarían mucho en hacer acto de presencia. De todos modos, si eran capturados, lo serían como miembros del cuerpo médico. Para más seguridad había escogido dos brazaletes con la cruz blanca y las iniciales «M. C.»^[35]. Uno de ellos lo prendió en la manga de Linda y luego intentó sujetar el otro en la suya, pero la carga que llevaba le entorpecía los movimientos. La joven se acercó a él y se lo colocó. Sus manos estaban heladas.

—Bebe un poco de esto, por favor.

Ella se retiró ante la botella de whisky que se le ofrecía, pero él la cogió por los hombros y la sujetó firmemente mientras le colocaba el gollete entre los labios.

—Debes beber. Lo necesitas, y yo también. Iremos hacia la playa. Hay marea baja. Con un poco de suerte podemos cubrir antes de que amanezca los treinta kilómetros que nos separan de ella.

—Tengo que quedarme aquí, con él, Rick, con él.

—¿Crees que es eso lo que Terry hubiera querido que hicieras?

Linda, deshecha en lágrimas, cayó de rodillas sobre la tumba; Rick permaneció en pie a su lado, dejándole tiempo para que se le aplacaran los nervios. Luego la ayudó suavemente a incorporarse. Esta vez no protestó.

Echaron a andar hacia el sendero de las dunas. Al llegar al punto donde el camino daba la vuelta en dirección al mar, Linda se detuvo y contempló la cruz de madera de la tumba de su hermano.

Rick vio cómo, después del último y silencioso adiós, Linda levantaba la barbilla valientemente, poniéndose a andar con decisión tras él. Pronto llegaron a la playa. La arena puesta al descubierto por el reflujo estaba endurecida. Su superficie, extendiéndose hacia el oeste, era como una vía luminosa en la noche.

En el mismo instante, en una base avanzada norteamericana, mucho más allá de la Crevette, el personal del 95.º Hospital de Campaña bajaba de los camiones que les habían conducido hasta allí sanos y salvos. Pasaron un mal rato cuando una escuadrilla voló sobre el convoy antes que las baterías móviles que protegían la retirada ahuyentasen a los aparatos. Otro disgusto fue el que se llevaron cuando, al llegar a la Crevette, vieron que la vía férrea había sido volada para evitar que el enemigo la utilizase. Camiones y ambulancias continuaron, pues, su camino en la noche, dejando tras de sí el estruendo de la batalla, cada vez más lejano, hasta que al fin quedó ensordecido totalmente por la cortina de las montañas.

En las marmitas esperaba comida caliente, y había tiendas para las enfermeras. La mayor parte de los oficiales llevaban saco de dormir y se instalaron en los rincones que les parecieron más tranquilos. Al otro lado de un riachuelo próximo se estaba instalando otra unidad médica, en previsión de la llegada de heridos. Pero los heridos no llegaron, prueba evidente, a los ojos de Bill Coffin, de que el frente de batalla se debía de estar trasladando hacia el norte, y prueba también de que las carreteras estarían cortadas.

Después de devorar una segunda ración de guisado y el correspondiente café, Bill fue a la tienda de admisión para ver cómo se encontraba Amos. Le habían inyectado morfina, y dormía apaciblemente; Bill aceptó el cigarrillo que le ofreció el capitán de servicio y se sentó. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo fatigado que estaba.

Dudando un poco, como si no quisiera dar la sensación de que pretendía entablar una charla convencional, el capitán dijo:

—¿Le parecería a usted un chiquillo si le dijera que le tengo envidia?

Bill sonrió desde el fondo de su agotamiento. El cigarrillo era lo único en el mundo que le separaba de su anulación total.

—No sé por qué. ¿Acaso por mi trabajo?

—Exactamente, por su trabajo y por la habilidad con que manda usted la unidad.

—A propósito de la unidad, ¿se han llevado a Randall Strang?

—Hace dos horas. Estaba hecho polvo. Lo he mandado al aeródromo de *Rivière Sec*. Si ha tenido suerte, debe de estar volando hacia Argel... ¿Han tenido ustedes alguna baja más?

Bill contempló fijamente la brasa del cigarrillo.

—Tres.

—¿Alguien importante entre ellos?

—¿Ha oído usted hablar de Linda Adams?

El capitán comentó con cierto aire ofendido:

—¡Pues claro que sí! También leo periódicos... —Luego añadió, tras una pausa—: ¡No me diga que ha sido herida!

—¡Ojalá lo hubiera sido! Estaría con nosotros ahora... Su hermano estaba gravísimo y quiso permanecer a su lado. Rick Winter se quedó también. Terry Adams era paciente suyo.

—¿Cree usted que los habrán cogido los alemanes?

Bill permaneció largo rato con los ojos perdidos en la noche. Después de todo, puesto que aquel joven y robusto capitán no tenía interés personal en la aventura, podía hablar con indiferencia.

—¿Cuál es su opinión, capitán? ¿Qué cree usted?

—No sé qué decirle. Sólo sé que vi una vez a Rick Winter y me causó la impresión de ser verdaderamente alguien.

Hubo una pausa. Una vez más la cólera y la rabia inundaron el espíritu de Bill Coffin: en esta guerra más que en ninguna otra era tan fácil morir como caer prisionero. ¿Respetarían los alemanes los acuerdos internacionales de respeto a los oficiales médicos? Bill movió la cabeza con desaliento. Aun en el caso de que fuese así, Rick no era de la especie de hombres que se conforman con ser prisioneros; no se lo imaginaba sometido al régimen de un campo de concentración. Era demasiado arrogante para la servidumbre, demasiado franco para el mundo furtivo de la reclusión... Probablemente, intentaría escaparse... Bill se imaginó el cuerpo de su amigo colgando de las alambradas, cosido a balazos...

Bruscamente, se levantó, mordió el cigarrillo y escupió el tabaco.

—Creo que voy a acostarme. Si hay novedades, ¿tendrá la bondad de avisarme?

—Es lo menos que podemos hacer por usted —contestó el capitán, pulido, brillante y fresco.

Cuatro kilómetros al oeste la luna iluminaba una planicie limitada por dos altas aristas. La claridad reverberaba sobre el metal de una placa de identificación colgada de una cruz. Un hombre apareció tras una loma. Era un soldado, calzado con gruesas botas y el casco puesto. Semioculto en la sombra, su rostro, cubierto de polvo, tenía la expresión de un perro temeroso del recibimiento que le espera.

Durante un largo rato miró la solitaria tienda, a la que se fue acercando, paso a paso, cautelosamente, escondiéndose de árbol en árbol. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, disparó tres veces a través de la lona. Le respondió el silencio. Entonces bajó el cañón del fusil ametrallador y levantó de un tirón la lona de la entrada.

Levantó una mano. A esta señal, otras siluetas salieron a la luz de la luna. Se detuvieron para leer la placa de identidad, pero ni la tocaron.

Después, con la misma rapidez que habían llegado, se agruparon y desaparecieron en la sombra de las colinas, hacia el oeste.

La tumba de Terry Adams se quedó sola junto al bosquecillo.

Capítulo XLVIII

Donde un hombre y una mujer se libran de una batalla de tanques y aviones

Su cuerpo había acabado por rendirse al sueño, del que salió sintiendo que el terror le invadía el cerebro antes incluso de despertarse por completo, desvelado por el dolor de una pierna dormida en mala postura. Durante unos segundos se agitó sobre la manta antes de sentarse bruscamente. La luz del sol le acariciaba el rostro. En su espíritu, más alerta que el agotado cuerpo, se calmó el injustificado pánico. Linda dormía aún en el nido de ramas que habían preparado para ella. Nadie había hollado el terreno elegido para albergarse en lo alto de una pedregosa colina.

La pequeña hoguera que había encendido entre piedras, aún tenía rescoldos. Rick se acercó para sofocar el débil hilo de humo que de ella se escapaba. Se había prometido una docena de veces ir a apagar el fuego, del que tan terrible necesidad tuvieron en la media hora anterior al alba. Apenas hubieron abandonado las ruinas de la Crevette, con los raíles convertidos en chatarra, para encaminarse a las colinas, la noche empezó a enfriarse hasta matizarlos con un frío glacial.

Apartó la cubierta de ramaje para ver la cara de Linda. Estaba profundamente dormida. Rick sonrió al comprobar que seguía envuelta en la manta suplementaria que, pese a sus protestas, le había echado por los hombros. Obedeciendo a un impulso que no pudo contener por completo, se inclinó sobre ella y le rozó la mejilla con un beso. Las ojeras de fatiga habían desaparecido. Le había convenido hacer alto para reponerse, pese al riesgo que corrían, después de la agotadora marcha a lo largo de la playa.

Miró la hora de su reloj de pulsera: dos y media de la tarde. Con las articulaciones envaradas bajó poco a poco por la pendiente hasta llegar a un arroyuelo que se despeñaba entre las rocas. Hundió la cabeza en el agua helada, se frotó la nuca y sólo entonces se le abrieron los ojos por completo. Sólo entonces pudo contemplar los contornos con entera lucidez.

Por el sur, las peladas colinas iban al encuentro de una respetable cadena montañosa. En línea recta, ante ellos, la carretera, perfectamente asfaltada,

corría paralelamente al mar. A la violenta luz del sol, todo aparecía desierto. Por el norte, las verdes ondulaciones de la pradera iban a deslizarse hasta las olas. El Mediterráneo lucía con puro y brillante azul, sin trazas de nubes ni de velas, ni siquiera la lejana humareda de algún barco. Se le hacía difícil pensar que todo un ejército en retirada había pasado por aquella carretera la noche anterior. Se le hacía difícil creer que todo aquello era un campo de batalla africano y no un apacible rincón de la lejana costa californiana.

De pronto, el aire vibró con el vago rumor de unos motores. Se agazapó y permaneció inmóvil, con todos sus sentidos alerta. El ruido venía del este.

Al cabo de poco rato apareció por la carretera, con tableteante estruendo, la masa gris de un escuadrón de motociclistas que se deslizó velozmente hacia el oeste. Desde la altura, Winter los vio desaparecer con un curioso sentimiento de indiferencia, que duró muy poco. ¿Eran aquéllos los hombres que habían aceptado cita con el destino, cita repetida sucesivamente y a la que nunca habían faltado, de acuerdo con un horario fatalmente fijo en la historia? El hondo terror que inspiraban estremecía la mitad de la tierra. No obstante, a él se le antojaban *robots* exactos y resueltos; nada más. Se preguntó si realmente alentarían pensamientos tras aquellas máscaras de polvo y humo. Se incorporó sacudido por la rabia y, cuando los últimos motoristas quedaban ocultos por la curva de la carretera, blandió hacia ellos un puño crispado. Se sentía helado hasta la punta de los dedos. Hubiera experimentado el mismo frío si los cielos se hubiesen abierto para que lloviesen ante él hombres de Marte.

Una vez que hubo pasado el escuadrón, el silencio se restableció, todo volvió a quedar desierto... Sin embargo, mientras volvía hacia su albergue, Rick tuvo la premonición de que era observado. Su sexto sentido le había avisado demasiado tarde. Absorbido por el paso de la marea de motocicletas, fascinado como por una pesadilla, había olvidado inspeccionar los alrededores inmediatos. Se detuvo, se puso en cuclillas al amparo de unos matorrales y se quedó inmóvil, sin atreverse ni a respirar.

La amenaza que temía apareció por entre un macizo de juncos, a menos de cien metros a su izquierda. Era el cañón de una metralleta, en cuyo azulado acero reverberaba el sol. Rick cerró los ojos esperando los disparos. Pero no sonaron. Cuando los volvió a abrir, el portador del arma había salido de su refugio de juncos. Era un hombre bajito y más bien grueso, con la cabeza envuelta por un vendaje... Rick suspiró con toda su alma cuando vio que llevaba un uniforme británico.

—¡Eh, yanqui! —gritó la aparición.

El desconocido se acercó con cierta prudencia, hasta que distinguió los galones del cuello de la guerrera de Rick. Entonces, el cañón de la metralleta apuntó al suelo y el recién llegado se cuadró en un vivo saludo.

—Perdón, señor. No quería darle un susto, sino tan sólo asegurarme. Espero que comprenda mi situación...

—Por supuesto. ¿Quién es?

—Cabo Horacio Toler, señor. Primer Ejército británico. El camión que conducía se me averió.

Señaló un pequeño olivar, a poca distancia de la carretera:

—Tuve tiempo de meterlo allí antes de que se me parara del todo. Durante toda la mañana he estado trabajando para devolverle la respiración. El pobrecito está hecho migas...

—¿Está usted solo?

—Completamente, señor. ¿Y usted?

Era demasiado absurdo para ser verdad. Los ángeles vestidos de uniforme no tienen costumbre de aparecer tan oportunamente, sobre todo antes de la comida. Rick tomó asiento en un pedrusco, contempló brevemente al pequeño *cockney*^[36] y al cabo de unos instantes habló:

—Una enfermera de mi equipo quirúrgico está oculta en la colina. Supongo que sigue durmiendo... Si no es completamente necesario, no quisiera despertarla.

No le dio explicaciones sobre la auténtica personalidad de Linda porque no le pareció útil.

Toler preguntó humildemente:

—¿Podría descansar un poco, señor?

Rick sonrió e hizo un sitio al cabo junto a él, al cobijo de los pedruscos y matorrales que los ocultaban de la carretera.

—Descanse con tranquilidad. Aquí no estamos en una revista de gran gala.

—¡Ojalá estuviera en una y en mi cuartel, señor!

—Ante todo, enséñeme esa cabeza. ¿Qué ha sido?

—Poca cosa, señor, de verdad. Me ha rozado una bala.

Las expertas manos de Rick comprobaron la naturaleza de la herida. Retiró el vendaje, toscamente colocado por un profano, y lo reemplazó por uno nuevo, aplicado sobre la sulfamida en polvo con que cubrió la herida. La pequeña cartera para curas de urgencia volvía a demostrar su eficacia.

—¿Podría conducir el camión si nos decidiésemos a continuar?

—Desde luego que sí, señor.

—¿Qué lleva en el camión?

—Llevaba municiones, señor, pero las tiré al emprender la retirada.

—¿Podría, pues, llevarnos como pasajeros?

—Claro que sí, señor. ¿Dónde quiere ir?

—Depende del sitio adonde conduzca la carretera.

—Entra en Rousse, señor, si se sigue bastante tiempo.

Rousse estaba a unos cien kilómetros más atrás de sus líneas. Rick se dijo que forzosamente deberían ponerse en contacto con puestos americanos o ingleses en aquella zona. Suponiendo que pudieran poner el camión en marcha. Mientras pensaba en las posibilidades que se les ofrecían, se acordó de los motociclistas alemanes.

—¿Cree que el escuadrón que acaba de pasar no lo habrá visto?

—No lo creo, señor. Está cubierto de hojarasca hasta los ojos.

—¿Cuánto tiempo le costará repararlo?

Los ojos de Toler brillaron con ufanía.

—Ya está reparado, señor. No en balde trabajaba de mecánico en Blighty... Me dirigía hacia el arroyo para beber agua cuando le vi a usted. Ha sido un encuentro que debemos anotarle en cuenta a la Providencia.

Rick volvió a contemplar al cabo atentamente. A la clara luz africana, la verdad es que su aspecto nada tenía que ver con el de las hadas buenas.

—¿Se hubiera atrevido a ponerse en marcha con patrullas enemigas por la carretera?

—Es la primera patrulla que he visto, señor. De todos modos, todavía no me había hecho esa pregunta. Ahora pienso que lo más probable es que la encontremos a su regreso. —Recorrió con circunspecta mirada las colinas circundantes—. Si no quiere poner en peligro a la enfermera...

Rick contestó brevemente:

—Quédese donde está un momento. Voy a buscarla.

Anduvo de prisa, provocando a su paso pequeños aludes de guijarros. Linda abrió los ojos con soñolienta satisfacción cuando él le retiró la cubierta de ramaje. Durante un momento, Rick tuvo la insensata certidumbre de hallarse soñando... Se convenció cuando ella murmuró su nombre y le ofreció los labios en un beso. En el momento en que se lo daba, el implacable recuerdo debió caer sobre la muchacha como un negro velo.

—Perdón, Rick —dijo con tristeza—. Debieras haberme dejado durmiendo... Se arreglaba todo tan bien... Y ahora...

La ayudó a incorporarse, adormilada todavía, de su lecho de ramitas. Rick se dijo que, después de lo pasado, se había merecido aquellos segundos de

dulce proximidad.

—¡Ánimo! —murmuró él—. ¿Te encuentras dispuesta a emprender el camino de regreso a toda prisa?

Linda paseó los ojos en derredor, completamente perdida.

—¿Dónde estamos?

—Sobre la carretera de Argel. Tanto si lo crees como si no, en aquel olivar hay un camión que nos espera.

No mencionó al escuadrón alemán. Era un punto que podía esperar.

Linda se cogió la cabeza entre ambas manos.

—Debo de estar soñando todavía... ¿Has hablado de un camión?

—Un camión con un perfecto conductor *cockney*. A menos que se haya desvanecido por los aires...

—¿Estamos muy cerca de las líneas?

—Lo suficientemente cerca para poner rumbo en esa dirección y para...

No pudo acabar la frase. Arrastró a Linda tras los pedruscos a cuyo abrigo habían dormido. Esta vez no había tenido necesidad del sexto sentido para percibir el ruido que venía de la carretera. El inconfundible estrépito del metal contra el asfalto no podía significar más que una cosa: tanques *Mark IV* alemanes. Hasta las hadas buenas tenían que ocultarse ahora.

Lo primero que vieron fue el banderín, flotando desmayadamente en el extremo de la antena de radio. Después, la tenebrosa masa de acero apareció pesadamente por la carretera. Los cañones apuntaban hacia lo alto y las escotillas de observación estaban insolentemente abiertas. El observador, un oficial muy moreno, con los brazos cruzados y los prismáticos colgándole sobre el pecho, asomaba medio cuerpo por la torreta. Rick le vio bajar la cabeza para dar una orden al conductor. Por un momento, mientras el tanque salía de la carretera, creyó que sus ocupantes habían visto el camión de Toler, pero el chirriante monstruo pasó a buena distancia del olivar, rodando por la pradera. Entretanto, otro *Mark IV* había aparecido por el mismo sitio, seguido de un tercero, y ambos tras el que abría marcha. En dirección al sur, el trío remontó la colina inmediata y desapareció al bajar por la colina opuesta. Al cabo de unos instantes, seis tanques más cruzaron los campos, en reposada fila, hacia el punto por donde habían desaparecido los precedentes.

El silencio y la calma volvieron a tomar posesión de la carretera. Rick se puso en pie con prudencia y atisbó en busca de Toler. El cabo había desaparecido.

Linda comentó a media voz:

—¿No habrás soñado eso del camión y su conductor?

—Tal vez...

Tras el perfil de una montaña, hacia el sur, un resplandor anaranjado se elevó al cielo. El obús pasó rugiendo por encima de sus cabezas y fue a estallar en la carretera, más allá de la curva. Como si hubiera sido una señal, todo el flanco de la montaña se puso a vomitar fuego. Los proyectiles diluvieron frente a ellos, levantando negros surtidores de tierra y destrozándoles los tímpanos. Uno, una breve pausa, e inmediatamente después nuevos proyectiles cayeron sobre la carretera bloqueándola con una lluvia de asfalto, piedras y acero. En aquel momento, una segunda ola de tanques ascendía por la carretera. Las torretas estaban cerradas, así como las escotillas de observación, reducidas a una estrecha abertura. Iban a gran velocidad y daban una tremenda sensación de implacable poderío: bloques de metal atraídos por el imán de la guerra. Antes de que Rick hubiera recuperado el aliento, otro grupo de tanques apareció en pos del primero.

—Me alegro de que nuestras baterías estén tan a punto —comentó Linda con la mayor calma.

Winter la miró sin responder, preguntándose si se habría dado cuenta de la situación en que se encontraban. No cabía duda de que estaban en tierra de nadie, en una parcela de terreno rodeada por las tenazas de una batalla de tanques. Los observadores de la artillería probablemente habrían dejado pasar los motociclistas, en espera de pieza más considerable. Y allí estaban las unidades de *Mark IV*.

Linda preguntó:

¿No podríamos buscar al chófer de nuestro camión y marcharnos antes de que sea tarde?

—¿Crees que será mejor meternos en la danza de los tanques?

La realidad demostró que la danza era una danza macabra. El aire se desgarraba con la rugiente queja del metal, mientras los cañones de grueso calibre comenzaban a disparar desde el oeste. A juzgar por las apariencias, el enemigo había dedicado la noche a la tarea de instalar baterías en las montañas. Pero, a juzgar por las apariencias también, no habían debido de concluir su trabajo, porque en cuanto los cañones americanos hubieron calculado la distancia exacta de sus objetivos, las salvas enemigas se extinguieron progresivamente. Rick no supo jamás si las baterías alemanas habían enmudecido a causa de la muerte o por razones de prudencia, pero lo cierto fue que, a la media hora de comenzado, el duelo de artillería había concluido. El paisaje retornó a la calma. De no haber sido por el paso de los tanques, se hubiera dicho que la batalla estaba terminada.

Winter intentó de nuevo encontrar a Horacio Toler. Acaso el pequeño cabo hubiera aprovechado una de las pausas para refugiarse en su camión, posibilidad más bien desgraciada, porque el olivar había recibido algún que otro proyectil. Con Horacio o sin Horacio, lo imperativo era buscar otro refugio más seguro, porque no cabía forjarse ilusiones sobre la duración de la tranquilidad. Incluso en el caso de que los tanques no representasen una avanzada de la infantería, Rick sabía que, de producirse un contraataque, su posición sería insostenible; los cañonazos habían llegado a la carretera con demasiada precisión para permitir esperanzas...

Linda habló muy cerca de él. El fragor de las explosiones le había dejado medio sordo. Más que oír tuvo que descifrar las palabras de Linda, que le parecían llegar de muy lejos.

—¿No podíamos intentar la marcha ahora?

Rick hizo un esfuerzo para sonreír graciosamente al contestarle:

—¿Y qué camino escogerías más a gusto? Nuestros artilleros vigilan estos contornos con los telémetros y los prismáticos. Si nos ven bajar, lo más seguro es que se imaginen que estamos poniendo minas...

El temible zumbido de unos aviones le cortó la frase en dos: una escuadrilla de *Messerschmitt* proyectó veloces sombras sobre la colina. Era una formación que se dirigía a desempeñar su papel en la gran batalla.

La mano de Linda se cerró sobre la de Rick.

—Tenías razón, Rick. Estamos situados en la tribuna de honor. Sería una locura salir ahora.

Una vez más él se maravilló de su calma.

—Te has convertido pronto en un buen veterano, ¿sabes?

Ella miró ante sí, sin ver...

—Terry lo hizo. También puedo hacerlo yo.

Rick no quiso comentar la emocionante reflexión, pero le alegró comprender que Linda recordaría siempre a su hermano como un valiente. Se dijo que el muchacho se había ido para siempre con tiempo bastante para dar fe de su arrojo, y había dejado un recuerdo intacto. Muchos de los jóvenes encadenados a la guerra no tendrían la misma suerte. Muchos de ellos serían despiadadamente aplastados, sentirían su vida exprimida hasta la última gota y pedirían una muerte que tardaba demasiado en llegar.

¿Tendrían Linda y él que pedir lo mismo antes de que acabara el día? Nubes de polvo se elevaron muy altas, por encima de la colina, a su izquierda, indicándoles que la batalla se deslizaba en aquella dirección. Los estampidos llegaron hasta sus oídos con creciente fuerza. Rick ahogó un grito cuando el

banderín de un tanque asomó por la cresta de la loma del oeste. Esta vez ondeaba por encima de la torreta de un *Churchill* y no de un *Mark IV*. Por un instante, el tanque inglés pareció balancearse suspendido en la cresta: Rick vio al *tommy* de observación salir como un diablo por la torreta para examinar la pradera con los gemelos. Inmediatamente, el *tommy* desapareció, la torreta se cerró y el *Churchill*, girando sobre sí mismo, volvió a la batalla.

Era una terrible *Ilíada* moderna. El aire vibraba con el incesante trueno de las explosiones; entre inmensas oleadas de polvo y arena. De nuevo Rick reprimió un clamor de júbilo cuando vio pasar sobre ellos un bombardero con la blanca estrella de la aviación norteamericana pintada en las alas. Voló sobre las colinas y descargó sus proyectiles, que Rick vio caer como una negra lluvia. Los estallidos no se hicieron esperar, dominando todos los demás. No podía saber si había dado en el blanco: sólo supo que el enemigo volvía a aparecer por el borde de la cresta.

Pero esta vez su ruta, su huida, era la del punto de partida. Con los motores a toda potencia, los tanques alemanes intentaron repetidamente llegar a la carretera, pero el fuego de la artillería apostada en las colinas los obligaba a volver al campo, por donde avanzaban en zigzag. Los cañones estremecían la tierra, envolviendo la carretera y sus alrededores en un horrisono telón de acero y llamas.

Rick mantenía a Linda echada boca abajo y la protegía de las explosiones con su propio cuerpo. Al cabo de un tiempo interminable, se incorporó vacilante, y anduvo como enajenado, sin saber siquiera si había cesado el fuego. La llanura estaba salpicada de cráteres, tumbas muchos de ellos de los tanques en retirada. El último huía convertido en una antorcha y remontaba una loma como un demonio cegado. Una mole de roca detuvo su carrera un instante antes de que las llamas hicieran estallar el depósito de combustible. Profundamente impresionado y alterado, Rick saludó con un sordo grito de alegría el fin del último *Mark IV*, que acababa de achicharrarse ante sus ojos.

Cuando regresó al refugio, Linda había desaparecido. Se precipitó ladera abajo porque acababa de verla corriendo hacia la destrozada carretera, por la que avanzaba una patrulla motorizada. Se detuvo para gritar. También él había visto los banderines norteamericanos... Y hasta sus oídos llegaron sus gritos cuando Linda saludó a los soldados agitando la mano desde la cuneta.

La aparición del asmático vehículo que conducía Horacio Toler constituyó, por su parte, todo un espectáculo. Rick casi se olvidó de llamarle mientras contemplaba su heroica y penosa marcha desde el olivar, cercenado por la metralla, hasta la carretera. Ahora que las líneas restablecían su

primitiva posición, parecía inútil, fútil incluso, intentar el regreso en el camión. En realidad, era mucho más importante dar la bienvenida a los recién llegados, a los hombres de rostro resuelto y firme que seguían el camino de la victoria.

Los *Messerschmitt* también se batían en retirada. Volaban perseguidos por un enjambre de cazas norteamericanos. Miró al cielo y levantó un iracundo puño hacia los aviones en fuga... Más tarde supo que aquella mirada había salvado la vida de Linda... y la suya...

Cuando el jefe de la escuadrilla enemiga se apartó de la formación para atacar, al paso, la patrulla de la carretera, Rick continuaba agitando el puño, con la boca abierta en mudas imprecaciones. El *Messerschmitt* se colocó en vuelo rasante y sólo entonces el instinto, más veloz que el pensamiento, devolvió a Winter a la realidad.

El resto transcurrió en cuestión de segundos, aunque él tuvo la impresión de que pasaron horas antes de llegar, junto con Linda, a la fosa de lodo en la que ambos se lanzaron rodando. Antes de que la negra sombra del avión pasara sobre ellos, Rick había cubierto con el suyo el cuerpo de ella. El formidable rugido del motor, los gritos de alarma de Toler, el zumbido de las balas que se hundían crepitando alrededor... todo se fundió a sus ojos en un solo estallido purpúreo. Después se encontró en el barro y sintió que Linda se removía bajo su peso. Y supo que la había librado de una bala...

Desde una distancia remota, desde muy lejos la vio que se inclinaba hacia él. Sus ojos estaban llenos de horror y sus labios abiertos pronunciaban su nombre. ¿O gritaba tal vez? Tal vez... Su voz era tan lejana... Intentó levantarse para unirse a ella, pero un dolor fulgurante le atravesó el cuerpo... Luchó con todas sus fuerzas para apartar de sí la densa oscuridad que le envolvía...

Pero, después de todo, era mucho más sencillo y más fácil ceder y abandonarse. Los brazos de Linda le sostuvieron cuando cayó hacia atrás. En el olvido.

Capítulo XLIX

Proyectos, promesas y mentiras de buena fe

El velo de la oscuridad se levantó levemente. Lo justo para permitir que entrara en su cerebro una flecha de luz amarilla. Una luz que, poco a poco, se dividió para localizarse en dos ojos familiares. Después de un cierto período de perplejidad, Rick acabó por darse cuenta de que pertenecían al coronel Granby, el cirujano de la División. Tuvo el tiempo preciso para preguntarse en virtud de qué milagro había llegado Granby tan rápidamente al campo de batalla, pues debía de estar en Argel. El tiempo para contestarse la pregunta le faltó; la luz se extinguió y la imagen quedó desvanecida...

Cuando volvió a recobrar la conciencia por un instante, Granby continuaba inclinado sobre él. «Es muy de agradecer —se dijo— que el coronel esté tanto tiempo conmigo... No tengo tanta importancia...». Rick alzó la mano para hacer a Granby señal de que no se molestase más, y tropezó con una superficie lisa y rígida... de plexiglás... De súbito comprendió que se hallaba en un hospital y que estaba en una tienda de oxígeno. Por algún lado, cerca de él, un tubo o una válvula defectuosa emitía un ligero silbido. Abrió la boca para quejarse y el pecho le dolió como si se lo atravesaran con un cuchillo. Su espíritu avanzó un paso más y supo, se acordó... El silbido procedía de su mismo tórax. «Herida aspirante de pecho —pensó—. Está indicada la presión...». Quiso hablar: era absurdo que Granby no se diera cuenta... Un hombre de su experiencia... Entonces notó que el silbido provenía de un tubo de aire colocado más arriba del esternón. Unas frescas manos salieron de algún sitio y le arreglaron dulcemente la cabeza en la almohada. Vio sin la menor sorpresa cómo aparecía el rostro de Bill Coffin junto al de Granby. Bill llevaba una jeringa y tenía el aire ausente de quien está soportando las angustias de una resaca o de quien sufre un amor sin esperanza. Verdaderamente, él tendría la misma expresión si su mejor amigo estuviese en trance de muerte ante sus ojos...

La morfina le llevó a una soñolienta paz. ¿Podría la muerte tomar posesión de un hombre tan insidiosamente? ¿Sin dejarle ni tan siquiera preguntar por la mujer que amaba? Pero no hacía falta hacerlo; sin preguntar

nada sabía que estaba sana y salva. Se acordó del vigor con que la había abrazado y sostenido allí, en las montañas tunecinas. Se acordó de que su cuerpo había servido de escudo contra el ataque de la ametralladora que disparaba contra ellos. Era un buen recuerdo para llevarse a la muerte...

Ahondó en la memoria a la búsqueda de las palabras que Linda le había murmurado al oído momentos antes de que la oscuridad cayese sobre él... Las halló en el instante en que de nuevo caía en el algodonoso vacío de la inconsciencia... Y las dijo por la noche en delirio, mientras la luz que los médicos llaman voluntad de vivir palpitaba y se extinguía... para brillar de nuevo en la aurora siguiente...

Linda preguntó:

—Pero ¿no es muy arriesgado intervenir?

A lo cual Granby respondió:

—Ahora o nunca, señorita Adams. Podría asegurar que tenemos la mitad de posibilidades a nuestro favor, en las condiciones en que hemos conseguido ponerle.

—¿Puedo estar hasta que acabe?

—Naturalmente.

—Fue herido al protegerme, ¿comprende?

—Ya lo sé, señorita. Anoche no paró de hablar. ¿Me permite que le diga que lo que protegía valía la pena del riesgo?

Las palabras alcanzaron a Rick en el centro de una neblina blanca, de un estupor del que su conciencia tan pronto salía como se hundía. Por más que se esforzaba, por más que le dominaba la certeza de que Linda estaba a su lado, no podía evocar con claridad su imagen.

Unas manos le levantaron con suavidad. Sintió como si el cuerpo le flotara en el espacio hasta que comprendió que le trasladaban en una camilla con ruedas de goma. Cruzó por sucesivos rectángulos luminosos y luego pasó por una puerta para penetrar en una inmensidad de mosaico blanco, donde se alzaba un muro de cuerpos vestidos con largas blusas, enmascarados, implacables. La voz de Granby sonó nuevamente sobre él. En aquella masa de alucinante blancura tan sólo parecían reales los pardos ojos del cirujano y los guantes de goma amarilla que llevaba.

Una risa, una tentativa de risa, se movió dolorosamente en la garganta de Rick: «Mira, mira bien, Rick. Acuérdate de que esta vez verás el bisturí desde abajo». La humorística consideración del propio Winter se dispersó cuando

descendió la mascarilla del éter, pero todo su cuerpo se había estremecido con una silenciosa alegría.

Al despertar, la fría mano de Carolyn estaba posada en su frente. Había vuelto a la cama del hospital. Estaba otra vez en la habitación, que sentía, pero que no podía ver. Como sentía la presencia de Carolyn por su tacto, por el tenue y dulce murmullo de su voz.

—No hables, querido, no lo intentes.

La bruma de la fiebre se alejó fugazmente y pudo verla, alta, rubia, tranquila y segura en su uniforme de trabajo. Así, pues, Carolyn había salido ilesa de la guerra. Era lo único de que convenía acordarse, porque Carolyn era su prometida, la mujer que lo había sido todo para él, hacía muchísimo tiempo, días y días atrás, en una noche de bombardeo... Era imprescindible que le hiciera comprender cuánto había significado para él aquella noche... cuánto representaba ella en su memoria... Era preciso que le obligara a confesar, al fin, que había sido ella su compañera en la hermosa aventura... Si lograban reanimar el recuerdo, si lograban revivirlo, incluso sería posible olvidar a Linda. Y también podría liberarse definitivamente de la obsesión de que se había prometido con Carolyn tan sólo por el recuerdo del éxtasis, y no por amor...

Era curioso, verdaderamente, que su espíritu pudiera distinguir tan claramente entre las dos emociones mezcladas. Bueno... debía formular su pensamiento con palabras claras... inmediatamente... allí mismo... Pero era irritante que la voz no pudiera pasar de susurro. Era absurdo que toda su entusiasmada lógica se fundiera en el blando balbuceo cuando apenas había pronunciado las primeras palabras.

—Carolyn... quiero... intentar...

Sí, ése era el verbo que necesitaba. Él había prometido y cumpliría. Dedicar su vida a la felicidad de Carolyn y volver la espalda a todo lo demás para siempre. Si no perdía la serenidad, ella jamás podría adivinarlo. A Dios gracias, conocía a las mujeres lo bastante para sentirse capaz de hacerlo.

—He vuelto, Carolyn... Dime que estás contenta.

—Ya sabes que estoy contenta, Rick.

—Me curaré pronto.

—Claro que sí, querido.

—Pero, entretanto, hace falta que te explique.

—No hables más, por favor.

Le hizo callar, poniéndole los dedos en los labios. ¡Qué fríos estaban los dedos! A su tacto, supo que tenía los labios agrietados, resecos, abrasados por la fiebre que le devoraba y que parecía ascenderle hasta el cerebro. Debía hablarle antes de perder la lucidez y aferrarse al hecho de que hablaría de corazón.

Pero en lugar de eso farfulló precipitadamente:

—De prisa... he dicho de prisa... me curaré de prisa... me iré de aquí en seguida... Hay que preguntárselo a Granby... él dirá la verdad... Es honrado...

—Tranquilízate, querido. Cálmate un poco.

—¿No te irás? ¿Nunca?

—No, Rick.

—Está bien, Carolyn. Eso es perfecto. ¿Me he acordado de decirte que nos casaremos durante mi permiso de convalecencia?

Dicho esto, perdió el conocimiento. Le había costado decirlo un enorme esfuerzo, pero el motivo bien lo valía. El resplandor que había brillado en los ojos de Carolyn al oír sus últimas palabras, fue un resplandor real, el resplandor de la alegría, y no el efecto de un espejismo febril. Y sabía que aquellos hermosos ojos brillaban todavía a través de las lágrimas, aunque ya no pudiera verlos.

Aquellas fueron sus últimas palabras razonables. Después, durante días y días, durante un largo período de tiempo, no dijo nada comprensible. Cuando su espíritu recuperó la lucidez y se reintegró a la realidad, la debilidad de su cuerpo no le permitía hablar, ni siquiera cuando sentía la presencia de Carolyn junto a la cama. A veces percibía la pared de la tienda de oxígeno. Pero no sabía que estaba combatiendo contra la fiebre de la neumonía con todas las energías que le quedaban.

A lo largo de dos semanas, de dos semanas enteras, fue un combate que se consideró perdido... Las toxinas, producidas por la infección del pulmón herido, le invadieron el cuerpo y el cerebro. Torturado por las alucinaciones, a veces se dio cuenta de que eran precisas manos vigorosas para retenerle en el lecho. En otras ocasiones supo que Carolyn le velaba y que él reposaba con una mano entre las de ella, murmurándole los recuerdos de la famosa noche de Inglaterra... de la inolvidable noche del bombardeo... La imagen de una casa de campo en Connecticut aparecía a menudo en primer término, llena de consolas y de mesas antiguas, y con una bella pérgola... También se había

prometido eso, en prenda de aquel recuerdo... Pero una noche en que ella le velaba y le escuchaba soñar en voz alta, la oyó sollozar... Y la vio que se levantaba para irse... y que Bill Coffin la calmaba cariñosamente... Más tarde, a solas, sonrió dulcemente al evocar la escena... Era absurdo imaginarse que no sobreviviría a una bala en el pulmón... Porque había sido aquella inquietud, seguramente, la que había hecho llorar a Carolyn. ¡Y más absurdo todavía si había llorado por creer que él podría volverse atrás de su promesa!

A partir de aquella noche, las cosas cambiaron, y comenzó una difícil y obstinada ascensión hacia la salud. Era algo que exigía de él una intensa concentración de todas sus facultades físicas y espirituales. Durante algún tiempo, apenas se dio cuenta de que otra enfermera había reemplazado a Carolyn en el servicio nocturno. Después se enteró de que, por orden del comandante Coffin, Carolyn se había ido de permiso. Se enteró de la noticia con una cansada sonrisa. Cuando volviese tendría una sorpresa para ella: en lugar de la muerte, le ofrecería su vida. Y un anillo. Y una luna de miel, aunque al estilo impuesto por la guerra, aprovechando el permiso de convalecencia. Se la llevaría a un pequeño hotel que conocía, cerca de la costa: el hotel de la Playa, situado en lo alto de unos acantilados, sobre el mar. Un simpático hotel, casi una fonda, despintado por el sol, rodeado de palmeras agitadas por el viento. Y a continuación se pondría a buscar influencias y recomendaciones para enviar a Carolyn en el primer barco que pudiera. Así podría esperarle sin peligros en la casa de Connecticut.

Tales proyectos bastaron para mantener animada la moral mientras, de día en día, su cuerpo iba recobrando el perdido vigor.

Los mismos proyectos le ayudaron a soportar su anhelo de unas palabras de Linda... su sed de noticias de ella...

Capítulo L

La mujer de su vida

Había casi concluido su tercera semana de estancia en el hospital de Argel cuando, una mañana, se despertó bañado en sudor. A partir de este momento, tuvo la convicción de que se curaría. El radiólogo asomó la cabeza por la puerta para saludarle al dirigirse al trabajo, y sus palabras fueron la mejor confirmación de su seguridad:

—¡Bien, Winter, parece que ya hemos encontrado el buen camino!

—¿Qué dicen las radiografías?

—¿Quiere verlas usted mismo?

—Cambio ese ofrecimiento por el de un periódico. Tengo ganas de saber si la guerra ha terminado.

El radiólogo le miró atentamente.

—Quizá mañana. Para ser el primer día que se encuentra bien, me parece demasiada agitación.

Después del baño y del desayuno, permaneció inmóvil largo rato, con la mirada fija en la cálida escala que proyectaban las persianas en la pared. No se había atrevido a pedir francamente noticias de Carolyn ni de Linda. Por el momento, era magnífico descansar tranquilamente después de haber comido con apetito, y era mejor aún sentir la sangre en las venas, como lo era saber que ya todo sería cuestión de días y que, transcurridos éstos, podría tenderse al sol, nadar entre las olas, andar cara al viento y volver a la guerra... si la guerra duraba todavía.

Se durmió beatíficamente y, cuando se despertó, al atardecer, supo que la fiebre había desaparecido definitivamente. Bill Coffin estaba a los pies de la cama, contemplándole, con un periódico bajo el brazo. Llevaba una blusa blanca de manga corta; la cara, sin afeitar, estaba sombreada de gris y en sus rasgos se delataba la fatiga.

—¿Cuánto tiempo hace que trabajas aquí?

—Desde el día en que te trajeron —respondió jovialmente Bill—. Las trepanaciones se han dado con generosidad, ¿sabes? Hace tres días que no puedo ni cambiarme de ropa.

Se puso junto a la cama y echó el periódico en el regazo de Rick.

—Tienes quince minutos para echar un vistazo a los titulares, mientras yo voy a ver cómo marcha un paciente mío.

Em un periódico de Nueva York, el *Record*, con fecha de tres días. La primera página, con grandes titulares, estaba dedicada por completo a la guerra. Las unidades británicas y norteamericanas habían reconquistado Túnez. Las líneas se habían restablecido en Medjez-el-Bab. En los Estados Unidos había empezado la movilización de los muchachos de dieciocho años. En Washington, el subsecretario de Guerra había anunciado que, hasta el momento, más de un millón de hombres habían atravesado el mar. En Nueva Guinea, las líneas japonesas cedían.

Se enteró de lo esencial, leyendo entre líneas, y se puso a buscar la colaboración de Linda. La encontró en el habitual sitio de honor: una crónica fechada en Londres con las manifestaciones de los diversos personajes responsables de la organización y el desembarco en África. Desde el fondo de la masa tipográfica, le sonreía el rostro de Linda...

A partir de ese momento, el resto del periódico perdió todo posible interés...

Rick estaba sonriendo a la evocación de aquella sonrisa cuando Bill entró en la habitación y cerró silenciosamente la puerta tras él. Sin decir palabra, cogió el periódico de manos de su amigo y, doblándolo cuidadosamente, se lo metió en un bolsillo del pantalón.

—¿Te encuentras tan animado como para enterarte de algunas cosas?

—Yo creo que sí. Vamos a probarlo.

—Primero: Mañana te subirán al solarío de la azotea: será tu primer baño de sol. Si no me equivoco, el domingo te pasearás en una silla de ruedas, y, dentro de ocho días, lo harás por tu propio pie. Segundo: por orden mía, Carolyn está en Lorette haciendo una cura de reposo. ¿Necesito añadir que está dispuesta a casarse contigo en cuanto Granby te declare útil para la luna de miel?

Rick extendió sobre la colcha sus grandes manos abiertas, como en un ademán de rendición.

—Me parece que en estas últimas semanas he hablado mucho... Lo bueno es que no me acuerdo de nada.

—¡Que has hablado mucho! ¡Eso es poco...!

Bill se sentó a los pies del lecho. Rick sonrió ante el visible contento de su amigo.

—¿Esperas que discuta algo? Puedes estar seguro de que quiero casarme con ella. Estoy dispuesto a declarártelo por escrito, aquí mismo y ahora, si quieres. La única condición que impongo es que me prestes una pluma.

—Te he creído desde el primer momento —respondió Bill con buen humor—. Y Carolyn también. Si el corazón te lo pide, mañana podrás escribirle. ¿Y quieres que ahora te cuente el hecho número tres?

—Como gustes.

—Se refiere a Horacio Toler, cabo del Primer ejército de Su Majestad británica. Ha sido condecorado por haberte llevado en su camión hasta el hospital de campaña. Una medalla y un mes de permiso en Londres. El asunto número cuatro se refiere a Linda.

Rick continuó mirando el cobertor, sobre el que reposaban sus manos «Qué mal actor es Bill», se dijo. Luego preguntó:

—¿También ha sido condecorada Linda?

—¡Aparta esa sonrisa! —gruñó Bill—. Es bien cierto que le salvaste la vida cuando el avión os ametralló, pero no lo es menos que diez minutos después ella te salvó la tuya al ayudar a Toler para trasladarte al camión. Pero eso no fue todo. Lo más admirable es que logró detener la hemorragia de tu herida aplicándote un vendaje compresor confeccionado con lo que tú mismo llevabas en tu cartera de auxilios de urgencia.

Rick, sin interrumpirle, permitió que su amigo continuara hablando. Le satisfacía enterarse de que Linda había aprovechado las enseñanzas del cursillo de primeros auxilios que hasta los corresponsales de guerra debían seguir. Tal norma no constituía más que una pequeña pieza en el mosaico de la medicina moderna de guerra. Un conjunto que, bajo la égida del ejército, funcionaba perfectamente, a despecho de los lamentadores profesionales y de los estrategas de café.

Se obligó a reflexionar sobre aquel aspecto de la cuestión. No le interesaba demasiado lo anterior, lo que Linda debió de experimentar cuando ayudó al cabo Toler a retirarlo del cráter de barro. Eso pertenecía al pasado. El porvenir de Linda estaba ya cortado. Y el suyo también, dispuesto para ser cosido. Mas se alegraba de deber la vida a la simple circunstancia de que Linda hubiera asistido con aprovechamiento a las clases del cursillo de primeros auxilios, gracias a los cuales él, Rick Winter, no había contribuido a elevar el porcentaje de muertos en el campo de batalla. Un porcentaje tan bajo que, en Estados Unidos, mucha gente no podía creerlo. Sus comentarios podían imaginarse fácilmente: «¡Bah!, una historia propagandística para

ingenuos. Ningún cirujano del mundo podría salvar tantos heridos, ni siquiera con la ayuda de drogas milagrosas».

Rick sonrió y cerró los soñolientos párpados.

Tales consideraciones habían ejercido sobre él un extraño efecto sedante. Por lo menos, distraían a un espíritu deseoso de olvidar a la mujer amada... Los éxitos de la medicina de guerra habían empezado años antes... Ahora, en los desiertos de Túnez, las fuerzas norteamericanas y británicas escribían una nueva página de un milagro sin fin. Y lo que es más: cuando la conflagración hubiera terminado, habrían demostrado, en conjunto y en detalle, las excelencias de los métodos adoptados. El ejemplo más elocuente lo constituirían los barcos-hospital atestados de hombres salvados por los cirujanos, hasta en la misma línea de fuego. Rick salió de sus meditaciones gracias a la afectuosa palmada que Bill le dio en el hombro.

—Te he dicho que Linda te salvó la vida. ¿No te sientes agradecido?

Era verdad... El esfuerzo resultaba demasiado grande y, en última instancia, inútil; no le sería posible cerrar su mente a la pregunta que acababa de hacerle Bill.

—¿Quieres que te lo declare por escrito también? ¿Que le escriba a Londres para testimoniarle mi gratitud?

Su voz, que él hubiera deseado bromista, o, por lo menos, indiferente, se quebró. Comprendió que no podría soportarlo mucho tiempo. Contento por una vez de valerse de los privilegios de una convalecencia, hundió el rostro en la almohada.

—Si no te importa, Bill, seguiremos hablando mañana...

—De acuerdo. Durante varios días has estado a cuarenta y un grados de fiebre. Tal vez te sorprenda cuando sepas todo lo que ese calor te ha evaporado en el cerebro.

Bill estrechó cariñosamente la mano de su amigo y se marchó.

A la mañana siguiente, después del desayuno, la enfermera de guardia le puso recado de escribir en la mesa portátil. Había roto tres cartas para Linda y empezado la primera para Carolyn, cuando Carolyn en persona entró en la habitación, fresca y animada con su uniforme de enfermera, la sonrisa precediéndole como estandarte.

Tendió ambas manos a Carolyn y el suelo se llenó de papeles y sobres. ¿Habría sido su actitud lo suficientemente expresiva y espontánea para convencerla? Seguro que sí. Después tomó asiento en un lado de la cama,

guardando entre las suyas una mano de Rick. Éste mantuvo largamente la mirada en los ojos de ella antes de hablar: era un tiempo importante, porque ahora se trataba de demostrarle su sinceridad.

—Estoy contento de que me tomases en serio —dijo al fin.

Ella sonrió y, al mismo tiempo, bajó los ojos.

—¿Significa eso que mantienes tu palabra?

—¿Te acuerdas de lo último que te dije... antes... antes de perder el sentido?

Carolyn oprimió vivamente la mano de Rick.

—¿Estás seguro de que no lo habías perdido ya?

La acercó hacia sí. Hasta aquí, la escena se desarrollaba a la perfección. Todo engranaba como un mecanismo de relojería. Había sabido hablar en el momento oportuno y obtener el mejor partido de sus palabras.

—¿Te demuestra esto que, si lo había perdido, ya lo he recobrado?

Entró la enfermera de servicio con una taza de chocolate. Carolyn apenas si tuvo tiempo de deshacerse del abrazo y ponerse a hablar con absoluta calma, reanudando los hilos de la conversación interrumpida, los hilos de su promesa. Rick admiró la sangre fría y la tranquila autoridad de ella, la propia de una mujer que está segura del terreno que pisa.

—Me alegro de que nos entendamos tan bien, querido. ¿Te gustaría que nos apadrinara Bill Coffin?

La enfermera salió con una sonrisita entre maliciosa y convencional. Rick volvió a coger la mano de Carolyn.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Cuando el doctor Granby te ponga en libertad —repuso ella con aire muy formal—. Y si no te importa, podríamos casarnos en el hotel de la Playa. Desde Argel se puede ir en coche.

Pese a su deliberado aplomo, le costó tragar la saliva.

—No recuerdo haber mencionado el hotel de la Playa...

Carolyn se ruborizó hasta la raíz de los cabellos. Por primera vez le tembló la voz.

—Hay muchas cosas que no recordarás haber dicho. Delirabas, pero yo sabía que cuanto decías reflejaba verdaderamente tu deseo. Creo que ya conoces bien ese hotel... Podrías demostrarme así que te has reformado completamente.

—¡Muy bien! Aunque no sé si es de muy buen gusto... —Rick se concentró para reflexionar rápidamente—: Supongo que me concederán por lo menos un mes de permiso. Removeré cielo y tierra para que puedas volver

a los Estados Unidos después. Podríamos casarnos en Inglaterra: está a medio camino.

—Podemos hacerlo aquí perfectamente. Además, no volvería por ahora a América...

—¿Ni siquiera para llevar a cabo la construcción de nuestra casa en Connecticut?

—Ni siquiera para eso. Construiremos nuestro porvenir más de prisa y con más solidez si continuamos los dos cumpliendo nuestra obligación.

No quiso insistir sobre tal aspecto de la cuestión. Ya habría tiempo de hacerla cambiar de opinión cuando fuese la señora Winter. Entonces podría decirle que había adquirido el derecho de protegerla. Era lo menos que podía hacer por ella, puesto que no podía darle amor.

—Debes de estar cansado, querido. No forjes más planes. Ahora, déjame a mí ese cuidado.

Con los ojos bajos y sonrojada como una amapola, Carolyn agregó:

—Ya sé que no es correcto reservar una habitación... para la luna de miel... en lugar del novio... pero...

Rick sonrió y, tomándola por la barbilla, la obligó a mirarle.

—Vete al hotel de la Playa hoy mismo, si te parece bien, y reserva la habitación. Vivimos en tiempos modernos y el nuestro será un matrimonio moderno.

—De acuerdo, querido. Y gracias por darme carta blanca.

—¿Te parece que invitemos a todos los amigos y celebremos un banquete de bodas?

—¡No para ese matrimonio! —dijo Carolyn Rycroft.

Ella le miró fija y largamente. Luego dijo una cosa extraña:

—Eres un maravilloso amante, querido, pero un mal quijote.

—¿Quieres repetir eso?

—Piensa en ello, querido. Tal vez comprendas algún día.

Se inclinó sobre él y le besó suavemente.

—¿Nos veremos el viernes?

—A menos que Granby me suelte antes —contestó Rick.

—El viernes irá muy bien.

Durante unos instantes, Carolyn anduvo alrededor del lecho como si quisiera decidirse a decir algo, como si buscara una excusa para prolongar la visita. De pronto cayó de rodillas junto a la cama y le estrechó en un abrazo.

—Hace mucho tiempo que he esperado para esto, doctor Winter. Perdóneme si he... faltado a la compostura profesional.

Salió precipitadamente, con los ojos llenos de luz. Una vez solo, Rick se permitió una tranquila sonrisa. Al parecer, sus cualidades de embustero habían vuelto con la salud. A menos que no supiese leer e interpretar los signos, iba hacia un matrimonio de gran estilo.

Capítulo LI

La desconocida del bombardeo

Entre los olivares, el camino serpenteaba hasta el mar, cuyas aguas brillaban como turquesas. El largo y cálido atardecer se deshilachaba soñadoramente en el crepúsculo. Rick se recostó en el asiento del viejo *Packard* y dijo al conductor que aminorase la velocidad al llegar a la próxima curva. ¡Qué bueno era sentir de nuevo en la cara el viento y el sol, sentir bajo el uniforme limpio y planchado la renovada energía del cuerpo curado! El coche redujo la marcha al llegar al lugar indicado para detenerse poco después, por indicación de Rick, quien se asomó para deslizar la mirada por el mar de palmeras de un valle tan hermoso como un poema, un oasis hecho por la mano del hombre, con los blancos muros del hotel brillando vagamente en el crepúsculo.

—*Les palmiers de l’Hôtel de la Plage, monsieur le capitaine* —dijo el chófer—. *C’est belle, n’est-ce pas?*^[37]

Rick hizo un signo de aquiescencia y, sin abrir la boca, indicó al chófer que reanudara el camino. Aquella tarde era su mente más que su corazón la que gozaba de la belleza. El valle que veía era recuerdo que hubiera querido compartir con la mujer amada. Ahora, y a petición propia, iba a compartirlo con Carolyn Rycroft. Había que procurar que cada uno de sus anhelos fuesen satisfechos. En todos los aspectos. A toda costa era preciso no decepcionarla, y no la desilusionaría. Ya lo había previsto todo detenidamente, y con la ayuda del comandante Coffin.

Habría champaña en la cámara nupcial para brindar y confortarse antes de ir al encuentro del capellán de la División, que los aguardaría en el pequeño santuario cercano al mar. Bill, que ya se habría cuidado del equipaje, los esperaría con un coche para llevarlos hasta la capilla. Cuando la ceremonia hubiera concluido, Bill regresaría a Argel y los dejaría solos. Cenarían en la galería descubierta de su habitación, sobre los jardines, en los que sonaría música para enamorados. Este detalle se había encargado de prepararlo Bill, de acuerdo con Bautista, el *maître* del hotel.

Y Bautista fue quien los recibió, con enfáticas saluciones bajo los jazmines que embalsamaban la avenida de acceso al hotel. Rick entró tras sus maletas, envuelto en obsequiosos torrentes de francés. Bautista deseaba hacer inolvidable su estancia, deseaba satisfacer la menor necesidad, el más insignificante deseo.

—*Mademoiselle?* —preguntó Rick.

—*Mais montez juste, monsieur le capitaine. Elle vous attend là-bas.*^[38]

El regordete *maître* pulsó el timbre del decrepito ascensor.

No parecía propio de Carolyn esperarle en la habitación. Rick siguió al guía a lo largo del pasillo enjalbegado del primer piso. Bautista abrió con rebuscada solemnidad la puerta de la cámara nupcial. La habitación estaba casi a oscuras, tan sólo iluminada veladamente por una lámpara situada en la mesilla, junto a la cama de estilo Imperio.

Por el balcón se divisaba un fragmento de paisaje empurpurado por el sol poniente, que acabó de desaparecer entre fulgores escarlatas mientras Winter miraba en derredor.

Rick avanzó unos pasos, esforzándose por ver en la creciente oscuridad. Bautista, esencia de la discreción, había cerrado silenciosamente la puerta.

Un poco desconcertado, Rick paseó la mirada por la desierta habitación. Con tres largas zancadas se acercó a la lámpara, apoyado en la cual había un sobre. Sobre el lecho, resaltaba la blancura de una capa de noche. El sobre estaba dirigido a él, de puño y letra de Carolyn. Lo abrió y leyó:

Rick, querido mío:

¿Me dejas que te siga llamando así, aunque permita que pases sin mi tu noche de bodas?

Se volvió a mirar la habitación, profundamente transformado e intrigado. Estuvo a punto de llamar a Bautista, quien, con seguridad, había participado en la conspiración, pero se contuvo y siguió leyendo:

No tienes idea de las cosas que dijiste mientras luchabas contra la fiebre. Ni siquiera te acordarás de haberme llamado «tu querida desconocida de la noche del bombardeo». Perdóname que haya sido tan estúpida, Rick, pero necesité cierto tiempo para comprender lo que esa frase significaba para ti. Y necesité más tiempo todavía para darme cuenta de que ésa era la verdadera y única razón por la cual me habías pedido en matrimonio.

Rick sintió que la cabeza le vacilaba, intentando descubrir la intención de aquellas palabras. Pensó fugazmente que siempre habría medios de explicar a Bill y al capellán que su puritana prometida había ido a esconderse a algún sitio. Y siempre habría medio de buscarla y de recuperarla.

¿Te doy la impresión de estar dando vueltas sin llegar a ninguna parte, querido? ¿Me podrás perdonar el que me mostrara tan buena actriz durante mi última visita a tu habitación, en el hospital? Quería saber si habías sido capaz de ir tan lejos sin retroceder. Y, en efecto, estabas resuelto a ser conmigo un quijote, dispuesto a cumplir un contrato en el que yo no tenía ni parte ni derecho.

Pero yo no podía limitarme a salir del cuadro que tú me habías preparado. ¡Ah, hubiera hecho lo imposible para lograr mi deseo de ser la señora de Winter... si ese deseo hubiera sido tan grande como mi amor por Richard Winter!

Por eso me remonté hasta el principio de todo, hasta aquella noche de Inglaterra, aquella terrible noche en que temblé, junto a Gina Cole, en el hogar de las enfermeras, viviendo el terror de mi primer bombardeo aéreo.

Rick miró el papel, esperando a que las letras, regularmente trazadas, recobraran su forma ante sus ojos. Después siguió la lectura:

Debo de ser mejor detective que tú, querido mío. Una vez alerta, no necesité más de treinta segundos para intuir quién podía ser «tu querida desconocida de la noche del bombardeo». Treinta segundos más me bastaron para llegar a la certidumbre, y dos días para persuadirla de que su deber era acudir a tu encuentro.

Como verás, he dejado aquí su capa y he recuperado la mía. La cogí de tu maleta, con permiso de Bill Coffin. Te lo digo por si luego la buscas. Ella tomó mi capa por equivocación en el tocador del club... Yo no podía hacer otra cosa que esperar que se me reclamara, porque entonces no supe descifrar el anagrama ni identificar a su propietaria. Fue su familia la que hizo difícil el trabajo de bautizarla Belinda.

Rick cogió la capa. Durante una pequeña eternidad, examinó las dos iniciales entrelazadas. Las estuvo mirando como fascinado hasta que fuera, en la galería ya en tinieblas, oyó el ruido de unos pasos. A fin de cuentas,

Bautista había dicho la verdad: había una mujer en la habitación, aunque no fuera la que él esperaba.

No se movió cuando la sintió a sus espaldas, en la oscuridad. No se movió cuando sintió su mano deslizarse por su cabello, acariciarle la mejilla, posarse en el hombro. Sin respirar, aguardaba la señal de la revelación.

Unos labios se acercaron a su oído para murmurar como en un suspiro:

—*Adivina quién te sostiene...*

Desde el fondo de su larga espera, de su inmenso deseo, brotó el siguiente verso de la estrofa:

uerte, dije. Pero entonces sonó la respuesta deslumbrante.

La voz de Linda se mezcló con la suya. La voz que, en el frío terror de una noche de bombardeo en Inglaterra, había acompañado el éxtasis. La voz de Linda, temblorosa y dulce.

o entonces sonó la respuesta deslumbrante...!

uerte, no; el amor.



FRANK GILL SLAUGHTER (nacido en 1908 en Washington y fallecido en Jacksonville en 2001), escritor estadounidense, famoso por sus *best seller*, fue uno de los autores de más éxitos vendiendo más de sesenta millones de ejemplares de sus novelas.

Aunque nació en Washington D. C., Slaughter se crió en una granja cercana a la ciudad de Oxford en el estado de Carolina del Norte.

A los 18 años se licencia en Medicina, *cum laude*, en la Duke University. Se doctora cuatro años después en la John Hopkins Medical School e inicia su profesión de cirujano en el Hospital Riverside de Jacksonville en 1934. Movilizado en 1942 por la Segunda Guerra Mundial, llega a teniente coronel por méritos de guerra.

Una vez licenciado del ejército en 1946, compagina la medicina con su afición a la escritura durante un tiempo, acabando por dedicarse a la literatura exclusivamente. Destaca como escritor de novelas de trama médica y de temas históricos, especialmente bíblicos.

Notas

[1] Oscurecimiento u ocultación de luces como medida precautoria durante la guerra, en previsión de bombardeos aéreos. <<

[2] *Military Police*: Policía militar norteamericana. <<

[3] «Lobo», en lenguaje figurado norteamericano, equivale a una variedad de nuestro Tenorio. <<

[4] Y en la sombra intuí tus pupilas... <<

[5] Y bebí tu aliento... <<

[6] *Snafu*. En jerga militar norteamericana, embrollo resultante de órdenes contradictorias. La palabra se forma con las iniciales de un comentario irónico: *situation normal, all fuddled up*: «La situación es normal, nada está en su sitio...». <<

[7] No se trata de un diminutivo americano cordial: es el nombre familiar de *German* y, por amable que el vocablo parezca, equivale al *boche* francés. <<

[8] *Air Raid Precaution: Defensa Pasiva.* <<

mientras me debatía, una voz dijo autoritaria:
¿na quién te sostiene.
uerte, dije.
entonces sonó la respuesta deslumbrante...
¿ muerte, sino el amor.

(Browning) <<

[10] C. O. Comandante. <<

[11] P. G. Comandancia. <<

[12] Cuerpo Auxiliar Femenino del Ejército. <<

[13] Corresponsal de guerra. <<

[14] *Lluvia*: Célebre novela de W. Somerset Maugham en la que el cinema se inspiró para hacer una película y el teatro una comedia. La heroína de la obra aparta de su esposa a un casto pastor... <<

[15] Letra de una cancioncilla de moda durante la guerra: ¡Oh!, señora, ¿tiene usted una hija rubia? —Hable, hable...— ¡Oh!, señora, ¿tiene usted una hija rubia? —Hable, hable, ¿habla francés? <<

[16] Especie de pequeño saco tubular ciego, originado en un canal o en una cavidad. <<

[17] Polyanna, personaje imaginario de una novela del siglo xx. Tipo del optimista contra viento y marea. <<

[18] K. P.: kitchen police: la policía de la cocina. <<

[19] Avance en tres etapas, en tres tiempos. <<

[20] Asociación Médica Americana. <<

[21] Famosa universidad norteamericana. <<

[22] El grano es igual a 0,648 gramos. <<

[23] Famoso caricaturista norteamericano en periódicos y revistas. <<

[24] *Adivina quién te sostiene. La muerte, dije. Pero entonces / sonó la respuesta deslumbrante... no la muerte, sino el amor. <<*

[25] *The old man*: el viejo, no es de ninguna manera una fórmula despreciativa o descortés para designar al oficial superior al mando de una unidad. Al contrario, es un término respetuoso, afectuoso y tradicional. <<

[26] Soldado de infantería. En francés, en el original. <<

[27] En francés en el original. <<

[28] *Ack-ack*: tipo de cañón antiaéreo capaz de lanzar sus proyectiles a 24 000 pies de altura (alrededor de 7500 metros). <<

[29] En francés en el original. <<

[30] En francés en el original. <<

[31] *¿Es el sueño o la vigilia? Su cuello, — ardientemente besado, lleva un sello purpúreo, — en que la sangre, incierta, vacila y suavemente fluye. — Y, dulcemente contenida, — así lo embellece... <<*

[32] El nido de la corneja. <<

[33] En español en el original. <<

[³⁴] Denominación militar, amigable y familiar, de Inglaterra. <<

[35] M. C.: *Medical Corps*: Cuerpo Médico. <<

[36] Londinense con un matiz distintivo. Se trata de designar al tipo más popular y vulgar de la gran ciudad. <<

[37] Las palmeras del Hotel de la Playa, capitán. Es hermoso, ¿verdad? <<

[38] En francés en el original: *¿Y la señorita? —Puede subir, capitán. Le espera arriba. <<*